

Un destino para los dos



Heather Lee Land

Un destino
para los dos

Heather Lee Land

Primera edición: Diciembre 2022
Título Original: Un destino para los dos
© Heather Lee Land. 2022

Diseño de portada: Coral Montesdeoca
Maquetación: Carlos Javier Navarrete Mena

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita del titular del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INDICE

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DE AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

Para Magnus Alexander y Kara.

1

Manuel salió del vehículo para mirar el motor del coche y cerró la puerta con un sonoro portazo. Ya se había puesto el chaleco reflectante y, además, para adornar más la situación, llevaba una cara de pocos amigos que echaba para atrás a quien le viera. El Ford Mondeo beige crema del año dos mil dos estaba ya viejo, demasiado, y ese humillo que salía del capó no indicaba nada bueno. No entendía demasiado de motores, pero ese sonido que había escuchado minutos atrás tenía mala pinta.

Iba de camino a Aranjuez a casa de un cliente. Conocía a Constantino desde que entró en la asesoría a trabajar muchos años atrás. Era una buena persona, con un negocio humilde pero próspero y que estaba a punto de jubilarse. Por eso quería dejarle todos los papeles arreglados a sus hijos, que eran los que ocuparían su lugar.

No solía ir a casa de nadie, y mucho menos tan lejos, porque la mayor parte del papeleo que tenía que mirar lo podía hacer desde la mesa de su oficina, pero Constantino siempre se había llevado mal con las nuevas tecnologías y era un hombre que le caía muy bien. Quizás porque le recordaba a su padre; legal, trabajador y justo. Eso hizo que esa tarde, después de comer, decidiera quedar con él para ayudarle, pero su coche parecía tener otros planes.

Por fortuna pudo echarse a un lado en la carretera, conducir despacio, y llegar con las luces de emergencias puestas hasta una estación de servicio que había a pocos kilómetros de donde se encontraba. Desde allí llamó a la grúa.

—¿Cómo que una hora en llegar? Oiga. Tengo una reunión de trabajo muy importante. —Manu guardó silencio mientras escuchaba la respuesta al otro lado de la línea—. De acuerdo. Aquí estaré. —Y colgó con rabia—. No sé a dónde voy a ir en medio de un polígono industrial.

Miró alrededor y reconoció aquello como Getafe. Por suerte, su coche había tenido la delicadeza de no dejarlo tirado en medio de la nada más absoluta. Para la hora que era, poco más de las cuatro de la tarde, había bastante ambiente. Menos mal que no era de madrugada, si no, ni se habría atrevido a salir del coche.

Llamó a Constantino para decirle lo que le había pasado. El hombre lo entendió y le dijo que lo esperaría hasta que pudiera arreglar el problema. Luego le dejó un mensaje a Patricia, su exmujer, en el que le decía que tenía que ser ella la que recogiera a Daniela de la academia esa tarde. A pesar de llevar divorciados más o menos un año, la relación de ambos era muy cordial.

Cuando conoció a Patricia, él había tenido ya varias parejas, no todas del sexo femenino. No era un secreto que siempre había sabido que era bisexual, pero con ella se sintió bien y a gusto y confió en llegar a viejo a su lado.

Pero el destino quiso que ese amor que se habían tenido se fuera diluyendo y ambos concluyeron que ya no sentían esa magia que los unió tantos años atrás y, de mutuo acuerdo, optaron por ponerle fin. En un principio, a él le había costado hacerse a la idea de que todo había acabado, pero con el tiempo se había dado cuenta de que era lo mejor que podían haber hecho. Que hubiera estado casado con su exmujer casi veinte años no implicaba que le hubieran dejado de gustar los hombres, pero en esos últimos meses había estado demasiado ocupado recomponiendo su vida como para pensar en nada más.

Patricia le respondió en el acto y le dijo que no se preocupara, que intentara arreglar lo que le

pasaba al coche. Luego llamó a su compañero de trabajo para avisarle de lo que había sucedido. Ya solo le quedaba esperar a que llegara la grúa. Por fortuna, esta llegó en menos de una hora y el coche no tardó en estar listo para que se lo llevara.

—Entonces, ¿qué cree usted que ha pasado?

—Tiene mala pinta, ¿eh? Parece que se le ha ido la junta de la culata y le ha gripado el motor.

A Manu le sonó exactamente igual que las letras de las canciones que escuchaba su hija de sus grupos *Kpop* favoritos.

—¿Y eso es malo?

—Eso significa que vaya mirando otro coche.

Exasperado, se rascó el puente de la nariz. Lo que le faltaba ese mes. Resopló y miró al pobre hombre, que no tenía culpa de nada.

—Usted no va a Aranjuez, ¿verdad?

—Qué va. Tengo que ir directamente a llevar su coche al taller que tiene concertado con su seguro y atender otra avería.

No sabía qué hacer. Estaba a mitad de camino y regresar a Madrid sería perder el triple de tiempo. Se giró y vio varios camiones que había allí repostando.

—¿Cree que me llevaría alguno de esos camioneros?

El hombre de la grúa alzó las cejas sin mirarlo, concentrado como estaba en rellenar el papeleo que tenía que entregarle antes de que se marchara.

—Hombre, si le gusta el riesgo... A un cuñado mío, que se quedó tirado con la moto una vez en Majadahonda, no se le ocurrió otra cosa que hacer autostop para regresar a Madrid.

—¿Y llegó? —preguntó, intrigado, al ver que el hombre hacía una pausa mientras firmaba y sellaba los papeles.

—Sí, pero un camionero casi lo puso mirando para Cuenca. Usted ya me entiende —sonrió—. Estos gays. Están muy salidos.

Manu lo miró serio.

—Yo soy gay. Y no estoy salido.

Al hombre se le acabó en el acto la sonrisilla. Le entregó el papel, se disculpó como pudo, rojo como un tomate, y se marchó de allí con el coche enganchado en la grúa.

Manu lo siguió con la mirada. Aunque no fuera propiamente gay, se sintió ofendido de igual modo.

Tenía cuarenta y dos años, cumplidos apenas tres meses atrás, a final de agosto. Después de divorciarse, se fue a vivir al apartamento que tenía su amigo Antonio en el centro, por la zona del Retiro. Ellos se conocían desde niños y habían pasado mucho juntos. Varios años atrás, sin ir más lejos, su amigo se separó de su mujer, aunque, a diferencia de él, lo suyo fue de película de terror porque decir que habían terminado fatal era quedarse demasiado corto. Antonio se compró su piso en el centro cuando la ex le pagó su parte de la enorme casa donde habían vivido todos esos años de casados. Desde entonces residía ahí sin expectativas de volver a casarse nunca más. A él también le habría gustado hacer lo mismo que su amigo; vender su antigua casa y, con su parte, comprar un apartamento o lo que se pudiera permitir, porque vivir para siempre de alquiler era tirar el dinero, pero aún no habían aparecido unos buenos compradores. Antonio lo había hospedado gratis, y eso que él había insistido en pagarle por la habitación, pero no había podido convencerlo, y menos mal porque no estaba pasando por su mejor momento, precisamente. Por eso siempre le estaría agradecido por su generosidad.

Después de esos momentos de meditación consigo mismo, caminó hacia una cafetería que

había al lado de la gasolinera. Se sentó en la barra y pidió un café solo.

—¿Le pongo algo para comer?

Manu negó con la cabeza. Tenía delante de él un expositor con un par de tortillas de patatas caseras, aceitunas y ensaladilla, pero no tenía hambre. Se veía reflejado en el cristal y no se reconocía. Parecía como si en ese último año hubiera envejecido más que en toda su vida. Ya podía apreciar algunas arruguitas alrededor de sus ojos. El azul de sus pupilas seguía inalterable, aunque ese día se veían apagados y sin vida. De las dos o tres canas que habían comenzado a salirle en las sienes era mejor ni hablar. Había pensado en teñirse, pero podía esperar un poco más porque el resto del cabello aún conservaba su color natural; lo que no sabía era por cuánto tiempo seguiría así.

Con algo de prisa, se terminó el café y llamó al camarero para pagarle.

—¿Sabe si hay alguna parada de taxis cerca de aquí? Tengo que llegar a Aranjuez.

El hombre que estaba detrás de la barra y que no parecía tener más de veinte años, asintió con la cabeza.

—Había una, pero creo que la están arreglando y ya no paran por la zona. Al menos, de momento. Puedo llamarle a uno, pero si viene desde lejos y luego debe llevarlo hasta allí, le va a salir por un pico.

Eso era lo que se temía.

—Pues no tengo otra opción. El coche me acaba de dejar tirado.

El camarero lo miró incrédulo.

—¿Y por qué no se pilla un Uber?

—Un Uber.

—Sí. Sabe lo que es, ¿no?

Manu lo miró con cara de pez. Habría alcanzado los cuarenta, pero se mantenía al día.

—Sí. Solo que no me había planteado coger uno. Nunca lo he hecho.

—Es muy sencillo. Solo tiene que bajarse la aplicación, se crea un usuario, busca algún Uber cerca de aquí y le señala la zona donde quiere ir. Listo. Es más fácil de lo que parece y es mucho más barato que un taxi. Yo suelo utilizarlo cuando salgo con mis colegas por ahí, aunque no a todo el mundo le gusta. A mi madre, por ejemplo. Dice que eso no va con ella.

Eso le provocó curiosidad. Seguramente, la madre de ese muchacho fuera de su quinta y podían compartir manías propias de la edad.

—¿Por qué no le gusta?

—Mi madre no se fía de nadie. Ella dice que el del Uber la puede estafar, o llevarla a un descampado, o que el que se sienta a su lado puede intentar propasarse... Mi madre es muy miedosa. Yo, ya le digo. Lo uso todas las semanas y jamás he tenido ningún problema.

Manu asintió.

—Voy a probar a ver...

El camarero lo miró complacido.

—Mientras se hace un usuario, lo invito a algo. ¿Qué le pongo?

—Otro café, gracias. —Porque, seguramente, iba a necesitarlo.

Registrarse fue muy fácil. Utilizar la aplicación, también. Con algo de reparo porque era tan sencillo, introdujo la ubicación, le dio a confirmar y le salieron varios coches disponibles. Sin dudar, le dio al más económico. Ponía que iba a tardar unos quince minutos en llegar porque acababa de salir de Madrid. Perfecto. Podía esperar.

Se tomó el café casi de un sorbo, se despidió del camarero y salió a la calle. El tiempo había

empeorado de manera considerable desde que había entrado y parecía que iba a ponerse a llover de un momento a otro. Miró hacia el cielo y negó con la cabeza justo cuando comenzaban a caer las primeras gotas.

—Genial, todo. De puta madre el día de hoy.

2

Eric estaba cansado del día que llevaba. Se había levantado pronto porque había tenido que arreglar varios papeles del coche y no había nada que odiara más que eso. Meses atrás, su amigo Santi y él habían tenido la gran idea de comprarse un coche a medias. Era la única manera de que dos jóvenes de veintitrés años pudieran tener un vehículo que no fuera de segunda mano o que no se cayera a pedazos. La idea consistía en comprar uno, trabajar en Uber, donde se ganaba bastante bien, pagar el coche y comprar luego otro. No era el mejor plan del mundo, pero, al menos, no estaban de brazos cruzados en casa.

Así fue como se compraron el Dacia Sandero cinco puertas de color azul metalizado. Pusieron los papeles de compra a su nombre y no al de su amigo porque, al tener Ahmed de primer apellido, curiosamente, les salía más cara la operación con la financiera. El padre de Santi podía ser de Melilla, pero su madre era de Alcorcón de toda la vida.

Durante los primeros meses todo fue muy bien. Trabajaban por turnos y podían ir pagando a la financiera sin problema. Hasta que un día, Santi le dijo que le habían respondido de un hotel en Irlanda donde había mandado su currículum un tiempo atrás y le ofrecían un buen puesto de trabajo. Santi era un gran amigo y seguiría pagando su parte, aunque ya no estuvieran juntos en eso. Por lo que él sabía, le iba bastante bien en tierras irlandesas y le mandaba puntualmente su parte del dinero para seguir pagando los plazos del coche.

Con el tiempo, Eric había descubierto que le gustaba trabajar en Uber. No solo era una forma de pagar el coche, si no que, además, disfrutaba de lo que hacía. Conocía gente interesante, lugares nuevos y, por lo general, podía elegir sus turnos de trabajo.

Ese día había sido una excepción porque había pasado una revisión de Uber y tenía que entregar los papeles de los meses que había trabajado Santi. Su amigo era un buen colega, pero era el desorden personificado, así que esa mañana se había tenido que pelear en varias ventanillas para poder obtener los formularios que necesitaba y entregarlos antes del plazo previsto. Por culpa de todo eso se le había hecho demasiado tarde, no había tenido tiempo de comer y no le había quedado más remedio que empezar su turno de trabajo con el estómago vacío.

El día estaba raro, como gris, y llevaba desde muy temprano amenazando con fuertes lluvias. De momento había aguantado, aunque ya llegada la tarde era más que evidente que el cielo se vendría abajo en cuestión de minutos, porque el color de las nubes que comenzaron a cubrir Madrid no presagiaba nada bueno.

El primer pasajero que había tenido esa tarde fue una chica que, desde que se sentó, no paró de darle conversación. Que quisieran charlar no le parecía mal, pero comenzó a molestarle cuando se le empezó a insinuar. No era la primera vez que le pasaba algo así. Su amigo Santi le decía que eso le pasaba por tener unos bonitos ojos de un tono marrón brillante que, al sol, parecían verdes y unos labios carnosos muy sensuales. Él no le había hecho caso. Había un millón de tíos como él y no se consideraba algo fuera de lo común.

Le paró los pies a la chica cuando le dijo que era gay. Odiaba tener que hacerlo, y no porque

ocultara lo que era, sino porque a nadie le importaba su vida privada.

El segundo chico que se sentó en su coche apestaba a sudor y a marihuana. Con disimulo, intentó abrir todas las ventanillas para airear el habitáculo, pero lo que consiguió fue que el hedor se esparciera por todas partes y le dieran ganas de vomitar. Además, el muy idiota se limitó a jugar con el mando de la ventanilla y no hacía más que subir y bajar el cristal como si no tuviera otra cosa que hacer. Cuando lo llevó a su destino, paró en una gasolinera para comprar un ambientador en spray con olor a pino. El más potente que encontró. Recogió al que iba a ser su último pasajero de la tarde en el centro de Madrid. Tenía que llevarlo hasta Pinto. Eso eran unos veinte minutos de ida y otros veinte minutos de vuelta. En términos monetarios, significaba unos treinta y tantos euros. Le venían muy bien. Cuando fue a emprender el trayecto, le apareció otro aviso de que alguien solicitaba un coche desde Getafe hasta Aranjuez. Eso era entretenerse más de la cuenta, sin contar que Aranjuez estaba bastante más lejos que Pinto, pero acabó aceptando porque era casi todo en línea recta por la Autovía del Sur y la pasta extra nunca venía mal.

—Haremos una recogida, aunque no tardaremos —informó al pasajero. No estaba obligado a hacerlo pero le gustaba mantenerlos al tanto de las paradas que iban a realizar.

—Tú mandas, jefe, pero no tardes que tengo prisa.

Ante semejante respuesta, apretó los labios y arrancó el coche.

Puntual, como a él le gustaba, paró el coche en la gasolinera del polígono justo cuando comenzaba a llover. No tuvo que esperar demasiado para ver a un hombre caminar hacia la puerta trasera del lado del copiloto, abrirla y sentarse.

—Buenas tardes. —El recién llegado cerró la puerta con rapidez para que no se colara el agua de lluvia. Puso la mochila que llevaba con él sobre las rodillas y se giró para ponerse el cinturón de seguridad.

—Manuel, ¿verdad? —A Eric siempre le gustaba comprobar que recogía al pasajero correcto porque ya había vivido alguna que otra historia rara.

—Sí. Manu. Por favor.

Eric asintió.

—Yo me llamo Eric. Antes tenemos que hacer una parada en Pinto y seguimos luego para Aranjuez.

—Perfecto. Gracias. —Manu giró la cabeza para ver al otro pasajero que estaba sentado al lado de la ventanilla—. Buenas.

—Hola. ¿Te puedes creer que al chófer del Uber no le gusta el reggaetón?

Eric miró por espejo retrovisor al escuchar la pregunta, aunque no iba para él. El chico se había dirigido al pasajero que acababa de entrar, así que desvió los ojos hacia el otro lado. Manu, que así le había dicho que se llamaba, parecía algo violentado y lo entendía, porque no era de buena educación preguntar sobre otra persona si esta estaba presente, pero no iba a pelearse con ningún cliente porque no iba a ganar nada con ello.

—Bueno... Cada uno tiene un gusto y hay que respetarlo —respondió de manera neutral.

—Joder, otro carca. A ver. ¿Qué música nos puede ofrecer el chófer para divertirnos?

Eric reaccionó segundos después de que se le pasara por la cabeza lanzar a ese idiota bajo la lluvia, pero la valoración negativa que le pondría pesaría demasiado en su historial de trabajo.

—Menos eso que me pides, lo que quieras.

—¿Por ejemplo?

—Rock de los ochenta.

—Menuda mierda.

—Yo también prefiero el rock de los ochenta. No hay música mejor que esa. —Manu parecía bastante satisfecho con su comentario y, ocultaba a duras penas, una media sonrisa.

—¡Venga ya, tío! Si ya casi lo tenía.

Eric lo observó por el espejo retrovisor, pero no le dijo nada. Tenía más que claro que prefería que lo quemaran vivo antes que poner en su coche la música que le pedía ese tipo. Desvió la atención y vio al pasajero recién llegado que lo contemplaba por el mismo espejo retrovisor. Cuando cruzó la mirada con él, no pudo evitar guiñarle un ojo. Fue un gesto que le salió innato y que Manu respondió de igual manera para decirle que estaba de su lado, aunque acabó apartando los ojos con lo que parecía ser una mezcla de timidez y vergüenza. Eso provocó que una disimulada sonrisa se dibujara en su cara y se quedara con él gran parte del trayecto.

El camino se sucedió en una extraña tranquilidad, alterada tan solo por el sonido de las gotas al caer sobre el techo del coche. Al llegar a Pinto, el joven pagó y se marchó, criticando, eso sí, los gustos musicales del resto del mundo.

—¿Tienes que soportar esto a diario?

Eric acababa de arrancar el coche y tomaba dirección a la autovía.

—Sí. Varias veces al día, pero no es lo más raro que he vivido esta semana.

—¿Por ejemplo?

—¿Esta semana? —Eric lo tenía claro porque aún se estaba riendo por lo que le había pasado el lunes—. Una mujer me pidió si podía conducir con los pantalones y los calzoncillos bajados mientras ella me miraba desde el asiento de atrás. El mismo sitio en el que tú estás sentado.

Manu abrió los ojos como platos, asombrado.

—¿Qué le respondiste?

—Que era gay y que no estaba interesado. Aunque eso a ella pareció gustarle más, incluso. Supongo que pensaría que todos los maricas vamos salidos a todas partes o algo.

Manu no pudo evitar quedarse mirando.

—Eso mismo me ha pasado con el hombre de la grúa hace un rato. —Al ver que Eric le echó un vistazo por el espejo retrovisor con expresión de no seguirlo, decidió contarle la historia entera.

Eric sonrió después de que Manu le contara la anécdota.

—Vaya. Gracias en nombre de mi colectivo.

—Bueno, yo soy bisexual, así que también me defendí por mí mismo.

Eric asintió y pareció concentrarse en la conducción porque la lluvia se había intensificado.

—La gente no es tan tolerante como aparenta. —Volvió a mirar por el espejo retrovisor para observarlo—. Supongo que hay de todo, pero tienes que rebuscar mucho y no siempre se acaban encontrando. A veces, aparecen de la nada —respondió enigmático y sin poder apartar los ojos del espejo. Lo veía mirar por la ventanilla que tenía al lado, con los ojos perdidos en algún punto del paisaje. Ese perfil de nariz recta lo atraía bastante—. ¿Qué le ha pasado a tu coche?

Manu reaccionó, giró la cabeza y se centró en él.

—No estoy seguro. No entiendo de coches, pero el de la grúa dice que tiene mala pinta.

—Vaya, lo siento.

—Ya, bueno. El coche tenía muchos años. El problema es que ahora no puedo permitirme comprar otro, pero imagino que algo tendré que hacer porque a veces visito algunos clientes que viven a las afueras de Madrid.

—¿A qué te dedicas? —Por norma general, no solía interesarle la vida de la gente que se

montaba en su coche, pero, por alguna razón, Manu le había producido mucha curiosidad.

—Soy asesor financiero. Trabajo en una pequeña asesoría en el centro y tengo clientes que llevan toda la vida en la empresa de mi jefe.

El hombre procedió a contarle la historia y de cómo había llegado hasta allí.

Eric descubrió que le gustaba escucharle y que tuviera tan buen corazón para hacerse tantos kilómetros para ayudar a otra persona, decía mucho de él.

—Yo habría hecho lo mismo. —Levantó la mirada y sus pupilas se cruzaron con las de Manu. Apartó con rapidez los ojos porque una mezcla de orgullo y vergüenza a la que no estaba acostumbrado lo atravesó de la cabeza a los pies, aunque esa vez iba unida a una conexión extraña que había comenzado a experimentar por ese hombre y que no sabía cómo explicar. No lo conocía de nada, nunca lo había visto, pero desde que se había sentado en el coche un rato atrás, había sentido una especie de atracción a la que no sabía poner nombre.

—En mi trabajo también hay mucho lobo. Empresarios a los que les importan una mierda sus trabajadores y su futuro laboral. Hay gente muy mala.

Las palabras de Manu tuvieron el poder de traerlo de vuelta de sus pensamientos.

—Por esos tipos no vayas hasta Aranjuez. Hazme caso.

Manu sonrió.

—No lo haré.

Estuvieron unos minutos en silencio, pensativos con el sonido de la lluvia que caía cada vez más fuerte sobre el coche. Eric condujo despacio todo el trayecto, poniendo especial cuidado en no pillar ningún bache que los hiciera patinar sobre el asfalto, hasta que llegó a la dirección indicada.

Manu se quitó el cinturón de seguridad y agarró su mochila.

—Gracias. Has sido muy amable. Ten cuidado en la carretera de camino a Madrid.

Eric desbloqueó el teléfono y finalizó el viaje en la aplicación.

—Ya tienes el recibo del viaje en la dirección de correo electrónico que pusiste al darte de alta. Imagino que lo necesitarás para la empresa. —Luego se giró al darse cuenta de que Manu le había hablado y él no le había respondido—. Gracias a ti. Eres lo más normal que me ha montado hoy.

Había respondido de una manera muy poco apropiada y profesional porque no le estaba hablando a uno de sus colegas con los que solía dar patadas al diccionario español con las frases que se inventaban, pero por algún motivo, supo que podía soltar algo de ese calibre a Manu. La respuesta del hombre no le defraudó porque, aunque no le dijo nada, la sonrisa contenida y el arqueado de una de sus cejas había sido más que suficiente para comprender que había entendido a la perfección sus intenciones y, lejos de pararle los pies, se limitó a ocultar una sonrisa y a ponerse algo colorado. Ese gesto tan natural le encantó y se obligó a apartar los ojos de él por su propio bien.

—Cuídate. —Fue a abrir la puerta para salir corriendo, literalmente, antes de que el aguacero lo pusiera chorreando, pero la voz de Eric lo detuvo.

—¿Cómo vas a volver a Madrid?

Manu se encogió de hombros porque aún no había pensado en eso.

—No sé. Supongo que llamaré a otro Uber. Mi primera vez ha sido bastante agradable. Repetiré, seguro.

Eric sonrió, encantado por sus palabras.

—Ah, así que he sido tu primera vez. Es bueno saberlo, aunque quiero que sepas que no

todos son tan buenos como yo.

—De eso no tengo ninguna duda.

De nuevo se miraron hasta que Manu reaccionó. No le quedaba otra. Lo estaban esperando.

—Adiós, Eric.

Eric asintió con la cabeza.

—Manu —repitió su nombre a modo de despedida.

Sin marcharse, se quedó mirando cómo el hombre echaba a correr hacia el portal que tenía a pocos pasos hasta desaparecer dentro. Se encendió una luz al fondo y luego se volvió a apagar al poco rato. A partir de ahí, todo se quedó en la oscuridad que había traído esa tarde lluviosa. Debía marcharse. Era ya tarde y la noche presagiaba ir a peor. Eso era lo que supuestamente tenía que hacer, pero, por alguna extraña razón, no pudo. Se quedó sentado dentro del coche, con el motor apagado, mientras la lluvia tamborileaba sobre el techo del Dacia.

3

Manu terminó la visita a su cliente un buen rato más tarde, después de haber estado liado con un millón de papeles y documentos que debía llevar firmados para la asesoría. Era la hora de cenar y, aunque le habían ofrecido quedarse, decidió no aceptar la invitación porque deseaba llegar a casa cuanto antes. La noche había empeorado aún más y no presagiaba que fuera a dejar de llover en las próximas horas. Eso podía causar algún tipo de contratiempo para llegar, así que, cuanto antes regresara, mejor.

Además de la lluvia, se había levantado un viento bastante frío. Lo comprobó nada más abrir la puerta del portal.

Sacó el teléfono del bolsillo y abrió la aplicación de Uber. Ojalá hubiera alguno cercano. Cuando metió la dirección para confirmar su ubicación, le salió un aviso de que su zona estaba en alerta roja y que se suspendían todos los servicios, al menos durante un par de horas.

—Genial. —Se pasó la mano por la cara y pensó a toda velocidad. Quizás los taxis tuvieran servicio, aunque lo dudaba. No le dio tiempo a comprobarlo en su teléfono cuando un coche encendió las luces frente a él, apuntándole de lleno como si fuera un delincuente bajo un foco de luz brillante. Eso y el sonido del claxon provocaron que levantara la cabeza, sorprendido porque no conocía a nadie en Aranjuez. Tras mirar bien a través de la lluvia, reconoció el Uber en el que había llegado y no pudo evitar abrir la boca por la sorpresa al ver a Eric tras el volante mientras le hacía señales de que se acercara—. Que... —No le dio tiempo de terminar la frase cuando escuchó su nombre desde el coche.

—¡Manu! ¿Vas a quedarte ahí toda la noche? ¡Vamos! —Eric había bajado la ventanilla para que lo escuchara, pero la volvió a subir con rapidez al ver que había comenzado a entrar la lluvia.

Manu no lo pensó dos veces y corrió hacia el vehículo. Abrió una de las puertas traseras, del mismo lado donde había estado sentado antes, y cerró tras él de inmediato antes de que se colara el agua.

—Eric. ¿Qué haces aquí? ¿Tenías que recoger a alguien por la zona?

—¿Quieres? —preguntó al tiempo que se volvía hacia él mientras le tendía un paquete de patatas ya abierto en lugar de responder a su pregunta—. Compré un par de cosas y me ha sobrado. He estado esperando a que terminara de llover mientras comía algo y, por lo que veo, te ha dado tiempo a salir.

Manu cogió la bolsa y se llevó dos patatas a la boca. Luego se la devolvió. Cuando vio que Eric negaba con la cabeza, se lo quedó mirando.

—Toma. Son tuyas.

—Me he comido dos paquetes y ya no quiero más. Además, voy a conducir y no puedo comer mientras lo hago. Te llevo a casa, ¿verdad?

Manu asintió. Se acomodó en su asiento y se abrochó el cinturón de seguridad. Luego se metió otra patata en la boca.

—Qué casualidad coincidir de nuevo contigo.

Eric no respondió. Puso en marcha el motor y se incorporó a la carretera.

—Sí —fue lo único que dijo.

—¿Cómo es que sigues por aquí? En la aplicación decía que no había ningún coche disponible porque estamos en alerta roja por viento y lluvia en esta zona.

—Ya lo he visto. Me ha pillado aquí, pero tengo que regresar a casa yo también. Iremos despacio, no te preocupes.

Manu no estaba para nada preocupado porque veía que Eric era un buen profesional y se movía bien al volante. Lo vio alcanzar algo del asiento del copiloto y luego tender el brazo hacia atrás, justo ante sus ojos. El nudillo de su dedo índice le rozó el pantalón a la altura de la rodilla y él se quedó mirándole la mano como un tonto.

—Toma, tengo agua.

Al oírlo, levantó la cabeza y lo observó algo turbado porque, durante un segundo, se había dejado llevar por un sinfín de emociones.

—Gracias. Estás en todo. —Aceptó la botella y bebió un trago largo, ya no solo por sed, sino porque necesitaba unos segundos para aclarar las ideas—. Luego me tienes que decir cuánto te debo por todo esto.

—Invita la casa. —Eric le guiñó un ojo por el espejo retrovisor. No debió hacerlo porque él le respondió de igual manera y no pudo evitar perderse en esos ojos tan bonitos.

—Eres muy amable, Eric.

—¿Qué tal tu cliente? —Eric le respondió con otra pregunta, lo que parecía ser algo común en él. Manu se había relajado en el asiento y miraba por la ventanilla. Apenas podía ver nada por el aguacero que había empeorado en pocos segundos.

—Bien. Cuando se jubile voy a echarlo de menos. Eric... ¿Ves bien la carretera? Porque yo no veo nada y eso me pone algo nervioso. —Aunque confiaba en su profesionalidad, el rápido movimiento de los limpiaparabrisas a toda velocidad no lograba despejar toda el agua, por lo que la carretera seguía sin verse.

—No te preocupes, voy muy despacio y no es el primer aguacero intenso que me cae encima. Puedo seguir conduciendo sin problemas, pero por nuestra seguridad, voy a poner las luces de emergencia y me voy a echar a un lado de la carretera. Vamos a esperar que pase. ¿Tienes prisa?

—No. —Manu se giró hacia un lado cuando sintió que algo le salpicaba en la cara—. Eric. Esta ventanilla no cierra bien y está entrando agua.

Eric reaccionó en el acto. Se quitó el cinturón de seguridad, encendió las luces interiores del coche y se deslizó hacia atrás entre los dos asientos delanteros. A Manu le dio tiempo de quitarse el cinturón de seguridad lo más rápido que pudo y moverse hacia el asiento vacío del otro lado cuando lo vio acercarse. Sentado al volante no parecía tan alto y tan fuerte. ¿Cómo diablos se había colado con tanta facilidad por ese hueco tan pequeño? Eso, sin duda, debía de ser práctica.

—Joder. El gilipollas de antes seguro que ha tocado algo y ahora no cierra bien la ventana.

Manu, que estaba tras él, le miraba la espalda, que era lo único que alcanzaba a ver.

—¿El del *reggaetón*?

—No. Otro tonto que se montó antes que tú y que no paró de jugar con los botones de la ventanilla hasta que los tuve que bloquear.

—Ya veo que has tenido una tarde ocupada.

—Ni te lo imaginas. —Subió el cristal de manera manual todo lo que pudo y se giró cuando terminó. El Sandero era un coche grande, pero allí detrás parecía haber empequeñecido con ellos dos sentados a tan poca distancia el uno del otro—. Mañana iré al taller de un amigo para que le eche un vistazo.

—No sabía que fueras tan alto. —El comentario de Manu fue algo estúpido, y era muy

consciente de ello, pero fue lo único que le había salido. De cerca, los ojos marrones y verdes de Eric eran impresionantes... El resto de su cara también lo era.

—Ya. La mayoría de los clientes no saben ni que tengo piernas.

Manu se rio por el comentario.

—Pues es una pena porque son muy largas... —Manu se dio cuenta a mitad del comentario de que iba a cagarla, por eso intentó solucionarlo—... y son dos.

Eric lanzó una risotada.

—Sí, es una suerte tener dos. Aunque sé de gente que no tiene ninguna y conduce.

Manu asintió. El corazón le iba a mil y no sabía por qué. La presencia de Eric lo tranquilizaba y lo ponía nervioso a la vez. Era una sensación extraña que no sabía explicar.

—En cuanto amaine un poco retomaremos el viaje. Vamos a tardar algo más, pero creo que es mejor llegar seguros a no llegar. —Manu reaccionó a su voz y asintió porque Eric tenía razón. No podía apartar los ojos de él. Se lo veía cansado, pero, aun así, podía percibir la fuerza y seguridad que transmitía—. ¿Siempre trabajas hasta tan tarde?

Eric se encogió de hombros.

—Depende de la hora a la que empiece y de cómo se me dé el día. Hoy he tenido una mañana un poco rara e iba a irme cuando dejara al tío de Pinto, pero llegó tu aviso y bueno... Ya sabes el resto.

—Vaya. Siento haberte retrasado. No debiste de haber venido a por mí. Lo habría hecho otro.

—Habrías esperado el doble o más a que llegara otro Uber. No sé... Ya da igual. No me arrepiento.

—¿No?

Eric le devolvió la mirada. Durante un segundo sus ojos se habían perdido en algún punto indefinido del interior del coche. Se lamió los labios y centró la mirada en él.

—No suelo empatizar con la gente que se sube a mi coche porque la mayoría me trata como si fuera inferior a ellos, y contigo no ha sido así. Me he sentido muy cómodo y eso es algo que rara vez me sucede. Así que no; no me arrepiento. Eres un buen tío que ha ido hasta el culo del mundo para atender a un cliente. Esperarte es lo menos que puedo hacer por ayudar a que el mundo sea un lugar mejor.

A Manu le gustó esa forma de afrontar la vida.

—Ojalá todo el mundo pensara como tú.

Un trueno frente a ellos, que cayó bastante cerca del capó del coche, los obligó a dar un respingo en sus respectivos asientos, con lo que quedaron mucho más cerca que antes.

—Eric... —Manu no podía apartar la mirada de esa boca, tan sexy, tan atrayente. Era una locura porque... ¿Quién era ese chico, aparte de ser visiblemente más joven que él? Estaba loco, tenía que estarlo, porque lo que estaba pensando no podía ser normal—. Me gustaría acercarme más a ti, pero sé que no debo porque no está bien.

—¿Por qué no está bien?

—Porque luego no puedo prometer que no intente besarte.

—Entonces te besaré yo. Sigue estando igual de mal, pero al menos siempre podrás echarme a mí la culpa de todo.

Manu no le permitió decir más porque se acercó a sus labios y lo besó con suavidad, apenas de manera efímera, hasta que se separó y lo miró. No tenía prisa. Quería dejar que Eric se acostumbrara, que le devolviera el beso si de verdad quería o, por el contrario, que se apartara si no estaba en la misma página que él. Pero la reacción que obtuvo fue más que suficiente para

dejarle claro que ambos buscaban lo mismo.

Con calma, llevó una mano hacia su cuello para acariciarlo. Sabía que su piel estaría caliente y palpitando bajo su pulgar. Entonces lo vio acortar la escasa distancia que los separaba hasta que llegó junto a su cuerpo, donde juntó sus labios con los suyos. Sin poder evitarlo por más tiempo, cerró los ojos y se dejó llevar tras apretarse contra él.

Sintió que Eric respondía en ese momento al llevar las manos sobre sus hombros y atraerle así más hacia su boca para profundizar un poco más. Cuando notó que su lengua encontraba la suya, dejó escapar el aire contenido por la nariz. Había comenzado a temblar sin saber muy bien por qué, y se dejó llevar por él porque eso era lo que realmente quería, hasta que sintió que, poco a poco, los besos se hacían cada vez más lentos y perezosos. Con desgana, abrió los ojos.

—Dame una buena razón para que hayas parado —bromeó.

Manu sonrió al escucharlo. Había abierto los ojos y no podía apartar la mirada de esa expresión, aún con los párpados cerrados y los labios separados y anhelantes.

—Ha dejado de llover.

Era cierto. Ya no llovía y el cristal se había empañado debido al calor de ellos dos.

Eric había girado la cabeza hacia la luna trasera del coche.

—Supongo que ha llegado el momento de irnos a casa.

Manu asintió. Se había separado de él con desgana, pero debían aprovechar esa tregua que les estaba ofreciendo el temporal para llegar sanos y salvos a casa. Desde su posición observó cómo Eric se deslizaba entre los dos asientos con pericia y se sentaba tras el volante. Se dio cuenta de que le gustaba ver cómo sus manos toqueteaban el cuadro de mandos del coche para accionar el aire acondicionado y desempañar así los cristales. Ojalá lo hubiera tocado a él así, con esa firmeza y decisión. Cuando accionó los limpiaparabrisas, observó que no parecía haber nadie por los alrededores. Lo vio arrancar e incorporarse con lentitud a la carretera.

Durante el trayecto mantuvieron una charla amena, sobre todo, por parte de Eric, que parecía bastante animado contándole sus aventuras como conductor de Uber. Cuando llegaron, detuvo el coche frente al número del portal de la casa de Manu, tal y como le había indicado al entrar en Madrid. Había comenzado a llover de nuevo, aunque solo eran gotitas leves y salteadas.

—¿Cuánto ha sido el viaje?

Eric había apagado el motor y se había vuelto hacia él.

—No sé.

Manu alzó las cejas, sorprendido.

—¿Cómo que no sabes?

—No sé. De verdad. Estaba fuera de servicio y no he activado la aplicación.

Manu sacó su teléfono del bolsillo con prisas, dispuesto a averiguarlo. La aplicación de Uber seguro le indicaría cuál era el precio tras seleccionar el recorrido, pero Eric lo detuvo cuando puso una mano encima de la pantalla.

—Manu, he esperado a que terminaras con tu trabajo para traerte a casa porque he querido, no para ganar más dinero.

—Pero... —insistió, pero cerró la boca al ver la expresión de Eric. Sabía que no tenía forma de hacerle cambiar de opinión—. Está bien. Te debo una cena o algo así. Lo que quieras.

Eric asintió, aparentemente satisfecho con sus palabras.

—Me parece bien.

Acababa de guardar el teléfono en el bolsillo cuando oyó la voz de Eric.

—Manu, ¿te apetece quedar alguna vez? Ya sé dónde vives. Puedo recogerte —señaló con la

cabeza el portal que le había indicado.

—Claro. ¿Te viene bien el sábado por la noche? A las nueve. Te invito a cenar.

—Perfecto. —Escucharlo lo inundó de alegría porque no le había dado largas, ni había puesto ninguna excusa tonta. No; le había dicho un día y una hora, y eso era porque quería quedar con él —. De noche soy incluso más encantador que por las mañanas. Levantarme temprano no es lo mío.

Manu asintió para darle la razón.

—Lo mío tampoco, pero hay que trabajar, y yo, hasta que no desayuno, no soy persona. Si vienes algún día temprano a mi casa, trae pan. Las tostadas son lo único que pueden hacerme salir de la cama.

Eric se rio y almacenó ese dato en su cerebro para no olvidarlo. Le encantaba la espontaneidad de Manu. Se despidió de él y esperó a verlo entrar al portal de mármol oscuro y rejas negras antes de accionar el motor. Cuando lo perdió de vista en el interior, arrancó el coche y avanzó por la calle. Conocía esa zona muy bien porque vivía bastante cerca, a unos once minutos. Además, esa calle desembocaba en el parque del Retiro y había paseado por allí con su pandilla muchísimas veces.

Dejó el vecindario de Manu atrás con la promesa de volver a verlo muy pronto. Eso que había ocurrido en el coche no le había pasado nunca. Cuando trabajaba, todos sus sentidos estaban concentrados al volante y en la carretera, nada más, pero Manu... Manu era distinto a todo lo que había conocido hasta ahora. Desde que entró en su coche, no había podido apartar los ojos de él, ni ignorarlo, como hacía casi con todos sus pasajeros. Le asustaba pensarlo, pero Manu había llegado para poner su mundo patas arriba y, aun sabiéndolo, estaba deseando que sucediera.

Manu estaba con el desayuno a medias, apoyado en la encimera de la cocina, aún sin vestir y con el pelo revuelto, cuando Antonio llegó para tomarse su café, ya uniformado con su traje de chaqueta y casi listo para marcharse.

Antonio era su mejor amigo desde la infancia. Aunque era un par de años mayor que él, eso no fue ningún problema para forjar su amistad porque habían sido vecinos durante muchísimos años. Las peleas jugando al balón en la plazoleta los habían unido para siempre. Llevaba divorciado cinco años y se había comprado ese piso, que estaba fenomenal, en una zona increíble en el centro de Madrid. Manu le estaba muy agradecido porque, de no haber sido por su hospitalidad, no habría tenido dónde meterse.

Cuando su mujer y él decidieron divorciarse, acordaron dejar la casa familiar para venderla, pensando que lo lograrían en poco tiempo, pero ahí seguía en venta un año más tarde. Patricia, su ex, se había ido a vivir con Daniela, la hija de ambos, a un ático cerca de él, que pertenecía a un cuñado suyo que llevaba muchos años viviendo fuera. A ella le había salido la jugada perfecta, pero él por poco se había visto con una mano delante y la otra detrás. Alquilarse un piso él solo con su sueldo y con lo que tenía que pagarle de pensión a su hija habría sido imposible. Y, por si fuera poco, se le había estropeado el coche.

—Anoche llegaste tardísimo. Te mandé un mensaje. —Antonio se sirvió café en una taza decorada con las letras del banco donde trabajaba y se apoyó en la nevera. Con todo lo grande que era, tanto en altura como en complexión, el electrodoméstico quedó casi sepultado tras su cuerpo.

—Lo he visto, pero cuando llegué a casa vi que ya estabas acostado y no quise despertarte. Total, nos íbamos a ver en el desayuno.

Antonio asintió.

—¿Qué haces aún en pijama? ¿Te has dormido?

—No. Le dije al jefe que anoche llegué muy tarde de la reunión en Aranjuez y me ha dicho que entre hoy más tarde. Lo he pillado de buenas.

—Eso está bien. —Antonio apuró el café y metió la taza en el fregadero—. Ya decía yo que tenías un brillo sospechoso de felicidad en la cara. Yo me habría vuelto a la cama y habría dormido un rato más. Que le den por saco a tu jefe.

Manu se mordió el labio inferior. Seguramente, el brillo al que se refería era porque, desde que se había despertado, no había parado de pensar en Eric. Le contó a Antonio a grandes rasgos su peripecia con el coche y su llamada a Uber.

Antonio asintió con la cabeza, atento a la historia.

—Ah, al fin poniéndote al día con las nuevas prestaciones que te ofrece la vida. Lo que me extraña es que no llamaras a un carruaje para que te sacara de allí.

Manu decidió pasar por alto la pulla y seguir con lo que de verdad quería contarle.

—Llámame como quieras, pero acabé la noche liándome con el del Uber.

Su amigo levantó una ceja y, tras un segundo de asombro, acabó sonriendo.

—Ah, pillín, qué suerte tienes. A mí jamás me han ofrecido ese servicio. ¿Cómo se solicita?

—No, a ver. —Sin poderlo evitar, sintió la necesidad de aclararlo lo antes posible porque no era justo que pensara de Eric algo que no era cierto—. Surgió por parte de ambos. No sé. Hubo... química entre nosotros. No es que el chico fuera buscando guerra con el primero que se metiera en el coche ni nada por el estilo.

—Ya... —Antonio no parecía muy convencido—. Manu, como sabes, tengo un hijo de veinticuatro años que pone exactamente la misma cara que has puesto tú cada vez que se inventa alguna excusa para dar pena y sacarme más dinero.

—Cierto. Lo he presenciado en directo pero, de verdad; Eric no tiene pinta de ser la abeja Maya e ir de flor en flor.

Antonio lo agarró del hombro y se lo apretó.

—Tú lo has dicho. No tiene pinta, pero oye, da igual, ¿no? Ha sido ¿qué? ¿Un par de besos y listos? Ni que fueras a casarte con él.

Manu agitó con rapidez la cabeza.

—No, claro que no. Además, se notaba que era más joven que yo. No sé... Treinta y pocos. A esa edad, la gente aún no se casa.

—Menos nosotros dos, que fuimos gilipollas.

—Eran otros tiempos. Ahora todo es distinto.

Antonio resopló.

—Y tan distinto, como que has besado a un tío. Dime al menos que no era como tu ex, pero con bigote.

Manu se rio.

—No, tranquilo. Lo último que quiero es encontrar la imagen de Patricia en todas partes.

—Mejor. Bueno, me voy a trabajar. Estoy deseando llegar a mi mesa en la sucursal para tachar un día más en el calendario y contar los pocos que quedan para mis vacaciones.

—Vete ya. —Manu lo echó y se quedó solo en la cocina con una sonrisa tontorróna que le iluminaba el rostro. Era cierto que no conocía a Eric de nada, pero no le había dado esa sensación de ir de oca en oca sin mirar nada más. Aunque, si así fuera, ¿a él qué más le daba? Habían sido unos besos en el asiento trasero. Listos.

Eso le hizo recordar que, al poco tiempo de divorciarse de Patricia, salió por ahí buscando algo, lo que fuera. Y lo encontró. Eso que sucedió, nació y murió esa noche. No buscaba nada permanente. Ni siquiera estaba seguro de haberle preguntado su nombre. No recordaba gran cosa, y eso que no había bebido; solo que el hombre estaba en la misma página del libro que él y ninguno buscaba otra cosa que durase más que un par de horas. Esa fue su primera y última incursión en locales de ambiente. No se sentía cómodo con las relaciones que tenían las horas contadas. Eso había sido un desfogue producido por un calentón de haber estado muchos años con una mujer y la necesidad de sentirse deseado de nuevo.

Durante todo el tiempo que había durado su matrimonio no había anhelado a nadie más, hombre o mujer. Hasta que ese amor desapareció. Tristemente, se había dado cuenta de que, por mucha libertad que tuviera, él era de esa clase de personas a la que le iban las relaciones estables y duraderas. No podía evitarlo, y sospechaba que era algo que no iba a cambiar de buenas a primeras.

Dejó su taza en el fregadero y fue a ducharse. No quería comerse más la cabeza. Habían sido un par de besos. Nada más. Habían quedado para el sábado, pero eso no significaba nada. ¿Verdad? Solo que le debía una cena en agradecimiento por haberlo esperado y no haberle cobrado el viaje.

Eric se desahogó en la cama y se quedó mirando al techo con la mente perdida en los recuerdos de la noche anterior. Se sentía bien, mejor que otras muchas mañanas, y eso era gracias a Manu. Pensar en él y en lo que había pasado le dibujó una sonrisa tímida acompañada de un leve rubor de mejillas.

Jamás se había enrollado con ningún pasajero. Nunca. Era algo que siempre había tenido claro. Hasta hacía unas horas. Aunque, técnicamente, en el momento en el que besó a Manu, no era su pasajero. Lo había sido antes, pero no durante todo el camino de vuelta a casa.

No estaba trabajando, no había activado la aplicación. Ni le había cobrado. Así que no tenía motivos por los que sentirse culpable. De hecho, no lo estaba... Se sentía demasiado bien para sentir vergüenza o arrepentimiento.

Después de mariposear como un tonto por los recuerdos de la noche anterior, le mandó un mensaje a su amigo Moisés. Sus padres tenían un taller y tenía plena confianza en ellos para que le mirasen la ventanilla del coche. Podía hacerlo él, pero prefirió fingir que no sabía para tener una excusa y ver a su amigo.

Recibió una respuesta de Moi en el acto. Se encontraba en el taller y lo esperaría allí en una hora. Parecía que su amigo se había animado a ir a trabajar, y eso era una buena señal, porque desde que le habían diagnosticado su enfermedad, cada vez pisaba menos el taller.

Se levantó de la cama y caminó por el piso directo al cuarto de baño. Necesitaba una ducha urgente. No había rastro de su madre, pero era normal porque la buena mujer se levantaba muy temprano para ir a trabajar. Cuando se duchó, buscó unos vaqueros y una camiseta en el armario y fue a la cocina a prepararse un café. Allí, al lado de la ventana, estaba su hámster, Milagroso. Abrió la puerta de la jaula, le acarició la cabecita gris y luego le dio media galleta. El bichito peludo corrió con ella a una esquina y comenzó a comérsela.

Eric dejó la taza dentro del fregadero, se metió un chicle de menta en la boca y cogió la cartera y las llaves listo para salir de casa. Antes de ir a donde Moi, tenía que prepararse psicológicamente.

Había conocido a su amigo unos cinco años atrás, en un curso que hizo de mecánica, y desde entonces se habían hecho muy buenos colegas al hacer las prácticas en el taller de sus padres. Aún recordaba lo bien que se lo pasaron ese año. Solía quedarse en su casa a comer y los fines de semana salían de marcha por ahí con otros compañeros del curso. Lo normal en chavales de su edad. Hasta que a Moi le detectaron un cáncer intestinal dos años atrás.

Hablaba mucho con él por teléfono, sobre todo, por mensajes, porque su amigo había dejado de salir. Decía no tener ganas y él lo entendía. No sabía lo que era estar en su situación, pero recordaba lo que era no tener ganas de nada porque la vida ha decidido arrebatarte injustamente algo que era tuyo.

Unos meses atrás, Moi le mandó un mensaje donde le decía que el cáncer se había extendido y que ya no podían hacer nada por él, que era cuestión de tiempo. Recordó que estuvo llorando durante horas. Incluso rompió el pomo de la puerta de su cuarto al tirar de él con todas sus fuerzas por la ira que tenía contenida que no sabía descargar de otra manera. Desde entonces se habían visto en muy contadas ocasiones porque Moi apenas salía de su casa y nunca tenía ganas de ir a tomar algo con la pandilla. A veces, cuando se encontraba bien, iba al taller de sus padres. Si hoy estaba allí, es que había tenido un buen día y él iba a aprovechar para verlo.

El negocio se encontraba en Leganés. Hacía un tiempo que no iba, pero no se había olvidado

del camino. Incluso recordaba qué calles tomar para pillar menos atascos.

Al llegar, aparcó en la acera de enfrente, se bajó del coche, y caminó hacia la puerta principal, que era una baraja de metal abierta de par en par donde se mostraba casi todo el taller por dentro. No necesitó llegar hasta allí porque su amigo salió a su encuentro. Durante un segundo no lo reconoció. ¿Cómo iba a ser esa persona tan extremadamente delgada que caminaba como un octogenario un chaval de veintidós años? Se tragó el nudo que se le había formado en la garganta y sonrió. Eso era lo único que podía hacer para animar a su amigo.

—Qué bien te veo, Moi. Esa camiseta del Fari no luciría igual en otra persona. —Siempre se había metido con él por sus gustos un tanto extraños.

—Menudo mamón estás hecho. Siempre igual. —Moi llegó hasta él y le dio un abrazo—. Tú sí que estás feo. Vas cuesta abajo y sin frenos.

Eric sonrió. De cerca, su amigo no parecía tener veintipocos años. Estaba demacrado, con un color pálido en la piel y ojeras. Parecía mentira que ese fuera el mismo chico regordete que, cinco años atrás, había hecho mil y una dietas para bajar de peso. Ironías de la vida, que era una verdadera hija de puta cuando se lo proponía.

—No te quito razón. —No sabía qué responderle. Tenía que dejar esos pensamientos a un lado y disimular como fuera—. Tío, necesito tu ayuda. Ayer se montó un capullo en el coche y estuvo jugando con la ventanilla trasera derecha y me la ha dejado tonta.

Moi observó el coche.

—El coche debe tener garantía, ¿no? ¿Lo has llevado a la casa oficial? —Lo miró, preocupado—. ¿Y por qué no lo has mirado tú? ¿O es que ya se te ha olvidado todo lo que te enseñó mi padre?

Eric negó con la cabeza. Su padre era una de las mejores personas que había conocido en la vida. Durante mucho tiempo había envidiado a su amigo por la suerte que había tenido de tener un progenitor tan increíble. Él, por desgracia, no podía decir lo mismo del suyo.

—No quería meter la pata. Y la casa oficial no me daba cita hasta la semana que viene —mintió—. Además, paso de que se mojen los pasajeros y me pongan una valoración negativa por una tontería.

Moi abrió la puerta y miró la ranura de la ventanilla. Luego sacó una ganzúa del bolsillo trasero del pantalón vaquero y la deslizó por el orificio. Un segundo más tarde, un rollito de papel salió disparado hacia ellos.

—Menudo cabrón. —Eric recogió el rollito del suelo y lo miró. Parecía el ticket de una factura o algo parecido—. Se lo podía haber metido a su padre por el...

—Hola, Eric.

Eric levantó la cabeza y se giró al oír la voz de la madre de Moi, justo antes de soltar sapos y culebras por la boca.

—María José. —Caminó hacia ella para saludarla con un abrazo y dos besos—. Me alegra volver a verte.

La mujer lo estrechó con cariño. Era más que evidente que Eric siempre había sido muy especial para ella.

—Y yo. No sabes cuánto me alegro de que hayas venido a visitar a Moi. No quiere ver a nadie.

—Mamá...

—En realidad, he venido porque necesitaba su ayuda, pero ya está arreglado. Moi es una máquina.

María José asintió, con cara de madre orgullosa.

—¿Os apetece ir a por un par de piezas al desguace de Fátima? Iba a ir yo, pero si está Eric aquí... —Miró a su hijo para buscar su aprobación porque no quería obligarlo a hacer nada si no le apeteecía—. Podéis daros una vuelta. Después del diluvio de ayer, ha quedado un día muy bonito.

Eric miró al cielo. Parecía mentira que la noche anterior estuvieran en alerta y esa mañana hubiera amanecido un día tan soleado.

—Está bien. Dile a papá que termine de meter las facturas en el ordenador. Me quedaban solo un par de ellas.

Eric detuvo el coche lo más cerca que pudo de la entrada al aparcamiento del desguace de Fátima, como lo llamaba la madre de Moi. Era un lugar enorme que estaba cerca de Parla, cogiendo por la Autovía de Toledo. No era de ella, ni mucho menos, pero llevaba mucho tiempo trabajando allí. Fátima había hecho el curso de mecánica con ellos, y al ser la única mujer entre todos los chicos, hizo amistad enseguida con Moi y con él.

Antes de quitar la llave del contacto, ya tenía el móvil en la mano para mandarle un mensaje a su amiga y decirle que estaban en la puerta. Era mejor así; si entraban a buscarla, podían tardar en encontrarla toda una vida porque aquel sitio era gigantesco. Un minuto más tarde, cuando ellos todavía estaban saliendo del vehículo, la chica apareció por la puerta principal.

—¡Tíos! —Fátima llegó hasta Moi y lo abrazó. Luego se giró hacia Eric y le dio otro abrazo igual de cariñoso.

Fátima era una chica negra, con sobrepeso y unos pelos a lo afro que podían verse desde cualquier punto del desguace. A eso tenía que añadir que solía llevar ropa con colores muy estridentes y el chaleco de seguridad encima. Eric una vez bromeó que, si se lo proponían y pasaban con ella el tiempo suficiente, podría hacer ver a un ciego.

—Te veo genial. —Eric lo decía de verdad. Su amiga rebosaba salud. Todo lo contrario que Moi.

—Gracias. Siempre has tenido muy buen gusto en mujeres, incluso para ser gay —respondió ella. Siempre se habían picado y era algo que se les daba muy bien.

—De nada. Ya me conoces. Lo que habría que analizar son tus gustos, para empezar.

Fátima lo miró con una ceja levantada.

—Cariño, soy mujer, negra, gorda, lesbiana y de Vallecas. ¡Mis gustos son legendarios!

Eric y Moi se echaron a reír. Fátima era única y no se la podía comparar con nadie. Esa mujer era todo un ejemplo que seguir.

—Y bien, ¿qué os trae por este sitio de mierda?

—Mi padre necesita un parasol y un embellecedor.

—Tenemos miles. ¿De qué modelo?

—Para un Ford Taurus del ochenta y seis.

—¿¡Cómo!? —Fátima no podía abrir más los ojos—. ¿Pero alguien sigue conduciendo esa tartana?

—Shhh, un respeto para los que nos gustan los coches antiguos. —Eric tenía un millón de revistas de coches considerados *vintage* y de pequeño tuvo muchas réplicas en miniatura hasta que su padre se las destrozó todas y las tiró a la basura.

—El club del automóvil va a hacer una marcha el mes que viene y ha venido un cliente que quiere remodelar un coche que tenían sus padres en el pueblo.

—Joder... Bueno, a ver. Déjame pensar. Vamos a tener que darnos un paseo curioso porque algo tan concreto no va a ser fácil.

—Mierda. Nos vas a meter en el bus ese que recorre todo el desguace, ¿no? —Eric había vivido más de una vez lo que era montarse en ese trasto, necesario por otro lado, porque era casi imposible hacerlo caminando.

—Que no, tonto. —Fátima les hizo señas con el brazo para que la siguieran—. Iremos en mi furgoneta. —Cuando vio que los chicos iban muy despacio, les metió prisa—. ¡Venga! Que no tengo todo el día.

Pasaron parte de la mañana buscando las piezas que necesitaba el padre de Moi. Era una petición muy complicada porque ya no solían entrar coches tan antiguos.

Aunque la búsqueda fue infructuosa, Fátima prometió seguir buscando durante esos días y, si no lo encontraba, haría un par de llamadas a colegas de otros desguaces por si tenían piezas del coche que andaban buscando.

Cuando regresaron de nuevo al aparcamiento, Moi se sentía un poco agotado. Solía ocurrirle, por lo que se sentó en el asiento del copiloto y le pidió a Eric que le echara el asiento hacia atrás. Él obedeció al instante. Abrió la puerta de atrás para desenganchar el cinturón de seguridad cuando se dio cuenta de que había algo en el suelo, medio oculto por el asiento delantero. Lo cogió y lo miró.

—¿Ya has empezado a robarle la cartera a tus pasajeros? —Fátima, que se había puesto a su lado, miró cómo la abría—. Para que luego digan que los de Vallecas somos «unos prendas».

Eric la escuchaba a medias. Tenía ante sí el documento nacional de identidad de esa persona, junto con sus tarjetas de crédito, algo de dinero en efectivo y un par de *tickets* de un *parking*. Como embrujado, no podía dejar de leer su nombre.

Manuel Soler Rojas. Ese era Manu.

Eric se despidió de Fátima y llevó a Moi de vuelta al taller. No le veía tan mala cara como antes; quizás porque el cambio de aire le había venido bien, o quizás porque se había acostumbrado a que ese fuera su semblante habitual.

—Tío, van a venir los Guns N' Roses de concierto. ¿Te apuntas? No sé si en enero o en febrero. Me confundo con las fechas de Barcelona.

Moi lo miró con tranquilidad.

—Sabes que es muy posible que no tenga dos meses, ¿verdad, Eric?

Eric lo escuchó y se quedó congelado durante unos segundos mientras las palabras de su amigo retumbaban de un lado al otro en su cabeza. Acabó asintiendo sin apartar la mirada del volante. Si lo hacía y miraba a su amigo, se echaría a llorar y no quería montar esa clase de espectáculo.

—Y no quiero dejarte con la entrada colgada —siguió Moi—. Aunque siempre podrías ir con Fátima o con Alberto.

Eric gruñó.

—Ya contaba con que Fátima viniera con nosotros. Seguro que se apunta. Pero con Alberto paso. Prefiero enrollar la entrada, prenderle fuego y metérmela por el culo.

Moi se rio.

—Tienes razón. Es un capullo. Me lo encontré hace unos meses. Le dije que tenía cáncer y va el tío y me suelta que al menos ya estoy delgado.

—Menudo gilipollas. Lo atropellaré de tu parte cuando lo vea.

Moi asintió. Abrió la puerta y salió despacio. Antes de cerrar, miró a su amigo por la ventanilla bajada del copiloto.

—Vamos hablando si quieres.

Eric asintió y al fin se atrevió a mirarlo.

—Por supuesto. Mañana te llamo. —Le hizo un gesto obsceno con la mano, algo bastante común entre ellos, y esperó a que Moi le contestara de la misma manera. Solo entonces se marchó, con lágrimas en los ojos y dándose cuenta de que la vida no era justa. Si era verdad que existía un plan maestro para cada uno, al menos podía dar alguna pista para evitar sentir ese desconsuelo y esa rabia que lo invadía por dentro. ¿Se podía hacer algo para luchar contra la sensación de que iba a perder a su mejor amigo?

Eric no tardó demasiado en llegar desde el taller hasta la calle de Manu. Aparcar fue otra historia. Solo le costó tres vueltas y un par de insultos a un taxista que pasó demasiado pegado a su coche y le faltó poco para que le arrancara el espejo retrovisor izquierdo de un golpe.

Recordaba a la perfección la dirección que había leído en el carnet de Manu. Coincidió con el sitio donde lo había dejado la noche anterior. Quizás, por la hora que era, el hombre ya se hubiera ido a trabajar, pero al menos iba a intentarlo para que se quedara tranquilo y supiera que su cartera estaba a salvo. Por experiencia sabía lo tedioso que era tener que dar de baja tarjetas de crédito y demás, y solicitar otras nuevas.

Cuando llegó al oscuro portal de mármol negro, las puertas estaban abiertas. Varios operarios

parecían estar llevando a cabo algunas obras de mantenimiento y estaban al fondo del pasillo arrastrando una máquina muy pesada. Sin esperar nada más, siguió su camino.

Unas escaleras con una alfombra azul en el centro lo guiaron parte del recorrido. Subió los escalones para encontrarse a la izquierda una pared blanca y, frente a ellos, unos sofás negros de cuero junto a una mesa del mismo mármol de la entrada. Se notaba que el edificio tenía que ser de los años setenta como mínimo. Al menos, la decoración lo era.

El resto de la entrada era enorme y buscó algún cartel indicativo que lo llevara hacia la letra de la puerta correcta. Solo tenía que ir hasta el primero, al menos así rezaba en su DNI, por lo que caminó hacia la primera escalera que encontró y se dispuso a subir, pero un hombre con un uniforme gris lo detuvo.

—Disculpe, ¿puede subir por el ascensor? Estamos arreglando los escalones que están rotos.

—Claro. Sin problema.

—Aquí al lado tiene uno. Los otros están al fondo.

Eric asintió y caminó hacia el que le había indicado. Sospechaba que, por la letra que estaba buscando, ese iba a quedar más cerca.

Error.

Cuando llegó a la primera planta, tuvo que recorrer un pasillo eterno, muy parecido al de *El Resplandor*. Sin niñas feas y sin sangre, aunque igual de siniestro. Nunca le había dado buen rollo esas comunidades donde vivían mil personas, quizás porque él llevaba viviendo desde siempre en una barriada humilde, donde eran pocas familias por planta y las paredes eran tan finas que incluso podías pensar que compartías cama con el vecino.

Al llegar a la puerta llamó al timbre. No iba a negar que se encontraba algo nervioso. No conocía mucho a Manu. ¿Y si tenía pareja y no se lo había dicho? Quizá le había mentido sobre su vida, directamente. Podían ser tantas cosas... Cuando estaba casi a punto de entrar en pánico y marcharse corriendo de allí, la puerta se abrió. Ante él apareció Manu con la cara seria y el pelo revuelto.

—Eric... —No pudo ocultar su sorpresa al verlo—. ¿Qué haces aquí?

Eric parpadeó confundido.

—Yo... —Levantó la mano para que viera la cartera—. Se te cayó en mi coche y he pensado que la ibas a necesitar.

Manu se pasó las manos por la cabeza, lo que consiguió que se despeinara aún más. Era muy posible que hubiera sido así como había alcanzado a tener esos pelos.

—Joder... —La cogió y miró a Eric—. Llevo buscándola toda la mañana. Me has salvado la vida. Gracias.

Eric se puso un poco colorado por el comentario.

—No creo. Los trámites para renovarlo todo son un coñazo, pero habrías sobrevivido. —Intentó quitarle hierro al asunto—. He tenido que abrirla para ver de quién era, pero te prometo que no he mirado nada más.

—No, no, tranquilo. Está bien. —Metió la cartera en el bolsillo trasero del pantalón sin comprobar el resto, cogió las llaves del piso y cerró tras él—. Te prometo que otro día te invito a pasar, pero voy tarde. He tenido que llamar a mi jefe hoy ya dos veces; la primera para decirle que la reunión de ayer terminó de noche y que me dejara entrar más tarde, y la otra llamada para decirle que había perdido la cartera con toda la documentación, tarjetas, dinero... todo dentro, y no podía ir a trabajar así.

—Ya veo que has empezado el día a lo grande. —Eric no comentó nada más. No se le había

pasado por alto que Manu no había comprobado la cartera al metérsela en el bolsillo. Eso demostraba la enorme confianza que tenía en él y le gustó.

—Ni que lo digas. —Manu cerró con llave y tomó rumbo hacia la escalera, pero Eric lo detuvo.

—Están arreglando varios escalones. Un técnico me ha dicho que pillara el ascensor.

—Mierda, es verdad. Pusieron carteles en toda la comunidad para notificarlo. —Miró el ascensor algo compungido—. No soy muy amigo de esos trastos y apenas suelo usarlos. Cuando no tengo más remedio.

Eric, que le vio la cara, sonrió.

—¿Te dan miedo?

—No, miedo no. —Lo miró—. Pavor.

—Venga. —Lo agarró con suavidad del brazo y lo llevó hacia la puerta del ascensor—. Es solo un piso. Serán apenas unos segundos y yo estaré aquí contigo. Si nos quedamos encerrados, siempre podrás comerme a mí primero.

Manu se giró para mirarlo con cara de pocos amigos.

—Eso no ha tenido nada de gracia.

Eric optó por callarse, abrir la puerta y empujarlo para meterlo en el habitáculo. Luego cerró tras él y apretó el botón de la planta baja. De inmediato, el ascensor bloqueó las puertas metálicas de seguridad y se puso en marcha. Solo era una planta y no iban a tardar demasiado.

Manu miró al suelo de granito gris y respiró hondo. De pronto, el ascensor se paró, las luces se apagaron y se encendió una luz roja de emergencia en el techo.

—Dios, lo sabía. —Pegó la espalda a la pared y cerró los ojos con fuerza.

—Tranquilo. —Eric ya no tenía ganas de bromear. A su madre tampoco le gustan los ascensores y sabía lo mal que lo pasaba cuando tenía que subir en uno, por eso dejó las bromas a un lado porque a Manu podía darle un ataque de nervios. Apretó varios botones, pero el ascensor no reaccionó. Al oír una voz fuera, probó suerte—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Estamos encerrados.

—Hola. Sí. —Se escuchó al otro lado de las puertas—. ¿Están bien?

Eric miró a Manu, que aún tenía los ojos cerrados y estaba tieso como un palo pegado a la pared del fondo contra el espejo.

—Sí, aunque hay un propietario que está algo nervioso. ¿Qué ha pasado? ¿Pueden sacarnos?

—Han saltado los fusibles. Creo que se ha roto un diferencial. Ya han ido a arreglarlo. Si quieren, puedo abrirles las puertas de manera manual. Se han quedado entre el primer piso y el bajo. Podrían deslizarse por el hueco que queda y saltar. No es muy complicado.

Eric miró a Manu, por si le parecía buena idea, pero este ya había agitado la cabeza de un lado a otro.

—¿Seguro? —susurró para que no lo escuchara el hombre de fuera—. ¿Prefieres quedarte aquí encerrado a salir?

Manu abrió los ojos y lo miró como si le hubieran salido dos cabezas.

—¿Sabes cuántas veces sucede algo así en las películas? Justo cuando están saliendo del ascensor, ¡zas!, se derrumba y parte por la mitad al que pille. Así que no. Conmigo no cuentas. Vete tú si quieres.

Eric negó con la cabeza. Ni loco iba a dejarlo allí solo con el miedo que tenía.

—No pienso abandonarte. Seremos como los músicos del Titanic... Nos quedaremos aquí hasta que esto se hunda.

—La palabra hundir no ayuda demasiado en este momento, pero te lo agradezco. —Respiró hondo, posiblemente para tranquilizarse—. Bueno, si esto se cae, la altura es poca hasta el garaje, ¿no?

—Manu... No nos vamos a caer. No hay ningún fallo en el motor ni en lo que sea que sujete esto. Solo se ha ido la luz, ¿de acuerdo? En cuanto lo arreglen, seremos libres. —Luego se dirigió a la persona que les había hablado al otro lado del ascensor—. Oiga; esperaremos a que regrese la luz. Gracias.

—Tienes razón. —Manu se pasó la mano por la cara. Había comenzado a reaccionar. Al menos, no le había pasado estando solo. Eso habría sido mucho peor. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y lo miró—. ¿Tendré cobertura? Voy a dejarle un mensaje a mi jefe. Ya va la tercera vez que le aviso hoy que me retraso. Si de esta no me despide, es que me aprecia más de lo que yo pensaba.

Eric esbozó una sonrisa. Le gustaba verlo más recuperado.

—No puede echarle por esto porque no es culpa tuya. No sería legal.

Manu escribía rápido en la pantalla con un solo pulgar, señal de que tenía bastante práctica.

—Eso sería en un mundo perfecto y ya te digo yo que este no lo es. —Terminó de mandar el mensaje y guardó el teléfono en el mismo sitio. Entonces miró a Eric. —¿Te he dado las gracias por traerme la cartera?

—Sí. —El tono de Eric fue suave, incluso arrastró un poco la vocal.

Manu lo miró. Ahora se le veía algo más relajado que antes.

—Parece que estás destinado a salvarme el culo. Primero, ayer, al llevarme y traerme en tu coche. Luego, al recuperar mi cartera y, ahora, aquí, porque si me llego a quedar encerrado solo...

—A final de mes te pasaré mi factura —bromeó.

—Te debo una comida, o una cena. O lo que quieras. Lo que más te guste.

—Lo que mejor te venga. Tengo un horario flexible. —Eric se lo quedó mirando—. Tampoco estás obligado a nada.

—Ya, pero quiero hacerlo. Si te viene bien.

—Sí, porque estoy deseando conocerte un poco más.

Manu no pudo evitar mirarlo. El corazón le había comenzado a latir con fuerza y nada tenía que ver el hecho de que estuviera encerrado en un ascensor medio a oscuras, con una luz roja sobre su cabeza y la inquietante sensación de que iban a quedarse sin oxígeno allí dentro. Él también se moría por saber un poco más de él. Ya había comprobado que las relaciones esporádicas, un “aquí te pillo, aquí te mato”, no iban con sus gustos. A él le gustaba conocer a las personas, sobre todo, si quería llegar a tener algo más íntimo. Y no iba a negarlo; Eric lo ponía mucho.

—Eric... —Manu se percató de que se había arrimado los pocos centímetros que estaba separado de él. Esos ojos grandes y profundos eran espectaculares, y formaban un cuadro perfecto con su aniñada cara. Eso hizo saltar la alarma de su cerebro—. Eric...

—¿Hmm? —Escuchó a Eric murmurar mientras se había ido acercando hasta casi rozar sus labios. Se arrimó el último milímetro y le rozó la comisura de la boca con suavidad, igual que la noche anterior, como si le pidiera permiso. Era una sensación tan deliciosa que ambos se perdieron en esa vorágine cuando sus lenguas se encontraron.

—Eric. —Interrumpir era sin duda ser un idiota, pero Manu no podía seguir sin soltar lo que tenía en la cabeza—. ¿Qué edad tienes?

Eric no parecía demasiado preocupado por la pregunta y le mordisqueó el labio inferior antes de responder.

—¿Importa?

A Manu le entró el pánico. Imaginarse allí metido con un menor era más que suficiente para echarse a temblar, pero luego recordó que Eric tenía carnet de conducir, así que eso quedaba descartado.

—Por favor. Dímelo.

—Está bien. —Arrastró las palabras, perezoso—. Acabo de cumplir veintitrés.

A Manu le entró una risa nerviosa y se echó hacia atrás alejándose así del joven.

—¿Qué? —Eric se lo quedó mirando sin comprender el porqué de esa risa.

—Que puedo ser tu padre, Eric. Eso pasa. —Se limpió el rabillo del ojo porque hasta se le habían llenado los ojos de lágrimas por la risa—. Yo tengo cuarenta y dos años.

—¿Y qué? —El joven no parecía encontrar nada malo en su edad y no pillaba a dónde quería llegar.

—¿Cómo que «y qué»? No soy un asaltacunas ni un tío madurito de esos que van buscando jovencitos para sentirse ellos jóvenes también.

Eric volvió a arrimarse hasta que lo acorraló en una esquina del ascensor, junto al espejo.

—No creo que lo seas —susurró sobre sus labios, visiblemente maravillado porque solo había necesitado un segundo para que Manu volviera a caer rendido ante él, con esa boca pecadora expectante por ser besada de nuevo. Y eso hizo; terminó de pegar su cuerpo al suyo y le acarició los labios, despacio, con cariño.

Manu sabía que, mientras lo besara, no iba a salir jamás de ahí, y tenía que hacerlo. Diecinueve años era demasiada diferencia.

—Eric. —Lo volvió a intentar esperando tener suerte esa vez—. Tengo edad para ser tu padre y no puedo liarme con un crío.

Eric le agarró una de las manos y se la llevó a su entrepierna, donde se notaba bajo los vaqueros un prominente bulto.

—¿Esta es la polla que tendría un crío?

Manu tenía que admitir que no, y eso fue lo que hizo; mover la cabeza de un lado a otro, porque se le había secado la boca y no era capaz de articular palabra.

—¿Qué estabas haciendo tú a mi edad, Manu? —La pregunta fue un susurro casi inaudible que Eric dejó caer sobre la comisura de la boca después de que ambos apartaran las manos de su bragueta.

—Con veintitrés años ya había terminado la carrera y tenía un trabajo estable. El mismo que tengo ahora en la asesoría. Me casé varios meses más tarde y al poco tiempo nació mi hija.

—¿Ves? Tú ya eras lo suficientemente mayor para casarte y fundar una familia; sin embargo, a mí me estás llamando niño. No es justo.

Manu respiró hondo. Eso iba a ser más complicado de lo que pensaba.

—Porque es así. Los chavales de hoy en día maduran más tarde, pero no es culpa vuestra; al menos, no del todo. De todas formas, no estamos en la misma página del libro. Tú tienes unas necesidades propias de tu edad y yo tengo otras.

Eric negó despacio, sin apartar la mirada de él.

—Lo que necesito lo tienes tú, Manu.

El cuerpo de Manu tembló al oírlo. No podía ignorar algo así. Era imposible.

—Joder... —Lo agarró de la camiseta y tiró hacia él a pesar de que la distancia ya era

bastante corta de por sí y volvió a besarlo. ¿Cómo diablos se resistía alguien a algo así?

Lo acorraló en una esquina para besarlo. No tenía muy claro si a Eric le gustaba ese lado algo salvaje e impetuoso que a veces se adueñaba de él, pero por la expresión del joven, no parecía estar para nada disgustado.

Las luces del ascensor volvieron a la normalidad y los motores hicieron un pequeño chirrido al accionarse, pero ninguno de los dos se dio cuenta. Solo reaccionaron cuando escucharon una voz que venía de fuera.

—Oiga. ¿Siguen ahí?

Eric ocultó una sonrisilla y se inclinó sobre el oído de Manu.

—¿Por dónde cree ese hombre que podríamos haber escapado?

—Shh —lo mandó a callar, no fuera que el operario se enfadara y los dejara más tiempo ahí encerrados. Aunque besar a Eric era muy satisfactorio y gratificante, la otra mitad de su cerebro, la mínima que no estaba implicada en esa actividad, le hacía estar en alerta para salir de ahí cuanto antes. Entonces alzó la voz—. Sí. Estamos aquí.

—Ya pueden usar el ascensor.

—Seguro que este hombre era el más listo de su clase.

—Shh. —Repitió otra vez y apretó el botón de la planta baja. Contuvo el aliento mientras el aparato se movía en esa poca distancia que había hasta llegar al suelo.

Cuando las puertas de seguridad se abrieron, empujó la que daba acceso a la entrada del portal y salió lo más rápido que pudo. Luego se volvió para mirar a Eric, que había salido tras él, aunque mucho más despacio.

—¿Se encuentran bien?

Manu miró al hombre que había hecho la pregunta. No era el conserje habitual. Debía de ser algún trabajador de los que estaban allí para arreglar los escalones.

—Sí. Gracias. —No se esmeró demasiado en la respuesta porque llevaba demasiado tiempo allí metido y necesitaba con urgencia algo de aire fresco. Se despidió del hombre con un gesto de cabeza y caminó hacia la puerta de la entrada. Bajó todos los escalones hasta quedarse en el último mientras apreciaba la pequeña brisa que le daba en la cara.

—Si te encuentras mal, te llevo a casa, pero subimos por las escaleras, ¿eh? Me da igual si ese hombre nos dice que los escalones están recién puestos. Soy capaz de escalar la fachada contigo cargado sobre mi espalda.

Manu se rio. Eric se había colocado a su lado y lo miraba.

—Gracias por no dejar que entrara en pánico allí dentro.

—Un placer. —El joven parecía algo sonrojado—. Cuando quieras repetimos.

—¿Te apetece quedar mañana por la noche para tomar algo? Podemos ir a cenar algo de manera informal. Aquí cerca hay un bar muy chulo. Seguro que te gusta. —Era consciente de que la noche anterior habían quedado para el sábado, pero eso eran demasiados días para el fin de semana y él tenía ganas de conocerlo en ese momento. ¿Para qué esperar entonces?

—Perfecto. ¿A las nueve?

—Sí. Te esperaré aquí en la puerta y te abriré el garaje para que metas el coche en mi plaza de aparcamiento.

—Ah, genial. Gracias. —Eric iba a bajar el escalón que le faltaba y marcharse, pero antes de hacerlo, se giró y volvió a mirarlo—. ¿Te acerco al trabajo?

—No, gracias. La asesoría está dos calles más arriba. Vas a tardar más dando la vuelta para poder acceder que yo caminando.

Así eran las ciudades grandes; muchas veces, lo mejor era ir a pie.

—De acuerdo. —Eric sacó el teléfono del bolsillo, lo desbloqueó y se lo tendió—. Apunta tu teléfono. —Una vez que Manu tecleó su número y le dio a aceptar, apagó la pantalla y se lo volvió a guardar—. Mañana nos vemos.

Bajó el escalón y le hizo un gesto con la mano para despedirse. Manu se vio respondiendo el mismo gesto con la mano. ¿Qué diablos le pasaba? ¡No tenía quince años!

—Hasta mañana. —Cuando lo vio desaparecer se quedó mirando al frente, como ido, rememorando ese mágico momento en el ascensor. Entonces se acordó de que tenía que ir a trabajar y que su jefe tenía que estar que mordía. Como un rayo, puso rumbo a la asesoría; eso sí, con una enorme sonrisa que le iluminaba toda la cara.

Eric estuvo sonriendo como un tonto casi todo el día. No le importó que los clientes de esa tarde fueran particularmente pesados. Parecía que el gesto de despedida de Manu le había dado inmunidad contra los tocapelotas. Ojalá se sintiera así todos los días.

Antes de regresar a casa pasó por el pequeño supermercado que se encontraba en la esquina de la casa de su madre, donde ella trabajaba desde que él tenía uso de razón. Incluso conocía a las compañeras que llevaban allí toda la vida. Eran como una gran familia, y eso era algo que lo alegraba porque fueron precisamente ellos los que ayudaron a su madre cuando más lo necesitaba.

Entró en el súper y cogió una cesta porque recordaba que tenía que llevar cosas a casa. Pasó por al lado de las cajas y le guiñó un ojo a una de las cajeras de más edad. Esa mujer, que tenía edad para ser su abuela, seguía trabajando al pie del cañón como si los años no pasaran por ella. Cuando vio que le respondía de igual manera, sonrió y siguió su camino hacia el primer pasillo.

No tuvo que recorrer demasiado para encontrar a su madre porque estaba allí mismo, entre los rollos de papel higiénicos y las servilletas. Sin avisarle de que llegaba, caminó hacia ella por su espalda y le dio un beso en el cogote. ¿Desde cuándo le sacaba más de una cabeza?

—Uy. ¿Quién es? —Carmen, sorprendida, se dio la vuelta.

Eric alzó una ceja.

—¿Cómo que quién es? ¿Hay más personas que te besan así, mamá? —bromeó.

—Sí. Miguel Ángel Silvestre, pero quiere que lo nuestro sea un secreto.

Eric se rio. Ya no le parecía raro compartir los mismos gustos con ella.

—¿Hago una pequeña compra?

Su madre asintió y se lo quedó mirando cuando, sin haberle dicho nada, cogió los rollos de papel higiénicos que estaba colocando y los puso en orden en el estante de arriba, donde sabía que a ella le costaría llegar.

—No me ha dado tiempo de apuntar lo que necesitamos. Pilla lo que quieras para cenar, Eric, y ya hacemos la compra mañana o pasado. Deja el *ticket* ahí que luego lo pago yo.

Eric terminó de colocar lo que llevaba en el carro. De pequeño, cuando había estado ahí con ella, él la ayudaba a poner las cosas en orden. Recordaba cómo ubicaba los artículos en las baldas más bajas y le daba a su madre lo que él no alcanzaba. Ahora era al revés y le producía un sentimiento al que no sabía poner nombre, pero que le gustaba.

—De acuerdo. —Le dio un beso en la sien y se alejó por el pasillo a ver qué le apetecía. A lo lejos escuchó que ella le decía que cogiera algo de verdura.

Cuando llegó a la caja estuvo hablando con Margarita, una de las compañeras veterana del súper. Abonó la compra, porque llevaba dinero encima y no quería que pagara su madre, y se fue a casa. No tenía planes con ningún colega, así que quizás echara alguna partida en la Play. Eso lo distraería un rato y dejaría de pensar en Manu. Aún quedaban más de veinticuatro horas para verlo. No era demasiado tiempo, pero él no se caracterizaba precisamente por ser la persona más paciente del mundo.

Manu salió muy tarde de trabajar. Su jefe lo había mirado con cara de pocos amigos cuando llegó a las tantas al trabajo, pero no le dijo nada. Él tampoco se disculpó porque no tenía por qué hacerlo. Ese hombre con los años iba a peor, cada vez más amargado y usurero. Llevaba toda la vida trabajando para él y antes no era así. Quizás iba a ser verdad que los años agriaban el carácter de una persona.

Sin perder más el tiempo, se sentó en su mesa y se preparó para hacer frente a todos los documentos que había apilados en una esquina. El montón de facturas y albaranes que tenía delante no tuvieron piedad de él y lo mantuvieron ocupado hasta bien entrada la noche.

Fue el último en irse de la oficina. Agotado, y con los ojos muy cansados porque no se había puesto las gafas en todo el día. Se maldijo por sentirse viejo, pero se negaba a llevarlas. Jamás las había necesitado, pero había cumplido los cuarenta, y su vista había caído en picado, cuesta abajo y sin frenos, hacia achaques que jamás había tenido.

Madrid estaba tranquila esa noche. Al menos todo lo tranquila que podía estar esa zona un día entre semana. Caminar le vino bien para estirar las piernas, a ver si así le dejaba de doler la cadera. Sospechaba que había estado demasiado tiempo en una misma postura y ahora su cuerpo se resentía por semejante castigo.

Sentirse mayor era algo que llevaba fatal, no lo iba a negar; aunque intentaba cuidarse por todos los medios, el paso del tiempo se notaba. Y saber que Eric era un chaval a su lado era algo que no podía quitarse de la cabeza. Le había echado bastante más edad cuando lo conoció, pero cuando estuvo con él encerrado en el ascensor, se dio cuenta de que era mucho más joven de lo que creía. Otro signo más de lo mal que veía cuando había poca luz.

Le fastidiaba sacarle tanta edad. Lo pensaba y, si lo apuraban, podía ser su padre. Tampoco era que hubiera decidido tener algo serio con él, porque a eso no había llegado todavía. De momento, lo único que quería era conocerlo. Estaba claro que lo atraía y que su corazón iba más rápido cuando pensaba en él.

Llegó a casa después de haber parado un momento para comprar algunas gominolas naturales y una chocolatina para Antonio. Seguro que su compi le había dejado hecha la cena y esa era su manera de darle las gracias. Metió la llave en la cerradura, entró y cerró tras él. La luz de la cocina estaba encendida, también lo estaba la del salón. El sonido de la tele era apenas imperceptible porque la voz de su amigo lo inundaba todo y parecía estar hablando por teléfono, por el tipo de respuestas que daba. En silencio, avanzó hacia allí y se sentó en el sofá para mirarlo.

—Que no, ya te lo he dicho. ¿Qué coño iba a saber yo de las intenciones del niño? Y te recuerdo que es hijo tuyo también, ¿eh?

A Manu solo le bastó esa frase para saber que Antonio hablaba con su exmujer sobre Fernando, el hijo que tenían en común.

—Mira, Silvia, que no tienes razón y punto. El niño vive contigo y me estás echando la bronca a mí por lo que hace o deja de hacer. ¡Pero si lo tienes en casa todo el puñetero día y no lo sabes ni tú! —Antonio separó el teléfono de la oreja y le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo. Luego se lo volvió a colocar, pero lo apagó de inmediato—. Me ha colgado, la muy...

Manu se ahorró escuchar el comentario. Por suerte para él, se llevaba bastante mejor con su exmujer y jamás habían llegado a tales extremos, pero Antonio y Silvia tenían un carácter demasiado explosivo como para hablar de sus asuntos con tranquilidad.

—¿Qué le pasa a tu ex? —Se descalzó y se echó hacia atrás en el sofá. Le dolía la espalda de

estar toda la tarde encorvado.

—Que el niño se le escapa de las manos y me echa la culpa a mí. —Antonio soltó el teléfono móvil sobre una mesa que había en la esquina del salón, donde estaba su ordenador encendido, y se giró hacia Manu para seguir contándole lo que había pasado—. Mi hijo ha terminado la carrera, ha hecho un máster, lo ha acabado, y ahora no sabe si quiere dedicarse a eso que ha estudiado o no.

—Vaya.

—Vaya no; es una putada. Mi hijo piensa que la carrera y el máster se lo han pagado los duendecillos del bosque, por lo que se ve. El caso es que ahora quiere tomarse un año sabático porque, a la cuenta, está cansado de todo, con veintitrés años, ¿eh? Pues menuda sorpresa se va a llevar cuando llegue a los cuarenta. ¿Qué hará?

Manu se rascó la frente.

—Pues no sé qué decirte. A Daniela le queda un año para entrar en la universidad y de momento parece contenta. Me dijo que tenía claro lo que quería estudiar.

—Benditos diecisiete años que tiene. Cuando tenga la edad de mi hijo, hablaremos, aunque no creo que tu hija llegue a ser tan cansina como Fernando, porque eso lo ha heredado de su queridísima madre.

—Yo creo que el problema es que aún lo llamáis niño. ¿Qué estábamos haciendo tú y yo con esa edad?

Antonio alzó una ceja.

—Tú, no sé, pero yo acababa de terminar la carrera y había comenzado a hacer prácticas en un banco. Pero durante todos los años que me pasé estudiando, estuve trabajando como un mulo para pagarme la carrera, el piso, el coche y los pañales del niño porque lo tuvimos a los veinte. Ya ves. Para habernos matado a los dos. Las cosas de la vida y de la desinformación que había entonces. Si mi hijo me viene ahora diciendo que ha dejado embarazada a alguna chica, del bofetón que le pego, le salen todos los espermatozoides que le queden de un tirón por los oídos.

Manu no quería imaginar nada de eso porque Daniela solo tenía diecisiete y se negaba a pensar que su hija pudiera tener ya vida sexual. No; eso era algo que prefería no saber.

—Te he hecho la cena, por cierto. —Añadió Antonio.

Manu ya contaba con eso porque lo conocía, por eso sacó del bolsillo la chocolatina y se la enseñó.

—Y yo te he traído el postre.

Antonio sonrió y alcanzó el regalo que le traía para luego sentarse en una silla delante de su ordenador y comenzar a abrirlo.

—Has llegado mucho más tarde que otros días. ¿Has tenido mucho lío o es que tu jefe te ha atado a la pata de la mesa? Porque es lo único que le falta.

Manu se incorporó del sofá. Por unos instantes, pensó por dónde comenzar a contar sin perderse. Decidió explicarle todo, hasta que llegó al momento del beso en el ascensor, donde titubeó un poco, pero lo acabó soltando. Antonio se giró hacia él para mirarlo a la cara al escuchar que su tono iba disminuyendo mientras hablaba hasta convertirse en un susurro.

—¿Por qué algo no me cuadra? Si yo me enrollara con alguna mujer, con el tiempo que hace desde la última vez, iría levitando por Madrid, resplandeciendo con luz propia. No sé. Tú, sin embargo, estás ahí hablando, agazapado, medio en penumbras, como si te avergonzaras.

Manu se rascó el puente de la nariz mientras buscaba las palabras exactas.

—Es que es... un poco más joven que yo.

Antonio, que había mordido un trozo de la chocolatina, alzó una ceja con la mirada fija en él.

—¿Cómo de joven?

—Veintitrés.

—Ah, bueno. Me habías asustado. Mientras sea mayor de edad...

Manu no se quedó tranquilo e insistió.

—Antonio, es más joven que tu hijo. Fernando tiene veinticuatro. ¿A ti te gustaría que un viejo como yo se liara con tu hijo?

—¿Qué cojones haces llamándote viejo? Te recuerdo que te saco unos años. ¿Entonces qué carajo soy yo? Yo creo que aquí lo más importante es tener las ideas claras. Mi hijo desde luego no sabe dónde tiene el ombligo y, si llegara a casa con una mujer que pudiera ser su madre, le daría a esa señora la partida de nacimiento del niño y los papeles de adopción. Y que se lo lleve.

Manu se rio porque sabía que su compañero estaba de broma.

—Estoy hablando en serio, Antonio.

—Yo también. A mi hijo le falta espabilar. Si ese tío con el que te has liado tiene las ideas claras, ole por él. Y por ti. Nosotros ya éramos unos hombres con esa edad, pero hoy en día las cosas no son iguales. No podemos juzgar a todos los chavales pensando que son unos inmaduros cuando algunos no lo son. Otros, con cuarenta y tantos, lo siguen siendo. O eso dice mi exmujer. Habrá que ver si es verdad.

Manu sabía que su amigo tenía razón, pero no lo tenía claro. Se sentía mal y no podía quitarse esa sensación de encima.

—He quedado con él mañana por la noche para tomar algo porque se lo debo por lo bien que se ha portado conmigo.

Antonio lo miró al ver que el silencio se prolongaba demasiado.

—¿Y?

—Que no sé.

Antonio puso los ojos en blanco.

—¿Qué es lo que no sabes?

—No... No me siento bien quedando con un chaval que podría ser el novio de mi hija.

—Veamos... Si ese tío no tuviera veintitrés y tuviera, no sé, treinta y dos, ¿te estarías comiendo la cabeza como lo estás haciendo ahora?

—No. —La respuesta fue rápida y clara.

—Pues entonces.

Manu lo miró porque no llegaba a la misma resolución que su amigo.

—No te pillo. Imaginar que Eric tenga más edad no me sirve de nada porque no es real y es algo que no puedo cambiar.

—Oh, se llama Eric. Qué mono.

—Antonio... —le advirtió.

—De acuerdo. A ver; te molesta un número que, aunque sea real, no debe tener más peso o verdad que lo que sientes por él. A ti te gusta el chico. Pues listo. No tienes que pensar en nada más. Acude a la cita mañana, conócelo y ya luego decides. Es lo que harías en una cita normal, ¿no?

Manu ya no se acordaba de lo que era tener una cita. Quería quedar con él y conocerlo mejor, y eso era precisamente lo que más lo asustaba. ¿Y si le acababa gustando más aún? Sin tener las ideas claras, se levantó del sofá y miró a su amigo.

—Voy a ducharme, a cenar y a meterme en la cama, a ver si con suerte la almohada me

aclara las ideas.

—Hazme caso, Manu; disfruta y no pienses en nada más. ¿Para qué sirve un número, al fin y al cabo?

Manu estuvo toda la noche pensando en esa frase que no le dejó pegar ojo. ¿Para qué servía un número? Que eso se lo dijera Antonio, que trabajaba en un banco, era para quedarse pensando tres vidas. Tenía claro que todo estaba en su cabeza y que era únicamente él el que tenía el problema que no lograba dejar atrás.

Durante toda la mañana estuvo ocupado con el trabajo y pudo dejar sus quebraderos de cabeza a un lado, pero en cuanto salió de la oficina y puso un pie en la calle, sus inquietudes volvieron a poseerlo. Mientras caminaba hacia casa llegó a la conclusión de que no pasaba nada por quedar con él a tomar algo. Había tenido un desasosiego todo el día porque tenía la sensación de que lo que iba a hacer estaba mal, pero era solo una invitación para darle las gracias. Nada más. Luego daría por terminada lo que fuera que hubiera surgido entre ellos. Punto. Cuanto antes pusiera distancia entre ambos, mejor. No tenía por qué ser demasiado complicado.

Y no lo fue hasta que llegó la hora acordada. Bajó al portal donde había quedado con él y, en apenas un minuto, lo vio llegar. Eric llegó conduciendo su coche, que ese día parecía brillar más que el anterior. Apretó el mando de la puerta del garaje y, con la cabeza, le indicó que lo siguiera. Bajó por la cuesta delante de él para indicarle qué plaza era la suya. Escuchaba el rugido del motor a su espalda y, por alguna razón desconocida, eso lo excitó. Cuando llegó al hueco vacío donde debería de estar su coche, se echó a un lado y le indicó con la mano que podía aparcar ahí sin problemas.

En silencio, lo vio maniobrar. A él siempre le costaba varios movimientos del volante dejar su vehículo centrado en la plaza de garaje, a pesar de que llevaba aparcando ahí cerca de un año. Eric apenas necesitó dos maniobras para estacionar mejor que si lo hubiera hecho él. Eso le sirvió para cuestionarse sobre las cualidades y experiencia de Eric porque de momento, por lo que había visto, parecía que todo se le daba bien, y eso le causaba mucho miedo. Cuando escuchó que el motor se apagaba, lo esperó al lado de una columna y se apoyó, y menos mal, porque al verlo salir tuvo la misma sensación que si viera un anuncio de algún modelo. Eric tenía las piernas largas enfundadas en unos vaqueros negros desgastados, estratégicamente rasgados en una rodilla, una camiseta blanca metida por dentro del pantalón y otra encima negra con cuello de pico, que dejaba ver la hebilla del cinturón. Estaba demasiado guapo para ser verdad.

—Hola. —El joven lo saludó al cerrar la puerta tras él. Apretó uno de los botones de la llave y los intermitentes hicieron un doble parpadeo indicando que se había cerrado—. ¿No te han dicho nada aún de tu coche?

—Mierda. —Se llevó la mano a la cara y se rascó la frente. Durante la mañana había recibido una llamada del taller, pero lo habían pillado muy ocupado y dijo que en un rato se pondría en contacto con ellos, aunque no fue así porque se le había olvidado por completo—. Se me ha pasado, aunque ya sé lo que van a decirme.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Manu le indicó con la mano que subieran por la misma cuesta por donde habían entrado para salir a la calle—. El coche tiene mil años y ha tenido todos los fallos que podía

tener. No creo que haya salvación.

Eric lo siguió por la cuesta y esperó a que Manu abriera la puerta peatonal que había en un lateral.

—La vida de un utilitario no solo va a depender del trato que le hayas dado, que también, sino del fabricante en muchos casos. Hay series de coches que salen defectuosas por la razón que sea y a los pocos años te es más rentable llevarlo al desguace. Otros, sin embargo, te pueden durar toda una vida, aunque esto último sucede más con los automóviles antiguos.

—Vaya, te veo muy diestro en el tema. —Al salir, Manu cerró la puerta del garaje tras ellos y puso rumbo hacia su derecha—. Ven, he pensado que podemos ir a un sitio que conozco muy bien y que te va a gustar. Está justo en la calle de atrás.

—Perfecto. Tú mandas.

—Entonces, te gustan los coches por lo que veo.

—Sí, desde pequeño, por eso estudié un módulo de mecánica.

—¿Y cómo terminaste trabajando en Uber? —Manu caminaba con paso firme sin perder un detalle en él. Eric llevaba unas botas militares negras y relucientes. Ese atuendo de chico malote le gustaba mucho, y se maldijo por tener los mismos gustos que su hija.

—Porque se le ocurrió a mi amigo Santi. Si te digo la verdad, a mí no me hizo mucha gracia. Después de haber terminado los estudios y de hacer las prácticas en distintos talleres, los sitios donde echábamos los currículums buscaban más un esclavo que un aprendiz, y con eso no llegábamos a ninguna parte, así que a mi colega se le ocurrió que nos compráramos un coche a medias y, como me gusta conducir, accedí. Y aquí estoy.

—¿Os han dejado?

—Técnicamente, no. La letra viene a mi nombre, pero él me paga rigurosamente a principio de cada mes. Al final no llegamos a trabajar juntos porque le salió un curro en Irlanda y se fue, pero bueno; me paga su parte, que es lo importante.

Él no pudo evitar pensar que esa relación parecía la de un matrimonio.

—Y si os peleáis, ¿qué haréis?

—No lo sé. No lo he pensado. Supongo que uno tendría que vender la mitad al otro o venderlo y repartir el dinero. No sé, pero si Santi me llegara a hacer eso ahora y me reclama el coche con la lata que me dio, antes de devolvérselo, le poto en todos los asientos. Es lo mínimo que se merece.

Manu se echó a reír.

—Pues sí. —Acabó dándole la razón tras doblegar la risa. No podía evitar observarlo mientras caminaban por la calle. El paso de Eric era enérgico y, en su cadera, resonaba algo metálico que no sabía qué era, hasta que descubrió una pequeña cadena que le colgaba a un lado del cinturón—. Hemos llegado.

Eric giró la cabeza para mirar una cristallera enorme llena de flores de colores en lo que parecía ser un diseño *vintage*.

—No recuerdo haber venido nunca, y no vivo muy lejos.

—A partir de ahora vendrás a menudo. —Manu aguantó la puerta y lo invitó a pasar con un gesto—. Me gusta sentarme dentro.

—O sea que eres un cliente habitual de este sitio.

Manu caminó por el local hacia una de sus mesas favoritas. La mayoría elegía sentarse fuera, al fresco del atardecer, pero él prefería dentro porque ese sitio le traía muchos recuerdos.

—Digamos que sí. Sígueme.

Eric iba tras él y, por el rabillo del ojo, podía ver la expresión de su cara y, por lo poco que lo conocía, sabía que el sitio le había gustado. No podía ser de otra manera porque la decoración rústica y sencilla, con paredes de ladrillo, el suelo que imitaba madera y plantas por todas partes hacía que el lugar no solo fuera bonito, sino también acogedor. Cuando llegaron donde quería, se echó a un lado para mostrarle una enorme pared blanca que tenía dibujadas lo que parecían ser varias líneas de trenes, que recorrían todo el establecimiento.

—«Busqué trenes y encontré pasajeros.» —Eric leyó en voz alta lo que había pintado en medio de la pared.

Manu, que se había quedado al lado de la mesa que le gustaba, esperó a que el joven dejara de apreciar el lugar y ocupara su sitio frente a él. Era una mesa alta para cuatro personas situada justo antes de llegar a los aseos, con taburetes de metal, varios cuadros que iban acorde con la decoración y la línea amarilla de tren que recorría la pared hasta llegar al fondo. Al lado de la mesa, estaba pintado otro mensaje, el que más significado tenía para él.

—«Elige tu destino.» —Eric leyó el nuevo mensaje y asintió. Luego se sentó con una sonrisa que apenas podía disimular—. Me gusta.

Manu no pudo evitar sentirse complacido por sus palabras. Para él, El Talgo Bar era un restaurante muy especial.

Desde que vivía por la zona, justo después de divorciarse, ese sitio había recogido todas sus penas y él no solo las había ahogado en alcohol, sino en platos deliciosos unidos a charlas con unos dueños encantadores. Ir allí se había convertido en una especie de ritual, porque de pronto su alma se vio necesitada de un sitio nuevo para guarecerse después de haber sido mortalmente herido. Su divorcio había sido de mutuo acuerdo y tenía claro que era lo mejor que podían haber hecho, pero eso no quitaba todo lo que implicaba dejar atrás. Después de todo, la mayor parte de su vida había estado casado. Perderlo todo y sentirse solo era algo que nunca había experimentado. Por eso, cuando su mundo se puso patas arriba, necesitó con urgencia un sitio donde protegerse hasta que su vida dejara de dar vueltas y el suelo no se moviera más bajo sus pies. Aunque ya estaba recuperado de todo eso, ese restaurante era un hogar para él y estar allí era como una cura para su alma.

—Llevas demasiado tiempo en silencio, pero se te ve feliz.

Manu dejó sus pensamientos a un lado y lo miró. Entonces se dio cuenta de que había traído a un desconocido a su lugar feliz, a su santuario, y se preguntó si eso no habría sido un error. Tenía que estar volviéndose loco, porque ver a Eric allí con él le pareció algo muy natural, como si lo hubiera hecho toda la vida.

—Perdón. Es que este sitio me trae muchos recuerdos. ¿Sabías que durante más de cincuenta años fue una zapatería? —Al ver que Eric negaba con la cabeza, procedió a contarle lo que sabía de ese lugar—. Hace mucho tiempo, mi madre me enseñó una fotografía donde estaba con su padre justo delante de la cristalería, ahí frente a la puerta. —Señaló hacia fuera mientras hablaba—. Ya se llamaba El Talgo, no sé por qué, y mi abuelo la trajo para comprarle unos zapatos. Por aquellos entonces el que te compraran unos nuevos y que te hicieran una foto era como hoy en día comprar caviar ruso.

—Ya veo. —Eric no apartaba los ojos de él. Sin lugar a duda, tenía que percibir la energía que desprendía cuando contaba esa historia.

—Cuando era pequeño, mi madre solía enseñarme fotos familiares y esa era una de ellas. Hace apenas un año, cuando me divorcié y vine a vivir por esta zona, me crucé por casualidad con este restaurante. Me sonaron las cristalerías, con esas franjas negras y blancas en la base, así

que entré y bueno, he superado muchos de mis malos momentos aquí. Un día, no hace mucho, recordé la foto y reconocí el sitio. Es el mismo donde mi abuelo llevó a mi madre a comprarse unos zapatos muchos años atrás.

—El destino, supongo. —Eric señaló la pared que tenía a su izquierda donde la palabra destino parecía haberse vuelto más brillante que antes.

—¡Manu! ¡Qué alegría verte! No te he visto entrar. ¿Lleváis mucho tiempo esperando?

—No, Ana, tranquila, acabamos de llegar. —Manu se levantó y le dio dos besos a la mujer. Luego se volvió hacia Eric para presentarlos. Tras esperar a que ellos se saludaran, miró a Eric—. ¿Qué te apetece tomar?

—Un Sprite.

Manu se volvió hacia Ana.

—Y yo una Coca-Cola zero.

—Perfecto. Ahora las traigo. Queréis la carta también, ¿verdad?

—Sí. —Manu respondió en el acto—. He venido a alardear de vuestras buenas manos.

Ana le guiñó un ojo y caminó hacia detrás de la barra para preparar las bebidas.

—Me encanta su pelo. —Eric miró a la mujer de lejos. Ana tenía media melena, muy rizada y de color rubio que, según le diera el sol, parecía brillar en distintos tonos ocre y anaranjado.

—Sí. Me recuerda mucho a Mick Hucknall en su época joven. —Entonces se dio cuenta de que Eric quizás no entendería esa referencia—. Perdón. Posiblemente no sepas ni quién es.

Ana llegó en ese momento con las bebidas y la carta. Las dejó en la mesa, las sirvió, y se marchó con rapidez al ver que la esperaban en la barra para atender un pedido. Eric cogió su refresco, pero no llegó a beber.

—Me ofendes si te refieres a que no conozco quién es el líder de Simply Red. —Le guiñó un ojo y solo entonces acercó el vaso para darle un buen trago.

Manu solo tuvo opción de quedarse mirando, embelesado, ya no solo por sus palabras, sino por la forma de esos labios al beber. Desear ser esa bebida burbujeante no era correcto, ¿verdad? Sobre todo, cuando había decidido antes de empezar la velada que esa sería la última vez que se verían.

—Bueno, ¿y qué me recomiendas? —Eric había cogido la carta y la había abierto para echarle un vistazo—. Entiendo que hayas venido tantas veces. Dan ganas de probarlo todo.

Por alguna extraña razón, el que Eric hablara tan bien de ese lugar que era tan importante para él, le llenó de una sensación de felicidad inexplicable.

—Depende, ¿qué te gusta?

Eric esbozó una sonrisa y lo miró por encima de la carta.

—Es aquí cuando te confieso lo que siempre dice mi madre; que sale más barato hacerme un traje que invitarme a comer.

Manu no pudo contener la risa.

—Entonces te recomiendo la hamburguesa El Talgo. Es enorme y succulenta, con pan brioche y patatas fritas.

—Enorme y succulenta —lo imitó, aunque con otro tono—. Suena maravilloso.

Manu no pudo evitar que se le encendieran las mejillas. La entonación que había usado Eric no tenía nada que ver con la que había empleado él. Seguro que tampoco la intención. Azorado, le dio un trago a su bebida y lo miró.

—Con esa no te quedas con hambre. —Cerró los ojos al oírse porque no solo no había solucionado nada si no que, además, su mente sucia parecía estar muy presente esa noche.

Eric lo miró y apretó los labios. Parecía que tenía algo que decir, pero, en el último segundo, cambió de idea, cerró la carta y se la tendió.

—Pues me has convencido, para mí la hamburguesa. Toma la carta; igual ni te hace falta porque ya te la sabes.

—Lo intenté, pero la van cambiando. —Manu aceptó la carta y la miró, aunque apenas necesitó unos segundos—. Creo que voy a decantarme por el wok de verduras, gambón y arroz. Voy a ir a la barra a pedírselo. Así le ahorraré trabajo a Ana.

Tardó menos de un minuto en decirle al hombre de la barra lo que iban a tomar. Al terminar, mientras recorría el pasillo de vuelta a la mesa, levantó la mirada y vio a Eric a lo lejos, ensimismado leyendo la carta. Entonces aminoró el paso para deleitarse más con la postura del joven, sentado a medias en el taburete, con una de sus botas apoyada en el reposapiés y la otra pierna estirada hasta el suelo. Sentado de esa manera, la cadera quedaba expuesta hacia un lado y él no pudo evitar recrearse en esa zona hasta que llegó a su asiento.

—Ya está. No creo que tarden en servirnos.

Eric dejó su bebida a un lado y lo miró.

—Cuéntame algo sobre ti.

Manu se quedó un par de segundos pensativo y se sentó. La pregunta lo había pillado por sorpresa, aunque sabía que, en algún momento, iba a tener que hablar de su vida.

—Pues... —arrastró la palabra para darse tiempo de aclarar las ideas—. Como ya sabes, me llamo Manuel, pero no me gusta que me llamen así y prefiero Manu. Tengo cuarenta y dos años, me divorcié el año pasado de mi exmujer, Patricia. No nos llevamos mal, afortunadamente, porque no me gusta tener malos rollos con nadie, aunque imagino que en parte lo hacemos por nuestra hija, Daniela. Tiene diecisiete años y todo este asunto no ha sido fácil para ella.

—Es comprensible. —Eric le dio otro trago a su bebida y se lo quedó mirando—. Es curioso, pero no te imagino con una mujer, ni llevándote mal con ninguna.

Recordar parte de su pasado y de cómo llegó a ser quién era no era algo que le apeteciera contar en ese momento, pero quería darle una explicación a Eric.

—Me gusta ser amable con todo el mundo y sobre que me atraigan las mujeres... No sé, siempre ha sido así. Recuerdo que de joven no fue fácil. Eran otros tiempos y no todo el mundo comprendía esas cosas. Imagino que el que Patricia y yo nos enamorásemos tan jóvenes ayudó a dejar esa parte de mí a un lado.

—Y la escondiste en el armario.

—No del todo, pero si estoy con una persona, estoy al cien por cien. No tengo interés en mirar a otra, sea del sexo que sea.

—Eso está bien. —Eric parecía complacido por su respuesta—. Cuéntame más sobre tu hija.

—No sé qué quieres que te cuente. Intento ser un padre moderno y no ponerme nervioso cuando la oigo decir que le gusta un chico u otro, o cuando veo que en sus redes sociales ha subido alguna foto de ella demasiado provocativa y que muchos de los babosos de sus amigos le ponen comentarios algo subidos de tono. Lo normal para un padre, imagino. —Hablar de su hija le resultaba extraño porque Eric era poco mayor que ella y eso lo hizo sentirse fuera de lugar. Generacionalmente no estaban en la misma página y eso era un problema grave para ambos; sobre todo, para él, que no podía evitar pensar que le sacaba diecinueve años. Quizás, hablarlo podría ayudarlo a rebajar la sensación de ansiedad que había comenzado a sentir—. ¿No te resulta raro que te hable de mi hija que tiene pocos años menos que tú?

—No.

La respuesta franca y rápida de Eric captó toda su atención.

—¿No?

—No —repitió—. La edad es relativa y creo que en nuestro caso lo es. No por ser mayor se es más adulto y no por ser más joven se es más inmaduro.

«Grandiosa respuesta». Manu no tuvo más remedio que asentir complacido. No le dio tiempo de responder nada más porque Ana llegó en ese momento con los platos que habían pedido.

—Os he añadido un entrante. Una ensalada Caprese con nectarinas. Invita la casa.

La mujer le guiñó un ojo a Manu y se marchó con rapidez hacia otra mesa.

La conversación se hizo más amena mientras cenaban. Eric le contó la historia y la enfermedad de su amigo Moi. Luego se limitó a narrar todas las aventuras que había vivido en su coche desde que trabajaba en Uber. Manu estaba pasando un buen rato escuchándolo porque lo hizo desconectarse de su rutina diaria y pudo disfrutar tanto de la cena como de la compañía. Cuando vio que Eric pedía una ración de tarta de queso horneada, él negó con la cabeza rechazando cualquier tipo de postre.

—¿No te va lo dulce?

—Sí, mucho, pero comer ese postre es echarse al cuerpo trescientas calorías como mínimo, y si no tengo pensado quemarlas... Parece que no, pero los cuarenta se notan.

—No vas a quemarlas porque tú no quieres.

Manu lo miró fijamente, porque había entendido a la perfección la intención de las palabras de Eric. Se podía decir más alto, pero no más claro. Bajo otras circunstancias, estaba seguro de que el final de esa noche sería muy distinto. Eso le recordó que no había tratado aún el tema, y la velada estaba llegando casi a su fin. Respiró hondo y se armó de valor.

—Eric... —comenzó—. Soy consciente de que, entre nosotros, hay una química extraña, una...

—Tensión sexual no resuelta.

—Gracias. —Agradeció de veras que lo resumiera mejor que él—. En circunstancias normales, a estas alturas de la noche no estaríamos teniendo esta conversación y es muy posible que ya estuviéramos a mitad de camino de mi casa o, no sé, a cualquier otra parte, pero... Te saco casi veinte años y me siento sucio, como si estuviera haciendo algo malo, como si estuviera, no sé, aprovechándome de ti, y desde luego eso no es lo que quiero sentir si me acostara contigo. Tampoco me he planteado que tengamos una amistad porque, si entre nosotros existe esta tensión, no creo que podamos tener una amistad sana.

Hubo varios segundos donde ninguno de los dos dijo nada y solo el sonido de las voces de otros comensales y el tintineo de varias copas interrumpió el ambiente tenso que se había creado entre ellos. Pero Manu no había terminado de hablar.

»Necesito que me comprendas porque no quiero que te sientas mal. Esto no tiene que ver contigo. Soy yo y el hecho de que diecinueve años son demasiados años. Si no fuera así...

—Te entiendo perfectamente, Manu. —Eric tenía la expresión más seria que antes, aunque no parecía enfadado—. No pasa nada.

—Gracias. Voy a pagar y, si quieres, podemos irnos. —Tras ver que Eric asentía y que se ponía en pie, fue hacia la barra y pidió la cuenta. Se despidió de Ana y salió a la calle. Ya se había hecho de noche y la temperatura había descendido bastante.

De camino al garaje mantuvieron un silencio mutuo, posiblemente, ambos sumidos en sus propios pensamientos. Los de Manu parecía que querían matarse unos a otros, porque, por un lado, pensaba que la diferencia de edad no tendría por qué importar y, por otro, su lado más conservador le recordaba que podía ser su hijo y que a él no le haría ninguna gracia que un hombre de cuarenta rondara a Daniela.

—¿No funciona?

Manu se miró la mano al ver que tenía el mando del garaje agarrado, pero no le había dado a ningún botón. Se había limitado a quedarse ahí plantado.

—Va algo lento —disimuló. Apretó, ahora sí, el botón y la puerta comenzó a abrirse.

—Manu.

El hombre había comenzado a andar hacia el interior cuando la voz de Eric lo detuvo. Al ver que no lo seguía, regresó hasta él.

—Dime.

—Nada, déjalo. —Eric parecía haber cambiado de idea y comenzó a bajar la cuesta del garaje hasta llegar a la plaza de aparcamiento. Apretó la llave para desbloquearlo y esperó a que las luces se apagaran. Ahí iba a terminar la noche, pero en lugar de meterse en el coche y marcharse, se giró y lo miró frente a frente—. Si tuviera tu edad, ¿qué estaría pasando ahora entre nosotros?

Manu no quiso mentirle.

—Lo que estaría pasando es que, seguramente, te habría acorralado contra esa pared del fondo y no habría dejado ni un recoveco de ti por explorar. No sé, lo que me hubiera dado tiempo hasta que hubiéramos llegado a mi casa.

—Suenas bien. —La cara de Eric había recuperado algo del brillo que había tenido durante la cena—. Yo no habría puesto resistencia.

Sin decir nada más, Eric caminó hacia su coche, abrió la puerta y se sentó tras el volante, cerró la puerta y bajó las ventanillas. Manu se colocó a pocos pasos de él, al lado de la columna.

—¿A ti no te supone ningún problema que haya tanta diferencia de edad entre nosotros?

—No. —Eric había arrancado el motor, pero no hizo ninguna maniobra para sacar el coche. En cambio, se quedó con un brazo estirado hacia el volante y el otro apoyado en el hueco de la ventanilla—. Yo solo sé que he conocido a un tío alucinante, que es legal y honesto y que me gusta pasar el rato con él. —Levantó la mirada hasta encontrarse con sus pupilas—. Si te soy sincero, solo sé que te necesito en mi vida de la manera que sea, pero comprendo tu postura y la respeto.

En ese momento, el temporizador del garaje saltó y las luces se apagaron. Sólo quedaron encendidas las de las puertas de emergencia y los faros del vehículo, que rebotaban en la pared blanca que tenían a escasos centímetros frente a ellos. Manu había cerrado los ojos. Tenía la mandíbula apretada con fuerza y el cerebro le trabajaba a una velocidad vertiginosa. No sabía si iba a cometer el mayor error de su vida, pero dar marcha atrás ya era imposible.

—¿Puedes salir del coche, por favor? —Esperó a que Eric apagara el motor y saliera antes de cerrar la puerta de un golpe. Cuando lo tuvo delante, lo miró a los ojos lo poco que podía ver en la semioscuridad del garaje—. Dime que besarte es un error. Por favor.

—No —respondió de inmediato—, y si de verdad es un error, quiero que nos equivoquemos juntos.

Manu no necesitó escuchar nada más para terminar de acercarse a él y besarlo con toda esa fuerza que había estado conteniendo desde que lo había visto llegar. Lo besó desesperadamente mientras fundía su cuerpo contra uno de los laterales del Dacia. Estar tan cerca de él, percibir su

calor, la fuerza que desprendía hizo incrementar el deseo que había ido en aumento en esos últimos segundos. Sentía que Eric se amoldaba a él, y que lo seguía con igual entusiasmo. Fue entonces cuando su cerebro decidió parar y poner el freno antes de que fuera demasiado tarde.

—O me detengo ahora, o no me van a dejar aparcar aquí nunca más.

Eric sonrió por sus palabras.

—Bueno, es posible que tu coche vaya directamente del taller al desguace.

—Tienes razón, pero si tú vienes, tendrás un sitio fácil donde aparcar.

—Ah, ¿voy a seguir viniendo?

Manu percibió que la sorpresa de Eric no era tal, porque se le notaba en la cara, aunque estuvieran medio a oscuras. De todas formas, le debía una explicación a ese cambio de parecer.

—Si quieres, sí. Voy a... dejar que todo fluya y a ignorar que podría ser tu padre.

—Vamos a hacer una cosa. —Eric se incorporó y lo agarró por los hombros—. Yo prometo mantenerte ocupado, y tú me prometes borrar de tu cabeza la edad que tenemos. ¿De acuerdo?

A Manu le pareció una idea fantástica. Se apartó de su cuerpo con desgana para dejar que abriera la puerta del coche y se sentara. Era imperioso que se fuera porque cada vez tenía menos control sobre sus pensamientos.

—Te abro la puerta con el mando —dijo—. ¿Me envías un mensaje? Porque apuntaste mi número, pero yo no tengo el tuyo.

Eric no perdió el tiempo, sacó su teléfono del bolsillo y, con dos rápidos movimientos, el móvil de Manu sonó indicando que tenía un mensaje por leer.

—Tus deseos son órdenes para mí —y, tras guiñarle un ojo, se sentó de nuevo en el automóvil y arrancó el motor—. Avísame cuando tengas un rato para dar una vuelta o ir a cenar.

—Claro. Mañana y pasado me toca estar con mi hija porque mi ex tiene un viaje exprés a Barcelona, pero para el fin de semana estoy libre.

—Perfecto. Vamos hablando.

Manu apretó el botón del mando del garaje y la puerta comenzó a abrirse. Despidió a Eric con un gesto de la mano y se quedó allí incluso después de que se hubiera cerrado la puerta. No sabía si había hecho lo correcto o no, pero mientras lo decidía, iba a disfrutar de su compañía.

Eso no era nada malo, ¿verdad?

El sol de esa mañana hacía que Madrid brillara de una manera especial nada más comenzar el día. Las nubes, gorditas y blanquitas, se movían perezosas en lo alto, los pájaros piaban y revoloteaban contentos. La vecina del primero tarareaba una canción que, al fin, no era reggaetón, y Manu apreció todo eso, quizás porque él también se había levantado de buen humor, acorde con ese día soleado. Antonio ya se había ido a trabajar, pero le había dejado café hecho y la cocina recogida. Solo con eso ya era más que suficiente para sonreír; pero, si además, pensaba en Eric, esa sonrisa crecía hasta convertirse en todo un universo.

Recordar lo sucedido la noche anterior en el garaje lo hizo evadirse durante varios minutos mientras desayunaba. Dejar a un lado su agobio por la edad de cada uno había resultado ser muy acertado. Si ellos se caían bien y se gustaban, ¿qué más daba que se llevaran casi veinte años de diferencia? Quizás su compañero de piso tuviera razón y la edad no fuera más que un número y no había que darle demasiada importancia.

Al llegar al trabajo llamó al taller y le informaron de que el motor de su coche estaba seriamente dañado y le recomendaban mandarlo a un desguace y comprarse uno nuevo. Lo primero lo veía bien; lo segundo no iba a ser posible llevarlo a cabo porque para pagar otro coche tenía que vender primero la casa donde había estado viviendo con su familia los últimos quince años y, sin ese dinero, no iba a poder permitirse ni un vehículo de segunda mano.

Ser consciente de que iba a tener que ir a todas partes en metro o en el tren de cercanías no le sentó tan mal, quizás porque aún seguía bajo el hechizo de la sonrisa de Eric. Era algo que no podía evitar, aunque tampoco quería que dejara de hacerle efecto. Hacía tanto tiempo que no experimentaba algo así, como si flotara en una nube, que ya casi había olvidado lo que era sentir esas mariposas en el estómago y que el mundo fuera, de pronto, un lugar maravilloso y menos hostil.

Con esa sensación en el cuerpo, quedó con Patricia, su exmujer, después de comer. Tenía un rato libre y podía tomarse un café antes de volver al trabajo a enfrentarse a todo el papeleo que le esperaba.

Al entrar en Starbucks observó el lugar. Ella ya estaba sentada al fondo, removiendo su bebida. Podía ir a saludarla, pero aprovechó que no había nadie en ese momento en la cola para pedir un café, porque sabía por experiencia que solo bastaba un segundo para que el local se llenara de manera incomprensible. El chico detrás de la barra no tardó ni un minuto en preparar su bebida y, con ella en la mano, caminó hacia la mesa.

—Hola, Patricia. —Se sentó en una silla frente a ella y dejó el café en la mesita que había entre ambos.

—Manuel. —Ella pareció asombrada, porque había estado demasiado ensimismada con su teléfono y no lo había visto llegar—. Gracias por acceder a quedarte en casa estos dos días con Dani.

Manu asintió con la cabeza mientras le daba un sorbo a su bebida. Patricia le había mandado un mensaje varios días atrás preguntándole si, por favor, podía ir a su casa y quedarse con la niña dos días ya que ella tenía una reunión importante en Barcelona y no quería dejarla sola.

—Bueno, es mi hija también —acabó respondió.

—Ya, pero lo normal es que la niña vaya a tu piso y no al revés.

Manu se encogió de hombros. Ese tema ya lo habían hablado antes.

—Dani ya no tiene ocho años y entiendo que no se sienta cómoda durmiendo con su padre. El apartamento donde vivo es muy pequeño y, aunque ella ocupe mi cama y yo me vaya al sofá, sé que no está a gusto.

Ella lo miró con cara de agradecimiento.

—Así es. La adolescencia, ya sabes.

Manu no respondió y se limitó a soplar su café. Patricia estaba igual de guapa que siempre, tan rubia, con el pelo rizado y suelto hasta los hombros, con esos ojos grandes y azules, tan alta y esbelta. Entendía que se hubiera enamorado de ella, porque no solo era hermosa, sino que era una buena mujer, y le agradecería toda la vida que el divorcio lo hubieran llevado como personas civilizadas.

—Si nos hubiera cuadrado en fin de semana, habría programado irnos a algún hotel a las afueras.

—No creo que Dani hubiera accedido. Está todos los sábados y domingos en casa de su amiga Nerea. Están como locas las dos por el concierto al que van a ir dentro de unas semanas. Llevan meses planeándolo.

—Es verdad. Lo había olvidado. ¿Y tú para qué vas a Barcelona?

—Van a abrir allí una nueva tienda y el jefe quiere que yo dé las pautas de todo a la encargada de zona y a las trabajadoras.

—Al fin ese capullo ha comenzado a apreciar tu trabajo.

Ella se ruborizó por sus palabras.

—Sí. Me ha subido el sueldo y todo.

—Me alegro mucho. —Y lo decía de veras. Jamás le había deseado nada malo a la madre de su hija.

—Gracias. Ya era hora, pero bueno... cuéntame algo sobre ti. ¿Alguna novedad en tu vida?

Manu aprovechó que estaba bebiendo para hacer el trago más largo y tener unos segundos extra para pensar. No estaba preparado para hablarle de Eric porque no quería que Patricia le pinchara esa burbuja tan mágica y confortable donde se había escondido desde la noche anterior. Además, tampoco tenía muy claro qué relación tenían. Tragó el café y negó con la cabeza.

—Nada. Trabajo y más trabajo. Ya me conoces. ¡Ah! Sí; se me ha estropeado el Ford.

Patricia no pudo evitar una cara de asombro.

—Pero... ¿Aún tenías el Ford Mondeo? ¡Qué barbaridad! ¿Cómo puede un coche durar tantos años? No me extraña que se te haya estropeado. ¿Tiene arreglo?

—No. Algo le pasó al motor y el hombre del taller me dijo que me salía más rentable comprarme otro. El problema es que no me da para uno nuevo ni de segunda mano. Hasta que no vendamos la casa, no puedo hacer nada.

—Vaya. ¿Quieres que te deje el mío? Estos dos días no voy a utilizarlo. O, si lo prefieres, puedo prestarte algo de dinero.

Manu se quedó unos segundos pensativo, recordando que, aunque Patricia también lo había pasado mal durante el divorcio, ella siempre había estado respaldada por su familia. Incluso ella y Dani habían tenido dónde ir a vivir mientras se vendía la casa, a diferencia de él, que hasta que no apareció Antonio, pensó que acabaría durmiendo en el Mondeo debajo de un puente.

—No te preocupes. Me las apañaré. El trabajo me pillará cerca, y si mi jefe me manda a ver a

algún cliente a las afueras, pillaré un tren de cercanías. O un Uber. —Ese último comentario le hizo esconder una sonrisa porque recordar cómo había conocido a Eric lo hacía ponerse de muy buen humor.

—Un Uber. No he usado uno en la vida.

—Yo tampoco, hasta el otro día, que el coche me dejó tirado a mitad de camino, en un polígono, y no me quedó más remedio que llamar a uno. Y menos mal, porque aún estaría allí si no me hubiera rescatado.

—¡Qué exagerado eres! —Patricia se terminó el café y hurgó en su mochila para sacar una carpeta no demasiado grande de color malva—. Aquí tienes los papeles del dentista de Dani. Es hoy a las siete y media. Dentro está todo. Solo es una revisión. No creo que tardéis. Esta tarde tiene clase de inglés y, como le pilla cerca, cuando termine, te esperará en la puerta del dentista.

Manu aceptó la carpeta y la puso a su lado sobre la mesita.

—Lleva un año sin el aparato, ¿no? ¿Cómo le va? ¿Has notado que se queje o que se le hayan torcido otra vez?

—Nada. Todo perfecto. Esta revisión es solo de rutina. Y aquí tienes las llaves de mi casa. Yo me voy en un par de horas y regreso pasado mañana antes de comer. Puedes dejarme las llaves metidas en el buzón. O se las das a Daniela. Como prefieras.

Manu asintió y agarró el llavero que ella le tendía. Había estado en otras ocasiones en el ático del hermano de Patricia y lo recordaba a la perfección.

—Te he dejado preparada una cama en la habitación del fondo, para que estés cómodo.

—Gracias, Patricia. No tenías que haberte molestado.

Ella negó con la cabeza. Parecía ruborizada, aunque se recobró con asombrosa facilidad.

—Es lo menos que puedo hacer ya que me vas a hacer este favor. Dani quería quedarse sola, pero no me fio de dejarla tres días sin supervisión. Me dijo que se podía quedar en casa de Nerea, pero no me gustaba mucho la idea porque sus padres trabajan todo el día y ellas iban a estar juntas y solas, y a saber lo que se les puede ocurrir a dos adolescentes.

Manu no supo cómo reaccionar a sus palabras. Él era el padre de Daniela y, en ese momento, sintió que lo habían llamado como última solución porque no había más remedio. Podía haberse sentido herido, pero entendía que su hija adolescente prefería estar con su mejor amiga antes que con él. No hacía mucho tiempo atrás, él era su mejor amigo, iban a todas partes juntos, y jugaban a un millón de juegos todos los fines de semana. ¿Cuándo había crecido tanto y se habían distanciado de esa manera? Era ley de vida, pero no podía evitar mirar hacia atrás y recordar a esa niña de mofletes carnosos y corte de pelo tipo paje, que corría hacia él con las manos manchadas de helado de chocolate.

—Tengo que irme ya para terminar de preparar las cosas. Cualquier duda, llámame, ¿de acuerdo?

Manu asintió. Se puso de pie al mismo tiempo que ella y recogió la carpeta de la mesa con el historial de su hija.

—No te preocupes. Hablamos a la vuelta.

Manu se despidió de ella y la vio marcharse hasta que desapareció a la vuelta de la esquina, sin perder ese porte aristocrático que siempre había tenido.

Volvió a dejar la carpeta sobre la mesa y caminó hacia la barra. Había tardado menos de lo que había pensado y aún podía disfrutar de algunos minutos más de relax antes de volver al trabajo.

—¿Me pones un trozo de pastel de zanahoria, por favor?

No tuvo que esperar a que lo sirvieran y regresó rápido a su mesa. Antes de degustar el postre que se le había antojado, sacó el teléfono móvil, le hizo una foto, y se la mandó a Eric. No sabía por qué lo había hecho, pero le pareció una buena manera de romper el hielo porque llevaba toda la mañana pensando en él, pero no le había dicho hola porque no sabía qué más decirle. Así que, la foto de un pastel le pareció una buena manera de comenzar un tema de conversación. No contento con la foto, escribió algo rápido debajo y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo. Estaba ansioso por probar el delicioso postre porque no solía permitirse caprichos de ese estilo, pero ese día iba a hacer la vista gorda. Ya se desquitaría en la siguiente clase de *spinning*.

Eric llevaba metido en un atasco casi cuarenta y cinco minutos. Habían cortado dos calles por culpa de un accidente y los coches que se habían quedado pillados en medio se vieron envueltos en un laberinto difícil de salir. Él se consideraba un conductor aventajado porque conocía casi todos los recovecos de Madrid, pero si los conductores que tenía delante no se movían, poco podía hacer. Ojalá pudiera ponerle alas al Dacia. Era lo único que le faltaba para ser perfecto. Resignado con la realidad de que debía tener paciencia, se relajó en su asiento y se puso a pensar.

Se había levantado tarde porque no había escuchado el despertador. En algún momento debió de apagar la alarma y haberse dado la vuelta para seguir durmiendo. Cuando reaccionó, la mañana estaba bastante avanzada, pero no se enfadó en absoluto; se dio una buena ducha, desayunó y cogió las llaves del coche.

La noche anterior, cuando había llegado a casa, lo hizo con una sonrisa de idiota que le llegaba de oreja a oreja. El beso que le había dado Manu bien valía mil sonrisas más como esa. No podía evitar estar pletórico de felicidad porque, por un momento, había pensado que no volvería a verlo nunca más. De verdad comprendía su lucha interior por esa diferencia de edad de diecinueve años, pero él no lo veía de la misma manera. Desde su punto de vista, Manu era un tío enrollado, amable, inteligente y divertido, sin contar su atractivo físico. Que tuviera veinte, treinta o cuarenta y dos, le daba lo mismo. Él se había fijado en su forma de ser y no en la edad que ponía en su carnet de identidad.

El día no había sido del todo malo y por suerte no se había tropezado con ninguna persona extraña como solía pasarle casi en todas sus jornadas. Parecía que los planetas se hubieran alineado para concederle algo de paz. Entonces, vibró su teléfono móvil. Esa melodía significaba que acababa de llegarle un mensaje. Aprovechó que seguía metido en el atasco, sin posibilidad alguna de escapar de allí al menos en un buen rato, para sacar el teléfono del bolsillo y ver de lo que se trataba. Ante sus ojos apareció la foto de un trozo de pastel de zanahoria del Starbucks. Estaba seguro de que era de allí porque había comido ese mismo pastel muchas veces.

—¿Te apetece darle un bocado?

Leyó en voz alta la frase que Manu había escrito tras la fotografía. Con una sonrisa pícara que no podía ocultar, respondió en el acto y lo mandó. Lo hizo a lo justo porque, en ese momento, el coche que estaba delante de él comenzó a avanzar. Dejó el teléfono en el asiento del copiloto y se concentró en conducir. ¡A ver si podía salir pronto de ese laberinto que era el centro de Madrid!

—¡Daniela! —Manu vio a su hija a lo lejos. Acababa de llegar a la puerta del dentista y miró por la cristalera por si acaso había entrado en la consulta, pero allí no había rastro de ella. La tarde

había refrescado y presagiaba lluvia. Otra vez. Ese año parecía que el verano luchaba por alargarse un poco más mientras que el otoño le recordaba que ya era hora de que él tomara posesión de las calles. Ver a su hija, sonriente, caminar recto hasta darle el encuentro lo puso contento. No hacía mucho que la había visto, la semana pasada, pero la notaba más adulta, más mayor, y eso le dio algo de pena. ¿Cómo podían haber pasado tan rápido esos últimos diecisiete años?

—Papi. —La chica llegó hasta él y lo abrazó—. ¿Llevas mucho esperando?

—No. Acabo de llegar. ¿Entramos? Con suerte saldremos pronto. No he visto mucha gente en la sala de espera.

Ella asintió y caminó hacia la puerta mientras él sostenía el picaporte y le dejaba paso. Daniela cada vez se parecía más a su madre. Ambas eran altas, de porte elegante y esbeltas. El que se estuviera convirtiendo en toda una belleza le preocupaba como padre, pero no podía hacer nada, así que lo mejor era no pensar y mantener la mente ocupada.

Apenas estuvieron media hora en el dentista. La revisión había ido mejor que bien y no tendrían que volver hasta pasados seis meses. Al salir, el cielo había comenzado a oscurecerse y hacía algo más de fresco que antes.

—¿Tienes algún plan? Tu madre no me ha dado ninguna indicación.

Daniela lo miró, traviesa.

—O sea que si te dijera que ella suele dejarme ir a casa de mis amigas entre semana y volver a las tantas, colaría, ¿no?

Manu le puso un brazo sobre el hombro y comenzó a andar con ella por la acera.

—Conozco a tu madre lo suficiente como para saber que, para que hicieras eso, tendrías que pasar primero por encima de su cadáver.

La chica sonrió por la verdad de esas palabras.

—Mañana es viernes y tengo clase, pero ¿podemos pedir algo de comida y vemos alguna peli juntos? Aún es pronto y hace mucho que no lo hacemos.

Negarle algo así a su hija era imposible porque había sido precisamente él el que la había aficionado al cine desde que era pequeña.

—Me parece bien, pero elijo la película.

Daniela hizo un chasquido con la lengua.

—Jo, papá. Tenía muchas ganas de ver una serie nueva de Netflix donde un chico es abiertamente gay pero el otro no ha salido del armario y no se lo ha dicho a sus padres ni nada. Es una trama muy interesante. Drama Coreano. No te digo más.

Al oírla, no pudo evitar pensar sobre qué pensaría su hija si llegara a enterarse de que a su padre le gustaban también los hombres. Patricia sí lo sabía, aunque no tenía claro si lo recordaba o no, porque de esa época de la universidad había pasado demasiado tiempo, pero su hija no sabía nada. Al menos no recordaba habérselo contado nunca, y no porque lo hubiera ocultado, sino porque no había salido esa conversación.

—Está bien; tú eliges qué ver y yo elijo la cena. ¿Pedimos algo mejicano?

—¡Genial! Porque a mamá no le gusta y nunca quiere pedir nada de eso. —Se cogió de la cintura de su padre y lo abrazó—. Papi, ¿tienes mucho trabajo mañana por la tarde?

Manu la miró de reojo. Conocía de sobra ese tono y sabía que su hija iba a pedirle algo.

—¿Qué quieres y cuánto me va a costar?

—Me gustaría ir mañana al centro comercial con Nerea. ¿Nos llevas? Los viernes hay descuentos muy buenos en una tienda de ropa que nos gusta mucho.

—Está bien, pero tendremos que ir en taxi porque mi coche pasó a mejor vida.

Dani asintió feliz y prosiguió a contarle cómo le había ido esa semana en el instituto.

Manu se sintió complacido por el entusiasmo de su hija y caminó junto a ella rumbo al ático de su mujer mientras le preguntaba por esa serie que iban a ver, a ver si con suerte no se dormía.

Al final, no solo no se acabó durmiendo sino que, además, se interesó por el drama que había puesto su hija. Cenaron en cuanto llegó el repartidor y comentaron los capítulos que pudieron ver, hasta que tuvo que mandar a Daniela a la cama porque tenían que levantarse temprano al día siguiente. A regañadientes, ella se fue mientras él dejaba la cocina recogida para no tener que entretenerse por la mañana.

Patricia le había preparado la habitación del fondo. Su ex siempre había tenido muy buen gusto, no solo para la ropa y los complementos, sino también para la decoración del hogar.

Esa habitación donde iba a dormir esa noche, por ejemplo, tenía las paredes con un estampado de pequeñas y sutiles florecillas azules que le daban al dormitorio un aspecto campestre y acogedor. Eso, unido a los muebles de estilo provenzal y a que desde los balcones de ese ático se podía ver El Retiro, hacía de ese lugar un sitio para relajarse y disfrutar.

Y eso hizo; apagó todas las luces de la casa, se aseguró de que Dani estuviera dormida y de quitarle el libro de la cara, y caminó de nuevo hacia su cuarto mientras sacaba el teléfono móvil del bolsillo trasero. Lo había puesto en silencio cuando entraron en la consulta del dentista y se había olvidado de volver a accionarlo.

Al desbloquear la pantalla, aparecieron los mensajes que le habían llegado en ese tiempo que había estado ausente. Antonio le respondía a uno previo que le había mandado esa misma mañana para decirle que estaría dos días en casa de su ex cuidando a su hija y que volvería para el fin de semana. También tenía otro mensaje de Patricia donde le preguntaba qué tal la revisión en el dentista y, al fin, llegó al de Eric, a la pregunta que le había hecho.

La respuesta del joven fue clara y directa.

«¿A la tarta o a ti?».

Lo releyó mentalmente varias veces mientras miraba los iconos, algunos sin sentido, que le había puesto detrás de la frase. Eric estaba loco y eso le encantaba. Miró el reloj, pero ya era muy tarde para responderle y no quería despertarlo, así que no le quedó más remedio que dejarlo para el día siguiente.

La mañana amaneció acelerada, quizás porque Manu había olvidado lo que era convivir con su hija a primera hora y lo que tardaba en salir de la cama desde que sonaba el despertador hasta que se levantaba. Aunque no la culpaba, por la noche había refrescado y el día invitaba a quedarse en la cama con un chocolate caliente y un buen libro. Por suerte, había decidido llevar algo de ropa más abrigada, porque en caso contrario, se habría muerto de frío.

Se despidió de Daniela y quedó en que las recogería a ella y a su amiga a la salida del instituto para que pasaran toda la tarde juntas de compras. Eso implicaba tener que pedirse media jornada libre, y ya sabía que a su jefe no le iba a hacer demasiada gracia, pero no le importó. Hacía siglos que no se pedía una tarde para él y pensó que ese era el momento. Estaba deseando ver a Eric y no quería esperar hasta el día siguiente, por eso sacó el teléfono móvil y le escribió un mensaje donde le preguntaba si estaba libre esa noche, después de que él llevara a su hija y a

su amiga de compras al centro comercial Plaza Río 2. Tras mandarlo, metió el teléfono en el bolsillo y caminó rápido para llegar lo más temprano posible al trabajo, antes incluso de que llegara su jefe.

Estuvo toda la mañana muy ocupado, dándose toda la prisa que pudo para poder marcharse a la hora de recoger a Daniela y a su amiga a la salida del instituto. Ni siquiera hizo una pausa para el café, con tal de dejarlo todo lo más organizado posible cuando volviera el lunes a primera hora.

Su jefe llegó a media mañana, cuando él ya tenía gran parte del trabajo hecho. Le comentó que necesitaba esa tarde libre para asuntos propios y que, para compensar, había entrado muy temprano y ya había realizado gran parte del trabajo que tenía pendiente. A pesar de haber hecho todo eso cuando no debería, su jefe le puso mala cara y asintió a su petición, no sin antes señalarle que dejara su mesa bien recogida.

Al oírlo, Manu tuvo ganas de coger el ejemplar de la guía de teléfonos de Madrid que tenían allí a modo de reliquia desde hacía veinte años, y pegarle en el cogote con ella. Jamás había sido un hombre violento, de hecho no recordaba haberle pegado nunca a nadie ni haberse metido en ninguna pelea física, pero su jefe llevaba un par de años de lo más intratable, huraño, amargado y usurero. No tenía claro si era cosa de la edad o de algún problema personal, pero eso no era excusa para tratar a sus trabajadores con ese mal carácter; porque no era solo a él, sino al resto de sus compañeros también.

Al final decidió olvidar esos pensamientos donde le estampaba la cara contra su escritorio y volvió a su trabajo. Adelantaría para el lunes todo el trabajo que le fuera posible, pero no lo iba a hacer por su jefe, si no por él; porque le gustaba tener las cosas controladas. Tan ensimismado estaba para dejarlo todo listo que, cuando se dio cuenta, ya casi era la hora de ir a buscar a las chicas al instituto.

—Me voy ya. —Dejó su mesa lo más recogida posible y se puso su cazadora. Luego se dirigió a Alfonso, su compañero desde hacía años, con el que lo unía una gran amistad—. Nos vemos el lunes. Que tengas un buen fin de semana.

Alfonso dejó lo que estaba haciendo y lo miró.

—Demasiado contento te veo para ir a comprar ropa con dos adolescentes. ¿Estás bien? Porque a mí, cuando cualquiera de mis tres hijas me dice que vaya con ellas a comprar ropa, me entra un dolor de cabeza que prefiero hacerme el harakiri.

Manu sonrió al escucharlo y lo miró unos segundos mientras se ponía bien las mangas. Lo cierto era que, desde que había conocido a Eric, se sentía mejor, con más energía. Era complicado de explicar, pero sabía que en algún momento tendría que hablar con Alfonso.

—No será para tanto —respondió—. Para mí fue mucho peor cuando Daniela era pequeña y tenía que probarle ropa. Ella no quería y se ponía a berrear en los probadores como si la estuviera matando. —Terminó de coger sus cosas y se acercó a él—. Dani ya es mayor y puede decidir por ella misma. Menos mal.

Alfonso tuvo que asentir a eso.

—Tú fuiste inteligente y tuviste solo un hijo. Ahí está el secreto, amigo.

Manu se rio ante esas palabras. A él no le hubiera importado tener más de uno, pero su mujer tenía aspiraciones profesionales y entendía perfectamente que Patricia no deseara tener más. Ahora, muchos años más tarde, debía darle las gracias porque no se imaginaba como Alfonso, con una hija en la universidad, otra que acaba de entrar en el instituto, y la última, que ese año había entrado por primera vez al colegio.

—Todo sucede o no sucede por algo, imagino. Venga, me voy. Nos vemos el lunes.

Mientras rumiaba esas últimas palabras que le había dicho a su amigo, se dio cuenta de que, quizás, Eric se había cruzado en su camino por algo. Siempre había creído en la existencia del destino. A lo mejor este estaba intentando decirle algo.

Recogió a Dani y a su amiga en la puerta del instituto y se montaron en un taxi para llegar al centro comercial. Desde donde estaban, si iban andando tardarían más de una hora, y en metro algo más de treinta minutos. Eso los haría almorzar demasiado tarde, por lo que coger un taxi era una buena opción porque tenían una parada justo en la calle de enfrente y tardarían solo quince minutos en llegar. Había pensado llamar a Eric, pero no quería ponerlo en un aprieto. El joven aún no había visto su mensaje y era raro, porque ya era bastante tarde, pero seguro que habría alguna explicación lógica.

Después de comer en un italiano, las chicas no perdieron tiempo en ir de tienda en tienda y él, paciente, curioseaba mientras su hija se probaba un millón de prendas. Ya que estaba, aprovecharía el tiempo. Se aventuró a comprarse un par de camisas nuevas que vio a muy buen precio, un par de camisetas, y un jersey también. Luego decidió esperarlas en un Starbucks que había allí mismo. Lo hizo no solo para descansar de tanta tienda, sino para dejar todas las bolsas que habían ido amontonando las dos adolescentes.

Le gustaba mucho entrar allí porque tenía muy buenas vistas por los enormes ventanales y, aunque el día estaba gris oscuro con unas nubes que amenazaban tormenta, a él le pareció una imagen perfecta. Los días lluviosos lo ponían de buen humor, al contrario que al resto del mundo, por eso se quedó allí sentado, de cara a las cristaleras, mientras degustaba sorbo a sorbo el café que se había pedido.

—Papi.

Manu reaccionó a la voz de su hija. Miró su café y lo encontró vacío. El cielo estaba más oscuro, ya no solo por las nubes sino por lo avanzado de la tarde. ¿Cuánto tiempo se había quedado absorto en sus pensamientos?

—¿Ya habéis terminado? —Manu se giró para mirar a las dos chicas que estaban a su lado cargadas de bolsas de muchas tiendas distintas—. ¿Habéis dejado algo para los demás?

—Poca cosa. No se lo merecen.

Manu sonrió ante la contestación de Nerea, la mejor amiga de su hija. La conocía desde el jardín de infancia. Desde entonces habían sido inseparables. Le parecía increíble ver lo mucho que había crecido también en los últimos años hasta convertirse en una adolescente algo lanzada y con un estilismo un tanto llamativo.

—Os invito a tomar algo antes de volver a casa. —Manu se levantó para ir a la barra y pedir lo que ellas le habían encargado. Le gustaba verlas felices y contentas. Ojalá él hubiera podido crecer así; yendo con sus amigos a un centro comercial a pasar el rato. Cuando llegó con los batidos a la mesa, se sentó y las miró—. ¿Qué vais a hacer esta noche? No iréis a salir, ¿verdad? Han dado mal tiempo y tu madre no me ha dicho nada de que te deje ir de marcha entre semana. Tampoco quiero tener ninguna movida con ella.

Daniela le sonrió a su padre y negó con la cabeza para tranquilizarle.

—No. Vamos a estar en casa de Nerea. Cenaremos *tteokbokki* y veremos algún *run* de los BTS.

Manu frunció el ceño porque no había entendido nada de lo que le había dicho. Bueno, lo último sí, y porque tenía a ese grupo de *Kpop* hasta en la sopa gracias a las chicas.

—Vale. —Prefirió no preguntar más porque se estaba haciendo tarde y aún tenían que llegar a casa de Nerea—. Será mejor que nos vayamos porque parece que va a llover.

Con todas las bolsas de las compras en las manos se encaminaron hacia la salida más cercana y, cuando apenas llevaban cien metros, esa nube oscura que había estado al acecho toda la tarde a través de las cristaleras del centro comercial decidió descargar sobre ellos como si no hubiera un mañana.

Daniela llevaba un paraguas pequeño en su mochila y lo abrió para cubrir a su amiga. Entonces se giró para meter a su padre también bajo su protección.

—Papá, métete, que te estás mojando.

Manu estaba más interesado en buscar un taxi pero, como era de esperar, no había ninguno en la parada en ese momento. Quizás, si caminaban calle arriba, podrían encontrar uno disponible. Fue a decirle a las chicas que se juntaran más para no mojarse, pero de pronto, dejó de llover sobre su cabeza. Confundido, se giró para ver de qué se trataba y fue entonces cuando vio a Eric tras él con un paraguas de color rojo salpicado en un lateral con lo que parecían ser flores de cerezo, abierto sobre su cabeza.

—Creo que ha solicitado un Uber. ¿Me acompaña?

Manu tuvo ganas de abalanzarse sobre él y comérselo a besos, pero no podía hacerlo con su hija y su amiga delante.

—Gracias —fue lo único que atinó a responder mientras seguía a Eric hacia el coche. Se giró para comprobar que las chicas iban con ellos y las animó a que aceleraran el paso porque la tormenta empeoraba por segundos.

Ellas, resguardadas debajo del paraguas, caminaron hasta llegar al maletero que Eric había abierto para que dejaran todas las compras. Luego fueron hacia un lateral del coche, abrieron la puerta, y se metieron con rapidez, hasta que la última plegó el paraguas y lo puso a sus pies justo antes de cerrar tras ella.

Manu se quedó fuera, junto a Eric, ambos bajo el paraguas, resguardados del aguacero.

—No estaba seguro de si verías mi mensaje a tiempo.

—Si me hubiera levantado media hora más tarde, no me habría dado tiempo a llegar. Te he respondido de que iba a venir, ¿no lo has leído?

Manu metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono. Había estado tan ensimismado con sus pensamientos que no había escuchado la señal de que le había llegado un mensaje.

—Tengo la fea costumbre de ponerlo en silencio y no acordarme luego de desactivarlo. —Al devolver el aparato al bolsillo, levantó la cabeza para mirarlo y sus caras quedaron peligrosamente cerca. Eso lo dejó sin respiración porque Eric era demasiado atractivo y todo él lo impresionaba—. Siempre que estoy desprotegido bajo la lluvia, apareces. Empiezo a sospechar que tienes alguna conexión con Zeus.

—Es posible. Zeus se enamoró del joven Ganimedes. Quizás por eso, cuando están juntos, llueve.

Manu era consciente de que tenía las mejillas ardiendo porque Eric no podía haber sido más claro en su corta explicación. Su insinuación no le había pasado por alto, y el hecho de que fuera un joven inteligente era algo que le gustaba muchísimo, más incluso que su bello rostro.

Cuando vio que Eric se inclinaba hacia él, su mente entró en pánico y solo pudo quedarse quieto, rezando para que su espalda bloqueara la visión de su hija porque a ver cómo iba a explicarle que el conductor del Uber estaba besando a su padre. Por suerte, Eric parecía tener otros planes; se había inclinado sobre él para alcanzar con el brazo el manillar de la puerta del

copiloto para invitarlo a entrar. Al ver que el joven le hacía un movimiento con la cabeza, él se deslizó rápido hacia dentro y se sentó. Tenía las mejillas ardiendo, el corazón a mil, y no podía quitarse de encima la sensación de que se moría por un beso suyo.

—Papá. —Daniela se había echado hacia delante para enseñarle la pantalla de su teléfono—. Le he dicho a mamá que voy a dormir en casa de Nerea, para que no te lleves tú la bronca. Me ha dicho que, cuando regrese mañana, me recogerá ella. ¿Te parece bien?

Manu asintió. Tenía la mirada fija en Eric, que intentaba rodear el coche para sentarse en el asiento del conductor, pero el tráfico en ese momento no le permitía realizar la maniobra. Cuando lo consiguió, reaccionó a las palabras de su hija y asintió.

—Sí, claro.

Daniela parpadeó confundida, pero no dijo nada más al ver que el conductor del Uber abría la puerta, plegaba el paraguas hasta meterlo en un lateral y se sentaba tras el volante.

—Bueno... —Eric se echó el pelo del flequillo que se le había mojado hacia atrás y se giró para mirar a las chicas—. Y bien. ¿Dónde os llevo?

—A mi casa. —Nerea se apresuró a responder para darle su dirección. Era evidente que a la chica no se le había pasado por alto lo guapo que era el conductor y no podía apartar los ojos de él—. Puedo guiarte, si quieres.

Daniela, al escucharla, puso los ojos en blanco.

—Sé llegar, gracias. —Eric le guiñó un ojo a Nerea por el espejo retrovisor y arrancó el coche.

Eric las veía cuchichear y eso le hacía gracia, porque sabía que hablaban de él, y le resultó curioso. Miraba con disimulo a la chica que iba en el asiento detrás del copiloto. Justo cuando había llegado junto a ellos con el paraguas en la mano, había escuchado que había llamado «papá» a Manu, y no podía negarlo, porque la joven se daba un aire a él, quizás en la forma de los ojos y las cejas. Era muy atractiva, pero ¿cómo no iba a serlo teniendo a ese hombre como padre? Después de analizar a la chica, volvió a Manu para mirarlo de reojo. Lo notó cohibido, algo colorado y en tensión. Al verlo así, deseó poder envolverlo entre sus brazos y acariciarle la espalda para que se relajara. Entendía cómo se debía de sentir, por eso decidió encender la radio y dejar que la música los envolviera a todos.

Fue una trayectoria lenta debido al tráfico y a la lluvia, pero el sonido de la música dio calor al silencio que reinaba dentro del coche, el cual solo se interrumpía cada tanto por los cuchicheos esporádicos de las dos chicas.

—Hemos llegado —anunció. Al ver que ellas salían a toda prisa del coche, tuvo que apresurarse para alcanzarlas. Por suerte había escampado bastante y apenas quedaba en el aire una ligera llovizna casi imperceptible—. ¿No os lleváis vuestras bolsas?

—¡Qué mala cabeza tenemos! —Daniela fue la primera en girarse y miró a su padre, que se había acercado para ayudarlas—. No me regañes, papá, te prometo que lo estoy intentando.

Eric no comprendió esa frase y miró a Manu. Por supuesto, él no tenía por qué explicarse porque no era asunto suyo, pero no había podido evitar sentir curiosidad. Abrió el maletero y ayudó a las chicas a sacarlo todo. Al girarse con las bolsas en las manos, Manu se había colocado a su lado.

—No es la primera vez que mi hija se va olvidando bolsos, maletas, mochilas, compras, o lo que sea que no vaya pegado a su cuerpo en taxis, autobuses o cualquier vehículo con motor.

Eric tuvo el atino de no sonreír al ver la cara sonrojada de la chica.

—Bueno, nos vamos. —Daniela, cargada de bolsas, se giró hacia su padre y le dio un beso en la mejilla—. Gracias, papi. Hablamos. Pagas tú el Uber, ¿no? ¿O le digo a mamá que te haga un bizum?

—Pago yo, tranquila. —Se despidió de las chicas y esperó a que ambas desaparecieran dentro del portal de la casa de Nerea. Luego se giró hacia Eric y lo miró—. Como me llames *papi*, dejaré de hablarte.

Eric apretó los labios para contener la risa y lo vio subirse de nuevo al coche. Rodeó su vehículo y se sentó tras el volante, esta vez con el rostro calmado porque no quería molestarlo.

—¿Te llevo a casa?

Manu asintió.

—Sí, por favor. —Se abrochó el cinturón de seguridad y miró la acera desierta. Había oscurecido bastante en esa última media hora y ya casi era de noche—. ¿Hoy no trabajas?

—Empiezo mi turno en cuanto te deje en casa. Me toca hacer la noche. Por eso me he levantado tan tarde.

—¿No te da miedo? Quiero decir, que se te suba algún loco, o alguien que no te quiera pagar.

—Esto es Madrid —respondió—. Hay gente zumbada a todas horas.

—Bueno, ya. —Sonrió porque tenía razón en esa afirmación, pero no era algo exclusivo de Madrid, ya que el mundo parecía que estaba perdiendo la cabeza poco a poco. Él, el primero—. La verdad es que nunca lo he pensado, y prefiero no hacerlo porque, si me como mucho la cabeza, sé que luego no me va a servir de gran cosa y solo voy a conseguir bloquearme.

—Yo también le doy demasiadas vueltas a las cosas. Sé que no debo hacerlo, pero es algo inevitable para mí.

Mantuvieron una conversación amena el rato que tardaron en llegar a casa de Manu. El tráfico seguía siendo denso, pero ninguno de los dos se quejó porque ese retraso era como rascarle al tiempo unos minutos más para estar juntos.

—¿Tienes aquí las llaves del garaje? —Eric había detenido el coche frente a la puerta mecánica—. Así te dejo dentro y no tienes que mojarte hasta llegar al portal, porque ha empezado a llover otra vez.

Manu asintió mientras sacaba el llavero del bolsillo de la chaqueta. El mando del garaje era pequeño y no era una molestia llevarlo.

Eric lo vio apretar el botón varias veces. Segundos más tarde, la puerta comenzó a abrirse y él dejó que el coche se deslizara por la rampa hasta que llegó a la plaza indicada y lo aparcó de un solo movimiento. Cuando apagó el motor, giró la cabeza y vio a Manu con la cartera en la mano.

—¿Qué haces? —Su voz sonó como una piedra de gran tonelaje al caer sobre una placa de cemento.

Manu lo miró serio.

—Nos has llevado a casa. Eres un Uber. Es lógico que te pague, ¿no crees?

Eric negó con la cabeza.

—No. Mi trabajo comienza ahora. Os he llevado a casa porque he querido, y porque me considero tu amigo. Si quisiera ganar dinero, habría comenzado antes mi turno.

Manu suspiró, asintió y se guardó la cartera.

—Está bien. Déjame al menos invitarte mañana a tomar algo.

Eric chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Me encantaría, pero mañana trabajo de repartidor todo el día.

—¿Repartiendo? —Manu no pudo evitar la sorpresa—. No sabía que también hacéis reparto.

—No. Mañana no trabajo para Uber, sino para Amazon. Voy a hacerle el turno a un colega. No es la primera vez que lo hacemos. Paga muy bien.

Manu parpadeó confundido.

—Creo que no te entiendo.

—No me extraña porque tengo la manía de hablar como si todo el mundo conociera mi vida y lo que hago. —Esbozó una sonrisa y procedió a explicarle. Lo haría mil veces porque estar con él se había convertido en su momento favorito del día—. Tengo un colega, José Ramón, aunque lo llamamos Serra, que trabaja como repartidor de Amazon. Lleva un polo puesto con el logo, camioneta especial y todo ese rollo. Y, cuando le toca trabajar algún que otro fin de semana y ha hecho ya planes, me llama.

—¿Y cómo lo hacéis? Porque imagino que no seréis gemelos y que el jefe sabrá que no trabajas para él.

—No, no; él llega al trabajo muy temprano, carga en la furgoneta todo lo que tiene que repartir ese día, y luego quedamos en algún sitio. Cuando termino de repartir, lo llamo para que recoja la *furgo* y regrese a la central.

Manu frunció el ceño.

—¿Y si os pillan? ¿O si tienes un accidente y no estás cubierto por la empresa? Podéis buscaros un problema así.

—Confío en que no me pasará nada.

Manu asintió, aunque no muy convencido.

—Gracias por traerme, entonces. ¿Quedamos otro día?

—Cuento con ello. ¿Qué vas a hacer mañana?

—Limpiar la casa y cocinar para Antonio. Él cocina durante la semana y yo, sábados y domingos, además de recogerlo todo un poco. No está mal. Al menos, no me cobra alquiler. —Al ver que Eric se reía, sonrió él también—. Suena muy triste mi vida, ¿verdad? Yo también lo he pensado.

—¿Qué? No, no. No me río por eso. Solo pensaba que mi madre se rindió hace mucho en eso de limpiarme el cuarto, aunque sigue cocinando para mí. Menos mal, porque no sé hacer nada.

—Yo te puedo enseñar, si quieres.

La frase se quedó flotando en el aire, entre ellos dos, abierta a múltiples interpretaciones, y eso fue algo de lo que ambos se dieron cuenta. Vio a Eric ganar un poco de terreno y echarse hacia delante, despacio pero con determinación, hasta acercarse a sus labios. Si iba a besarlo, él no iba a poner resistencia, y así hubiera sido si su teléfono no hubiera comenzado a sonar en ese preciso momento. Tardó unos segundos en reaccionar, parpadeó algo confundido y sacó el aparato del bolsillo.

—Patricia, hola. —Guardó silencio mientras escuchaba—. Sí. He dejado a la niña en casa de su amiga y me ha dicho que mañana vas a por ella. —Al darse cuenta de que ese momento con Eric había pasado y que la mujer parecía querer contarle cómo le había ido en la reunión de Barcelona, decidió interrumpirla para poder despedirse de Eric—. Espera, dame un momento, que me pillas cuando estoy llegando a casa. —Apoyó el teléfono sobre el muslo para que Patricia no lo escuchara y se dirigió hacia el joven—. ¿Hablamos luego?

Al ver que Eric se limitó a asentir, se inclinó hacia delante y le dio un suave beso sobre los labios. Sabía que lo había pillado por sorpresa sin dejarle tiempo para reaccionar, ni siquiera para devolvérselo. Abrió la puerta del coche y, desde fuera, le guiñó un ojo para luego acercarse hacia

la rampa y apretar el mando para que la puerta de acceso al garaje se abriera.

Eric tenía que estar volviéndose loco porque ese beso casi infantil había provocado un extraño efecto en él. Sin dejar de pensar en ese segundo que acababa de vivir, comenzó a maniobrar para prepararse y salir. Cuando la enorme puerta de metal estuvo abierta del todo, miró por el espejo retrovisor; Manu le hizo un gesto de despedida con la mano mientras con la otra seguía sosteniendo el teléfono pegado a la oreja. Le devolvió el saludo y salió a la calle, donde la lluvia le dio de nuevo la bienvenida. Le quedaba una noche larga de trabajo, y al día siguiente tenía que levantarse temprano para repartir, pero a pesar de todas las horas de curro que tenía por delante, a él se le había quedado cara de idiota después de ese beso. Y lo mejor de todo era que no le importaba porque se sentía inmensamente feliz.

Eric había repartido casi la mitad de los paquetes que llevaba en la furgoneta cuando decidió hacer un descanso. La noche anterior había sido tranquila porque había estado lloviendo y muy pocos se habían aventurado a salir de sus casas. Eso no le venía bien porque necesitaba ganar dinero, pero no le preocupaba demasiado porque así estaría más descansado para el día siguiente. Serra pagaba bien el día, por lo que iba a compensar con creces el poco trabajo que había tenido.

Había quedado con él donde siempre, debajo de su casa. Le había dejado su uniforme de trabajo, que consistía en una camiseta de color turquesa con las mangas azul oscuro, del mismo tono que tenía la furgoneta. Esta tenía un par de arañazos en el lateral, donde estaba el logo de Amazon Prime, pero no le preguntó a su amigo porque, conociéndolo, sabía que se habría comido alguna esquina. Le dio también el teléfono donde iba apuntando los pedidos que entregaba y su credencial, aunque no la necesitaba porque se sabía los datos de su colega como si fueran los suyos propios.

Esa mañana estaba algo soleada. Hacía ya frío, pero él se había remangado la camiseta por encima de los codos porque varios de los paquetes que tenía que repartir eran casi igual de grandes y pesados que él. ¿Qué diablos compraba la gente?

Serra había tenido el detalle de organizar la paquetería, por lo que todas las cajas estaban metidas en la furgoneta por orden de calles, así que el reparto resultó muy efectivo y práctico. Lo único que lo estropeaba era cuando un cliente no estaba en su domicilio y no tenían orden de dejar a ningún vecino. Sin embargo, esa mañana había tenido suerte y había podido entregar todo lo que llevaba. Había ayudado que fuera sábado y la mayoría de las personas estuvieran en sus hogares. Eso aceleraba el reparto y, con suerte, antes de oscurecer podría estar en casa.

Cuando se había levantado esa mañana le había mandado un mensaje a Manu. Fue escueto, le deseaba un feliz sábado y le recomendaba que no limpiara mucho. Le habría gustado decirle lo que pensaba sobre el beso de la noche anterior. Porque lo había pillado desprevenido, de lo contrario, estaba seguro de que habría durado mucho más que esos pocos segundos. Ahora, en el descanso, mientras bebía de su botellín de agua, había sacado el teléfono para mirar si Manu le había respondido. No tuvo que bajar mucho en su lista de mensajes para ver que ahí estaba la respuesta que estaba esperando. Ansioso, lo seleccionó y leyó en voz alta.

—¿Quieres chupar? —Durante un segundo el cerebro le hizo un cortocircuito porque no entendía a qué venía esa frase—. ¿Qué? —se preguntó, hasta que vio una foto sin descargar después del mensaje.

Más ansioso de lo que hubiera admitido, descargó la imagen y esta se abrió al instante. Ante él apareció una de las manos de Manu embadurnada de lo que parecía ser algún tipo de masa y un cuenco con especias y algo dentro. Al lado, sobre una tabla, había varias croquetas caseras, todas de igual tamaño y todas igual de apetecibles y eso que aún no estaban cocinadas. Sin esperar más, decidió responderle lo primero que se le ocurrió, que fue que él siempre estaba dispuesto a chupar.

Se terminó el botellín de agua despacio, mientras meditaba si no se habría pasado con la respuesta. ¿Y si había sido demasiado franco? Ya se había dado cuenta de que Manu no era

como cualquier otro tío, que solo buscaba algo físico y nada más. No; él era diferente y lo respetaba. Entendía que venía de una relación larga, con una mujer, además, y que, para añadir más leña al fuego, había una diferencia de edad entre ambos que, para Manu, parecía ser muy importante. Por eso tenía que ir con cuidado, porque sospechaba que, si lo presionaba, podría ahuyentarlo.

La vibración del móvil lo pilló por sorpresa. Deslizó el dedo por encima de la pantalla y, de nuevo, leyó en voz alta.

—Si tienes un rato o terminas temprano, pásate. Te guardaré unas cuantas.

Eric no se miró por el espejo retrovisor, pero sabía de sobra que estaba sonriendo como un tonto. Le respondió sin dudar. Aún estaba bastante lejos de esa zona, pero quizás en unos cuarenta minutos podría estar por allí y hacer un descanso.

Sin perder más tiempo y para poder terminar cuanto antes, arrancó la furgoneta rumbo al siguiente reparto. Decir que estaba motivado era decir poco, pero es que... ¿existía algo más rico que una croqueta casera?

Cuarenta y nueve minutos más tarde, Eric había aparcado en una zona de carga y descarga donde podía dejar estacionada la furgoneta durante treinta minutos. No estaba demasiado lejos de la casa de Manu, así que se aseguró de cerrarlo todo bien y caminó hacia el portal. En ese momento salía una chica de pelo negro rizado muy sonriente acompañada de varios perros que tiraban de ella. La saludó con una sonrisa mientras sostenía la puerta y subió de dos en dos los escalones hasta entrar en el portal. Luego caminó hacia las escaleras, que subió en apenas unos segundos. Al pararse sobre el felpudo y llamar al timbre, sintió que los latidos le iban a mil, y el hecho de haberse pegado un *sprint* en el rellano no tenía nada que ver con que el corazón le fuera a tres mil revoluciones. Cuando escuchó ruido al otro lado, contuvo la respiración.

Manu no había parado de hacer cosas en la casa desde que se había levantado. Así era su vida desde hacía tiempo, y no podía quejarse porque podría haber sido peor. Había preparado con tiempo la masa de las croquetas para dejarla reposar, cambiado las sábanas de la cama, puesto dos lavadoras y pasado la mopa por todo el piso. Cuando terminó con todo eso, se puso a elaborar el menú del fin de semana.

La cocina era muy pequeña y apenas tenía encimera suficiente para poder trabajar. Esa era una de las cosas que más echaba de menos de su casa. A él, que lo relajaba tanto cocinar y le gustaba poner los ingredientes que iba a utilizar ante él y en orden, ahora debía tenerlos amontonados porque ese pobre hueco de encimera no daba para más.

Mientras preparaba la masa de las croquetas, se le había ocurrido mandarle un mensaje a Eric. Le llevó un rato pensar qué iba a decirle. Se le ocurrieron un millón de cosas, pero no se atrevió a decirle ninguna, y no porque el joven fuera a tomárselo a mal, porque sabía que no iba a ser así. El problema estaba en él, que se frenaba cada vez que dejaba volar la imaginación. Había algo dentro que lo hacía regresar para poner los pies en el suelo siempre que se aventuraba a soñar despierto.

Ese «quieres chupar» le había costado mucho mandarlo porque tampoco quería incitar a Eric a algo que ni él mismo sabía que quería hacer. O sí. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?

Al final, lo hizo y la respuesta del joven no lo defraudó. Luego, no supo muy bien cómo, lo había invitado para que probara sus croquetas, y eso lo puso nervioso. ¿No era una situación demasiado íntima eso de invitarlo a casa?

Tras pensarlo mucho, llegó a la conclusión de que eran amigos, y probar lo que cocinaba no tenía nada de malo. Igual que hacía Antonio.

No había terminado de darle vueltas a la cabeza cuando sonó el timbre de la puerta. Sabía que no era su compañero de piso porque hacía poco que se había marchado a recoger a su hijo, que iba a pasar unos días con ellos, y luego irían a hacer la compra. Eso implicaba que no volverían hasta la hora de comer y para eso aún quedaba un rato. Respiró hondo, caminó hacia la entrada y abrió. Eric estaba frente a él, con una sonrisa que iluminaba el rellano y una camiseta que había conocido días mejores.

—Eric. Hola. Pasa.

El joven entró y se quedó tras él. Cuando cerró, se dio la vuelta. No sabía que lo tenía tan pegado a él, y eso lo hizo contener la respiración.

—¿Qué tal la mañana? ¿Pudiste terminar con el reparto?

—No, pero no me queda mucho. Si sigo a este ritmo, no terminaré muy tarde. Ojalá, porque mañana estaré con el coche todo el día y estar tantas horas sentado tras el volante destroza la espalda.

Manu reaccionó en ese momento y dio un paso hacia atrás, hacia la cocina. O se alejaba, o se echaría en sus brazos y se lo comería a besos.

—¿Te apetece algo de beber?

—Agua está bien, gracias. —Eric se quedó en el marco de la puerta sin llegar a pasar a la cocina. Desde allí lo observaba todo—. Huele genial. ¿Qué has hecho?

—Aparte de las croquetas, estoy guisando carne con patatas. El hijo de mi compañero se queda con nosotros unos días y quiero dejar todo preparado. —Había abierto una botella de agua y le había llenado un vaso.

—Qué organizado eres —lo elogió. Al ver que Manu le tendía el vaso de agua, le agradeció con la cabeza y se lo llevó hacia los labios.

Manu cerró el tapón y dejó la botella en su sitio. Al girarse, Eric aún no había terminado el agua y, sin poder evitarlo, se quedó mirándolo. El joven tenía la mano grande y fuerte y abarcaba casi todo el diámetro del vaso. En el cuello le latía fuerte el pulso mientras tragaba. La mirada se le desvió a los labios, que habían abandonado el borde del vaso al acabar y se lamía para secarse el agua. Fue un error mirarlo porque le entró una sed terrible, y no de agua precisamente.

—¿Quieres más? —Estiró el brazo al ver que Eric le tendía el vaso vacío.

—No, gracias. Suficiente.

—Ven, te enseñaré la casa. —Antes de salir de la cocina, dejó el vaso dentro del fregadero y pasó por su lado, esperando a que lo siguiera. Salió al recibidor y torció a la derecha. Abrió una puerta y le dejó paso para que llegara al salón—. No es un piso muy grande, pero es cómodo y está muy bien situado.

Eric lo había seguido y se había quedado en el centro del salón mientras observaba la estancia, que era como otra cualquiera; un sofá grande, un mueble con una televisión plana, una mesa rodeada de sillas en un lateral y un escritorio en una esquina, con un ordenador que, en ese momento, estaba apagado. El teclado, grande y con más botones que cualquier otro, le llamó la atención.

—¿Eres *gamer*?

Manu se giró hacia él al oírlo.

—No. Eso es de Antonio. El que juega es él, y su hijo también. Yo no suelo tener mucho tiempo libre para eso. ¿Cómo lo has sabido?

—Por el teclado. Es uno de los mejores que hay en el mercado ahora mismo para determinados tipos de juegos. El ratón tampoco está mal, pero prefiero otros modelos. Ese no es tan cómodo como aparenta.

Manu alzó las cejas porque Eric parecía dominar el tema.

—Tú eres *gamer* por lo que veo.

—Antes sí, pero ahora ya no tanto. Me pasa igual que a ti; tengo poco tiempo libre y si estoy en casa, dormir es mi máxima prioridad.

Manu sonrió. Estaba descubriendo muchas cosas de Eric, cosas que le gustaban.

—Ven. —Abrió otra puerta que había al lado del sofá y entraron a un pequeño pasillo—. Aquí a la derecha está la habitación de Antonio, esa puerta del fondo es el baño y estas puertas de la derecha son de un armario gigantesco.

Eric lo miró todo desde donde estaba.

—¿Y tú dónde duermes?

—Al otro lado. Sígueme.

Al pasar por su lado, se rozó con él. No lo hizo queriendo, pero le gustó ese efímero contacto. Regresó de nuevo hacia la entrada, donde estaba la cocina, pero pasó de largo. Allí había una puerta que daba a un pasillo mucho más pequeño que el anterior.

—Este es mi armario. —Señaló a la derecha al pasar frente a ellos—. Aquí está mi baño y esta es mi habitación. —Esperó a que Eric se reuniera con él para seguir hablando—. Es bastante pequeño, pero para mí solo no está mal. —Miró su cama de un metro treinta y cinco pegada a un lado y un escritorio al fondo, bajo una ventana que ocupaba casi toda la pared, al lado de una cristalera que daba al patio—. Ven. Al menos tengo vistas bonitas.

Caminó hacia la puerta de cristal que había al fondo, terminó de subir hasta arriba la persiana y la abrió. Luego, salió a un pequeño patio. No era muy ancho, de tres metros quizás, e igual de largo que la casa. Había un montón de macetas y plantas que daban a ese lugar de muros blancos y altos un aspecto muy acogedor.

—Está super bien.

Manu asintió.

—Mérito de Antonio. Esta es su casa, la verdad. Yo solo soy un refugiado. Si no hubiera sido por él, no sé... estaría en algún albergue compartiendo habitación con doce personas más.

—¿Tan mal terminó el divorcio?

—No fue mal, pero son demasiados gastos, y vivir en Madrid es muy caro. No podía permitirme pagar un alquiler, pagar la manutención de mi hija y comer. Era incompatible todo. Así que Antonio me propuso vivir aquí sin cobrarme nada. Así, mientras tanto, voy ahorrando hasta que pueda vender la casa donde vivía. —No pudo evitar hablar con cierta añoranza. Le encantaba aquel lugar, ya no solo porque había visto crecer a su hija allí y había vivido momentos muy felices, sino también porque le gustaba la zona, y cómo la habían reformado y decorado.

—¿Y por qué no vives allí mientras tanto? ¿O vive tu exmujer en ella?

—No. Patricia y Daniela viven muy cerca de aquí, en un ático de su hermano que trabaja siempre fuera. Yo no me quedé allí porque es enorme. Tiene cuatro plantas, ¿sabes? Y eran demasiados recuerdos para seguir yo solo. Además, está en venta. Pensé que se vendería mucho

antes y, con el dinero, podría buscarme algo, pero no nos ha salido aún ningún comprador.

—Comprendo.

Manu se había quedado mirando el patio, sumergido en sus pensamientos. Cuando sintió una mano sobre su hombro, giró la cabeza para encontrarse con los ojos de Eric. Tenía unas pupilas muy bonitas que, a veces, parecía que eran verdes; otras, marrones; pero siempre igual de expresivas.

—Entremos. No quiero entretenerme demasiado.

—No te preocupes. Puedo dejar la furgoneta en la zona de carga y descarga durante treinta minutos seguidos.

Manu entró en su habitación. Dejó paso a Eric y luego cerró la puerta de cristal tras él. En esa época del año ya refrescaba bastante a partir de media tarde y no quería que se le quedara la habitación helada.

Cuando regresaron a la cocina, Manu le señaló un recipiente que estaba metido en una bolsa de papel marrón.

—A riesgo de sonar como una abuela, te he preparado un *tupper* con croquetas caseras recién hechas.

Eric se acercó a él y lo miró de cerca.

—Creo que jamás había escuchado algo tan erótico en mi vida.

Manu comenzó a reírse. Abrió la puerta del horno, donde había dejado las croquetas a la espera de que llegara Antonio con su hijo, y cogió una para dársela a Eric y que la probara. Pensó que el joven la cogería, pero se limitó a abrir la boca así que, despacio, deslizó la croqueta entre sus labios hasta depositarla en su boca. En cuanto apartó los dedos, Eric comenzó a masticar.

—Joder —murmuró—. Deja lo que estés haciendo y pon una croquetería.

Manu volvió a reírse. Sabía que le salían muy ricas. Las llevaba haciendo toda la vida.

—Eres un exagerado, pero gracias.

Eric negó con la cabeza.

—No exagero. De verdad. —Con pena, terminó de tragar la croqueta—. Mi madre también las hace muy ricas, pero tú le ganas, Manuel.

Manu lo miró porque nadie solía decirle su nombre completo. No le hacía mucha gracia y supo por la reacción de Eric, que él lo recordaba porque fue lo primero que le dijo cuando se conocieron al montarse en el Uber.

—Perdón. Se me ha escapado.

—No pasa nada, pero no me llames más así, por favor, que no me gusta. Es demasiado largo.

—A mí sí porque tu nombre está más tiempo en mis labios.

Al oírlo, Manu no pudo contenerse más. Lo había conseguido durante todo ese rato desde que Eric había llegado, pero tras esa frase, el poco dominio y autocontrol que le quedaban volaron por la ventana. Se acercó la escasa distancia que los separaba y fue directo a sus labios. El joven le salió enseguida al encuentro e incluso lo rodeó con los brazos mientras profundizaba el beso. Entonces se dejó llevar por esa increíble sensación de sentirse de nuevo especial y único. Los labios de Eric parecían tener el poder de curar todos sus males y a él no le importaría medicarse con ellos para siempre.

No supo el tiempo exacto que había pasado, solo supo que, al romper el beso, ambos respiraron jadeantes y satisfechos por el momento.

—Odio lo que voy a decir, pero voy a tener que marcharme. Llevo aquí media hora y no

quiero ganarme una multa; los estacionamientos de carga y descarga en el centro los miran con lupa.

Manu asintió, comprendiendo.

—Claro. —Agarró las asas de la bolsa y se la tendió—. Piensa en mí cuando te las comas.

Eric sonrió.

—Parece que eso es lo único que hago últimamente. —Agarró la bolsa y caminó hacia la entrada.

—¿Piensas en mí cuando comes? —Manu, que había salido tras él de la cocina, lo adelantó en la entrada para abrirle la puerta en una muestra de caballerosidad.

—La verdad es que siempre estoy pensando en ti. Es lo último que hago cuando me acuesto.

Manu lo miró y se encontró con una enorme sonrisa picarona que podría haber rivalizado con el mismo sol.

—¿Por qué me da la sensación de que pensar no es lo único que haces?

Ambos se rieron y Eric no negó sus palabras. Le dio otro beso antes de salir y desapareció al otro lado de la puerta.

Al cerrar, Manu se quedó allí plantado, como un tonto, con una sensación de felicidad que le calentaba las venas. Quizás no todo iba a ser así, pero aún no estaba preparado para admitir ciertas cosas. Giró sobre sus talones y caminó hacia la cocina para terminar de hacer la comida. Estaba de tan buen humor que sentía que podría limpiar la casa otra vez de arriba a abajo.

El resto de la mañana pasó volando o al menos esa fue la sensación de Manu porque, cuando Antonio y Fernando llegaron, lo pillaron subido a una silla limpiando la parte alta de los muebles de la cocina. Su compañero de piso dejó las bolsas de la compra en el suelo y lo miró con una ceja levantada.

—¿Qué haces?

Manu se bajó de un salto ágil. Llevaba la cara algo manchada del polvo acumulado ahí arriba.

—Limpiar. Tenía ganas.

Antonio le puso una mano en la frente.

—¿Estás bien?

Manu lo apartó de un manotazo y lo esquivó para llegar hasta la puerta, donde Fernando estaba dejando sus bolsas.

—Fer, Te veo genial. —Caminó hacia él y le dio un abrazo a modo de saludo—. ¿Cómo va todo? Hacía ya unas semanas que no nos veíamos.

—Cierto. —Fernando le devolvió el saludo—. Pues bien. Mi madre es una pesada.

—Lo que quiere decir mi hijo es que a Silvia no le ha salido de las narices dejar que el niño venga. Dice que a saber qué va a aprender de dos cuarentones separados.

Manu guardó silencio porque esa guerra no era la suya, aunque repercutía en él de manera indirecta. Nunca había tenido ningún problema con Patricia, pero su situación era muy distinta porque Daniela era una adolescente y en el piso no había ninguna habitación disponible para ella.

—Papá. Voy a dejar esto en tu cuarto. —Fernando regresó a la entrada para terminar de coger las bolsas que había traído.

—Fer. Espera un momento. —Manu lo interceptó antes de que el chaval terminara de llevar sus cosas—. He pensado que, en tu estadía aquí, recuperes tu antigua habitación. Es tuya. Yo puedo dormir en el salón.

—De eso nada. —Antonio respondió antes que su hijo—. Vamos a hacer instancias en el

WOW y jugar al Diablo. Paso de tenerte tirado en el sofá quejándote porque gritamos demasiado.

Eso era cierto. Por lo que recordaba de otras veces, las instancias eran mazmorras donde entraban un grupo de jugadores para conseguir objetos buenos. En la última, Antonio se pasó todo el rato gritándole al resto de los jugadores por el micrófono de sus cascos. Fue insoportable.

—No te preocupes. —Fernando cogió la mochila y se la puso al hombro—. Voy a dormir con mi padre en su cama, que para algo es enorme.

Antonio esperó a que se fuera su hijo para responder a su amigo.

—En teoría, elegí una cama grande con otras intenciones, pero está claro que el destino no opinaba lo mismo que yo.

Manu sonrió. Cuando vio que su amigo iba a abandonar la cocina, dejó caer la bomba porque ya no la aguantaba más dentro.

—Me he enrollado con el repartidor de Amazon.

Antonio, al oírlo, se dio la vuelta y lo miró con las cejas levantadas.

—Joder, el otro día con el tío de Uber, hoy con el de Amazon. Esta noche vamos a pedir al chino. ¿Podrías enrollarte también con él a ver si nos hace algún descuento?

Manu no pudo evitar reírse.

—No, a ver. Es el mismo tío.

—¿El tío de Uber y el de Amazon son la misma persona? No va a haber paro en España si ese chaval trabaja en todas partes...

—Bueno, le está haciendo un favor a un amigo. No trabaja ahí en realidad.

—Entonces, os habéis enrollado aquí, en la cocina, mientras hacías croquetas.

—No. Ha llegado luego. No tenía previsto lo del beso, pero ha surgido así.

Antonio asintió al escucharlo.

—¿Y has dejado de comerte el coco?

—Yo... Joder, no sé. Me gusta estar con él, pero luego lo pienso y me pregunto a dónde voy con un chaval que podría ser mi hijo.

—Tú acabas de decirlo; *podría*. —Hizo hincapié en la palabra—. Eric se llama, ¿verdad? —Antonio asomó la cabeza por la puerta para comprobar que su hijo no venía en ese momento y poder hablarle con franqueza—. Deja de comerte la cabeza y disfruta de lo que sea que tengáis, tanto si solo sois amigos para ir a tomar unas copas o para que os folléis mutuamente. Deja de pensar y relájate.

Manu asintió porque Antonio tenía razón.

—Lo sé. Es que... no quiero que perdamos el tiempo.

—¿Y qué es perder el tiempo? No puedes vivir el presente pensando en el futuro, Manuel. Porque al final no disfrutas ni lo uno ni lo otro. No tiene sentido ser así.

—Ya. Y no me llames Manuel —gruñó.

—Como quieras, pero dale a ese tío una oportunidad. Si solo con un beso ha conseguido que limpiaras la parte alta de los muebles de la cocina, el día que te lo tires, no sé... La cristalera del salón hace siglos que no se limpia.

Manu esbozó una sonrisa. No había pensado aún en eso. En realidad, sí, pero no quería admitirlo. ¿Cómo no imaginar a Eric en su cama, desnudo, si era un auténtico regalo para la vista y para todos los sentidos en general? Porque no solo le gustaba porque fuera atractivo, sino también porque se reían juntos, charlaban de cosas interesantes, y porque el timbre de su voz era fuerte y armonioso. Definitivamente, pensar en Eric como solo un amigo era mentirse a sí

mismo.

Eric se montó en la furgoneta y condujo hacia la siguiente dirección de entrega. Su cerebro rememoraba en bucle lo que había sucedido un rato atrás en la cocina y eso le había dejado una cara de idiota para el resto del día, aunque le daba igual.

Desde que había conocido a Manu, había ido descubriendo cosas de su vida diaria que le habían gustado mucho. De momento, no podía decir que hubiera algo que le desagradara. Bueno, sí; que tenía esa lucha mental consigo mismo, que no le permitía mostrar lo que de verdad sentía, porque la química entre ambos era latente, él mismo lo notaba cuando se acercaban. Era como una especie de atracción que no podían ignorar.

Por su parte, no quería, y ojalá que Manu acabara por dejarse llevar porque quería conocerlo en todos los aspectos de su vida. Y eso incluía también su vida sexual. No iba a negar que había pensado en él de muchísimas maneras, cuando ninguno de los dos llevaba nada de ropa, y no se avergonzaba por ello. ¿Por qué si era lo que sentía? No le había mentido cuando le había dicho que pensar en él era lo último que hacía antes de dormirse, o lo penúltimo, según el día.

Mantuvo esa cara de felicidad hasta que llegó a casa. Su madre estaba allí, en la cocina, con el delantal puesto por encima de la bata de estar por casa.

—Hola, cariño, ¿qué tal te ha ido?

—Vengo reventado. —Eric cerró la puerta de la entrada tras él y caminó hacia la cocina para darle un beso en la mejilla—. Necesito una ducha.

—De acuerdo. Mientras te duchas haré la cena. ¿Qué te apetece?

—No me hagas nada. He comido demasiado y muy tarde. Voy a irme pronto a la cama porque mañana tengo mucho trabajo.

Carmen miró a su hijo con preocupación.

—¿No deberías descansar? No puedes pegarte estas palizas todos los días, Eric.

—Tengo que aprovechar los fines de semana que hay más clientes, ya lo sabes, mamá. Ah, por cierto. —Eric se acordó de sacar el *tupper* que traía en la bolsa que le había dado Manu. Lo abrió y se lo tendió a su madre—. Un amigo me dio esto para comer hoy. Te he guardado un par para que las pruebes. Están riquísimas.

Carmen alzó una ceja.

—¿Un amigo? —Al ver que no respondía, cogió una croqueta y se la llevó a la boca. No necesitó masticar demasiado para darse cuenta de lo ricas que estaban incluso frías—. ¿Dónde las ha comprado tu amigo? Son perfectas. Muy, muy ricas.

—Las ha hecho él.

—Pues dile que son fabulosas. —Carmen masticó lo que le quedaba en la boca y miró a Eric—. Y este amigo... ¿cómo de amigo es?

—Mamá, no empieces. Es un amigo.

—Eric. —Se metió la croqueta en la boca y fue tras él por la casa—. Un amigo normal no te hace croquetas.

—Bueno, pues este sí. —Eric había llegado hasta su cuarto para coger ropa limpia y meterse en la ducha—. No me agobies.

Al oírlo, ella paró de insistir.

—Está bien. No te daré la lata. Y lavaré el *tupper* para que se lo devuelvas.

—Gracias, mamá.

—De nada. —Carmen se echó a un lado para dejar pasar a su hijo que iba cargado con la ropa limpia que iba a ponerse—. Dile que me han encantado y que, si se anima algún día, venga a hacerlas a casa.

Eric cerró la puerta del baño a lo justo para que su madre no se colara y siguiera dándole la turra. Sabía que la mujer no pararía hasta sonsacarle más información. ¡Menuda era! Y él tendría que haber sido más prudente al dejar caer una noticia así, pero no había podido contenerse porque había estado toda la tarde deseando llegar a casa para que probara las croquetas de Manu.

Después de ducharse salió del baño ya con el pijama puesto. Aprovechó que su madre estaba hablando por teléfono para indicarle por señas desde la puerta del salón que se iba a la cama. Caminó hacia su cuarto, cerró la puerta y se metió entre las sábanas. Estaba agotado, pero antes de abandonarse al sueño, puso la alarma en el móvil y revisó sus mensajes.

Manu le había escrito uno donde le deseaba buenas noches. Sin esperar, le respondió lo mismo. Le habría gustado añadir algo más. El *sexting* siempre se le había dado bien, pero no quería asustarlo, ni agobiarlo, por lo que optó por seguir su misma línea. Luego puso el teléfono en modo avión y apagó la luz. Sabía que no necesitaría ni un minuto para quedarse dormido.

El domingo amaneció lleno de nubes que descargaron pequeños chubascos sobre Madrid, cosa que benefició a Eric porque eran pocas las personas que disfrutaban de caminar bajo la lluvia.

Hizo trayectos muy cortos, lo que le facilitó mandar algún que otro mensaje a Manu, que le respondía casi en el acto. Se notaba que no tenía gran cosa que hacer y que estaba aburrido en casa. Habría dado cualquier cosa por haber estado allí con él. Además, el día apetecía a algo así; a estar tumbado en el sofá, bajo una suave manta, con un libro en la mano, y el cuerpo de Manu enredado con el suyo. O al revés, le daba igual.

Estuvo con esa imagen en la cabeza hasta que llegó a su casa. Su madre, bendita fuera, le había hecho la cena y le recordó, justo antes de meterse en la cama, que le había limpiado el «*tupper* de tu amigo», en ese tono que solo su madre sabía poner y que significaba «hijo mío, sé que es más que un amigo, pero, amablemente, voy a dejar que poco a poco me vayas contando tu vida, hasta que me canse y te someta al tercer grado». Por eso, nada más cenar, decidió marcharse a la cama.

Sabía que, si se ponía, su madre podía llegar a averiguar cualquier cosa, y él aún no estaba preparado para hablar sobre ese tema. Y no porque no tuviera las cosas claras, sino porque quería ir al mismo ritmo que Manu. Quería respetar sus decisiones sin agobiarlo y, si él necesitaba tiempo, se lo daría.

La semana había comenzado algo ajetreada; al menos para Eric, que no había podido disponer de ningún momento libre para quedar con Manu. Tenían horarios completamente opuestos y, cuando uno estaba trabajando, el otro descansaba, y eso lo fastidiaba mucho porque tenía muchas ganas de verlo.

Por fortuna, el miércoles les concedió una tregua y solo tuvo que trabajar hasta después de comer. Le mandó un mensaje a Manu para decirle que tenía la tarde libre y le preguntó si quería quedar, aunque fuera un rato. No tardó demasiado en recibir la respuesta en donde Manu le decía la hora en la que saldría y le proponía verse en la puerta de su garaje, aunque no podría quedarse demasiado tiempo porque le había prometido a Antonio ir a cenar con él y con Fernando. No era gran cosa, pero al menos iban a estar un rato juntos. Eso era mejor que nada.

No quería admitir que llevaba ansioso toda la tarde. Se había cambiado cuatro veces de sudadera para acabar poniéndose lo primero que se había probado; un jersey de color salmón con unos vaqueros grises desgastados.

Salió con tiempo, y no sabía para qué, porque no podía entrar en el garaje hasta que Manu llegara y le abriera. No llovía, pero hacía bastante frío, y deseaba llegar antes que él. Se sorprendió al sentirse tan sobreprotector, y era absurdo, porque Manu sabía cuidarse perfectamente. Además, había criado con bastante éxito a una hija. No todos los progenitores podían decir lo mismo y eso lo sabía él por experiencia propia.

Cuando dio la tercera vuelta a la manzana y regresó a la puerta del garaje, Manu apareció detrás de un grupo de personas. Al verlo no pudo evitar sonreír, no solo porque el hombre había hecho un gesto divertido con la cara, sino porque lo alegraba su presencia. Eso sin contar lo bien que le sentaba esa cazadora de pana negra de cuello Mao.

—Hola —lo saludó en cuanto entró en el coche—. Traes la nariz roja.

—Hola. —Manu rebuscó en los bolsillos de la chaqueta hasta encontrar el mando de la puerta del garaje para abrirlo—. Sí, hace más frío que esta tarde y se me pone la nariz así. ¿Llevas mucho esperando?

—Acabo de llegar —mintió. No iba a decirle que había dado varias vueltas alrededor del vecindario porque las ansias por verlo lo habían hecho salir mucho antes de casa. Esperó a que la puerta del garaje estuviera abierta del todo para bajar la pequeña rampa y estacionar en la plaza correspondiente con una sola maniobra, como siempre. Cuando apagó el motor, echó el brazo hacia atrás y cogió la bolsa que había dejado ahí antes—. Mi madre te ha lavado el *tupper*. Y probó tus croquetas.

—Ah, ¿sí? —Manu parecía tener mucha curiosidad—. ¿Le gustaron?

—Mucho. Intentó someterme al tercer grado porque conoce a mis amigos y sabe que sus artes culinarias son incluso peores que las mías, pero esquivé sus balas como en *Matrix* y salí airoso.

Manu sonrió por el comentario y aceptó la bolsa.

—¿Qué tal la semana? ¿Se ha montado algún extraterrestre en el coche estos días?

—Esos, a diario. No fallan. De hecho, mira. —Señaló la parte baja de la puerta que estaba detrás de Manu—. No sé si ha sido casualidad o no, pero hay una marca circular, como las que

aparecen de la noche a la mañana en los campos de trigo y que la gente piensa que son señales extraterrestres. Pues igual.

—¿Sí? —Manu no pudo quedarse con la curiosidad y se giró, pero no podía ver nada desde su asiento, así que salió del coche y abrió la puerta para verlo—. ¿Dónde?

—Debajo de la manilla.

Manu no tuvo oportunidad de mirar mucho más porque el sonido del ascensor al otro lado de la puerta que quedaba cerca del coche lo alertó de que alguien iba a entrar al garaje. Eso lo puso muy nervioso porque conocía a muchos vecinos que vivían allí y la mayoría eran bastante metomentodo, por eso solía esquivarlos en el rellano de la escalera. Sabía que, cuando llegó a vivir con Antonio, los criticaron por ser dos hombres divorciados que vivían juntos. ¡Menuda tontería! Como si fueran los únicos...

Ahora, como lo pillasen con un chaval más joven que él en un coche que no era el suyo, iba a tener cotilleos hasta el día del Juicio Final. Por eso se metió con rapidez en el coche, cerró la puerta y se tumbó boca arriba a lo largo del asiento.

—¿Qué haces? —Eric se volvió desde su asiento tras el volante y lo miró.

—Viene un vecino. —Giró la cabeza hacia él para responder—. Y aquí todos son unos chismosos.

—Ah...

—¡Agáchate! —Manu escuchó cómo se abría la puerta cortafuegos. Hacía un ruido muy peculiar que se oía en todo el garaje. Era cuestión de segundos que abrieran la segunda puerta y pillaran a Eric ahí sentado.

—Mis piernas son demasiado largas y tengo el volante incrustado en el estómago. ¿Dónde quieres que me meta?

Manu esperó a que Eric terminara de deslizarse hacia atrás al mover la palanca que tenía debajo cuando tiró de su brazo. Al hacerlo, lo arrastró hacia él con demasiada fuerza y el joven cayó entre los dos asientos delanteros. Ninguno dijo nada, solo se limitaron a mirarse a los ojos hasta que la luz del garaje se apagó y quedaron a oscuras. Entonces, Eric se incorporó para salir de donde estaba, se apoyó en el respaldo y se impulsó hasta caer en el asiento trasero sobre él. Sabía que no había sido un accidente y que lo había hecho a propósito, pero no le importó. De nuevo, el sonido de la puerta y un par de voces, de un hombre y de una mujer, llegaron poco a poco hacia ellos, pero pasaron de largo, hasta que desaparecieron en lo que parecía ser el interior de un coche.

El sonido del motor y el engranaje de la puerta metálica fue lo único que se escuchó durante varios segundos hasta que todo volvió a quedar en silencio y a oscuras.

—¿Me muevo? Aunque no sé si mi cuerpo va a obedecerme porque no te voy a negar que he soñado muchas veces con esto.

El susurro de Eric le erizó la piel. Él también había soñado demasiadas veces con algo así, por lo que no se sorprendió cuando sus propias manos se posaron sobre sus hombros para atraerlo más hacia su cuerpo, despacio, muy despacio. Sentía su aliento cerca, pero no veía apenas nada, aunque el resto de sus sentidos estaban a flor de piel.

Le temblaban las manos, quizás debido a los nervios por contener todas esas emociones que sentía y que aún no había tenido la oportunidad de expresar. Cuando percibió los labios de Eric sobre los suyos, fue la primera vez en mucho tiempo que supo que no había ningún otro lugar en el mundo donde quisiera estar. Ni con nadie más. Profundizó el beso y adentró la lengua hasta

que encontró la suya. Entonces todo se le fue de las manos y simplemente se dejó ir. Sentía la erección de Eric pegada a la suya, igual de dura y necesitada, pero tenía que parar y poner freno porque iba a demasiadas revoluciones y ese no era el momento ni el lugar.

—Eric —jadeó entre beso y beso—, tenemos...

—Que parar. Lo sé —acabó la frase por él—. Solo un beso más.

Ese beso duró más de lo que se imaginaba, pero no le importó. Cuando Eric se incorporó y le dejó espacio para que se levantara, se sentó a su lado, en completo silencio y con la respiración aún alterada. Entonces, giró la cabeza al percibir que Eric se movía; el joven había levantado el brazo para encender la luz de cortesía del coche y, al hacerlo, parpadearon incómodos.

—¿Le pedimos a tu vecino que pase otra vez?

Manu no pudo evitar reírse por la ocurrencia. Lo curioso era que él pensaba igual.

—Me vibra el teléfono. —Se movió y sacó el teléfono del bolsillo trasero del vaquero—. Es Antonio. Quiere saber dónde coño me he metido. Palabras textuales. —Le enseñó la pantalla a Eric para que viera que no exageraba—. Creo que debo marcharme.

—Sí, pero antes déjame probar una cosa.

Solo tuvo tiempo de ver cómo Eric pasaba una pierna por encima de las suyas para acabar sentándose sobre sus caderas a horcajadas. Tuvo que agachar la cabeza porque no podía estar completamente erguido, pero pareció darle igual porque lo tomó de la mandíbula y se inclinó hacia él para besarlo.

Tenía que detenerlo y recordarle que tenían que parar, pero todo lo que hizo fue amoldarse a su beso, escurrirse un poco en el asiento y recorrerle los muslos hasta rodearle las caderas. No debía explorar más e imaginó que se quedaría ahí, pero de nuevo, una vez más, se sorprendió a sí mismo y siguió su avance hasta que llegó a su trasero, donde le puso una mano en cada nalga y lo acarició sin decoro para luego acercarlo más hacia él.

—Joder. —La voz ahogada de Eric se perdió entre sus labios mientras movía las caderas con continuas ondulaciones para restregarse deliberadamente contra él.

—Como sigamos así voy a mandarlo todo a la mierda. —Su voz sonó igual entre sus labios. Acababa de romper el beso porque estaba muy cerca del precipicio y eso era peligroso.

—Tienes razón.

Cuando vio que Eric comenzaba a bajarse de sus piernas, lo volvió a agarrar de nuevo por las caderas para que no se moviera y colocó las manos de vuelta en su trasero. Eric levantó una ceja, curioso.

—¿Y bien? —le preguntó al ver que no se movía.

—Hazlo una vez más, por favor.

El joven no se hizo esperar y, con la mirada fija en la suya y mordiéndose el labio inferior, movió las caderas de atrás hacia delante, poniendo especial cuidado en que ambas erecciones se restregaran de manera lenta y dolorosa para ambos.

El movimiento los hizo sisear porque mirarse así había sido algo nuevo y diferente. Eric parecía haber llegado al límite de su resistencia a juzgar por el sonido de su respiración. Lo vio incorporarse y regresar a su asiento tras el volante. Estuvieron unos segundos callados, intentando regresar a la calma, hasta que Eric rompió el silencio.

—Manu. Dime una cosa.

—Tú dirás.

—Me muero de ganas por estar contigo.

Manu sonrió al escucharlo.

—Yo también. Eso significa que esta noche vas a hacer algo más que pensar en mí, ¿no?

Eric asintió, sin culpa alguna.

—Por supuesto. Es que... me paso todo el día salido —admitió—. Eso es algo que se va calmando con la edad, ¿verdad?

Manu, que había agarrado la manilla de la puerta para abrirla se detuvo y lo miró, esa vez mucho más serio que antes.

—Lamento decir que no; los tíos de cuarenta estamos igual de salidos que los de veinte. O más. Seguramente, porque follamos menos.

Eric, que se había vuelto hacia él, le guiñó un ojo.

—¿Ves? Al final, no hay tanta diferencia entre nosotros.

—Me niego a creer lo que dices.

—¿Qué? ¿Que no tenga vida sexual sin contar los momentos conmigo mismo? Pues créetelo. Solo encuentro niñatos por todas partes. Además, tampoco me gustan las relaciones esporádicas. Follarme a un tío en el baño de una discoteca no es algo que me guste demasiado, la verdad.

—Eso me recuerda cuando, al poco de divorciarme, salí una noche a un pub de ambiente.

—¿Ibas buscando guerra?

—Sí, y es curioso porque a mí tampoco me gustan las relaciones esporádicas, pero tenía una mezcla de sentimientos dentro... Supongo que mi parte dolida por haber tenido la sensación de haber perdido tantos años quiso ponerse al día y recordar lo que era follar con un tío. No sé.

—Pues qué pena no haberte encontrado esa noche, Manu. Te habría refrescado bien la memoria.

Manu volvió a reírse. Miró el teléfono otra vez y suspiró.

—Tengo que irme. Antonio pierde la paciencia rápido cuando tiene hambre. —Salió del coche y se paró al lado de la puerta del conductor. Eric había bajado la ventanilla mientras él daba la vuelta al vehículo. Se agachó y le dio un beso en los labios—. ¿Tienes algo que hacer el sábado?

—No —respondió—. Estoy libre. ¿Vamos hablando durante la semana?

—Perfecto. —Rebuscó en el bolsillo, encontró las llaves con el mando del garaje y le dio al botón para abrir la puerta.

Eric salió de la plaza de nuevo con un solo movimiento y le guiñó un ojo antes de pasar al lado de Manu para subir por la rampa y salir a la calle. Conducir empalmado era una tortura, pero con suerte llegaría pronto a casa, porque tenía planeado darse la mejor ducha de toda su vida.

Ese había sido su plan hasta que, cuando estaba aparcando en la calle de atrás de su barriada, recibió un mensaje de su amiga Fátima. Le decía que se había acercado a Madrid a llevarle al padre de Moi las piezas del coche que le había pedido cuando fueron la última vez, que acababa de terminar y que si le apetecía tomar algo porque tenía que charlar con él.

Eric miró la hora. No era demasiado tarde y sabía que su madre aún no había llegado a casa. Deseaba darse una ducha y pensar en Manu, pero que Fátima pusiera tanto empeño en charlar era raro, así que la invitó a su casa. Subió y preparó unos refrescos y algo para picar porque sabía que su amiga no tardaría en llegar.

Y así fue. Al abrir la puerta, Fátima apareció al otro lado, tan discreta como siempre, con su camisa de flores, una camiseta de rayas debajo y unos vaqueros desteñidos.

—¡Hey! Pasa.

—No te interrumpo, ¿verdad?

—No. Acabo de llegar y a mi madre aún le queda un buen rato en el trabajo. Ven. —La llevó hasta el salón y la invitó a sentarse a su lado. En la mesita que había frente a ellos había dispuesto lo que había preparado—. Siéntate y sítete. Estás en tu casa.

—Gracias. Joder, sí que te has refinado, ¿no?

—Me pillas en un buen día. Y tú, ¿qué ocurre? Porque recibir tu mensaje tan seco, sin *stickers* y sin llamarme marica y esas cosas tan bonitas que sueles decirme, me ha hecho sospechar que algo te pasa.

—Eres demasiado listo para ser un tío. ¿Estás seguro de que no eres una mujer?

Eric sonrió. Esos piques con su amiga eran legendarios y ambos disfrutaban de ellos.

—No sé. Luego cuando vaya al baño me miraré, pero si descubro que soy una tía, te aseguro que bollera no soy.

Fátima se rio. Alcanzó una lata de refresco, la abrió y bebió.

—He visto a Moi esta tarde en el taller.

Eric guardó silencio porque ya sabía lo que iba a decirle.

—Sí.

—No está bien.

—Lo sé. —El aire festivo de hacía unos segundos desapareció en el acto—. El día que fuimos al desguace a pedirte las piezas, me lo dijo él mismo. Que no le quedaba mucho tiempo.

Fátima suspiró y apretó los labios.

—No sé qué hacer.

—No podemos hacer nada. Desgraciadamente. He intentado animarlo, pero no se encuentra bien y no tiene ganas de marcha. Y hay que respetar también sus deseos. No podemos obligarlo a que se divierta si no se siente con ánimos.

—Este finde es mi cumpleaños y un cliente del curro con el que tenemos mucha confianza me ha dicho que me puede conseguir entradas para el concierto de los Mojinos Escozios el viernes. ¿Crees que Moi querrá venir?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Por intentarlo no pierdes nada.

—Además... Me gustaría presentaros a una persona.

Eric alzó la ceja al ver que las mejillas de su amiga se sonrojaban. Siempre había envidiado ese tono moreno de su piel.

—Uy... suena a rollo bollo.

Fátima le lanzó un cojín a la cara, aunque no atinó porque Eric lo esquivó con facilidad.

—Como empieces a meterte conmigo, no te invito al concierto.

—Venga, cuéntame... Me portaré bien.

—A ver... Se llama Sofía y es modelo.

La boca de Eric formó una O perfecta, asombrado porque no se esperaba esa respuesta.

—¿En serio? No sabía que las modelos solían frecuentar desguaces. Ya no saben dónde hacerse sesiones de fotos, ¿no?

Fátima estiró el brazo para propinarle un cachete en la pierna.

—Qué tonto eres. Ella ha venido varias veces con su hermano, que tiene un taller en Valdemoro, y desde el primer momento ha habido como un flechazo entre nosotras. No sé cómo explicarme. Es posible que incluso pienses que esas cosas no existen, pero fue verla y sentir... algo.

Eric se había quedado callado porque precisamente él la entendía a la perfección.

—Cuéntame más sobre ella.

—Pues, no sé, es... preciosa. —A Fátima le brillaron los ojos—. Es la imagen de una cadena de ropa. No es muy conocida aún, pero tiene potencial. —Buscó una foto en su teléfono y, cuando la encontró, se la pasó a su amigo.

—¿Esta es Sofía? Joder... A ver, nunca me han gustado sexualmente las mujeres, pero admito que es muy atractiva.

—Y en persona lo es aún más. Las veces que ha venido hemos tonteado, y la última vez que nos vimos, hace dos días, me dejó claro que estaba interesada en mí, pero no sé si creérmelo.

Eric alzó las cejas al escucharla.

—Si te lo ha dicho ella misma, ¿qué dudas vas a tener?

Fátima guardó silencio unos segundos, con la mirada fija en la imagen que seguía en la pantalla del teléfono y los ojos vidriosos.

—Porque no tienes más que mirarla y luego mirarme a mí. ¿Cómo voy a gustarle a alguien como ella cuando podría tener a cualquier *pivonazo* a su lado con solo chasquear los dedos?

A Eric no le gustaron las palabras de su amiga. Le puso la mano debajo de la barbilla y la instó a que subiera la cara para que lo mirase a los ojos.

—Escúchame bien porque solo te lo voy a decir una vez, Fátima. Eres igual de atractiva que ella, incluso más, porque no conozco a nadie más en el mundo que combine la ropa como tú lo haces y que, para colmo, le quede bien.

—Ya, pero...

—La sociedad es una mierda —la cortó—. Quieren un canon de belleza que solo muy pocas personas tienen de manera natural, así crean mujeres inseguras e infelices por su peso o por su altura, por su color o por su edad, para asegurarse que van a comprar lo que sea y así ganar dinero a costa de ellas. Esta charla me la has echado tú miles de veces. ¿Ya no crees en ti?

—Lo que no creo es que pueda gustarle por cómo soy.

—Pues no veo por qué no. Eres guapa, inteligente, divertida y única. Eres un partidazo. Si yo fuera tú, iría en plan diva por Madrid porque sabría que tengo razones suficientes para creérmelo. Y si tú por ti misma no terminas de estar segura, habla con ella. Dejar las cosas claras siempre es lo mejor.

Fátima sonrió a su amigo.

—Gracias, Eric. Eres un gran amigo y aprecio tus consejos. Creo que voy a invitarla al concierto a ver qué ocurre.

—Bien pensado. Habla con ella con franqueza, así despejas dudas. Eso es lo que intento hacer yo con Manu.

Fátima alzó una ceja al escucharlo.

—¿Quién es Manu?

Eric se mordió los labios porque no tenía planeado contarle nada aún a su amiga.

—Yo también he conocido a una persona.

Fátima agarró otro cojín del sofá y comenzó a darle golpes con él.

—¡Serás mala pécora! ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¡Eres un mal amigo!

—¡Pero si hace un segundo me has dicho que soy un buen amigo! —se quejó entre golpe y golpe del cojín que recibía—. ¡Aclárate!

—¡Pues ya no lo pienso, ea! —Fátima volvió a su sitio del sofá y respiró hondo. Descargarse contra su amigo parecía que le había venido bien—. Y ahora; ¿me lo vas a contar todo?

—Pensaba hacerlo cuando terminaras de contarme lo tuyo —se quejó. Entonces le contó a su

amiga cómo conoció a Manu y cuánto le estaba comenzando a gustar.

—Pero ¿os habéis vuelto a ver o ahí quedó la cosa?

—Nos hemos visto varias veces. Incluso hemos quedado para cenar, y hace un rato nos hemos dado el lote en el asiento trasero de mi coche dentro de su garaje.

—Ah, genial. O sea que parece ir bien la cosa.

Eric guardó unos segundos de silencio porque, hasta donde le había contado, la historia no parecía tener mayor contratiempo. La pega venía en lo que iba a explicarle a continuación.

—Ya, pero hay una cosa que no te he dicho y que, aunque para mí no tiene importancia, para él sí. Y mucha.

—¿Qué?

—Manu es... algo mayor que yo.

Fátima alzó una ceja.

—Define ese *algo*.

—Es diecinueve años mayor que yo.

—Anda... ¿Y para él es un problema que tú seas mucho más joven que él?

—Sí, porque se ha pasado media vida casado y tiene una hija un poco más joven que yo.

Ella se llevó las manos a la cara.

—Por favor, Eric, dime que no te has liado con un «hetero-curioso». Porque esas relaciones suelen ser complicadas y si encima añades lo de la edad...

—¡No, no! Tranquila. Es bisexual. Es un buen tío, pero dice que no se siente cómodo porque piensa que se está aprovechando de mí de alguna manera. Bueno, al menos eso pensaba al principio, porque tuvimos una charla donde me dijo que no se sentía bien consigo mismo.

—¿Y os habéis vuelto a ver a pesar de la charla? —Fátima parecía haberse perdido.

—Sí. Le dije que lo necesitaba en mi vida de la manera que fuera y bueno... No sé lo que somos, pero definitivamente besa muy bien.

Fátima estalló en carcajadas.

—¡Lo que tú no consigas! Pues oye, si merece la pena... Adelante. —Levantó su lata de refresco y la alzó frente a ellos—. Que ni la edad, ni el color, ni la talla de alguien sea un obstáculo entre dos personas que se quieren.

Eric cogió su lata, de la que aún no había bebido, y brindó con ella.

—Oye. —Fátima dejó su refresco sobre la mesita y lo miró—. ¿Has pensado que, si todo sale bien entre vosotros, vas a tener una hija que tiene casi tu misma edad?

Eric no había pensado demasiado en Daniela. La había observado de reojo el día que se montó en su coche. La joven parecía ser una chica simpática y agradable, pero ¿sería así cuando supiera la verdad?

—Aún no me lo he planteado. Y sospecho que Manu tampoco. Quiero ir poco a poco, porque no quiero que se agobie o que se vuelva a acordar de que soy mucho más joven que él, porque para mí la edad es una tontería.

—Supongo que el pobre hombre teme sentirse como un *sugar daddy*. Además, imagino que pensará que eres como cualquier otro chaval de tu edad, alguien que vive con sus padres y cuya máxima aspiración en la vida es ser *youtuber*.

Eric asintió. Ese era un tema que no había hablado con Manu. ¿Cómo lo vería él? ¿Pensaría que eso que tenían era un capricho de un niño aburrido? Porque no lo era. Él no era como los demás, nunca lo había sido; posiblemente, por la vida que le había tocado vivir. Madurar de golpe con apenas once años era demasiado duro. Pero no quería profundizar en eso porque

odiaba hablar de esa parte de su vida y recordarla, así que cambió radicalmente de tema.

—Bueno, entonces... ¿Nos invitas al concierto por tu cumpleaños? Espero que sea el viernes porque el sábado he quedado con él.

—¿Quieres invitarlo?

—No —respondió en el acto—. No estoy seguro de que esté preparado y no quiero que se agobie viéndose rodeado de chavales fumados. Esa tarde prefiero centrarme en tu amiga. Como buen colega tuyo que soy, tengo que contarle todos esos momentos gloriosos que hemos vivido juntos; como cuando fuimos al parque Warner y le vomitaste encima al hombre que tenías al lado en la atracción esa que se daba la vuelta, o cuando... ¿dónde fue que te measte encima? ¡Ah! Y...

Eric no pudo continuar porque su amiga le estampó el cojín en la cara. Luchó contra ella para quitárselo, pero solo consiguió romper las costuras y que el relleno se expandiera por todo el sofá y los alrededores.

Estuvieron recogiendo trozos de espuma durante un buen rato, hasta que Fátima tuvo que marcharse y él se quedó ahí, con la duda de si escondía el cojín o lo dejaba en su sitio y disimulaba que no sabía nada, porque coserlo no era una opción. ¿Eso se seguía haciendo? Seguro que Manu sabía coser, y pensar en él le recordó ese último momento en el coche. Definitivamente, iba a necesitar una buena ducha para relajarse y, sin más demora, caminó hacia el baño para aprovechar que aún tenía un rato antes de que regresara su madre del trabajo.

Eric estuvo el resto de la semana bastante ocupado. Cuando Fátima le confirmó que tenía entrada para todos y que Moi había accedido a ir con ellos, quiso hacer más horas de trabajo para compensar que el viernes por la tarde se lo iba a tomar libre. Eso significaba no poder ver a Manu, pero iba a quedar con él el sábado y, de momento, la charla que tenían por teléfono los mantendría entretenidos hasta que llegara el fin de semana.

Mientras tanto, iba a centrarse en el concierto, porque circunstancias así no ocurrían muy a menudo, ya que, desde que habían terminado el curso de mecánica, los distintos horarios de cada uno habían impedido que se vieran a menudo. Aunque el caso de Moi era distinto. Posiblemente, ese concierto iba a ser una de las últimas cosas que harían todos juntos, y eso había que celebrarlo de alguna manera porque, con el paso de los años, era algo que recordarían para siempre.

Para organizarse, habían acordado que Fátima y Sofía vinieran juntas en coche y lo dejaran aparcado en el taller de Moi. Eric los recogería e irían juntos al concierto, que se celebraba en la Sala Riviera. El Dacia de Eric era bastante grande en tamaño y tenía varios permisos de aparcamiento que le facilitaba estacionar sin ganarse una multa.

Llegó antes de la hora acordada para recoger a sus amigos, pero ellos ya estaban allí. Mientras se acercaba no pudo evitar fijarse en su amigo Moi. Parecía animado y charlaba con interés con una chica que no conocía de nada. Esa debía de ser Sofía. Por la forma en que Fátima la miraba mientras hablaba, sin duda era ella. Dejó el coche en doble fila con los intermitentes puestos y fue hacia ellos.

—Eric. —Fátima caminó hacia él sin perder el tiempo—. Te presento a Sofía. —Luego se volvió hacia la chica—. Sofía, este es Eric.

Eric le dio dos besos a modo de saludo y la miró. Fátima no le había mentado; Sofía era muy atractiva.

—Al fin te conozco, Eric. Fátima me ha hablado muchísimo de ti.

—Seguro que más de la mitad es mentira, sobre todo, las cosas malas. No le creas —bromeó, luego se volvió hacia Moi—. Tío, estás tope sexi hoy. Me alegro de que te hayas animado a venir.

—Me encantan los Mojinos. No me lo podía perder.

Eric asintió, caminó hasta el coche y abrió una de las puertas de atrás para que las dos chicas se sentaran juntas. Luego le abrió la puerta del copiloto a su amigo y Moi se lo quedó mirando.

—¿Esto se lo haces a todo el mundo?

Eric esperó a que estuviera sentado para responder.

—Solo con los vips. —Le guiñó un ojo y cerró la puerta. Rodeó el coche y llegó hasta su asiento. Se puso el cinturón, esperó a que el resto lo imitara y los miró por el espejo retrovisor—. ¿Preparados?

Había mucho ambiente en la calle antes de entrar en el concierto y eso le recordó a cuando solían

salir todos los fines de semana mientras estudiaban el curso de mecánica.

Quedaba un buen rato para que comenzara el concierto, así que decidieron entrar en un bar cercano para tomar algo y ponerse al día de sus historias. Fátima no paraba de hablar. Se notaba que estaba radiante al lado de Sofía. Eric no podía quitarles los ojos de encima porque las dos parecían tener una complicidad como si llevaran juntas toda la vida.

—Fátima... ¿Le has contado ya a Sofía cuando nos llevaron de excursión a Granada a esquiar y tú decidiste bajar las pistas rodando? —preguntó aguantando a duras penas la risa.

Los ojos de su amiga se encogieron al escucharlo.

—Aún no, y voy al aseo. ¿Me acompañas, Sofía?

Eric esbozó una sonrisa al ver a su amiga sacarle la lengua antes de girarse y seguir a su chica hacia los aseos. Por suerte se habían quedado junto a la barra, en una esquina, y ahí la aglomeración no era tan intensa como en el otro lado.

—¿Y bien?

Eric miró a Moi.

—Bien, ¿qué?

—Que si le devolviste la cartera al tío que se le cayó en tu coche.

—Ah. —Eric tuvo el atino de ruborizarse porque después de eso había hecho mucho más. Entonces se dio cuenta de que no había puesto a su amigo al día en cuanto a las últimas novedades en su vida, así que no perdió tiempo en hablar de Manu y de lo que había pasado con él hasta el momento. Su amigo lo escuchaba atento, por eso profundizó un poco más en su explicación y en cómo Manu había tenido dudas desde un principio—. La verdad es que ahora mismo no sé qué somos, aunque me da igual. Lo que no quiero es que volvamos al principio.

—Por una parte, lo entiendo, porque te saca muchos años y para él tiene que ser complicado no sentirse como un asaltacunas; sobre todo, si tiene una hija que se acerca a tu edad. Pero, si yo fuera él y me encontrara a una persona que me ha hecho estremecer de la cabeza a los pies, te aseguro que me habría dado igual su edad y habría ido a por ella sin dudar.

Eric asintió porque pensaba lo mismo. De pronto, la voz alterada de Fátima llamó su atención. Su amiga, junto con Sofía, estaba a escasos metros, justo en el grupo de al lado. Curioso, se giró hacia ellos. En ese momento escuchó de nuevo a su amiga.

—¿Me dejas paso ya?

El chico que parecía impedirle continuar negó con la cabeza.

—Venga, que solo es un besito. ¿Qué sois, dos estrechas?

—No. —Sofía se adelantó para responder antes que Fátima—. Somos lesbianas y no vamos besando gilipollas.

—¿Tú? ¿Lesbiana? —El chico se había girado hacia ella y comenzó a darle un repaso con la mirada de arriba a abajo—. Qué pena, ¿no?

—¿Algún problema? —Eric decidió intervenir en ese momento, aunque sabía de sobra que Fátima no lo necesitaba porque su amiga podía ser más guerrera que él, pero el tipo ese, que parecía llevar más de una copa encima, estaba resultando ser demasiado pesado.

—¡Tío! —Le habló a Eric como si lo conociera de toda la vida—. ¿Te puedes creer que la rubia sea bollera? De la negra no hace falta hablar, porque tiene una pinta...

Eric avanzó un paso hacia él hasta quedar peligrosamente cerca.

—Discúlpate con ellas.

El chico no se amedrentó.

—¿Y a ti qué carajo te importa?

—Porque son mis amigas y las has insultado —respondió tajante.

El tío se rio ante su respuesta.

—Solo un maricón tendría como amiga a estas dos.

Eric apretó la mandíbula. Contenerse para no partirle la cara a ese idiota le estaba costando un poco.

—Pues sí, soy maricón. ¿Algún problema?

—Sí —hizo una pausa para darle un trago gigante a su bebida—. ¿Tú eres de los que chupan o de los que tragan?

—Yo soy de los que te lo escupen a la cara, gilipollas. Si quieres saberlo, ¿por qué no le preguntas a tu padre?

El semblante del chico cambió en cuanto escuchó la respuesta.

—Eso no me lo repites en la calle, marica de mierda.

—Te lo repito donde tú quieras, imbécil.

Moi reaccionó e intervino para ponerse entre ambos, que habían acortado demasiado las distancias y ahora se miraban casi con las narices pegadas.

—Venga, Eric. Este tío no merece la pena. —Luego se giró hacia el otro para que lo escuchara bien—. Y tú, vete por ahí y no molestes más, o le digo al de seguridad del concierto que no te deje entrar por estar demasiado borracho. Lo conozco y puede hacerlo.

Tras varios segundos más de tensión, el tipo se mezcló entre la gente y desapareció de su vista.

—Venga, os invito a tomar algo. —Moi se giró hacia la barra para ver si el camarero los atendía de una vez.

—A mí pídeme una cerveza.

Moi lo miró extrañado.

—Sin alcohol, ¿no? —le preguntó porque sabía que su amigo no bebía nunca.

—No. Una normal.

—¿Seguro? Tú no sueles beber. A ver si te va a sentar mal.

Eric gruñó. Aún seguía enfadado con el tiparraco ese por su comportamiento. ¿Es que las personas del colectivo y los de color iban a tener que sufrir durante toda la vida ataques y acosos de este tipo? Porque no era justo.

—Seguro —acabó respondiendo—. Después del concierto vamos a ir a cenar, ¿no? Se me habrá pasado el efecto para cuando coja el coche.

—De acuerdo.

Eric agradeció que su amigo no le pusiera más impedimentos. Le apetecía una cerveza y punto.

Estuvieron en el bar un buen rato más. Fátima y Sofía parecían haber olvidado el incidente, de hecho, no tuvieron ningún apuro en darse varios besos allí delante de todos. Cuando llegó la hora de entrar en el concierto, fueron saliendo uno a uno para poder deslizarse entre la multitud. Eric se quedó el último. Esperó a que sus amigos hubieran caminado entre la gente para girarse hacia la barra.

—¿Me pones una cerveza, por favor?

El camarero le acercó el botellín y lo abrió ante sus ojos. Eric le dio el precio exacto y, con la cerveza en la mano, se giró y fue tras sus amigos. En ese momento, el mismo tío que había increpado a las chicas unos minutos antes se cruzó en su camino. Durante unos segundos se miraron a los ojos sin pestañear, hasta que los empujones de la gente rompieron el contacto.

visual.

—Maricón. Otro día te estaré esperando.

A pesar de todo el ruido y las voces que había alrededor, Eric lo escuchó perfectamente y fue a por él. Pegó la frente a la suya y lo miró con dureza.

—Ven a por mí cuando te salga de las pelotas, si es que tienes, pero como me vuelva a enterar de que te metes con mis amigas, vas a tener que buscar un cirujano para que te reconstruya la cara. ¿He sido claro?

El otro no llegó a responder y desapareció entre la gente, que parecía haberse puesto todo el mundo de acuerdo para salir a la vez. Aprovechando el atasco, Eric se tomó la cerveza en un par de tragos, así que, para cuando llegó fuera, donde estaban sus amigos esperándolo, ya se había deshecho del botellín tras dejarlo sobre la primera mesa que vio.

Fátima sonrió satisfecha al terminar el concierto. Había estado genial, siempre en la línea de Los Mojinos, que sabían cómo hacer disfrutar al público. Sin embargo, en el rostro de Eric pudo apreciar que él no lo estaba pasando tan bien como ella. Conforme fueron sucediéndose las canciones, su aspecto había ido a peor. No lo entendía, porque solo se había tomado una cerveza y normalmente no le sentaba tan mal.

Para cuando terminó el concierto y salieron, había tenido que agarrar a Eric por el brazo para llevarlo hacia la acera y apartarlo del tumulto para que se sentara y metiera la cabeza entre las piernas. Hacía mucho que no lo veía así.

—Eric. ¿Estás bien? —Fátima se agachó frente a él para mirarlo a la cara—. No tienes buen aspecto.

—Me ha sentado fatal la cerveza —murmuró—. Y todo me da vueltas.

—Lo mejor es que vomites. —Fátima le acarició los brazos porque los notaba fríos—. Como caigas en un coma etílico, te despierto a hostias.

Eric parecía no tener fuerzas ni para responder, como si se fuera apagando por momentos.

—Estoy bien. Solo necesito descansar un poco —farfulló.

—Eric. —Fátima lo zarandó—. No te duermas que es peor. —Pero el mandato parecía llegar demasiado tarde porque el torso del joven fue cayendo hacia atrás poco a poco. Gracias a sus buenos reflejos, ella lo agarró a tiempo de la camiseta y evitó así que se diera un cabezazo contra el suelo. Asustada, miró a Moi—. ¿Qué hacemos?

—No parece inconsciente. —Moi se agachó al lado de la cabeza de su amigo y lo miró—. ¡Eric! —Lo llamó levantando el tono, lo que provocó que Eric abriera un ojo, murmurara algo que parecía no tener sentido, y volviera a cerrarlo de nuevo—. ¿Ves? Está medio sobado. Si estuviera inconsciente, no habría respondido a ningún estímulo.

Sofía parecía la más preocupada de los tres.

—¿Y qué hacemos? No podemos dejarlo tirado en la acera de esa manera. Hace bastante frío y puede pillar una pulmonía.

—Pues tenemos un problema porque hemos venido en su coche. —Fátima se quitó su chaqueta y se la puso por encima, por lo menos para taparle los brazos y el pecho—. Y yo no me lo puedo llevar a casa en esas condiciones. Imagínate cómo se pondría mi madre.

Moi suspiró y se rascó la cabeza.

—Yo podría llevármelo, pero a Eric no le gustaría. Tiene en gran estima a mi familia y le

preocupa mucho lo que opinen de él. Tampoco creo que debamos llevarlo a su casa porque su madre puede castigarlo cien años seguidos. —Entonces miró a las chicas—. ¿Y si llamamos a Manu?

Fátima le devolvió la mirada.

—¿Crees que será buena idea?

Moi se encogió de hombros.

—Seguro que es mejor que dejarlo tirado sobre la acera.

—¿Quién es Manu?

Fátima se volvió hacia Sofía.

—Es su novio... Bueno, no sé lo que son en realidad.

—No lo saben ni ellos, pero por lo poco que me ha contado de él, parece un buen tío.

Fátima coincidió con las palabras de su amigo. Registró en los bolsillos del pantalón de Eric hasta que encontró su teléfono. Desbloqueó con el código, que se sabía de memoria, y buscó entre sus contactos.

—Aquí está. ¿Lo llamo yo? —Al ver que Moi y Sofía asentían con la cabeza, no le quedó otra que hacerse cargo ella. Le dio al botón de llamada y rezó para no haberse equivocado de Manu, porque esas no eran horas para molestar a nadie—. ¿Manu? Hola, soy Fátima, amiga de Eric. Acabamos de salir del concierto y... —Dejó de hablar y escuchó unos segundos—. Sí, de los Mojinos. Bueno, el caso es que Eric se ha tomado una cerveza y le ha sentado fatal. No puede conducir y... —De nuevo otro silencio—. De acuerdo. Muchas gracias. Ahora te mando la ubicación. —Colgó la llamada y le mandó un mensaje con el lugar exacto donde estaban. Luego se volvió hacia sus amigos—. No he tenido ni que preguntarle. Se ha ofrecido él a venir.

—Tonto no será y si le has contado que Eric no se encuentra bien... —Moi parecía tenerlo todo muy claro—. Vamos a levantarlo para que no coja frío. Han bajado mucho las temperaturas.

Y así era. La calle se había ido despejando y ya no quedaba nadie por la zona, solo ellos. Fátima se sentó en la acera al lado de Eric así podía echarse al joven sobre el hombro. Veinte minutos más tarde un taxi rompió el silencio de la calle al pararse a su lado. La puerta de atrás se abrió y un hombre moreno bajó y caminó rápido hacia ellos.

—Hola. Soy Manu. —El recién llegado se agachó para mirar a Eric, que seguía apoyado sobre el hombro de su amiga—. ¿Está inconsciente o lo ha estado en algún momento?

—No. —Moi se acercó a él para responder—. Le hemos ido hablando en todo este rato y ha respondido siempre.

Manu lo miró con el ceño fruncido.

—Pero... ¿ha tomado algo más que una cerveza?

—Nada. —Fátima observó cómo el recién llegado le miraba las pupilas a Eric—. Solo se tomó una cerveza en el bar antes del concierto. Nos pareció raro porque él nunca bebe alcohol, pero como tuvimos un altercado con un gilipollas, creo que eso lo puso nervioso y se pidió una.

Manu asintió en silencio y comenzó a pasarle un brazo alrededor de la cintura para levantarlo del suelo.

—¿Dónde tiene el coche?

—Está aquí al lado. —Fátima, que se había levantado de la acera, comenzó a caminar para que lo siguiera—. Joder, somos tontos. Podíamos haberlo llevado hasta el coche y nos habríamos ahorrado pasar frío.

Moi y Sofía asintieron, pero la verdad era que ninguno había caído en eso. Estaban tan centrados en Eric que no habían pensado en nada más.

Cuando llegaron al coche, Manu registró los bolsillos del joven, sacó la llave y lo acomodó en el asiento del copiloto. Echó el respaldo algo para atrás y le abrochó el cinturón. Luego se volvió hacia los chicos.

—¿Os llevo o vivís cerca?

—Nosotras vamos hasta Vallecas, pero hemos dejado el coche en el taller de este. —Señaló a Moi—. ¿Nos puede llevar hasta allí?

—Claro. Subid.

—Quiero darle las gracias por venir. —Fátima se había sentado en el centro con cara de preocupación—. Y siento haberle molestado.

Manu miró a la chica por el espejo retrovisor.

—No te preocupes. No es molestia.

—Eric no es así. Nunca bebe. De verdad. —Moi intervino para no dejar sola a su amiga—. Lo de hoy ha sido un caso especial.

—Cierto. —Fátima se animó a contarle lo que había pasado—. Ese capullo se puso en plan chulo con nosotras y no solo nos llamó bolleras, sino que hizo un comentario racista. A mí no me importa lo que me diga una persona así porque, por desgracia, ya estoy acostumbrada, pero a Eric no le dio igual y salió en nuestra defensa. Imagino que pensó que, tomándose una cerveza, se le pasaría el enfado.

Manu llevaba un rato escuchándoles en silencio mientras seguía las indicaciones que los llevarían al otro coche. Se sentía raro tras el volante, quizás porque nunca había conducido el coche de Eric. Cuando llegó, paró al lado del vehículo y accionó las luces de emergencia. Luego se volvió hacia los chicos.

—Os agradezco que hayáis cuidado de él y que me avisarais.

Ellos asintieron. Moi abrió la puerta y comenzó a salir muy despacio. Fátima fue a salir tras su amigo, pero se quedó parada y se giró hacia él para mirarle.

—Si puede, avise a la madre de Eric para que no se preocupe. Puede decirle que se queda a dormir en casa de Fátima, que soy yo. Si llama y me pregunta, lo cubriré. La clave del teléfono de Eric es cero tres cero tres nueve siete. Su fecha de cumpleaños.

Manu asintió. Esperó a que los chavales estuvieran en la acera para encender el motor y volver a casa.

Durante el trayecto no pudo evitar pensar si su hija habría hecho eso alguna vez. Solía quedarse a dormir en casa de su amiga Nerea. ¿La habría cubierto alguna vez cuando en realidad estaba en otra parte? Como padre, no quería pensar en esas cosas porque era algo que no podía evitar y que, en cierta medida, casi todos los adolescentes habían hecho en algún momento en su vida.

Apartó sus pensamientos de Daniela y se centró en Eric. Le resultaba raro que estuviera así porque siempre parecía tener el control de todo. Verlo indefenso le causó una sensación extraña que le costaba identificar. Eric había salido en defensa de sus amigos y, a causa del cabreo, había llegado a ese estado. Esa no era excusa, por supuesto, para haberse emborrachado, pero le habría gustado haber estado ahí y haberlo apoyado. Sabía lo que era sentirse responsable de otras personas, ya fueran amigos o familia, y no era una situación fácil saber lidiar con toda esa gente que aparecía a diario para tocarle las narices a los demás.

Y no, no lo estaba justificando, porque beber hasta perder el control no era bueno; pero luchar

contra las injusticias y no permanecer sumiso ante las adversidades sí que era algo que no todo el mundo hacía. Para él, Eric era un hombre fuerte, inteligente y luchador y se lo imaginaba sin problema batallando guerras, fueran tuyas o no, y él, estúpidamente, se sentía orgulloso de que no se hubiera quedado callado y haber plantado cara ante algo que no estaba bien. Para hacer eso se necesitaba ser muy valiente, y Eric había demostrado que lo era.

Manu condujo despacio de camino a casa para evitar que Eric se moviera demasiado. El joven iba con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el cristal. A pesar del frío de la noche, la ventanilla iba ligeramente abierta para que el aire fresco lo ayudaría a despejarse. El joven había abierto los ojos de manera intermitente, pero los había vuelto a cerrar de inmediato. Le preocupaba esa reacción. Nadie se ponía así por beber solo una cerveza. ¿Y si había algo más y sus amigos no lo sabían?

Al llegar al garaje y bajar por la rampa, le puso una mano en el pecho para que no se le fuera el cuerpo hacia delante y diera con la frente en el salpicadero. Por suerte, Eric parecía haberse despertado en ese momento, o al menos había comenzado a parpadear.

Le costó varias maniobras aparcar el Dacia entre las dos columnas, primero porque no tenía pilladas las medidas de ese coche, que era más grande que el suyo, y segundo porque no lo quería rozar sin querer al dar marcha atrás. Que Eric hubiera estacionado ahí todas las veces de un solo movimiento era algo muy meritorio que denotaba mucha pericia.

Cuando apagó el motor, se quitó el cinturón y miró a Eric.

—¿Cómo te encuentras? —susurró, porque el joven aún parpadeaba de manera confusa.

—Me encuentro fatal —respondió arrastrando un poco las palabras—. Me duele el estómago. Manu lo miró preocupado.

—Si tienes ganas de vomitar, sal del coche, porque no creo que quieras hacerlo aquí dentro con lo limpio que lo tienes siempre.

—¿Esto es mi Dacia? —preguntó y miró alrededor para comprobarlo—. Ah, sí.

—Venga, vamos a ponerte un poco más cómodo. —Manu dio la vuelta al vehículo y llegó hasta la puerta del copiloto, la abrió y le quitó el cinturón de seguridad. Luego, lo ayudó a levantarse pasándole un brazo alrededor de la cintura.

Sin dudarle, puso rumbo al ascensor porque ni se planteó subir por la escalera, aunque no le hacía ni pizca de gracia. Escuchó que el joven farfullaba algo, pero no le encontró sentido. Era muy posible que ni él mismo supiera lo que había dicho. Apretó el botón de su planta y esperó a que las puertas se cerraran.

—¿Manu?

—Dime. —Eric iba apoyado sobre su cuerpo, con la cara escondida en su cuello.

—Has... cogido el ascensor. Y a ti no te gusta usarlo.

—Lo sé, pero no creo que logre hacerte subir dos pisos desde el garaje. Ya casi estamos. — Cuando llegaron a su planta, salió despacio y caminó hacia la puerta tirando de él. Eric cada vez pesaba más, lo que indicaba que el joven iba perdiendo fuerza para mantenerse en pie. Abrió con rapidez y cerró despacio. Todo seguía a oscuras. Menos mal que Antonio y su hijo se habían ido a la cama pronto, porque si no ahora mismo tendría que dar varias explicaciones—. Vamos a mi cuarto.

Intentó dejarlo en la cama con suavidad, pero Eric se lanzó él mismo sobre la colcha y ahí se quedó sin moverse. Manu aprovechó para ir al salón y cerrar puertas; la primera, la que comunicaba el salón con el pasillo donde estaba el dormitorio de Antonio, la segunda, la que

daba del salón a la entrada de la casa, y la última, la que daba hacia su pasillo. Cuando regresó a su dormitorio, apenas unos segundos más tarde, se encontró con el joven sentado en la cama, con los pies plantados en el suelo y la mirada perdida hacia el frente.

—Eric —lo llamó, preocupado—. ¿Estás bien?

—No. —El joven levantó la cabeza y lo miró. Tenía los ojos vidriosos y algo perdidos—. Tengo ganas de vomitar.

Al ver que se ponía en pie de manera errática, Manu avanzó rápido hacia él y lo agarró de una mano para tirar de él hacia su baño. Encendió la luz y levantó la tapadera a lo justo tras ver a Eric caer de rodillas frente al inodoro y hundir la cabeza dentro mientras vomitaba.

Manu se acercó a él y le puso una mano en la frente, temeroso de que fuera a darse con el borde. Estuvo así unos minutos, hasta que Eric dejó de vomitar e incorporó la cabeza. El joven tenía los ojos llorosos y la tez pálida.

—¿Mejor?

Eric asintió. Se incorporó despacio y, con ayuda de Manu, se apoyó en el lavabo para lavarse la cara.

—Ten. —Manu abrió el mueble que había sobre el lavabo y cogió un cepillo nuevo que sacó en ese momento del envoltorio, le echó pasta y se lo tendió—. Voy a un por vaso para echarte enjuague bucal. ¿Te puedo dejar solo un segundo o estás mareado?

—Estoy bien —respondió. Se le notaba en la voz que ya no arrastraba las palabras y, aunque tenía la piel pálida, los ojos parecían haber recobrado algo de vida—. No me pasará nada.

Manu asintió. Caminó rápido hacia la cocina, agarró el primer vaso limpio que vio en el escurridor y regresó al baño en apenas unos segundos. Eric se estaba cepillando los dientes y la lengua. Cuando vio que se enjuagaba, echó el elixir bucal en el vaso que había traído y se lo tendió.

—Intenta mantenerlo un poco en la boca. Los jugos gástricos estropean mucho el esmalte de los dientes. Y no te lo bebas.

—Descuida. Ya he bebido suficiente por hoy. —Agarró el vaso y se llevó el borde a los labios. Estuvo todo el tiempo que pudo con el líquido refrescante en la boca, hasta que lo escupió en el lavabo—. Esto sabe a rayos.

—Lo sé, pero es muy bueno. —Manu, que había estado apoyado en el marco de la puerta, se apartó para dejarlo pasar. Vio al joven caminar errático hacia la cama para luego tumbarse boca arriba sobre la almohada hasta que cerró los ojos.

Manu caminó hasta él y le quitó los zapatos; rebuscó entre los bolsillos de sus pantalones hasta que encontró el teléfono móvil. Tecleó el código que le había dado la amiga de Eric y desbloqueó el terminal.

No le fue complicado mandarle un mensaje a la madre del joven, donde le decía que se quedaba a dormir en casa de Fátima después del concierto y que regresaría al día siguiente. Al terminar, dejó el aparato sobre la mesita de noche y lo miró. Luego comenzó a desnudarlo. Había estado tirado en el suelo con esa ropa y seguro que estaba manchada.

Quitarle la camiseta fue una odisea porque Eric no hacía más que retorcerse de un lado a otro. Acabó por sentarlo en la cama, pese a las protestas del joven, y tiró de la prenda hasta que pudo deshacerse de ella. Cuando Eric volvió a tumbarse, aprovechó y le comenzó a quitar los pantalones vaqueros. Tuvo que hacerlo despacio para no bajarle sin querer la ropa interior, porque no era ese el momento ni el lugar para ponerse curioso. También le quitó los calcetines. No temía que tuviera frío porque ya habían encendido la calefacción central en el bloque y la

temperatura en la casa era cálida y agradable. Le echó la sábana y una manta por encima, y se lo quedó mirando. La cama de matrimonio estaba pegada a la pared, por lo que había espacio de sobra para él, pero prefirió quedarse sentado en la silla de su escritorio durante un rato.

Era bastante tarde, pero no tenía sueño. No podía apartar de la mente cuando vio a Eric tirado en el suelo. Estuvo a punto de cogerlo en brazos y correr hacia el hospital más cercano. Esa sensación de protección que lo había invadido era sobrecogedora y, aunque ya sabía que estaba a salvo en su cama, no podía evitar sentir los tentáculos del miedo que se negaban a abandonar su cuerpo. Si él no hubiera estado disponible, o hubiera estado dormido y no hubiera escuchado el teléfono... ¿Qué habría pasado con Eric?

Decidió dejar de pensar y tumbarse a su lado. Apagó la luz y se quedó a oscuras con los ojos abiertos. A su lado, la respiración lenta y regular del joven le proporcionaba algo de paz, aunque no suficiente. Cansado de sus pensamientos, cerró los ojos y se concentró, intentando conciliar el sueño lo que quedaba de noche. Pero no fue así y acabó viendo pasar todas las horas hasta que se hizo de día.

Manu salió despacio de la cama para no despertarlo y fue a hacer café. Las puertas de la casa estaban cerradas, señal de que Antonio y Fer aún no se habían levantado. Se sirvió una taza y regresó a su cuarto. Eric no se había movido, seguía tumbado de lado y arropado de la cabeza a los pies por la manta.

Se sentó en la silla y miró el escritorio lleno de papeles de trabajo que se había llevado a casa para adelantar para que el lunes fuera menos lunes. Le dio un sorbo a su café y se giró para enfrascarse en las facturas que tenía delante. Encendió su portátil y se sumergió en ese mar de números que siempre lo rodeaba.

No supo cuánto tiempo estuvo así, hasta que escuchó el crujir de la cama. Al girarse, se encontró a Eric sentado, con la manta y la sábana enrolladas en la cintura y cara de no entender nada.

—Buenos días, Bella Durmiente. —Manu dejó a un lado su trabajo y lo miró—. ¿Recuerdas algo de ayer?

Eric se frotó la cara con las manos y asintió. Luego se rascó la cabeza y apretó los dedos índice y corazón a cada lado de la frente.

—Me va a explotar la cabeza.

—Normal, aunque cuesta creer que solo te tomaras una cerveza.

—Me tomé dos. Lo prometo. —Eric alzó la cabeza para mirarlo—. Nada más. No suelo beber. Lo hice por... no sé, por gilipollas, porque sé que me sienta fatal.

Manu no podía apartar los ojos de él porque, incluso recién levantado, con resaca y hecho un desastre, Eric derrochaba sexualidad por todos los poros de su cuerpo. Y saber que estaba metido en su cama solo con la ropa interior tampoco ayudaba demasiado.

—Me lo contó Fátima —respondió—. Me llamaron tus amigos porque estaban preocupados por ti y no sabían qué hacer. También le mandé un mensaje a tu madre como si fueras tú, donde le decías que te quedabas a dormir en casa de Fátima. Ella te cubre por si te pregunta.

Eric volvió a rascarse los ojos, como si todo eso fuera una pesadilla de la que no lograba despertar.

—Siento haberte dado la noche. Créeme que no era así como quería acabar en tu cama.

Manu ocultó una sonrisa porque no quería molestarlo. Se notaba a la legua que Eric no estaba de buen humor.

—¿Quieres darte una ducha? Te puedo dejar ropa.

—Supongo que me vendría bien.

Al oír la afirmación, se levantó de su asiento y fue a la cómoda que tenía en un lateral al lado de la cama, para elegir algo de ropa. Calzoncillos, calcetines, unos vaqueros, camiseta, y una sudadera. Con todo en la mano, se giró justo en el preciso momento en que Eric salía de la cama y se ponía en pie. Durante unos segundos se miraron a los ojos; Manu, completamente vestido y Eric, llevando solo unos *boxers* negros demasiado ceñidos. La situación era muy extraña, pero eso no evitó que se siguieran mirando como si fueran a saltar el uno sobre el otro en cualquier momento.

—Tienes una toalla limpia colgada en la percha de detrás de la puerta —soltó intentando volver a centrarse. Fue lo primero que se le ocurrió para despejar la mente de ese momento, aunque imaginarlo mojado y enjabonado le resultaba demasiado perturbador.

—Gracias —respondió—. Creo que debería ir ya a la ducha.

Manu asintió al oírlo. Sí, porque no sabía qué podría hacer si seguía pegado a él un segundo más. Puso la ropa que había elegido entre ambos y esperó a que la cogiera para apartarse y dejarle paso. De reojo lo vio salir de la habitación. Había intentado contenerse, de verdad, pero la vista se le fue al trasero del joven, redondo, prieto y provocativo. Decidió darse la vuelta y fijar la mirada en las facturas. Si eso no lograba que le bajara la erección que había comenzado a sentir, nada lo haría.

Eric apenas tardó diez minutos en la ducha, aunque por él se hubiera quedado ahí todo el día. Había colocado el chorro del agua estratégicamente para que le masajeara la coronilla y eso pareció calmar la terrible jaqueca que sentía. Jaqueca o resaca, no lo tenía claro, pero la sensación de querer morir era auténtica.

Se secó bien y se puso la ropa que Manu le había dejado. Ponerse su ropa interior y todo lo demás le gustó mucho, porque él era de esas personas que no le importaba compartir vestimenta o lo que fuera con su pareja, incluso con sus amigos, y estaba deseando llegar a ese punto con Manu. Cuando estuvo completamente vestido, salió del baño y entró de nuevo en el dormitorio.

—Gracias.

Manu se giró y lo miró. Llevaba una taza en la mano. La adelantó y se la ofreció.

—¿Quieres café? Hice bastante cuando me levanté esta mañana.

A Eric no le dio tiempo de decirle que sí cuando unas náuseas que le subieron por la boca del estómago lo dejaron temblando de la cabeza a los pies y con el cuerpo cubierto de un sudor frío.

—Joder —susurró y tuvo que sentarse en el borde de la cama para ver si se le pasaba el malestar. Un montón de imágenes que no recordaba haber vivido llegaron a él. Entonces levantó la cabeza y miró a Manu, que se había acercado.

—¿Estás bien? Si quieres, podemos ir al médico. Hay un centro de salud aquí cerca.

Eric negó con la cabeza.

—Vomitó anoche, ¿verdad? —preguntó al recordar ese momento.

—Sí.

—Y me sujetaste la frente.

No había sido una pregunta.

—Sí —repitió Manu.

—Dios. —Eric se cubrió la cara con las manos—. ¡Qué vergüenza!

—No te preocupes, no pasa nada. —Intentó tranquilizarlo porque sentía el azoramiento del joven—. También lo he hecho con mi hija.

Al oírlo, Eric se levantó de un salto y lo miró fijamente, con los ojos vidriosos y la mandíbula apretada.

—Pero yo no soy tu hijo —respondió—. Ni quiero serlo, joder.

—Eric...

—Me gustaría irme a mi casa —lo interrumpió. No quería estar más tiempo allí. No podía. Se sentía mal consigo mismo y odiaba esa sensación.

—Nada te retiene aquí. Puedes irte cuando quieras. —Manu le alcanzó el teléfono móvil y las llaves del coche. También añadió el mando del garaje—. El único que lo usas eres tú. Ya me lo devolverás cuando nos veamos.

Eric asintió, no estando muy seguro de eso. En esos momentos lo único que quería era salir de allí cuanto antes porque se avergonzaba de sí mismo y presentía que el poco avance que había conseguido con Manu lo había echado a perder por su genial idea de tomar alcohol la noche anterior. ¿Quién quiere liarse con un niño que no sabe beber y que puta a la primera de cambio?

Bajó por las escaleras al trote y llegó hasta su coche. Cuando se sentó tras el volante, su mente comenzó a recordar haber ido sentado en el asiento del copiloto. Miró ese espacio vacío y siguió reviviendo escenas en su mente. No tenía las ideas claras y solo visionaba imágenes sueltas, pero fue más que suficiente para tener claro que había perdido completamente el norte y que, si había hecho o dicho algo que lo pusieran en un compromiso, no recordaba nada de nada. Odiaba perder el control de esa manera, odiaba haber sido tan débil y haberse dejado llevar por la furia que hizo que se tomara esas dos cervezas sabiendo que le iban a sentar mal.

Odiaba beber porque odiaba parecerse a su padre.

Asqueado y avergonzado consigo mismo, arrancó el motor y apretó el botón del mando del garaje para abrir la puerta. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo porque en ese instante no podía evitar sentir que había perdido a Manu para siempre.

La semana no fue a mejor, sino todo lo contrario, lo que provocó que Eric estuviera de un humor extraño y se limitara a ir a trabajar y a volver a casa cuanto antes para encerrarse en su cuarto, cosa que era un error porque allí, en una esquina de la habitación, tenía la ropa que Manu le había dejado y que, en algún momento, tendría que devolverle.

No la había dejado en el cesto de la ropa para lavar porque, aunque se la había puesto durante treinta minutos, el olor del detergente, o lo que fuera que Manu usaba, seguía impregnando las prendas, lo que provocaba que oliera a él. Más de una vez se sorprendió caminando hacia la camiseta para olerla. Sabía que se estaba comportando como un idiota, pero no podía evitar sentirse así de miserable, y lo peor era que no lograba salir de ese estado de enfado consigo mismo.

Ni siquiera Fátima pudo alegrarlo. Fue a visitarlo esa tarde. Estaba deseosa de contarle en persona lo maravillosa que era Sofía y lo bien que les iba, y él la escuchó como amigo suyo que era y se alegraba mucho por ella, pero lo que verdaderamente le apetecía era meterse debajo de las sábanas y lamentarse de su deprimente existencia.

—¿Vas a estar mucho tiempo así? Porque dan ganas de darte una paliza.

Eric miró a su amiga. La chica estaba sentada a los pies de la cama, con la espalda apoyada en la pared mientras las piernas caían colgando por el lateral. Él se había tumbado cuan largo era sobre la cama, con la cabeza en la almohada y las gafas de sol puestas, como si fuera una estrella de rock en decadencia.

—Si es lo que quieres, dame una paliza. Me la merezco —respondió.

—Vamos a ver, Eric. —Fátima parecía no soportar por más tiempo ese estado letárgico de su amigo—. Te tomaste dos cervezas, te sentaron mal, vomitaste y listo. ¿Qué hay de malo en eso? Seguro que él también ha vivido momentos así a lo largo de su vida.

El recuerdo de que Manu le sacaba varios años no lo ayudaba demasiado.

—Eso no me consuela.

Fátima bufó.

—Voy a empezar a sentirme culpable por haberlo llamado. Pensé que era lo mejor, ¿sabes? Y lo sigo pensando, porque desde que llegó, Manu se hizo cargo de ti y se notaba que estaba preocupado. Te aseguro que mi madre habría puesto el grito en el cielo. Y la tuya.

Al oírla, Eric se incorporó de un salto y la miró.

—¡Precisamente! Es que Manu no es mi padre. Él mismo hizo alusión a eso, de que le ponía la mano en la frente a su hija cuando vomitaba.

Fátima parecía no entender nada.

—¿Cuál es el problema?

—Que yo no soy su hijo, y esa no es la relación que quiero que tengamos, y que sea él el que lo haya dicho me molesta mucho porque uno no se tira a un hijo, joder. Eso es de enfermos, y si él comienza a verme como a un hijo, yo... —Volvió a echarse para atrás porque no encontraba cómo acabar la frase sin soltar una palabrota.

—No creo que él lo haya dicho a modo de comparación porque te considere un hijo. Tú mismo me has dicho antes que su actitud cuando te despertaste no era ni cohibida, ni molesta, ni nada, así que el problema lo tienes tú y no él. ¿Lo has llamado?

—No —gruñó por lo bajo, porque no sabía cómo dejar de sentirse así—. No he tenido narices para hacerlo.

—Pues hazlo. Está más que claro que, si Manu no se ha puesto ya en contacto contigo, es porque te está dejando tiempo para que te perdones a ti mismo. La gran pregunta es ¿vas a ser capaz de perdonarte tú alguna vez?

Esa era una buena pregunta y Eric no sabía cómo responder. Echarse la culpa de muchos errores, y algunos de ellos no eran ni suyos, era una de sus especialidades a la par que fustigarse con palabras crueles sobre sí mismo que iban desde «Te mereces lo que te pasa», «¿Que va a esperar un desgraciado como tú?» o «Eres fiel hijo de tu padre». Esa última era la que más le molestaba y, precisamente, que tuvieran algo tan horrible en común, era algo que lo carcomía por dentro una y otra vez hasta que lo dejaba temblando y con la autoestima por los suelos.

—¿En qué piensas?

Eric volvió en sí cuando escuchó la voz de Fátima. Alejó esos pensamientos autodestructivos de su cabeza al menos por un rato y se centró en su amiga.

—No me has contado si ya os habéis acostado.

Fátima abrió la boca, falsamente asombrada.

—¿Perdona? Eso no se le pregunta a una señorita.

—¿Qué señorita? Yo no veo ninguna —bromeó y se ganó automáticamente un pellizco en el

pie—. ¡Ouch! Eso duele.

—Pues no digas que no soy una señorita —respondió—. De acuerdo, está bien. No voy a pretender ser lo que no soy, además; ser una señorita es muy aburrido.

—Ya... —Eric no iba a dejar que escurriera el bulto y esquivara la respuesta—. Desembucha.

—Que sí, pesado.

—¿Y qué tal?

—No sabía que te ponían las lesbianas, Eric. ¿Hay algo que quieras contarme?

—No, solo que me alegro de que, al menos, a uno de los dos, le vayan las cosas bien.

Ella le palmeó el pie, el mismo que había pellizcado un minuto atrás.

—Tú también saldrás de esta, ya verás. En cuanto te des cuenta de lo gilipollas que eres.

Eric sonrió, pero esa mueca no llegó a ninguna parte. Ojalá fuera verdad y tuviera la fuerza necesaria para salir de ese boquete donde se había metido él solito.

Eric escuchó llegar a su madre un buen rato más tarde. Fátima se había marchado apenas veinte minutos atrás y él se había quedado tumbado en su cama mirando las musarañas e intentando averiguar qué era lo que iba a hacer con su vida. No había sacado nada en claro y, por lo perdido que estaba, no sabía si lo lograría alguna vez.

Su madre entró en el cuarto después de haber dado un par de golpes en la puerta cerrada y haber esperado su respuesta. Al abrir, vio que aún llevaba el uniforme del supermercado. Era bastante común que trabajara los sábados por la noche porque era cuando más clientes entraban.

—¿Aún sigues ahí? —le preguntó. Despacio, Carmen llegó hasta él y se sentó a los pies de la cama. Llevaba un envase de ensalada fresca en la mano—. He aprovechado y he comprado un par de cosas. Ya sabes que los sábados por la tarde ponen las verduras y los productos perecederos a mitad de precio. ¿Te apetece esto para cenar?

Eric se encogió de hombros porque le daba igual, cosa que hizo exasperar a la mujer, que terminó por soltar un suspiro.

—¿Cuánto tiempo vas a estar así, Eric? No sé qué es lo que te ha pasado, pero seguro que puedes arreglarlo. —Carmen miró hacia el rincón y señaló las prendas que estaban allí perfectamente dobladas—. ¿Tiene algo que ver con el chico que te dejó esa ropa el fin de semana pasado?

Eric miró hacia el mismo lugar que ella y se maldijo por no haberlas escondido en el armario, quizás porque temía que se les fuera el olor de Manu.

—Eres increíblemente suspicaz para esto, pero luego jamás adivinas quién es el asesino cuando vemos alguna película juntos.

Carmen se rio.

—Es un poder extra que tenemos las madres que no incluye el asesinato. Bueno, en algunas, sí.

Eric hizo un intento de sonreír al escucharla, pero se quedó en una mueca desganada.

—¿Me vas a contar qué te pasa? —insistió la mujer—. Sé que contar los problemas a las madres es algo que deja de hacerse después de los doce años, pero tú y yo siempre hemos tenido una relación especial, Eric, y siempre hemos hablado con sinceridad de las cosas.

Su madre tenía razón. No le gustaba ocultarle nada, pero se moría de la vergüenza de que supiera algunas cosas.

—No es importante. De verdad, mamá. Ya se me pasará.

—Como quieras. —Carmen hizo el ademán de levantarse, aunque no llegó a hacerlo—. Pero

recuerda que es mejor ponerse una vez colorado que ciento de veces amarillo.

Eric no le discutió porque sabía que tenía razón, como siempre. Desde luego que lo más inteligente era escupirlo todo, aunque pasara un rato abochornado a seguir otra semana más en su cuarto encerrado muriéndose de la pena.

—El sábado me tomé dos cervezas. Solo dos. Antes del concierto —comenzó—. No sé muy bien por qué lo hice, pero un gilipollas había estado insultando a Fátima y a su novia, y luego me llamó maricón y... no sé. Tonto de mí, pensé que beberme un par de cervezas iban a ayudarme en algo.

—Deduzco que no fue así y que ocurrió algo más, ¿no?

—Sí. —Siguió contándole toda la historia, hasta que llegó a la mañana siguiente, cuando se fue cabreado consigo mismo de la casa de Manu—. Y no le he vuelto a escribir. Ni él a mí. No sé... Es posible que no volvamos a hablar nunca más, aunque deberíamos porque tengo su ropa y el mando de su garaje.

Carmen se había quedado pensativa. La mujer había escuchado con atención todo lo que le había contado su hijo.

—Es posible que esté en otra onda, pero ¿cuál es el problema? Me has dicho que él no parecía enfadado.

A Eric le parecía lógico que su madre no terminara de entenderlo porque no le había contado todo.

—Lo que no te he dicho es que... Manu es... algo mayor que yo.

Carmen entrecerró los ojos.

—¿Cuánto es algo?

—Tiene diecinueve años más que yo. Está divorciado y tiene una hija de diecisiete, creo.

—Eric... —La voz de la mujer sonó con un quejido—. Ese tipo de relaciones no terminan bien. Cuando la diferencia de edad es tanta, siempre es más complicado porque no suelen querer lo mismo un chaval de veinte que un hombre de cuarenta. No buscan lo mismo.

—¿Y qué busco yo, mamá? Lo conocí y nos caímos bien y nos hemos visto un par de veces. Nada más. Es una buena persona y eso es lo importante, ¿no crees?

—Por supuesto, pero no es tan sencillo.

Eric no quería seguir hablando de ese tema porque era como añadir más leña al fuego, y bastante quemado estaba ya como para discutir con su madre.

—Ya da igual, mamá, porque no creo que sigamos viéndonos. Cuando me dijo que me puso la mano en la frente mientras vomitaba como había hecho otras veces con su hija, me mató, porque yo a él jamás lo he visto como a un padre. Que esa es otra... —se quejó.

—¿Qué? —Ella lo miró, visiblemente perdida al intentar seguir a su hijo.

—Que no quiero parecerme a mi padre, mamá. No quiero ser un borracho que bebe y que se engaña a sí mismo y a su familia. ¡No quiero! —gruñó mientras se apartaba una lágrima de la mejilla con brusquedad.

Carmen abandonó su asiento a los pies de la cama y fue directa para abrazarlo.

—Eric, sé que no te gusta hablar de este tema y que lo llevas muy mal, pero tienes que darte cuenta de una vez de que no eres como tu padre y que jamás lo serás. Eres un buen hombre, inteligente, amable, cariñoso, sincero y maravilloso.

»¿Tú crees que, siendo así, puedes parecerte a tu padre? Nunca. Eres la persona más opuesta a él que conozco, y porque hayas cometido un simple error, no es justo que te echés toda esa tierra encima como lo estás haciendo. ¿Quieres saber lo que haría yo en tu lugar? Primero,

dejaría de martirizarme. He bebido y me ha sentado mal, sí, pero he aprendido la lección y sé que no lo volveré a hacer.

»Y respecto a... ¿Manu, me has dicho? Hablaría con él. El hombre se merece una disculpa de tu parte. Y que le devuelvas sus cosas, también.

—Mamá. ¿Y si lo arreglamos? ¿Sería un problema para ti que mi pareja tuviera dos años más que tú?

Carmen no tardó en responder.

—Tendríamos que hablar del tema y bueno... Si lo vuestro es en serio, me gustaría conocerlo. Un momento; este es el que hizo las croquetas que me diste a probar, ¿no? Ya decía yo que ese toque especial era el de alguien que ha estado cocinando durante mucho tiempo.

Eric no dijo nada. Se sentía mejor tras hablar con su madre, pero todavía quedaba hablar con Manu y ver hasta dónde la había cagado.

—Dúchate mientras preparo la cena. —Su madre se levantó de la cama y caminó hacia la puerta. Una vez allí se dio la vuelta—. Por cierto. Estás castigado por mentirme.

—Lo sé —respondió. Podía tener veintitrés años, pero su madre seguía siendo su madre y ella ponía las normas—. Aunque me gustaría quedar con Manu mañana para hablar y pedirle disculpas. ¿Puedo estar castigado a partir del lunes? Por favor.

Carmen meditó sus palabras y asintió.

—De acuerdo, y no tardes, que la ensalada va a estar preparada enseguida.

—Voy. —Se incorporó de la cama y alcanzó el teléfono móvil. Buscó entre sus conversaciones la de Manu y la abrió. Hacía una semana, para ser exacto, que no hablaba con él. Respiró hondo y accionó el botón para mandar un mensaje de voz. No había planeado qué iba a decirle, así que se dejó llevar.

No esperó a recibir una respuesta en el acto. Manu estaba en todo su derecho de ignorarlo, como había hecho él durante esos siete días. Ojalá que no, porque necesitaba quitarse esa espinita que llevaba dentro lo antes posible para poder seguir con su vida.

Manu escuchó desde el salón el sonido que emitía su teléfono. Lo había dejado cargando en su dormitorio mientras charlaba con Antonio y su hijo. Fernando iba a quedarse algunas semanas más con ellos porque había tenido algunas desavenencias con su madre. Cuando se levantó para atender el mensaje que le había llegado, dejó al joven repitiendo por tercera vez la charla que había mantenido esa misma tarde con su madre y lo mal que lo había tratado.

Al desbloquear la pantalla, el último mensaje recibido le salió en forma de notificación y, al ver el nombre de Eric y un audio, no perdió el tiempo y lo accionó para escucharlo.

«Hola Manu. Espero que estés bien. Quería disculparme contigo por haberme marchado de tu casa de la manera en que lo hice sin agradecerte todo lo que habías hecho por mí. También quería disculparme por no haberme puesto en contacto contigo durante toda esta semana. Supongo que necesitaba tiempo para pensar sobre mí mismo y las gilipolleces que hago. Me gustaría quedar contigo mañana para darte mis disculpas en persona y para devolverte la ropa y el mando del garaje, aunque entenderé si no quieres volver a verme. Si es así, puedo dejar tus cosas donde me digas. Y... bueno, nada más. Gracias por todo».

Cuando el mensaje terminó, lo accionó otra vez. La voz de Eric parecía triste y apagada, y tuvo la tentación de llamarlo en ese preciso instante. No le gustaba escucharlo así y le provocó mucha tristeza. Cuando tenía el dedo a mitad de camino decidió no hacerlo. Si Eric había dicho que quería hablar con él al día siguiente, esperaría. No quería molestarlo ni que su llamada lo pillara con la guardia baja porque eso al final sería peor.

Se armó de valor para no dejarse llevar y respondió con un mensaje cordial y cercano donde lo invitaba al día siguiente para verse en el garaje de su casa sobre las cinco. Por la mañana había quedado con un cliente y sabía que iba a estar hasta después de comer ocupado, sin importar que fuera domingo o día festivo.

Faltaba algo menos de veinticuatro horas para verlo de nuevo, y lo único que podía hacer era esperar. Después de que Eric le contestó con un simple «Ok», volvió al salón e intentó unirse a la conversación que había dejado a medias.

Fer seguía hablando sobre su madre y Antonio le respondía para que el joven se tranquilizara. Le hubiera gustado ser más partícipe, pero no podía apartar la mente de Eric. Recordaba a la perfección lo último que había hablado con él justo antes de abandonar su habitación y no entendía que se lo hubiera tomado tan mal. Por lo poco que lo conocía, sabía que el joven era muy exigente, sobre todo, con él mismo, aunque jamás se hubiera imaginado que le fuera a durar tanto el malestar.

Estuvo toda la mañana del domingo reunido con un cliente que, por motivos laborales, le era imposible quedar durante la semana. Eso lo perjudicaba a él directamente porque tenía que trabajar en su día libre y ya no solo eso, sino que su jefe tampoco iba a pagarle esas horas de más que estaba echando.

Estaba muy descontento con el rumbo que estaba tomando su trabajo en esos últimos meses y muchas veces le daban ganas de tirar la toalla, abandonar su puesto donde había estado toda la

vida, y empezar en cualquier otra parte, pero luego, cuando se le pasaba el enfado, se ponía a pensar con frialdad. ¿Dónde iba a ir él con su edad? Los empresarios solo querían gente joven, universitarios recién salidos de la carrera para poder explotarlos con contratos basura y horarios abusivos.

Terminó bastante tarde. Llegó a casa y almorzó de pie, frente a la encimera de la cocina. Antonio y Fer no iban a estar en todo el día, por lo que no había nada para comer. Se preparó un sándwich vegetal y se fue a la ducha. Al salir, se puso unos vaqueros, un jersey y la cazadora encima. Las temperaturas habían bajado varios grados más, algo normal a finales de noviembre. Cogió una bolsa donde había metido, ya lavada, la ropa de Eric, las llaves y el teléfono, y bajó a la calle para recibirlo en la puerta del garaje.

El joven llegó apenas un par de minutos más tarde. Al verlo, lo saludó y esperó a que apretara el mando a distancia. Le resultaba raro no hacerlo él. Luego caminó tras el coche y lo rodeó conforme aparcaba. Cuando se apagó el motor, se quedó a un lado mientras la puerta se abría para que Eric saliera. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que el corazón le latía algo desbocado.

—Hola, Eric.

—Hola. —El joven cerró la puerta tras él, pero se giró para hacer el intento de volver a abrirla, aunque se quedó a medias. Se le notaba bastante indeciso—. Te he traído tu ropa. La he lavado. ¿Te la doy ahora?

—Yo también te he traído la tuya. Está limpia —respondió enseñándole la bolsa de papel marrón que llevaba en la mano—. Había pensado dejar las cosas en tu coche y salir a dar una vuelta para charlar. ¿Te apetece?

—Sí. Acércame tu bolsa y la guardo.

Manu se la tendió y esperó a que el joven cerrara la puerta.

—Toma. Te devuelvo el mando. Gracias.

Manu aceptó con un movimiento de cabeza y se quedó mirando la mano donde el joven le había rozado la palma con los dedos al entregarle el aparato. Eso provocó que una descarga le recorriera todo el cuerpo.

—Tenemos El Retiro al final de la calle. ¿Te apetece dar una vuelta por allí? Hace mucho que no voy.

—Me parece bien. —Eric comenzó a andar a su lado—. Yo también hace mucho que no entro. La verdad es que solo vengo al centro cuando estoy trabajando y es con el coche, así que hace años que no paseo por ahí.

—Pues ya tenemos algo que hacer cuando nos aburramos, ¿no? —Como veía al joven algo tenso, decidió contarle cómo había ido su semana, las movidas que había tenido con su jefe y cómo había terminado trabajando esa misma mañana a pesar de ser domingo, algo que nadie iba a pagarle.

—¿Cómo de legal es eso?

—No lo es, pero a ver quién se atreve a quejarse. Le estoy regalando mi tiempo y mi dinero a un empresario al que le importo una mierda, aunque lleve trabajando para él veinte años, que se dice pronto. Lo triste es ver que la situación en este país parece que no va a cambiar nunca.

—Ya. —Eric se había echado a un lado para dejar paso a una pareja que iba empujando un carrito de bebé cada uno. Acababan de llegar a una de las entradas del parque, la de la Puerta de la Reina Mercedes—. Por eso mi colega y yo decidimos hacer algo por nuestra cuenta; porque todas las empresas donde íbamos a solicitar un trabajo nos querían explotar o nos ofrecían

contratos basura. O sin contrato, directamente.

Manu le dio la razón. Tuvo que esquivar a un grupo de personas que se estaban haciendo fotos y siguió recto su camino. Era normal que, en las múltiples entradas del parque se formara siempre un pequeño tumulto, aunque luego los senderos más pequeños solían estar despejados, a excepción de los lugares más emblemáticos.

—Vamos por aquí. —Lo guio recto mientras pasaban por delante del Florida Park. Tomaron un sendero mucho más tranquilo y aminoraron el paso mientras disfrutaban de la belleza de esa zona del parque.

—Manu... Me gustaría pedirte disculpas por mi comportamiento la última vez que nos vimos. No te lo merecías. Tú te portaste fenomenal cuando fuiste a por mí, llevándome a tu casa y yo... bueno. No estoy nada orgulloso de cómo reaccioné.

Manu había estado desde el día anterior rumiando lo que iba a decirle y tenía sus palabras bien preparadas.

—Yo no tengo nada que perdonarte, Eric, porque considero que no has hecho nada, al menos que me influyera directamente.

Eric se mordió el labio inferior.

—Ya... bueno, hiciste un simple comentario sobre que le ponías la mano en la frente a Daniela cuando vomitaba y yo me lo tomé a mal porque no quiero que me veas como a un hijo. Sé que tendría que haberlo hablado contigo, y entiendo que tu intención era la de expresar que hacías ese gesto en muestra de preocupación y cariño, pero reaccioné mal y ya se me juntaron otras cosas.

—Eric, mírame. —Manu se detuvo en mitad del camino y le puso la mano en el hombro para que se girara hacia él. Cuando consiguió su objetivo, fue lo más sincero posible—. En ningún momento quise referirme a que te veía como a un hijo. Quizás elegí el ejemplo erróneo dada nuestra... relación y diferencia de edad, pero no pensé que te lo tomarías así.

—Ni yo —esbozó una sonrisa, avergonzado—. Encontrarme mal no ayudó mucho.

—Quiero que sepas que también le sujeté la cabeza a Antonio hace unos meses cuando llegó súper borracho de la boda de su hermano pequeño. Y él me la aguantó a mí en fin de año cuando bebí algo más de la cuenta.

—No te imagino borracho.

Manu negó enérgico con la cabeza.

—Ni yo, pero hacía poco que me había divorciado y tenía algo de rabia acumulada que, obviamente, no supe canalizar bien. Eso sí; ya no soy capaz de tomar ponche navideño sin que me entren arcadas.

Eric se rio.

—Lo tendré en cuenta.

Manu siguió caminando a su lado. Estaban llegando al estanque del Retiro, así que torcieron a la derecha por unos de los caminos para evitar el tumulto que estaba vislumbrado incluso antes de llegar. Al ver que Eric seguía en silencio, decidió ayudarlo para que escupiera todo lo que tenía dentro, porque estaba seguro de que había más.

—¿Qué otra cosa se te ha juntado? —Se dio cuenta de que el joven había hundido la cabeza y no apartaba la mirada del suelo. Ante esa reacción, estaba seguro de que el asunto era más importante de lo que había pensado en un principio—. No puedo obligarte a que me lo cuentes, está claro, pero seguro que te ayuda el sacarlo y dejarlo ir. Ven. —Le dio un golpecito en el hombro cuando torció rumbo a la izquierda y cogió un nuevo sendero—. Vamos por aquí.

Pasaron varios minutos donde todo Madrid parecía haberse detenido porque, desde donde estaban, no se percibía nada que quebrantara ese hermoso silencio.

—¿Sabes que existe una leyenda sobre el duende del parque del Retiro? —Manu acababa de acordarse de algo que su padre le contaba cuando era pequeño y, aprovechando el silencio de Eric, decidió contarle—. El rey Felipe V disfrutaba de este parque casi para él solo y, de la noche a la mañana, florecían en el parque plantas nuevas que parecían crecer como por arte de magia en pocas horas.

»Nadie podía ver al duende que decían que habitaba entre las verdes hojas, ni siquiera los jardineros del parque lo veían, que se quedaban atónitos al ver crecer las plantas y las flores de un día para otro. Por mucho que intentaron pillarlo, jamás pudieron encontrarlo porque, el duendecillo, era mucho más rápido que todos ellos.

»Y, cuenta la leyenda, que solo se dejaba pillar por las parejas de enamorados y encontrarlo, traía buena suerte porque era señal de un amor puro y de una relación estable y duradera. —Al acabar de contar la leyenda, se quedó en silencio, a la espera de que Eric dijera algo. El joven seguía caminando a su lado, y con la mirada perdida al frente—. Es una chorrada de leyenda y seguramente no será verdad, pero recuerdo que, cada vez que venía a El Retiro con mi padre, le pedía que me la contara y soñaba con encontrarme algún día con él.

—Pues ahí lo tienes.

Manu levantó la cabeza y miró hacia donde señalaba Eric. Habían llegado sin darse cuenta a la antigua Casa de las Fieras, donde la escultura de un duende tocando lo que parecía ser una flauta los miraba desde lo alto de una osera. No tenía ni idea de que la escultura del duende estaba allí. Era un dato que había ido olvidando con el paso de los años. Quizá por eso, tras contarle precisamente esa historia a Eric, el encontrarse cara a cara con el duende, aunque fuera su escultura, lo hizo sentir algo extraño porque ¿y si la leyenda era real y solo podían verlo los enamorados?

—Mi padre era un borracho.

Manu no apartó la mirada del duende cuando lo escuchó. Sospechaba que, si lo miraba, Eric no seguiría hablando. Guardó silencio y esperó a que continuara.

—Siempre lo fue. Incluso desde antes de nacer yo. Prefería el alcohol a su familia. Mi madre una vez me contó que, cuando lo conoció, no era así, pero que el tiempo lo fue cambiando. Cuando bebía... solía azotarme cuando mi madre no estaba y me amenazaba con que, si se lo contaba a ella, también le daría una paliza. Por eso solo me pegaba en sitios donde no se vieran y nadie sospechara nada.

»Con el tiempo supe que amenazaba a mi madre de la misma manera. Así nos tuvo durante años; amenazados, viviendo con miedo y viendo cómo el alcohol se apoderaba más y más de él. Jamás logré entender por qué no quiso curarse. Ni siquiera lo intentó, ni por su mujer, ni por su único hijo. Nosotros éramos su vía de escape cuando el alcohol le quemaba en la sangre y tenía que desahogarse de alguna manera.

—Eric... —Manu no podía soportar estar más tiempo en silencio y sin mirarlo. Sentía el dolor en su voz, cómo le temblaban las palabras mientras las decía. Se volvió hacia él dispuesto a estrecharlo entre sus brazos, pero el joven aún seguía con la mirada puesta en el duende y los brazos estirados a ambos lados del cuerpo con los puños apretados con fuerza.

—Nunca le importamos una mierda. Cuando cumplí trece años, me enfrenté a él. Estaba cansado de que nos maltratara, no solo con sus golpes, sino con sus hirientes palabras. Un día aproveché que estaba a solas con él en casa y le dije que no se le ocurriera ponernos una mano

encima otra vez porque lo iba a denunciar.

Manu veía el pecho de Eric subir y bajar. Estaba seguro de que, si ponía una mano encima del jersey que llevaba puesto, podría sentir su corazón desbocado.

—¿Qué hizo tu padre?

—Vino hacia mí dispuesto a darme la peor paliza de mi vida. Se lo veía en la mirada, pero había bebido tanto que apenas se mantenía en pie. De todas formas, yo ya no era un niño y no me iba a quedar quieto mientras me pegaba como hacía cuando era pequeño y no comprendía lo que pasaba.

Los ojos de Manu se llenaron de lágrimas y tuvo que parpadear furioso para aplacarlos. Ninguna persona, en especial ningún niño, debería vivir eso en sus propias carnes. Un deseo violento se apoderó de él y tuvo ganas de partirle la cara al padre de Eric por haber sido un desgraciado. Ese sentimiento lo tomó por sorpresa porque él no era una persona agresiva, pero no podía quedarse impasible después de lo que había escuchado.

—¿Qué...? —Se le quebró la voz y tuvo que carraspear para poder seguir—. ¿Qué hiciste?

El joven retiró las lágrimas de los ojos con un rápido movimiento de mano.

—Lo empujé para apartarlo y se cayó de espaldas. Mientras intentaba levantarse, comencé a gritarle lo mucho que lo odiaba por habernos fastidiado la vida a mi madre y a mí. —Se quitó furioso otra lágrima que había osado rodar por su mejilla—. Aproveché para decirle que me gustaban los chicos, porque sabía que eso lo jodería mucho. Siempre hacía comentarios groseros y de mal gusto cuando veía a una pareja de hombres por la tele o se enteraba de que algún vecino era homosexual. Cuando se levantó, comenzó a insultarme y renegó de mí. Le respondí que me daba igual y que llevaría a todos mis novios a casa para que todo el vecindario supiera que soy gay. Entonces... le dio un infarto.

Manu no pudo evitar abrir los ojos como platos. Había contenido la respiración al oírlo porque no se esperaba un final así. Lo cierto era que no sabía qué esperar después de toda esa declaración.

—¿Qué pasó? —le daba miedo preguntar y tampoco quería obligarlo a contar más de lo que estuviera preparado, pero vio que Eric parecía dispuesto a seguir.

—Al principio me quedé mirándolo porque pensaba que era uno de sus muchos achaques inventados, porque solía hacerse la víctima a menudo. Pero cuando cayó al suelo, con la cara morada y con los ojos fuera de las órbitas, supe que era real. Reaccioné y llamé a urgencias. —Guardó varios segundos de silencio para concluir de una manera abrupta—. Murió de camino al hospital.

Manu quería darle el pésame de alguna manera, pero no iba a decir que lo sentía. No cuando ese ser despreciable había destruido lo más sagrado que una persona puede tener.

—Debía de ser así. —Fue lo único que Manu atinó a decir, y fue un alivio porque por dentro solo podía alegrarse por la muerte de ese hombre. Era triste, pero era lo que sentía.

—Durante varios años me recriminé muchas cosas, incluso me auto culpé de haber matado a mi padre porque, quizás, si hubiera actuado rápido, o le hubiera hecho una RCP, ahora estaría con vida.

Manu no pudo callarse por más tiempo.

—Murió porque era su momento, Eric, no porque tú actuaras tarde. El tipo de vida que llevaba era un suicidio a gritos. Él mismo se mató. No le des más vuelta.

—Ya lo sé, pero a veces me pongo a pensar más de la cuenta. —Eric había vuelto la cabeza y lo miraba serio. Tenía los ojos aún vidriosos y algo colorados—. Supongo que por eso el otro día

me enfadé tanto conmigo mismo; porque me cabreeé demasiado, bebí cuando nunca lo hago y me dio asco parecerme a él. Encima tu comentario, que no era para nada malo, me remató, porque mi padre jamás habría hecho eso por mí. Jamás lo hizo. Lo último que quiero que pienses es que busco un sustituto de padre, porque no es así. Ya tuve uno, aunque fuera una mierda. No soy el único al que le ha pasado y he aprendido de ello. Al menos eso creo. Yo lo que quiero es una persona con la que compartir mi vida. Todo lo demás, me da igual.

Manu se había quedado mirándolo porque él no lo habría expresado mejor. Tras conocer el porqué del estado de Eric esa semana, ahora lo comprendía a la perfección. Ojalá lo hubiera sabido antes, lo habría ayudado a superarlo para sacar esa gran losa de dentro.

—Eres muy valiente, Eric.

El joven se encogió de hombros.

—No sé si lo soy, pero saber que ese desgraciado estaba maltratando también a mi madre me dolió más que todas las palizas que me había dado a lo largo de mi vida.

Manu, que había mantenido una distancia prudencial todo ese rato, acabó por acortar los pocos pasos que lo separaban de él y lo abrazó. Al sentir que Eric le devolvía el gesto, no pudo evitar cerrar los ojos y respirar profundamente. Él también necesitaba tranquilizarse después de todo lo que había escuchado.

—¿Tienes un rato libre? Me gustaría invitarte a tomar algo.

—Pues.... —Manu sacó el teléfono de su bolsillo y miró la pantalla—. Ahora tengo que ir a mi casa. Donde vivo no, si no la que voy a vender. Quiero echarle un vistazo para ver si está todo en orden porque mañana van unos posibles compradores y, si lo dejo para más tarde, no veré nada porque no hay luz en la casa.

—Te puedo acercar. Si quieres.

—Te lo agradezco. Si no tienes prisa, lo reviso todo y luego podemos ir a tomar algo. No creo que tardemos. ¿Trabajas hoy? —Comenzó a andar hacia la misma puerta del parque por la que habían entrado. Lo hizo bastante enérgico, lo que provocó que Eric avivara el paso y se pusiera a la par.

—Hoy no porque mañana estoy desde temprano con el coche. Y, el resto de la semana, estoy castigado.

Acababan de salir y habían cruzado hacia la acera donde estaba el garaje de Manu. Este se paró al oírlo y lo miró con las cejas levantadas.

—¿Estás castigado?

—Sí. Le conté a mi madre que le mentí y no me quedé donde Fátima, así que me ha castigado. Toda la semana. Hoy me ha dejado salir porque tenía que hablar contigo, pero hasta el sábado que viene no estaré disponible.

Manu asintió, ocultando una risilla porque no quería que Eric se enfadara, aunque dudaba mucho de que se lo tomara a mal.

—Yo también habría castigado a mi hija por algo así, aunque entiendo lo que pasó. Hicimos lo que creímos oportuno. No obstante, haber llamado a tu madre y haberte llevado a casa tendría que haber sido la primera opción. —Apretó el mando del garaje cuando apenas le quedaban un par de metros para llegar.

—No lo sé. —Eric entró primero—. Sospecho que la bronca habría sido más grande al verme borracho.

Manu no lo dudó. Por un momento, temió que el hecho de poner de ejemplo a su hija fuera a causar alguna otra duda o malestar, pero el joven no dio signos de ello. Cuando llegaron al coche

y tomaron asiento, se giró porque percibió unos ojos fijos en él.

—¿Vamos? —Al devolverle el gesto y fijarse en sus pupilas, no pudo dejar de apreciar el brillo en ellas, en esos ojos de un color parecido al verde pero que, a veces, cambiaban según la luz que se reflejara en él.

—No me has dicho la dirección.

Manu tuvo el atino de sonrojarse porque tenía razón. Se había quedado callado a su lado, pensativo. Era curioso que en los silencios que a veces reinaban entre ellos, no se sentía incómodo.

—Es por la zona de la quinta de los molinos, en la calle Iquitos. Te guío si quieres. —Manu se arrepintió en el acto de haber ofrecido su ayuda cuando vio la cara de Eric y su expresión de «*Bitch, please...*». Así que se limitó a esbozar una sonrisa y a acomodarse en su asiento.

Madrid estaba preciosa en esa época del año, cuando los adornos navideños empezaban a asomar en las tiendas y las calles y los escaparates se llenaban de renos y duendes. Siempre le había gustado la Navidad. Era una época mágica para él, aunque no podía decir lo mismo del año anterior, porque fue su primer año sin estar en familia y tuvo momentos en los que se sintió profundamente solo.

Cuando iban por la mitad del camino, giró la cabeza y miró al joven. Eric había puesto una música suave de fondo e iba concentrado en la carretera. Los dos parecían haberse dejado llevar por sus pensamientos

—Se te da muy bien conducir y se te ve disfrutar.

—Sí. —Eric pareció salir de la burbuja de pensamientos donde se había metido y le respondió con una cálida mueca en el rostro—. Sacarme el carnet fue lo primero que hice cuando cumplí los dieciocho. Era uno de los pocos sueños que mantenía desde que era niño.

—Siempre te ha gustado, entonces.

—Supongo que sí, como a cualquier niño, pero lo que yo quería era largarme de mi casa cuanto antes. Luego no lo necesité para eso, pero me lo quise sacar de igual modo porque me gustaba. Y aquí estoy.

Manu se quedó pensativo unos segundos.

—Lo que puede cambiar la vida de una persona si toma una decisión o no, ¿verdad? Porque si tú no te hubieras sacado el carnet, porque en realidad ya no te hacía falta, nosotros no nos habríamos conocido. O sí. No lo sé.

—Ya. El destino, supongo.

A Manu no le dio tiempo de comentar nada más porque Eric torció con el coche para entrar en la calle donde había vivido durante muchísimos años y ya todos sus pensamientos se desvanecieron al ver, a lo lejos, su antiguo hogar. Le indicó con el dedo el portal que era y el joven aparcó en el vado que seguía teniendo la casa.

Al salir del coche, el aire frío que había comenzado a caer conforme el sol abandonaba la ciudad se hizo más agudo y obligó a Manu a elevarse el cuello de la chaqueta. Sacó las llaves del bolsillo y caminó hacia la puerta metálica. Cuando la abrió, el pequeño patio delantero estaba algo sucio, lleno de papeles llevados allí por el viento y de hojas secas y mustias. A pesar del estado, la fachada cálida de ladrillo y las ventanas blancas le seguían pareciendo igual de acogedoras. Adoraba ese lugar.

—Pedazo de casa que tienes.

Manu había comenzado a subir los escalones que llevaban a la puerta principal y rebuscó en

el llavero.

—Sí. Recuerdo que me enamoré en cuanto la vi. He sido muy feliz aquí. —Abrió la puerta y le dejó paso—. Ven, vamos a comenzar por la última planta, así te la enseño en orden. —Cerró tras él y comenzó a subir las escaleras.

Un millón de imágenes iban llegando a su cabeza mientras subía escalón tras escalón. Recuerdos que habían sucedido allí mismo, como cuando Dani aprendió a subir y a bajar sola, o cuando tuvieron que ir corriendo a urgencias porque la niña se había caído por las escaleras y se había hecho una brecha en la sien. Cuando llegó al rellano de la segunda planta, se paró.

—Esta es la última planta de la casa —explicó Manu—. Hay vecinos que hicieron reformas para ganar más metros, pero a mí me gustaba así.

El rellano era amplio y tenía un ventanal a la derecha con un banco incrustado en la pared donde se apreciaban unas vistas maravillosas desde la fachada principal de la casa. Al lado estaba el baño, muy elegante y espacioso y, frente a la enorme ventana, estaba la puerta que conducía al dormitorio principal.

—Ahora está vacío y se ve enorme, pero lo era aún más antes de que mi exmujer se hiciera un vestidor. —Señaló a la pared de la izquierda—. Parece un armario empotrado normal, pero si abres las puertas, te lleva a una habitación casi igual de grande que esta.

Eric abrió la boca, asombrado, porque toda su casa podría caber solo en esas dos habitaciones.

—También lo podrías haber usado como habitación del pánico.

—Pues sí. —Manu esbozó una sonrisa. Con calma, caminó hasta ponerse debajo de la ventana que había en el techo alto abuhardillado. Ahí solía estar la cama de matrimonio, en lo que era para él uno de los mejores sitios de la casa—. Me encantaba tumbarme y ver llover desde aquí. Una vez cerré mal la ventana y lo puse todo chorreando —recordó—. Los muebles tardaron siglos en secarse y tuve que cambiar el colchón.

Eric miró también hacia arriba, influenciado por sus recuerdos.

—Parece que tienes un fetiche con la lluvia.

—Eso parece —respondió mientras salía de la habitación. Que Eric hiciera alusión a que, cuando se conocieron, también estaba lloviendo le resultó interesante—. Ven, sígueme. Vamos a la planta de abajo.

Cuando vio que Eric lo seguía por las escaleras, paró en el primer piso. El rellano era el mismo, incluso el cuarto de baño, aunque se veía algo más infantil.

—La habitación de la izquierda es la de mi hija y la otra es de invitados —continuó explicando Manu a la vez que señalaba a ambas, que se veían desde fuera sin tener que entrar en ellas—. Mi hija se quejó un millón de veces porque quería hacer su dormitorio más grande y que fuera igual que el nuestro. No lo consiguió nunca.

—Ya veo.

—Vamos abajo. —Cuando llegaron a la planta baja, le enseñó la cocina y el enorme salón, pero al ver que Eric se había quedado atrás, fue a buscarlo. Lo encontró en la cocina, mirando los muebles rústicos que eligió él mismo muchos años atrás—. Te ha gustado la cocina, ¿no? Es muy acogedora. Y espaciosa.

Eric asintió.

—Te he imaginado haciendo croquetas.

Manu no pudo evitar soltar una risotada tras escucharlo.

—Te gustaron, ¿eh?

—Sueño con ellas cada noche —bromeó.
—Ven, vamos, que aún queda otra planta.
—¿Otra?

Manu no respondió y caminó de nuevo hacia las escaleras de la entrada. Colgada en la barandilla había una linterna, la cogió y la encendió para descender poco a poco. Por suerte, la luz era bastante potente y se veía muy bien. Al bajar se paró en un pequeño rellano y señaló dos puertas que estaban muy juntas.

—Esta puerta da al garaje, esa es una pequeña habitación multiusos. A lo largo de los años ha sido un pequeño gimnasio, un dormitorio, cuarto de juego, bodega y trastero. Tiene su propio aseo y todo. Podría haberla alquilado a estudiantes o algo.

—Pues sí. Yo te la habría alquilado.

Manu no pudo evitar imaginar qué habría pasado con su vida si Eric hubiera llegado a ella antes de tiempo, antes de que se hubiera divorciado. Como no sabía cómo gestionar todos esos sentimientos en ese momento, abrió la puerta del fondo.

—Y este ha sido el trastero por excelencia. —Terminó de abrir y, ante ellos, apareció una habitación bastante grande que parecía tener el mismo diámetro que la casa.

—Guau. —Eric entró y miró el sitio, ahora vacío y con algo de eco—. Es enorme. —Giró sobre sí mismo mientras observaba a su alrededor—. Te puedes montar aquí un despacho. De lo que quieras. Cualquier negocio en realidad, sobre todo, ahora que casi todo es venta *online*. Y no tienes que pagar aparte alquiler de local ni nada. Es una pasada este sitio.

Manu no respondió nada y se limitó a mirar cómo el joven caminaba por la habitación mientras lo seguía enfocando con la luz de la linterna. Eso que había dicho no era tan descabellado y recordó cuando a él se le ocurrió eso mismo muchos años atrás, pero Patricia le acabó quitando la idea de la cabeza porque acababan de tener una niña y no era el momento para arriesgar nada. Y ya no volvió a pensar más, quizás porque había tomado conciencia de que tenía un deber y una responsabilidad con su familia —en especial, con su hija recién nacida— y acabó entrando en un bucle de rutina y seguridad.

Él era un hombre poco aventurero y le gustaba sentirse relajado, y emprender un negocio solo le habría traído muchos dolores de cabeza y noches de insomnio. No le gustaba arriesgar si no tenía claro que fuera a ganar. Eso también había repercutido en que jamás volviera a pensarlo, pero en ese momento, dicho por Eric, no sonaba tan descabellado.

—¿Tú crees?

Eric se giró al escucharlo.

—Sí. Totalmente. Yo no lo dudaría.

Manu fue a responderle, pero tuvo el atino de guardar silencio, porque a punto estuvo de decirle que todo se veía distinto con veinte años, pero no quiso sacar de nuevo a relucir la diferencia de edad. En lugar de abrir la boca, comenzó a caminar despacio hacia él. Eric, al verlo llegar, se giró para mirarlo.

—Es una pena que vayas a vender todo esto.

—Lo sé. ¿Y tú qué negocio montarías aquí?

Eric se encogió de hombros.

—No sé. Algo de transporte, quizás. Habría que hacer un estudio de mercado, hacer números y demás.

Como buen contable que era, escuchar a Eric hablar de números le produjo cierto placer. Fue a elogiarlo por su razonamiento, pero la linterna eligió ese momento para apagarse

inesperadamente. Sorprendido, la agitó para ver si así volvía a tener luz, pero el aparato no reaccionó.

—Si querías convertir esto en un cuarto oscuro, me lo tendrías que haber dicho y me habría puesto ropa más acorde.

Manu esbozó una sonrisa al oír a Eric. Desistió de hacer funcionar la linterna y caminó hasta él, hacia donde había escuchado que provenía su voz. No tuvo que ir demasiado lejos, solo un par de pasos, cuando sintió su presencia frente a él. No lo veía, pero sabía que estaba ahí.

—¿Y qué te habrías puesto? —Sabía que seguirle el juego era perder el norte y el hilo de cualquier pensamiento racional, pero se moría por conocer la respuesta.

—Algo de cuero, o *lycra*. No sé. Quizás habría metido unas esposas en el bolsillo.

Manu se relamió los labios ante la imagen que se le había formado en la cabeza. Era demasiado tentador como para no caer en ella. Estiró el brazo y rozó con sus dedos el dorso de la mano de Eric. No sabía si el joven se había movido, por lo que pillarla había sido una auténtica suerte. Quería tirar hacia él y abrazarlo, arrancarle toda la ropa y dejarse llevar, pero se detuvo cuando sintió que Eric le había agarrado la mano y la subía por su pecho por debajo del jersey y de la camiseta. La piel del joven estaba cálida al tacto, y suave, y él se sintió como el Lobo Feroz justo antes de comerse a Caperucita.

—Eric —susurró. Sentía los latidos del joven bajo sus dedos y eso provocó que una descarga eléctrica recorriera cada rincón de su cuerpo—. Tu corazón va a mil. ¿Estás nervioso?

—No. —La respuesta fue inmediata—. Estoy ansioso por besarte.

Manu no perdió más el tiempo; se guardó la linterna en el bolsillo de la chaqueta y lo agarró del cuello del jersey ahora que podía hacerlo.

Sin demora buscó sus labios para besarlos en cuanto tomó posesión de ellos. Sentía la precipitación de Eric, las ganas que tenía de él y eso le proporcionó una sensación maravillosa porque ¿a quién no le gustaba sentirse deseado?

Cuando introdujo la lengua un poco más en busca de la suya, el gemido que escapó de los labios del joven lo volvió loco. La mano que aún mantenía en su pecho había ido bajando mientras dejaba una caricia tras de sí hasta que llegó a su trasero. Le habría gustado seguir por debajo de la ropa, pero por mucho que lo deseara, tenía que admitir que ese no era el lugar para emprender algo porque ninguno de los dos estaba preparado.

Le agarró las nalgas y con Eric entre sus brazos, siguió con el beso mientras comprobaba la firmeza de ese maravilloso trasero. Eric también lo había rodeado con sus brazos a la altura del cuello hasta que fue bajando por sus hombros. Cuando una de sus manos llegó a la altura del bolsillo de la chaqueta, la deslizó y tiró sin querer la linterna que había guardado antes. Al caer el aparato sobre el suelo, el golpe hizo que la luz se encendiera de nuevo y el foco les diera en toda la cara, con lo que ambos se apartaron de inmediato.

Al agacharse para cogerla, Manu la sostuvo por el mango y guio la luz hacia un rincón para dejar que los ojos se acostumbraran al cambio.

—Creo que la linterna estaba celosa.

Manu sonrió al escucharlo. Al sentir que los ojos ya no le picaban tanto, lo miró de nuevo. Eric estaba a pocos pasos de él, con los labios hinchados por sus besos y la ropa algo torcida.

—Nos odia, sí —respondió—. Vamos arriba antes de que se le ocurra dejarnos a oscuras otra vez, porque esas escaleras serán muy cómodas, pero no es nada recomendable hacerlo a tientas.

Al ver que Eric asentía, tomó rumbo hacia la puerta y comenzó a subir. Le costó controlar a su cerebro que le gritaba que volviera ahí abajo y terminara lo que había empezado, y todo su

cuerpo parecía estar de acuerdo con él, pero una voz interior le decía que no era el momento.

Si hubiera querido, habría encendido la luz de la linterna del teléfono y habría seguido como si nada, pero ¿de verdad quería que la primera vez que hicieran algo fuera en un sótano lleno de suciedad? Quizás es que era más romántico de lo que pensaba, pero Eric se merecía mucho más y no un polvo rápido en un lugar como ese.

Al llegar a la planta baja, el atardecer estaba a punto de marcharse, aunque aún le quedaban varios minutos, y Manu quiso aprovecharlos.

—Ven. —Lo agarró de la mano y tiró de él hacia el salón, lo cruzó y llegó hasta una puerta de cristal que daba a un porche de madera. Lo abrió y miró a Eric—. Adelante.

Manu se quedó atrás del joven, pero lo seguía de cerca, atento a sus expresiones. Sabía que el porche de madera le había quedado precioso. Recordó que estuvo meses mirando revistas de decoración para decidirse, hasta que encontró lo que le gustaba.

El patio trasero tenía doble altura; el porche de madera que estaba unido al salón y, tras él, unas escaleras, también de madera, que descendían en forma de zigzag hacia un jardín trasero. Era alargado, de muros altos de ladrillo y con un caminito de baldosas grises central. En los laterales, unido a la pared, había césped, al igual que en la parte de atrás, aunque no se apreciaba del todo bien por la poca luz que quedaba y por lo alto que estaban las hierbas.

—Esto es... alucinante.

Manu esbozó una sonrisa al escucharle. Había caminado tras él hasta ponerse en medio del patio.

—Me encanta este jardín. Trabajé mucho en él y he pasado muchas horas aquí... haciendo facturas. Qué patético, ¿no?

Eric se volvió para mirarlo a los ojos.

—Nada de lo que hagas podrá ser patético. Jamás.

Manu se perdió en esos ojos y deseó poder quedarse en ellos para siempre. Con las mejillas sonrojadas, se apartó como pudo de sus pupilas y se giró para recomponer sus ideas.

—Intenté hacer algo parecido a esto en el patio de Antonio, pero, aparte de ser mucho más pequeño, los vecinos de los pisos de arriba no ayudaron a que se mantuviera limpio y bonito, así que desistí.

—Tiene que ser muy duro para ti volver a un sitio que te gusta tanto y tener que deshacerte de él.

Las palabras de Eric lo hicieron asentir. No lo había meditado con profundidad porque necesitaba el dinero para empezar de nuevo y seguir apegado a algo que no iba a poder quedarse no tenía sentido.

—Sí, pero no me queda otra, así que prefiero no pensar en ello. ¿Nos vamos y tomamos un refresco por aquí cerca antes de volver a casa?

Salir de su viejo hogar e ir a tomar algo rápido con Eric le hizo bien porque lo ayudó a apartar de la mente no solo todos los recuerdos de su antigua casa, sino el momento pasional que habían vivido en el sótano. ¿Habría continuado si las circunstancias hubieran sido distintas? Sí, sin lugar a duda, y sabía que Eric opinaba igual. No quería seguir pensando.

Ese siempre había sido su problema, que meditaba demasiado las cosas y había trenes que pasaban solo una vez en la vida y, o saltabas a tiempo, o te quedabas en el arcén mirando cómo se marchaba tu última oportunidad. Y ya se había cansado. Necesitaba desconectar, callar el lado racional y analítico de su cabeza y dejarse llevar al menos por una vez en la vida, y quería que

fuera con Eric porque, si de algo estaba seguro, es que no existía nadie en el mundo que fuera igual que él.

La semana había comenzado bien para Manu; al menos fue así hasta el martes, cuando todo se torció; la pareja que había ido a ver su casa para comprarla le dijo casi de inmediato que no estaban interesados porque buscaban otra cosa, su jefe llegó muy enfadado a la oficina porque, según él, habían perdido dinero porque se había atendido menos clientes. Eso no tenía que ser necesariamente así, y por la cara de todos los trabajadores que estaban presentes, era algo que no entendían, ya que no era lo mismo atender y llevar la documentación de una pequeña empresa con cinco trabajadores que llevar la contabilidad de cincuenta, pero nadie comentó nada porque llevarle la contraria al jefe era un suicidio.

Manu miró a Alfonso, que estaba sentado en una mesa frente a la suya, y los dos guardaron silencio. De todas formas, no hacía falta decir gran cosa porque con las miradas bastaba. Llevaban tantos años trabajando juntos que, entre ellos, existía esa complicidad que, con el paso del tiempo, había terminado convirtiéndose en una bonita amistad. Cuando su jefe hizo una pausa para atender una llamada de teléfono, se puso en pie para ponerse la chaqueta y comenzó a recoger varias carpetas de su mesa.

—¿A dónde vas? —Alfonso había llegado hasta él sentado en su silla de oficina—. ¿Te vas? El jefe va a matarte.

—Pues que se aclare —respondió—. Tengo una cita con el dueño de los supermercados Vivaz y es importante. Si no voy, que luego no diga que estamos perdiendo clientes.

Alfonso no pareció muy complacido con la respuesta.

—Las ratas son las primeras que abandonan el barco cuando comienza a hundirse.

Manu se volvió hacia él cuando escuchó el chirrido de las ruedas, lo que indicaba que su amigo había vuelto a su sitio.

—Este barco hace mucho que empezó a hundirse y aquí estamos todos, esperando a que nos llegue el agua al cuello. Seguramente, no llegaré para que comamos juntos.

—Te odio —respondió su compañero.

A Manu no le afectó sus palabras y sonrió.

—Te traeré un donut para merendar.

—De acuerdo, pero te sigo odiando. Que lo sepas.

Con una sonrisa en los labios, Manu abandonó el despacho. Sabía que las palabras de su amigo no eran ciertas y que se lo decía porque podía huir de la oficina y no seguir aguantando al jefe. ¿Cuánto más iban a soportar? Los trabajadores unos diez cuando era temporada de impuestos y ocho el resto del año, llevaban juntos muchísimo tiempo y se conocían muy bien. Allí no había nadie que fuera malo desempeñando su trabajo, ni nadie que descuidara sus obligaciones. Cada uno sabía lo que tenía que hacer, pero los tiempos no perdonaban y la crisis había afectado a todo el mundo. Empresas pequeñas como la suya funcionaban gracias a otras empresas, la mayoría igual de pequeñas que ellos. En esos últimos años, muchos de sus clientes se habían visto obligados a cerrar sus negocios y eso los afectaba también a ellos, pero eso era algo que su jefe no quería entender. Parecía que no quería darse cuenta de que el mundo y la vida habían cambiado mucho en los últimos treinta años, lo que hacía que pagara su frustración con

sus compañeros y con él, como si fuera culpa de ellos la crisis económica que sufría España.

Regresó al trabajo a media tarde, cuando casi todos se habían ido y solo Alfonso estaba allí, sentado en su mesa con una pila enorme de papeles delante de él.

—¿No te has ido aún? —Al llegar, se desprendió de la ropa que le sobraba porque dentro hacía calor por culpa de la calefacción y se acercó a la mesa de su compañero para dejar una bolsa de papel marrón donde rezaba Dunkin’Donuts con letras naranjas y rosas en el frontal—. Tus favoritos.

Alfonso dejó lo que estaba haciendo y comenzó a abrir la bolsa con una enorme sonrisa en el rostro.

—Un *cake* bombón y un Bavarian *cream*. Te amo, Manu. En serio, tío.

Manu no pudo evitar reírse al escucharlo. Se sentó en una de las dos sillas vacías que había frente a la mesa de Alfonso y suspiró.

—Estoy hasta los huevos. El capullo de hoy tenía un descontrol enorme con la documentación de su empresa. No entiendo cómo la gente puede llevar un negocio así —se quejó—. No he parado ni para comer.

—Hmmm...

—¿Os dejo a solas? —Y estuvo tentado de hacerlo porque ver cómo a Alfonso le resbalaba la crema del Bavarian por la comisura de la boca no le resultaba para nada provocador.

—Deja de quejarte por todo que al menos no has estado aquí —respondió después de engullir el primer donut—. Hemos estado con el culo apretado todo el día por culpa del Castaña, hasta que ha recibido una llamada y se ha marchado igual de enfadado que como llegó por la mañana.

Manu negó con la cabeza. Jose Luís Castañeda, más conocido por todos los trabajadores como «el Castaña», era el jefe de la empresa desde que la heredó de su padre siendo un chaval muchos años atrás.

—No entiendo el carácter de Jose Luís. Antes no era así, ¿te acuerdas? Era un tío bastante divertido y comprensivo. ¿Qué ha pasado?

—Ni idea, estará acojonado porque ve peligrar su empresa y ya tiene una edad como para animarse a crear otra cuando le falta tan poco para jubilarse.

—Es posible. —Manu se había quedado perdido en sus pensamientos, como si pudiera ver a cámara rápida todos los años que llevaba trabajando ahí—. Muchas personas no trabajan bien bajo presión, y debería ser consciente de que tratándonos así no se consigue nada. Todo lo contrario; a mí lo que me da es ganas de irme a cualquier otra parte.

—¿Sabes? Siempre he pensado que abrirías tu propia empresa.

Manu volvió a la realidad y miró a su amigo, a quien de nuevo volvía a resbalarle la crema del relleno del segundo donut, aunque esta vez era de chocolate.

—¿Sí?

Alfonso asintió mientras tragaba.

—Sí. Cuando vivías en la casa grande. Ese sótano tan enorme. Podrías haber montado ahí lo que quisieras. Por cierto, ¿ya lo habéis vendido?

Manu volvió a evadirse de la realidad al escucharlo. Era la segunda persona que le comentaba lo mismo en menos de dos días y eso le resultó muy curioso. ¿Sería una casualidad?

—Aún no.

—Bueno, me voy. —Alfonso se puso de pie, tiró la bolsa vacía a la papelera que estaba a su lado y comenzó a recoger—. Muchas gracias por los donuts, tío. Te debo una. Me has dado

fuerza para enfrentar el cargamento de muebles que tengo que sacar ahora de mi casa.

—¿Os mudáis?

—No, pero mi mujer ha cambiado nuestro dormitorio y la sala de estar y me ha dado de plazo hasta hoy para sacar los muebles viejos porque mañana traen los nuevos. ¡Joder, se me ha olvidado llamar a los de recogida de muebles! —Sacó el teléfono del bolsillo y se puso a buscar frenético el horario—. ¿Sabes si el punto limpio está abierto por la tarde? O alguna asociación, porque llevo dándole largas a mi mujer una semana y le prometí que hoy los sacaría de casa.

—Espera. —El cerebro de Manu iba a toda velocidad. No era un tipo que tomara decisiones a la ligera sin pensarlo todo mil veces, pero al escuchar a su amigo algo le hizo click en la cabeza y tuvo una idea—. ¿Qué muebles son?

—Hmmm... Una cama de matrimonio de un metro cincuenta. Está como nueva, pero a mi mujer se le ha antojado una de dos metros. Luego también vamos a cambiar un sofá, que está algo hundido, pero no está del todo mal; una mesa redonda con sus sillas y cosas de decoración. ¿Por qué?

—¿Tienes cómo llevar todo eso?

—Sí. Mi cuñado me dejó ayer una furgoneta de su trabajo. La tengo aparcada enfrente de casa. Por eso tenía que hacerlo hoy sí o sí; porque se la tengo que devolver mañana.

—Vamos a llevar las cosas a mi casa.

Alfonso frunció el ceño.

—¿A tu piso? ¿Entra todo?

—Al piso no. —Manu se había puesto de pie para colocarse de nuevo la chaqueta—. A mi casa, la que voy a vender.

—Pensé que la habías dejado vacía porque era más fácil venderla.

—Está claro que me equivoqué porque ahí sigue. Vamos —lo instó para que se dieran prisa porque, si se ponían manos a la obra, podrían terminar antes de que se hiciera de noche.

No fue así, y se les echó la hora encima mientras iban a casa de Alfonso a por los muebles, los cargaban y los descargaban en la otra punta de Madrid. Parecía una tarea fácil, pero no lo era, como tampoco lo fue subir el colchón hasta la última planta y ponerlo en el centro del dormitorio. Después de haber montado el canapé y de haber dejado el colchón encima, Alfonso se tumbó y se quedó mirando la ventana del techo.

—Me encanta esta casa. Si pudiera, te la compraba, pero dudo que tu mujer acepte oír ofertas.

—Ahórratelas porque ya ha rechazado varias. Precisamente eso fue lo primero que Patricia me dijo cuando decidimos venderla; que no iba a rebajar ni un céntimo, aunque tarde años. Se nota que no le hace falta el dinero...

Alfonso giró la cabeza y lo miró.

—Entonces, ¿qué haces llenándola de muebles? ¿Te vienes a vivir aquí mientras o vas a alquilarla de manera ilegal?

Manu sopesó las dos opciones; la primera no le desagradó, pero no. Estuvo a punto de mentir a su amigo, pero Alfonso no se merecía eso, así que optó por contarle la verdad porque, tarde o temprano, se lo acabaría diciendo.

—He conocido a una persona.

—Ooohhhhh. —Su amigo levantó una pierna y le dio un toquecito no muy fuerte con el pie en la cadera—. Pillín, que te lo tenías guardado para ti. Y bien —rodó hasta ponerse de lado—, cuéntame. ¿Cómo se llama la afortunada?

—Eric.

Alfonso parpadeó durante unos segundos, hasta que asintió con la cabeza.

—Coño, un tío. No esperaba que me fueras a decir eso, la verdad.

Manu se quedó callado. Alfonso sabía que era bisexual. Se lo había dicho después de separarse, cuando se enrolló una noche con uno que acababa de conocer, y su amigo lo había aceptado. No lo comprendía, porque se lo había dicho en varias ocasiones, pero lo respetaba, que era lo importante.

—¿No? —Esbozó una sonrisa tímida porque tampoco quería incomodar a su amigo con explicaciones demasiado detalladas—. Me ves con otra mujer, entonces.

—A decir verdad, no. A ver; a mí es que me gustan demasiado las mujeres y no encuentro atractivo a ningún tío, ni me imagino besando a ninguno, ya lo sabes. Me educaron muy chapado a la antigua y me costó demasiado abrir la mente cuando mi hermana mayor dijo hace ya unos años que era lesbiana.

Manu asintió. Recordaba aquel suceso con claridad y la lucha que tuvo su amigo consigo mismo por aceptar la orientación sexual de su hermana.

—¿Tus padres y ella ya se hablan?

—No, y no creo que lo hagan en la vida. Mis padres son gente con una mentalidad demasiado cerrada y conservadora, aún viven bajo el temor de Dios y de lo que dice la Biblia.

—Ya veo.

—La no aceptación de mis padres de la relación de mi hermana con su mujer me hizo abrir los ojos. Si ellas se quieren, ¿qué tiene que opinar el resto del mundo? La semana pasada fui a verlas. Te dije que se mudaron a un pueblo de Toledo, ¿no?

—Sí. ¿Cómo les va?

—Muy bien. Se las ve muy felices y eso me gusta.

Manu sonrió a su amigo porque sabía que le había costado llegar a ese punto en el que estaba ahora.

—Me alegro. Y ojalá tus padres recapaciten antes de que sea demasiado tarde.

—Lo dudo, pero, oye, que nos hemos desviado del tema. Cuéntame más de ese Eric. ¿Cómo lo has conocido? Y, por favor, no me digas que es cliente nuestro porque sería lo que le falta al Castaña.

—No, tranquilo. —Manu decidió ocultarle el tema de la edad porque con Alfonso tenía que ir poco a poco. Ese pequeño detalle ya se lo daría más adelante.

Cuando lo puso al día, lo miró a la espera de alguna reacción o consejo, porque Alfonso era muy dado a eso, pero al ver que su amigo se quedaba callado, le extrañó—. ¿No me vas a decir nada?

Alfonso, que tenía los ojos fijos en él, negó con la cabeza.

—Pues no —respondió al fin—, porque te veo contento y con una energía que hace unas semanas no tenías, así que muy bien por ti. Espero que os vaya bien.

Manu se sonrojó. Las palabras de su amigo lo habían dejado con la duda del tipo de relación que tenía con Eric. Tampoco había pensado en un futuro, pero después del acto impulsivo que había tenido esa tarde, la respuesta estaba más que clara, porque no lo había hecho para darle vida a la casa, ni porque se fuera a ir a vivir ahí, sino porque quería compartir un espacio con él. No se imaginaba acostándose con Eric en su cama mientras Antonio y su hijo estaban en la habitación de al lado. Pensar en algo así era más que suficiente para que se le quitara la libido acumulada.

—El caso es que no sé. Acabo de conocerlo y no sé... —Estaba hablando mientras su cabeza

daba vueltas y vueltas porque no había llegado a nada en claro, y estar así de desconcertado le provocaba mucha ansiedad—. No sé si me estaré equivocando.

Alfonso, que había estado tumbado sobre la cama, se incorporó y le puso una mano sobre uno de los muslos.

—Equivócate, Manu. Eso no es malo. La vida está para eso; para vivirla. ¿O es que quieres quedarte toda la vida pensando en lo que pudo haber sido? El mañana ya llegará. Piensa en el ahora y no te comas más la cabeza.

Manu miró la habitación.

—Yo no suelo tomar decisiones apresuradas y no sé si traer tus muebles aquí es una buena decisión.

—Si lo dices por ese tal Eric, seguro que le va a encantar tener un sitio tranquilo donde estar juntos. Y, si eso no sale bien, piensa que has traído los muebles de tu viejo amigo aquí para que su mujer no se enfade con él y lo mande a dormir al sofá.

Manu esbozó una sonrisa al escucharlo.

—Gracias.

—Piénsalo. Esto que has hecho es un *win-win*.

Manu despidió a su amigo en la puerta y él se quedó un rato más. Necesitaba organizar, aunque fuera mentalmente, todo aquel jaleo en el que se acababa de meter él solito en cuestión de segundos. Había llevado muebles a la casa sin decirle nada a Patricia, sin comentarle a Eric si le apetecía y sin pensárselo dos veces. Solo se había dejado llevar y no estaba seguro de haber hecho lo correcto porque él estaba acostumbrado a pensar las cosas un millón de veces antes de llevarlas a cabo.

Cuando ordenó todo lo que pudo sus ideas y sus pensamientos, salió de la casa, cerró de golpe y caminó hacia la puerta de metal del patio. Recordaba que había que hacer bastante fuerza para bloquearla para que quedara bien cerrada. Llevaba años diciendo que iba a cambiarla y nunca lo había hecho. Quizás había llegado el momento y, ahora que iba a darle una segunda vida a su antiguo hogar, era también la oportunidad de cambiar la cerradura. Estaba peleándose con ella cuando una sombra a su lado hizo que pegara un respingo.

—¡Toñi! —Del susto, Manu dejó caer las llaves al suelo. Se agachó con rapidez para recogerlas y se volvió a levantar. Frente a él estaba su vecina, una mujer que le sacaba al menos unos diez años de edad, pero que se conservaba muy bien, con una figura envidiable y un maquillaje muy elegante y disimulado—. No te esperaba.

—He salido porque he visto movimiento y me he asustado, ¿sabes? Pensé que os habían entrado a robar porque el otro día robaron en una casa al final de la calle. ¿Ya la habéis vendido?

Manu no respondió. Conocía a Toñi, a su marido y a sus tres hijos desde que se mudaron muchos años atrás. Aunque no era mala mujer, siempre había sido algo cotilla y entrometida. Patricia había tenido un rifirrafe con ella varios años atrás y, desde entonces, la relación entre ellas ya no fue la misma.

—No. He venido a mirar la casa.

—Qué pena que nadie la compre, ¿verdad? Aunque sé que no voy a tener la suerte de tener unos vecinos tan buenos como vosotros.

Manu respondió a la sonrisa de la mujer con una igual a la suya.

—Bueno, estamos en contacto, Toñi. —Se despidió en cuanto vio que la mujer volvía a abrir la boca. Sabía que, una vez que empezara, sería más complicado pararla.

—Sí. Dale recuerdos a Patricia y a Daniela.

Manu asintió mientras se marchaba, apretando el paso hasta desaparecer por la esquina. Cuanto más lejos se mantuviera de esa mujer, mucho mejor.

De camino a casa estuvo pensando en las palabras de su amigo y siguió así durante toda la semana. Estuvo luchando consigo mismo, porque una parte de él sabía que Eric era lo suficientemente adulto para saber qué era lo que hacía y lo que quería, pero había otra parte de él, más oscura y siniestra, que no paraba de recordarle que Eric era mucho más joven que él y que cualquier persona pensaría que se estaba aprovechando de la situación.

Consiguió acallar esa parte mezquina de sí mismo porque no llevaba razón. Él jamás obligaría a Eric a nada ni tampoco se aprovecharía de él, fuera de la forma que fuera. ¡Si hasta quería pagarle la gasolina cuando lo llevaba con el coche a cualquier parte! Esos días no había visto en persona a Eric, aunque se mandaban mensajes todo el rato.

No podía negar que estaba deseando verlo. Ya habían quedado para el sábado por la tarde, aunque no tenía muy claro qué iba a hacer. No quería que Eric tuviera la impresión de que se había montado todo eso solo para follar con él porque no era así. Entonces, decidió actuar de otra manera.

Le mandó un mensaje a su hija con una pregunta clara y sencilla porque necesitaba otro punto de vista, otra manera de ver las cosas. Llevaba tantos años siendo un adulto responsable que se había desconectado de su lado más joven, del niño que todo el mundo lleva dentro y que mandamos a callar a base de responsabilidades y obligaciones autoimpuestas.

La respuesta de Daniela llegó cuando estaba entrando en el portal de su casa. Se paró y deslizó el dedo por la pantalla.

—Pero, papá, ¿qué clase de pregunta es esa? ¿Que cómo sería para mí una velada romántica especial? Uy uy uy... ¿Tienes algo que contarme?

Manu se sonrojó al escuchar la voz de su hija, pero no detuvo el audio y siguió escuchando.

»Pues a ver, no sé. No creo que tengamos los mismos gustos, pero bueno, si es por darte ideas, mi velada romántica es que el chico que me gusta venga a casa y vea videos de los BTS conmigo —la oyó reír—. Imagino que no te he ayudado. No sé. Creo que debes dejarte llevar y probar algo que te guste si no sabes aún los gustos de esa chica y, cuando la conozcas ya bien, le preparas algo especial. Así os vais conociendo mutuamente. —Se escuchó el ruido de un timbre a lo lejos—. Papá, tengo que dejarte porque va a comenzar las clases de inglés. ¡Ve contándome, ¿entendido?! ¡Y no hagas nada que tú no quieras hacer!

Manu se rio porque esa última frase se la había repetido él mil veces y le mandó varios corazones de colores. Se felicitó mentalmente por haber educado a su hija para que fuera una mujer sensata y elocuente. Justo lo que parecía faltarle a él en esos momentos. Quizás había llegado el momento de volver a dejarse llevar; dio media vuelta en el portal y volvió a salir a la calle. Se le acababa de ocurrir algo y, si se daba prisa, quizás podría llevarlo a cabo.

Eric se levantó a la hora de comer. Se había dado una paliza trabajando durante la semana precisamente para tener el sábado y el domingo libres. Estaba deseando ver a Manu y las ganas por encontrarse ya con él fue lo único que le alentó a salir de la cama. Su madre ya se había ido a trabajar y no volvería hasta la hora de cerrar.

Se dio una ducha larga y reparadora y comenzó a elegir la ropa que se pondría por la tarde.

No solía ser un tío al que le importara el atuendo que llevaba, pero, por alguna extraña razón, quería ponerse algo distinto, si su limitado fondo de armario se lo permitía.

Tras mucho rebuscar con qué combinar la ropa que tenía para ser más original, desistió de parecer una persona que no era y, al final, se puso su pantalón vaquero gris, un jersey negro y la chaqueta de cuero encima. No estaba mal.

Para rematar, rescató del fondo del zapatero unas botas que hacía mucho tiempo que no se ponía. Tuvo que limpiarlas primero porque hacía mucho tiempo que no se las ponía pues no le resultaban cómodas para conducir durante mucho rato, así que se esmeró en sacarles brillo. Cuando estuvo listo miró la hora. Había terminado a lo justo para salir y llegar a tiempo a casa de Manu, que le había pedido que fuera a buscarlo allí. Quizás había tenido que enseñársela a otros compradores y ya se había quedado para hacer otras cosas. Deseaba que tuviera suerte porque sabía que necesitaba el dinero, pero, por otra parte, era una verdadera pena vender una casa tan bonita.

El día estaba gris y había una niebla baja que le daba a las calles un aire londinense. Al llegar y parar delante del vado, le mandó un mensaje, tal y como habían acordado. Apenas un minuto más tarde, la puerta de metal del garaje comenzó a abrirse y, tras ella, apareció Manu aguantando el sistema de abertura manual de la puerta. Era comprensible puesto que no había luz para hacerlo de manera automática. Cuando metió el coche en el garaje, apagó el motor y salió a la vez que Manu cerraba la puerta. El sitio quedó apenas iluminado por una linterna que había en una esquina.

—¿Has vuelto a enseñar la casa?

—No. Solo a principio de la semana y esa pareja dejó claro que estaba buscando otra cosa, así que, de momento, tengo otro plan. En realidad, no estoy muy seguro de lo que estoy haciendo y he tenido que improvisar sobre la marcha.

Eric alzó las cejas porque estaba muy intrigado.

—¿Qué se te ha ocurrido?

Manu le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Cogió la linterna y caminó con él por el rellano del sótano hasta comenzar a subir las escaleras hacia la planta baja.

—He decidido darle uso a la casa porque el otro día, cuando vinimos a echar un vistazo, me di cuenta de que es una pena que esté tan vacía, así que me puse manos a la obra para contratar de nuevo los servicios básicos, ya sabes, la luz y el agua. —Habían llegado frente a la cocina y comenzaron a caminar hacia el salón—. Me dijeron que para hoy estaría todo listo, pero no ha sido así. Solo tengo agua; fría, de momento, porque como no hay luz no funciona el termo, obviamente.

Eric se mordió el labio inferior porque había comenzado a entender lo que pretendía Manu y eso le causaba mucha emoción.

—Bueno, poco a poco. Ya sabes cómo son esas cosas —respondió al ver que se quedaban parados en medio del salón.

—Ya, pero me habría gustado que hoy hubiéramos tenido electricidad porque quería hacerte uno de mis platos favoritos y que comiéramos en la terraza, pero no ha podido ser.

—Pues el fin de semana que viene, no hay prisa. ¿Quieres que reservemos en algún sitio, entonces? Aún es pronto, pero podemos ir mirando.

—De acuerdo, pero quería enseñarte una cosa antes.

Eric lo miró y asintió. Cuando vio que caminaba hacia la cristalera del salón, que estaba en ese momento cerrada, se apresuró a ir tras él. Manu se había echado a un lado y había tirado de

una de las puertas correderas invitándolo así a que saliera al jardín. Obediente, siguió sus indicaciones.

No necesitó avanzar demasiado para darse cuenta de que allí habían cambiado muchas cosas; en la terraza de madera había una mesa con varias sillas, una plantita en el centro y un juego de platos, cubiertos y distintos tipos de vasos, todo colocado a la perfección, como si fuera un restaurante de cinco estrellas. Solo con eso ya podía estar maravillado porque él no sabía nada de protocolo ni de colocar bien un servicio. Su madre había intentado enseñarle todas las navidades cuando comían con la familia, aunque jamás se lo había tomado en serio.

—Puedes bajar al jardín.

La voz de Manu sonó tras su espalda. Las sorpresas no habían terminado. Él, de nuevo obediente, comenzó a bajar las escaleras. El toldo blanco estaba echado, lo que hacía que el jardín estuviera completamente oculto.

Recordaba cómo era ese lugar cuando lo vio varios días atrás; vacío y algo desolado, pero ahora no parecía ser el mismo sitio: había plantas por todas partes, de distintos tamaños y formas y, rodeando toda la pared de ladrillo, había una fina hilera con muchísimas luces pequeñas colocadas de manera desordenada, como si el jardín, de pronto, se hubiera llenado de luciérnagas y de polvo de hadas. Al fondo, donde la hierba estaba más alta, ya no quedaba rastro de ella y, en su lugar, había una cama de exterior de color blanco, con cortinas del mismo color y almohadones de distintos tonos pastel.

Maravillado por lo que estaba viendo, avanzó despacio por el caminito que atravesaba el jardín hasta llegar a la cama. Allí vio que no estaba sujeta al suelo, sino a la estructura, y que podía balancearse como si fuera un columpio.

—¿Te gusta la decoración del jardín? Siempre he querido crear algo así, pero nunca tuve la oportunidad de hacerlo.

Al oír a Manu, se dio la vuelta para mirarlo. El hombre estaba peligrosamente cerca de su espalda y casi podía sentir su pecho pegado al suyo.

—No entiendo cómo tu mujer te dejó marchar. —No tenía planeado decir algo así, pero su cerebro, sincero por naturaleza, decidió hablar por él.

—Porque era mi destino encontrarme contigo.

Eric contuvo la respiración por unos segundos, impactado por lo que acababa de escuchar. Había deseado tantas veces algo así, con un momento como ese, que pensó que, si respiraba, se despertaría del sueño en el que estaba; porque tenía que ser un sueño. Él jamás había tenido tanta suerte.

—Eric, no quiero que pienses que he montado todo esto con el único propósito de acostarme contigo porque no es así. No voy a decir que no te deseo porque estaría mintiendo, pero no es lo único que quiero de ti. Con todo esto quiero decirte que te has convertido en una persona muy importante en mi vida y que, de haber podido, habría bajado alguna estrella para regalártela. Pero como no podía, he decidido recrear nuestro propio universo para nosotros aquí, en mi jardín.

Eric no pudo contenerse más y apenas lo dejó acabar de hablar para acercarse los pocos centímetros que lo separaban de él y capturarle los labios. Le rodeó el cuello con los brazos y lo pegó a su cuerpo tanto que podían haberse convertido en un solo ser. Sintió que Manu se dejaba llevar, le había rodeado la espalda con los brazos y lo besaba de igual modo. Ese hombre era tan perfecto que le costaba pensar que fuera verdad.

—Manu... —jadeó entre sus labios. Había bajado los brazos de sus hombros para llevarlas a su cuerpo y tirar de la chaqueta hasta deshacerse de ella. A tientas, y sin dejar de besarle, capturó

sus manos y las guio hacia el botón de su pantalón. Quería demostrarle que estaba preparado, que quería hacerlo y que no podía esperar más—. Desnúdame, por favor.

El corazón le latía desbocado, amenazando con salirse de su pecho. Ver a Manu cumplir sus palabras y comenzar a quitarle la ropa le destrozó las pocas neuronas que le quedaban operativas. El hombre lo estaba matando con esos movimientos lentos y elegantes y debía reconocerle el aguante que estaba teniendo porque lo que su cuerpo le pedía era arrancar la ropa de ambos de un tirón hasta hacerla añicos y tumbarlo en esa pecaminosa cama.

Tardaron un rato en quedarse completamente desnudos, uno frente al otro.

—No... no he traído nada. —Eric temió por un segundo que esa fantasía que estaba viviendo terminara ahí porque, hasta ese momento, siempre que habían comenzado a intimar, de alguna u otra manera habían tenido que aplazarlo.

—Tranquilo. Tengo de todo. Quizás luz y agua caliente no, pero sí de todo lo demás.

Eric no pudo evitar sonreír. Volvió a besarlo, entrelazó los dedos por detrás de su cuello y tiró de su cuerpo hacia la cama con el firme propósito de no salir de ella igual a como entró. Ya se encargaría él de eso.

Manu se movió perezoso debajo del edredón blanco que cubría su cuerpo y el de Eric. Hacía rato que había anochecido, pero no podía averiguar la hora que era porque había perdido por completo la noción del tiempo. Tener a Eric entre sus brazos, sobre él, en su interior, fue como una catarsis de emociones nuevas que llegaron para arrasar con las más viejas y antiguas. En ese instante no podía comprender cómo había podido estar toda la vida sin Eric a su lado.

—¿A qué hora tienes que estar en casa? —Manu se movió cuanto el cuerpo de Eric le permitía porque estaba medio sepultado por él.

—Si pretendes echarme, no lo vas a conseguir así. —Eric estaba apoyado sobre su costado, con un brazo sobre su pecho y una pierna sobre las suyas.

—No quiero echarte, pero tampoco quiero que tu madre vuelva a castigarte por llegar tarde. O no llegar, directamente.

Eric gruñó y se movió para sentarse. Al hacerlo, había echado el edredón hacia atrás y, al encontrarse desnudo, el frío de la noche lo golpeó de lleno.

—Joder. Está helando. —Volvió a tumbarse y a echarse el edredón por encima a la vez que se acurrucaba junto a Manu—. No quiero salir de aquí. Además, hace mucho frío y me he quedado sin baterías. —Lo miró con esos ojos grandes y brillantes—. Creo que eres como un vampiro que me ha chupado toda la energía.

Manu se giró hacia él y lo abrazó para ayudarlo a que entrara de nuevo en calor.

—Yo creo que he chupado algo más que eso.

Eric asintió complacido.

—Sí. ¿Cuándo repetimos?

La risotada de Manu se escuchó por todo el patio. Aún tenía muy presente cada recoveco del cuerpo de Eric, lo que provocó que volviera a entrar en calor y su erección se despertara buscando algo más de acción, pero no podía dejarse llevar, no cuando posiblemente fuera bastante tarde y Eric tuviera que volver pronto a casa.

—Cuando quieras.

—Quiero ahora.

—Ahora no.

—Entonces no digas cuando yo quiera.

—Eres imposible. —Sonriendo, Manu se levantó de la cama y comenzó a rebuscar entre el montón de ropa que habían dejado esparcido alrededor—. ¿Tienes hambre? Si nos da tiempo, podemos ir a cenar.

Eric también se había levantado y comenzó a vestirse. Por la cara que tenía, se notaba que no quería marcharse, por eso se agarró a la cintura de Manu y lo abrazó. Al pegar su pecho contra su espalda, ambos aún con el torso desnudo, aspiró el olor de su piel a la altura de la nuca.

—Volveremos aquí, ¿verdad?

Al oírlo y sentir su cálido aliento en su cuello, todos los vellos de su cuerpo se erizaron a la

vez. Consiguió darse la vuelta sin romper el abrazo y lo miró a los ojos.

—Sí. Mañana o pasado, y todos los días que quieras y que podamos.

Eric volvió a besarlo y él se dejó llevar. Eso fue lo único que pudo hacer porque era imposible resistirse.

—Vamos a cenar.

Al sentir que el beso se había roto y Eric había pronunciado esas palabras, abrió los ojos y lo miró, entonces le acercó las pocas prendas que le quedaban por ponerse.

—¿Qué te apetece? —le preguntó mientras terminaba de vestirse.

—Cualquier cosa que sea grande y succulenta.

Al escucharlo, Eric se echó a reír junto a él.

—Dime la verdad, ahí tuviste un lapsus, ¿no? ¿En qué estabas pensando?

Manu negó con la cabeza con énfasis.

—¡No! No estaba pensando en nada raro, de verdad, solo en una hamburguesa que realmente es así. No fui consciente de que podía tener otro significado y, cuando me di cuenta, ya lo había dicho. Sonó algo guarro, ¿no?

Eric se acercó a él y le dio otro beso en los labios, esta vez rápido y fugaz.

—Sonó perfecto.

Comenzaron a recogerlo todo sin prisas. Eric se encargó de doblar el edredón y de adecentar la cama. Era algo complicado porque se balanceaba para los lados y no era lo mismo estar subido encima y dejarse llevar, que estar a un lado intentando quitar las arrugas a las sábanas.

Cuando ya casi habían terminado, el teléfono de Manu comenzó a sonar. Al ver que respondía en el acto, dejó lo que estaba haciendo y lo miró en silencio. La llamada apenas duró un minuto y no pudo sacar demasiada información porque Manu se había limitado a responder con monosílabos.

—¿Ocurre algo?

—Antonio se ha hecho un corte en el dedo y no queda desinfectante ni nada en casa para curarse ¿Te importa si compramos algo en la farmacia y se lo llevamos? Lleva bastante mal el tema de la sangre.

—Claro, sin problema.

No se entretuvieron más ni terminaron de recogerlo todo, así que Eric insistió en salir cuanto antes porque veía a Manu preocupado. Encontraron una farmacia de camino al piso, compraron un par de cosas y fueron sin perder el tiempo. Al llegar, Manu abrió la puerta del garaje para que Eric estacionara el coche y esperó a que apagara el motor.

—¿Quieres subir? Lo dejo a tu elección, pero no sé cuánto tardaré. ¡A saber lo que se ha hecho Antonio!

Eric meditó sus palabras unos segundos. Subir significaba presentarse ante su compañero de piso. Aunque no era el mejor momento, quizás pudiera servir de ayuda porque se le daba bastante bien mantener la calma en momentos de tensión. Ojalá lo hubiera aplicado el día del concierto con ese gilipollas.

—Subo contigo. Puedo ayudarte, si quieres.

Manu asintió con ojos agradecidos y caminó hacia la puerta que daba a las escaleras. Tardaron unos segundos en llegar a la puerta del piso, deslizó la llave y abrió.

—¿Antonio? —No podía negar que se le notaba la voz ansiosa porque el tono era un poco

más elevado que el de costumbre.

—Aquí estoy.

Manu caminó hacia el final del pasillo, que era de donde había venido la voz, y llegó hasta el baño de su compañero de piso. Allí, él y su hijo echaban agua sobre un corte en la yema del dedo corazón.

—Toma. —Manu sacó de la bolsa de papel los dos productos y se los entregó—. Uno es para desinfectar y el otro un apósito líquido.

Antonio sacó el dedo de debajo del grifo y, en cuanto lo hizo, la zona volvió a llenarse de sangre.

—Argh, no quiero marearme otra vez. —Fernando se había sentado sobre la tapa del inodoro y había echado la cabeza hacia atrás—. No puedo ver la sangre. Me supera.

—¡Pues menuda ayuda estás tú hecho! —Antonio movió el dedo para comprobar que, en efecto, seguía goteando sangre.

—Yo puedo ayudarte. Hice un curso de primeros auxilios.

—Antonio, Fer, este es Eric. —Manu aprovechó ese momento para presentarles.

Los tres se saludaron con formalidad con la cabeza, hasta que Antonio se dirigió a Eric.

—A ver si tú puedes ser de más ayuda porque mi hijo ha dejado claro que no.

—No te hagas el valiente que tú también te has mareado.

La respuesta de Fernando provocó que Antonio le respondiera con un soplido. Mientras tanto, Eric se lavó las manos y procedió a echar un vistazo. No le tenía miedo a la sangre y no era la primera herida que trataba. Despacio, la fue curando. Primero la desinfectó y luego aplicó el apósito, hasta que la sangre dejó de brotar.

—Si se abre, deberías de ir al médico. —Eric había comenzado a recogerlo todo y procedió a lavarse de nuevo las manos—. No muevas mucho el dedo.

—Pues tengo *raid* en un rato.

—¿Vas a jugar con el dedo así? —Manu no daba crédito a las palabras de su amigo.

—Sí. Ya me he apuntado y no voy a dejarlos tirados. Tendré cuidado. ¿Tú juegas, Eric?

—Al World of Warcraft ya no porque no tengo mucho tiempo libre. Ahora voy a mi bola jugando al Fortnite, al Halo y demás. Poca cosa.

—¡Sí! —Fernando parecía haber vuelto a la vida con ese comentario—. Yo también juego al Fortnite. Mi padre dice que ahí solo juegan «niños-rata». Ven, te voy a enseñar por dónde voy con las recompensas adicionales. ¿Has llegado ya al nivel cien?

La respuesta de Eric se perdió por el pasillo al seguir a Fernando hacia el salón. Manu se quedó en el baño con su amigo.

Antonio le dio una palmada en la espalda con la mano que no estaba herida y le sonrió.

—Me gusta tu novio. Juega al Fortnite, pero nadie es perfecto.

Manu y Antonio se unieron en el salón a los dos jóvenes, que charlaban animados sobre el videojuego.

—Os invito a cenar. —Antonio sacó el teléfono del bolsillo dispuesto a llamar sin esperar respuesta—. ¿Comida china?

Manu miró a Eric, porque no sabía si le apetecería pasar la velada ahí o ir solos a un restaurante. A él le daba igual; solo quería que se sintiera cómodo.

—Por mí, perfecto —respondió Eric—. Gracias.

—Ven, Eric. Vamos a dejar los abrigos en mi cuarto. —Manu comenzó a andar hacia su dormitorio cuando notó al joven caminar tras él. Una vez allí, dejó el abrigo sobre la cama y se

giró para mirarlo mientras hacía lo mismo—. ¿De verdad te apetece que cenemos aquí?

Eric, que acababa de desprenderse también del jersey, asintió contento.

—Claro. La velada promete. Que tu compañero sea jugador del Wow y su hijo del Fortnite es como ser del Barça y del Madrid, pero en versión videojuego —bromeó—. Aparte; alguien con temple tiene que estar aquí para comprobar que no se le abra la herida a Antonio. Sería imperdonable que eche a perder un teclado tan caro en la *raid* de esta noche.

Manu no se reprimió y lo abrazó. ¿Cuántas personas había en su vida que supieran el significado de esa palabra tan rara? Porque él había tardado un tiempo en saber que una *raid* era un grupo más amplio de lo normal de jugadores de ese videojuego que se unían para realizar algún tipo de misión.

—Gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué? —Eric parecía asombrado.

—No sé. Por todo. A muy poca gente le gusta quedarse en casa un fin de semana por la noche y prefiere ir a cenar por ahí.

Eric le sonrió con franqueza.

—Me paso toda la semana sentado en un coche dando vueltas por Madrid y por los alrededores y, aunque me gusta conducir, soy muy casero; me encanta quedarme en casa jugando y, si a eso le añades el tener a tu chico al lado, es el plan perfecto.

Manu no pudo evitar ruborizarse al escuchar «tu chico». Fue a responderle que él también lo consideraba «su chico», pero la voz de Antonio retumbó en la habitación como si estuviera ahí dentro con ellos. Asombrado, Eric giró la cabeza hacia la puerta.

—¿Qué ha dicho? No lo he entendido.

—Sus palabras textuales han sido: «Sois gilipollas, a ver si aprendéis a hacer las cosas bien». Así se hablan en el grupo que tienen en el Discord. Es lo más suave que vas a oír esta noche, créeme. Te lo digo porque aún estamos a tiempo de ir a cenar a alguna otra parte.

Eric se rio y negó con una sonrisa en los labios.

—No. Puede ser divertido.

Manu no lo tenía tan claro, pero acabó asintiendo.

Al final, la velada resultó ser entretenida para todos. Antonio pidió comida china y Fernando invitó a Eric a jugar varias partidas en su Play y los dos parecían estar muy entretenidos con el juego. A Manu no le importaba quedarse tranquilo en el sofá porque él era así y disfrutaba de momentos relajados como esos.

—Tío, la próxima vez que vengas, tráete la Switch y así podemos jugar juntos.

Antes de que Eric pudiera responder nada, Manu se adelantó. Fue un impulso instintivo que le salió solo.

—Mañana voy a hacer de nuevo croquetas. Vente a comer, si quieres —soltó—. Si te apetece, claro.

—No puedo decir que no a tus croquetas. Ya lo sabes.

—Este chico tiene buen gusto. —La voz de Antonio llegó desde la esquina del salón. Había dejado de jugar y se había vuelto con su silla giratoria para mirarlos. Entonces levantó el dedo herido y lo movió—. Aguanta bien esta cosa que me has puesto.

Manu los miró. Eric le respondía a Antonio y ambos tenían una conversación como si se conocieran desde hacía tiempo, cosa que le agradaba mucho porque para él era muy importante

que hubiera entendimiento entre ambas partes. No podía estar más agradecido por esa nueva familia que había surgido casi sin darse cuenta.

A la mañana siguiente se levantó temprano y comenzó a preparar la comida mientras desayunaba. Eric iba a llegar sobre las doce y quería dejarlo todo listo antes. Parecía un domingo normal, como cualquier otro, porque no era una novedad que cocinara para Antonio y Fer, pero él lo veía de otra manera. Incluso se sentía feliz y eso era lo que importaba.

Eric llegó a la hora que había dicho, puntual como un reloj suizo. Traía una maravillosa y resplandeciente sonrisa y unos ojos brillantes y joviales.

—Joer, me acabo de levantar. —Fernando estaba tirado en el sofá del salón, aún con el pijama puesto y el pelo revuelto. Su padre se había levantado un rato antes y tenía mejor pinta que él—. ¿Te has traído la Switch?

Eric, que acababa de entrar en el salón, levantó el maletín negro que traía en la mano.

—Vengo preparado y con las baterías a tope.

Fernando se levantó.

—Voy a ducharme, así podremos jugar hasta la hora de comer.

Eric asintió y lo vio marcharse hasta desaparecer por el pasillo. Entonces se fijó en Antonio, que ya estaba sentado ante su ordenador y lo encendía todo.

—¿Cómo tienes el dedo?

—Me pincha un poco, pero no se me ha abierto. Es una buena señal, ¿no? —Estiró el dedo para que el joven lo viera.

Eric se acercó y echó un vistazo. No era enfermero, pero en el taller se había hecho las suficientes heridas con herramientas llenas de grasa como para saber si algo estaba curando bien o estaba infectado.

—Tiene buena pinta, sí.

—Si me lo hubiera curado yo, a esta hora estaría en Urgencias con el dedo amputado —bromeó—. Se te da bien esto. Y por lo que he oído, conducir y repartir también. ¿Hay algo que no sepas hacer?

Eric no pudo evitar ruborizarse por sus palabras. Ojalá fuera tan diestro en todo lo que se proponía.

—No sé hacer croquetas —respondió.

—Eso no es problema porque tu novio es el mejor haciéndolas. Ya te enseñaré. Lo intentó conmigo, pero desistió cuando se dio cuenta de que no soy capaz de hacer la masa sin comérmela mientras espero a que se enfríe.

Eric se rio. Lo entendía perfectamente porque a él le había pasado lo mismo con su madre. Después de charlar un poco más con Antonio, fue a la cocina. Cuando Manu le había abierto la puerta, lo hizo con prisas porque se le quemaba la última tanda de croquetas, así que solo había podido saborear sus labios unos segundos. Ahora esperaba que ya hubiera terminado para poder toquetearlo un poco más, pero Manu no estaba allí. Al salón no había ido, así que caminó hacia su cuarto para buscarlo y fue ahí a donde lo encontró; de espaldas a la puerta, apuntaba algo en un papel que había sobre su escritorio. Llegó en silencio y se abrazó a su espalda. Luego le dio un beso en la nuca y miró por encima de su hombro para ver qué hacía.

—¿Apuntando nuevas recetas?

Manu dejó el bolígrafo sobre la mesa y se dio la vuelta sin deshacer el abrazo.

—Mi jefe me ha mandado un mensaje para que apunte varias cosas que tengo que llevar mañana.

Eric bufó.

—¿Ese hombre no te deja ni en tu día de descanso?

—No quiero hablar de mi jefe en un día tan bonito como este. Prefiero besarte. —Se inclinó sobre sus labios y lo besó sin demorarse demasiado—. ¿Te digo algo que sé que te va a poner mucho?

Eric, que necesitaba que el beso fuera muchísimo más largo, abrió un ojo y levantó una ceja en señal de curiosidad.

—Soy todo oídos —respondió.

—He hecho distintos tipos de croquetas.

—¡Ohhhhh! Dime más.

—De boletus, de jamón y queso...

—Hmmm. Sigue.

—De pollo.

—¡Oh, sí! Sigue —jadeó totalmente metido en su papel.

—De jamón serrano. Y todo con un toque extra de nuez moscada y pimienta en la bechamel.

—Oh, cariño, cómo me pones.

Manu comenzó a reírse al escucharlo porque, aunque lo decía en broma, no podía evitar que esa excitación, aunque fuera falsa, hiciera mella en él. Se arrimó más y lo abrazó para capturarlo de nuevo los labios. Entonces, los gemidos de Eric se tornaron reales, demasiado. Fue a arrastrarlo hacia la cama porque necesitaba tenerlo bajo su cuerpo, al menos durante un rato, pero la voz de Antonio sonó demasiado alta y clara y retumbó por toda la casa.

—¡Sois unos mancos de mierda! ¿Voy a tener que entrar ahí y enseñaros cómo se hace?

Manu había roto el beso y miraba a Eric a los ojos, los dos en silencio, a la espera de que Antonio dejara de maldecir.

—Sigo pensando que se dirige a nosotros. —Eric habló en voz baja, como si fuera a contarle un secreto—. Y que va a entrar en la habitación y nos va a dar una lección.

Manu negó con la cabeza y lo guio despacio hacia la cama. Cuando lo tuvo bajo su cuerpo, le echó el flequillo hacia atrás y lo miró.

—Te aseguro que Antonio no tiene absolutamente nada que enseñarnos. —Y dejó caer los labios sobre los suyos, esta vez para demostrarle que era verdad lo que acababa de decirle.

El día siguió su curso y la comida fue todo un éxito. Manu aprovechó que los demás estaban ocupados jugando a sus respectivos juegos, para organizar el trabajo del lunes. Con lo que le había pedido su jefe iba a tener que mover una reunión con uno de sus clientes para más tarde y terminar los expedientes pendientes en un tiempo récord. Eso solo podía significar que, de nuevo, iba a tener que quedarse sin comer. Amargado ante el lunes que lo esperaba, bloqueó el teléfono y miró a Eric, que acababa de terminar una partida con Fernando. Este último había apagado la pantalla y se había levantado de la silla.

—Voy a expulsar al demonio del portal oscuro.

Manu lo miró. ¿Había portales oscuros en el Fornite? Él no era un jugador activo, pero le había visto hacer demasiadas partidas como para saberse el mapa de la isla de memoria.

—¿Qué? —acabó preguntando ante su duda.

Eric se apiadó de él.

—Tiene que ir al baño. Fuerza mayor —respondió mientras recogía sus cosas y las metía en su maletín.

—¡Argh! —Manu negó con la cabeza. Se sentía desfasado ante esa frase. ¿Es que la gente joven tenía que ser tan gráfica?

—Manu es demasiado refinado para esas cosas. —Antonio, que seguía jugando, respondió sin girar la cabeza.

—¿Cómo diablos se entera si tiene los cascos puestos y está hablando por el Discord? —Eric había dejado de guardar sus cosas y lo miraba con los ojos abiertos como platos.

Manu se volvió hacia él con seriedad.

—Tiene un don. ¿Me acompañas a la casa? Quiero dejar allí algunas toallas limpias y ropa de cama.

A Eric no se lo tuvo que decir dos veces para que asintiera. Terminó de recoger, se despidió de Antonio y de Fer y bajaron al garaje. Llevar cosas a la casa parecía ser una excusa porque, apenas entraron por la puerta, Manu dejó las bolsas a un lado y se abalanzó sobre él como un lobo hambriento. Eric no se quedó atrás porque, desde que había llegado a su casa esa mañana, las ganas de quitarle toda la ropa no habían hecho más que acrecentarse. No podía tener suficiente de él. Jamás, porque Manu se había convertido en una de las personas más importantes de su vida, en alguien que quería tener a su lado a todas horas.

Despacio, se dejó arrastrar hacia el sofá. Ni siquiera intentaron subir hasta la planta de arriba, a la cama que Manu le había dicho que había instalado. ¿Para qué hacerlo, si ambos parecían tener claro que era demasiado recorrido y no podían esperar? El sofá, esa tarde, fue testigo de lo mucho que se necesitaban.

Manu miró el reloj del teléfono móvil por tercera vez y le dio otro toque a su hija para que bajara ya porque, si no, llegaría tarde al concierto.

Semanas atrás le había prometido a Daniela y a su amiga llevarlas a un concierto de música *Kpop* y recogerlas a la salida, pero al final solo iría su hija porque Nerea se había hecho un esguince en el tobillo y no le iba a ser posible caminar en varias semanas. Dani estaba nerviosa, triste, contenta y un millón de estados más, a juzgar por todos los mensajes de audio que le había mandado. La entendía, pero no tenía ni cuerpo ni mente para lidiar en esos momentos con una crisis adolescente porque su semana había sido una auténtica pesadilla.

El capullo de su jefe le había hecho la vida imposible desde que pisó la oficina el lunes a primera hora, hasta esa misma mañana porque, por supuesto, lo había hecho ir el sábado por la mañana a trabajar porque, según él, no había cumplido con los objetivos marcados. Manu pensó en decirle cuatro cosas, pero optó por callarse la boca y no meterse en líos, aunque el trato que estaba recibiendo por su parte no era justo.

Salió de la oficina después de comer, a todo correr para llegar a casa, darse una ducha, y recoger a Daniela, que le había mandado alrededor de unos trescientos mensajes implorándole que no llegara tarde. Y ahora era ella la que se retrasaba.

Mientras su hija llegaba no pudo evitar pensar en lo que haría ese fin de semana, justo después de dejar a Daniela de vuelta en su casa. Al fin Eric iba a quedarse a dormir con él. Hasta el momento solo se habían visto ratos sueltos en escapadas furtivas, pero jamás habían pasado la noche juntos, sin contar aquella vez en la que Eric estuvo en su cama borracho y medio inconsciente.

Cuadrar el horario de trabajo de ambos era muy complicado, sobre todo, cuando Eric tenía que trabajar de noche y regresar a su casa para que su madre no se preocupara. Le había dejado claro en varias ocasiones que no quería que engañara a su madre sobre dónde se encontraba, lo que significaba echarse piedras en su propio tejado, pero quería y necesitaba hacer las cosas correctamente porque no quería educar a su hija y, a su vez, deseducar al hijo de otra persona. Contarle la verdad a la madre de Eric significaba que la mujer, más pronto que tarde, querría conocerlo, y eso le daba un poco de vértigo porque ninguno de los dos había hablado del tipo de relación que tenían. Salir de la burbuja que habían creado solo para ellos le daba demasiado miedo.

Cuando su hija bajó al portal, Manu se quedó mirándola, pero no le dijo nada. ¿Sabía Patricia que Dani se vestía de esa manera? Esa faldita de tablas a cuadros, extremadamente corta, unos calcetines por encima de las rodillas y una camiseta con uno de los hombros al descubierto era todo lo que su hija llevaba, porque el abrigo lo tenía colgado del brazo. Se congelaba solo al verla, pero fue prudente y guardó silencio mientras se dirigían hacia el concierto.

Daniela estaba nerviosa, se le notaba; charlaba de mil cosas a la vez y él asentía porque le costaba seguirle el ritmo. Los cambios de tema lo pillaban por sorpresa y a veces se perdía en la conversación, por lo que optó por decir que sí a todo mientras su mente volaba de nuevo hacia

Eric y lo ansioso que estaba por verlo y llevar a cabo todo lo que se habían prometido en los mensajes de texto subidos de tono que se habían mandado durante la semana.

No tardaron en llegar a la puerta del recinto. Manu se miró las manos cuando vio que su hija le ponía el chaquetón y la bufanda entre los brazos.

—¿Y esto? Llévatelo. No voy a estar cargando con tu ropa, Dani. No eres una niña pequeña.

—Jo, papi, por favor. —Ella lo abrazó por la cintura para darle lástima—. Dentro va a hacer mucho calor y el guardarropa seguro que es carísimo. Además, le prometí a Nerea que le haría una videollamada para que se sintiera menos triste. ¿Cómo voy a hacerlo si tengo los brazos ocupados?

Manu refunfuñó porque sabía que había perdido esa batalla sin haberla empezado siquiera. Agarró las prendas y abrazó a su hija.

—Voy a estar en alguna de esas cafeterías de enfrente tomando un café hasta que salgas. Hazme una llamada perdida y nos vemos aquí, ¿de acuerdo?

—Que sí. —La chica le dio un beso en la mejilla y caminó hacia una de las entradas. Le enseñó el tique al guardia de seguridad y entró sin necesidad de guardar cola porque parecía que ya había entrado casi todo el mundo.

Manu esperó a que su hija desapareciera por la puerta para darse la vuelta y mirar la acera de enfrente. Había varias cafeterías, todas bastante llenas. Sin duda atestadas de madres y padres a la espera de poder recoger a sus hijas e hijos del concierto. Se dirigió a la que creyó estaba algo más vacía y se sentó en una esquina. Pidió un café y desbloqueó el teléfono. Tenía un mensaje de Eric donde le decía que iba a estar por allí, ya que su último cliente del día había solicitado que lo acercaran a esa zona de Madrid, y que, si podía, llegaría hasta donde estaba.

Mientras bebía su café con calma estuvo revisando su correo y rezando para que su hija no se acordara de la cara de Eric. Era muy posible que Daniela estuviera demasiado excitada contándole todo y que no se percatara de nada más. Ojalá fuera así, porque no tenía claro de que ese fuera el momento oportuno para decirle a su hija «Cariño, soy bisexual y tengo un novio mucho más joven que yo». No, cuando llegara el día de decírselo, tenía que hacerlo con calma después de haberlo meditado durante mucho tiempo.

Tras el primer café decidió pedir un botellín de agua. Le habría gustado tomarse otro, pero era consciente de que tenía que reducir la ingesta de cafeína por su bien, ya que unido al mal carácter de su jefe, a veces el corazón le latía a doscientos por hora. No podía entender qué había sucedido para que ese hombre hubiera cambiado tanto. Aún recordaba cuando entró a trabajar para él muchos años atrás.

El ambiente en la oficina era agradable y ameno, y no por eso se trabajaba menos. Siempre habían llevado un buen ritmo y se habían compenetrado muy bien, pero desde hacía unos meses todo había cambiado por completo. Y no solo para él, que podía estar más susceptible por su divorcio, no. Veía las caras de sus compañeros de trabajo, sus quejas silenciosas, que quedaban en el aire por temor a las represalias del jefe; veía a su amigo Alfonso agobiado porque iba a tener que salir otra vez más tarde de su hora y no vería a sus hijas más pequeñas antes de que se fueran a la cama. Nada de eso era justo y no entendía qué había podido pasar. No les iba mal, así que solo podía achacarlo a algo personal del jefe, pero eso tampoco era excusa para que los tratara de esa manera. Quizás si hablaran con él...

Se quedó a mitad de su pensamiento cuando vio demasiado alboroto en la calle de enfrente. Durante un segundo pensó que el concierto ya habría terminado y los fans salían excitados y

contentos por la experiencia que acababan de vivir, pero las caras que vio no parecían de felicidad, sino todo lo contrario. Algo no le cuadraba.

Comenzó a incorporarse cuando vio que varios coches de la policía, dos ambulancias y un coche de bomberos hacían acto de presencia. Soltó varias monedas sobre la mesa sin preocuparse de ver lo que dejaba en realidad y salió corriendo hacia la calle. Algo había sucedido allí dentro donde se encontraba su hija.

Sin pensarlo, corrió hacia la puerta, pero un policía lo interceptó y lo agarró justo antes de que pudiera entrar.

—¡Tengo que entrar! ¡Mi hija está ahí dentro! —gritó—. Puede estar en peligro.

—Cálmese, por favor. Estamos trabajando y pronto se le informará de algo.

Manu se vio empujado hacia atrás y medio sepultado por una avalancha de chicos que salían corriendo y gritando del edificio donde se estaba celebrando el concierto. Desesperado, miró a su alrededor buscando a Daniela, pero no había rastro de ella. Los policías habían comenzado a acordonar la zona y el lugar se llenó de padres y familiares preocupados. Caminó entre la gente, buscando con desesperación a su hija mientras notaba que un sudor frío le recorría todo el cuerpo. Eso tenía que ser un mal sueño, porque se negaba a aceptar que estuviera ocurriendo de verdad.

Intentó saltarse el cordón policial, pero otro agente lo detuvo y lo echó para atrás. No paraban de salir chavales que gritaban asustados, pero nadie decía lo que estaba pasando allí dentro, y el no saber el estado de su hija lo estaba volviendo loco.

Sintió que el teléfono le vibraba en el bolsillo del pantalón. Iba a ignorar la llamada porque su única preocupación en ese momento era localizar a Daniela, pero ¿y si era ella? Agarró el aparato con fuerza y miró la pantalla. Eric. Deslizó el dedo para aceptar la llamada, pero no le salió la voz. No podía hablar.

—*Manu* —se escuchó alto y claro al otro lado de la línea a pesar del ruido—. *¿Manu? ¿Qué ha pasado? Acabo de llegar y hay mucho alboroto. ¿Dónde estás?*

—Eric —susurró—. No... no encuentro a Dani. No me dejan entrar y no sé si ella está bien. No... —En ese momento salió otra avalancha de chavales y olvidó que estaba hablando para ir a mirar si su hija se encontraba entre ellos. No podía respirar y le dolía el pecho. O encontraba a Daniela o iba a darle un infarto.

Eric miró el teléfono. A pesar del jaleo de alrededor pudo escuchar a Manu a la perfección. Se había enterado de que algo había ocurrido cuando no lo habían dejado pasar dos calles más arriba. Aparcó en el primer hueco de carga y descarga que encontró, a riesgo de que, al volver, una grúa se hubiera llevado el coche, pero no le importó. Sabía que, fuera lo que fuera, era muy importante, y la voz de Manu se lo acababa de confirmar.

Corrió hacia el lado opuesto de donde se celebraba el concierto para dar la vuelta al edificio y buscar una puerta trasera. La policía parecía no haber llegado a esa parte y en eso él tenía ventaja. Conocía bastante bien el lugar porque había ido a muchos conciertos y fiestas y no siempre se había portado correctamente. ¡Qué ironía! Quién le iba a decir a él que las veces que lo habían tenido que sacar del recinto por la puerta de atrás, invitándolo a que se marchara, iban a servir ahora para una buena causa.

Abrió una puerta metálica a la espera de que saltara alguna alarma, pero no se escuchó nada y

tampoco iba a esperar a que sucediera. En cuanto tuvo el pomo en la mano, se adentró y corrió por los pasillos con la cabeza agachada para evitar que se le viera el rostro en las cámaras de seguridad, si es que funcionaban, porque parecía que no había electricidad. ¿Sería eso lo que había pasado?

Avanzó hacia un pasillo y, de pronto, sintió que una multitud de gente corría sin freno hacia él. Lo único que le dio tiempo a hacer fue echarse hacia un lado, ocultar la cara contra la pared y separar las piernas para que, en caso de que arremetieran contra él, su cuerpo pudiera soportar el golpe.

Sintió que varias personas se chocaban con él, pero pudo aguantar sin caerse. Ese era el verdadero peligro de las avalanchas en las multitudes; los que se caían al suelo acababan con heridas graves; otras veces, incluso mucho peor. Ese pensamiento lo hizo darse la vuelta y mirar a los que pasaron por su lado. ¿Reconocería a Daniela? Solo la había visto una vez, y se acordaba de su cara, pero ¿sería suficiente para encontrarla?

Esos pensamientos no podían hacerlo dudar. Había entrado dispuesto a dar con ella y no iba a salir de allí sin la chica. Dio media vuelta y caminó en el sentido contrario a donde habían venido corriendo el grupo con el que se había tropezado.

Apenas avanzó dos metros cuando se encontró con una puerta que debía estar abierta y que conducía a la pista central, que era donde se celebraban todos los conciertos. Por medidas de seguridad tenía que estar abierta. ¿Qué diablos hacía cerrada? Tiró de ella, pero no se abrió. Entonces escuchó una voz al otro lado.

—¿Hola? —Era la voz de un chico que parecía bastante nervioso—. No podemos salir. Las puertas están cerradas.

Eric tiró con más fuerza, pero no logró abrirla.

—¡Escuchadme! —Alzó la voz para que llegara bien hasta el otro lado—. Hay más puertas de seguridad en el lado derecho. Tenéis que ir hacia allí y abrirlas.

—¡Están cerradas! ¡Están todas cerradas!

Eric se pasó las manos entre los cabellos. Intentaba pensar con rapidez, sentía que su cerebro iba a toda máquina para encontrar una solución. Eso era una puerta cortafuegos y, por ley, no podía estar cerrada. Desesperado, agarró la barra antipánico y la zarandeó con todas sus fuerzas. El metal chirrió y la puerta comenzó a abrirse.

—¡Ayudadme!

Desde el otro lado, varias manos comenzaron a tirar de la puerta hasta que quedó lo suficientemente abierta. No le dio tiempo de preguntar nada porque muchos de los que estaban dentro quisieron correr desesperados hacia la puerta que acababan de abrir y Eric se vio arrollado hasta caer de espaldas en medio del pasillo. Por suerte nadie le pasó por encima, pero el golpe en la zona lumbar había sido más que suficiente para dejarlo sin respiración.

Tras un jadeo pudo levantarse, caminó hacia la sala central y se quedó mirando los alrededores. Todavía quedaba mucha gente, algunos en gradas, otros en puertas que estaban alejadas en el lado contrario, intentando abrirlas. No recordaba que aquello fuera tan enorme. Quizás verlo vacío impresionaba más que verlo lleno de gente.

Caminó todo lo rápido que le permitieron las piernas hacia el siguiente grupo y les indicó que, por la puerta que acababa de abrir, podrían salir sin problema. Mientras lo hacía, no paraba de mirar a todas las chicas con las que se cruzaba. ¿Estaría ya Daniela fuera de toda esa locura?

Al fondo pudo apreciar el uniforme de un par de bomberos. Acababan de abrir una de las puertas donde más congestión había. Ese tumulto de gente era muy peligroso y deseó que

Daniela no estuviera ahí porque iba a ser imposible ayudarla. De pronto se vio zarandeado por unos chavales mucho más jóvenes que él que salían corriendo y, a su paso, habían tirado al suelo a varias personas que no se habían dado cuenta de que habían comenzado a correr. Ese comportamiento era peligroso, pero no iba a ir tras ellos para echarles la bronca. En lugar de eso se dio la vuelta y avanzó hacia las personas que seguían en el suelo. Había tres que no se habían levantado y quizás necesitaran ayuda.

—¿Estáis bien? —Se agachó y miró a los chavales, dos chicos y una chica. Una de ellas era Daniela, estaba seguro. Reconocería ese perfil tan parecido al de Manu en cualquier parte—. Dani, ¿te has roto algo?

La chica lo miró confundida.

—Creo que no.

Eric asintió y miró a los otros dos que ya se estaban levantando.

—Mi hermano y yo estamos bien —respondió la otra chica mientras lo ayudaba a ponerse bien la ropa.

—¿Veis esa puerta del fondo? Por ahí podremos salir.

Los dos chicos asintieron y miraron a Daniela, que seguía en el suelo.

—Dani, ¿puedes levantarte?

Ella no respondió, por lo que Eric decidió ocuparse él mismo. Parecía que la joven estaba demasiado nerviosa y no paraba de sollozar.

—Dani, escucha, soy amigo de tu padre. Él está fuera esperándote. ¿Me dejas que te coja en brazos y te lleve hasta él?

La chica lo miró confundida.

—Mi padre siempre me ha dicho que no me fie de los extraños.

—Y lleva razón, pero ahora tienes que creerme. —Miró por encima del hombro preocupado de que algún grupo corriera hacia ellos y la pisara—. Mira —se llevó la mano hacia el bolsillo trasero, sacó la cartera y le tendió su documento nacional de identidad. Se lo puso sobre la palma y colocó la suya encima—. Si te hago daño, aquí tienes mis datos para denunciarme.

Ella lo miró y asintió con timidez.

Eric no necesitó ninguna señal más porque no podían perder más tiempo; Apoyó una mano en la espalda y la otra la deslizó por debajo de los muslos. Despacio y, como si no pesara nada, la arrimó hacia su cuerpo y la levantó sin problemas. No sabía en qué momento el sudor le había comenzado a caer por la sien y mojado la camiseta por toda la espalda.

—Seguidme. —Comenzó a andar sin comprobar que los otros dos chavales, los hermanos, fueran tras él. Los oía hablar aunque no sabía qué decían porque, conforme iban saliendo, las sirenas de los vehículos de fuera se escuchaban cada vez con más fuerza. Daniela había enterrado la cabeza en su cuello y tenía los brazos apretados alrededor de sus hombros. Sentía que temblaba y por la humedad que notaba sobre su piel sabía que seguía llorando. Ojalá tuviera más tiempo para poder detenerse y calmarla, pero tenía claro que, cuanto antes salieran de ahí, mejor para todos. Aún no conocía el alcance de lo que había pasado y podrían estar en serio peligro.

Cuando dobló la esquina del pasillo principal, vio a lo lejos una de las puertas de entrada, o eso creía recordar. No estaba del todo seguro, pero las luces destellantes que entraban a través de las grandes cristaleras fueron más que suficiente para acelerar el paso. Al hacerlo, en su cerebro se produjo un efecto muy curioso porque, cuanto más se acercaba a la salida más lento parecía ir él, como si de pronto pudiera verlo todo a cámara lenta.

Un paramédico y un bombero llegaron corriendo hacia él e intentaron quitarle a Daniela de

los brazos, pero él la agarró con fuerza. Como si su alma hubiera abandonado su cuerpo, escuchó a su propia voz responder a las autoridades que estaban bien y que sabía dónde estaba el padre de la chica. También les informó por dónde podrían entrar más rápido para ayudar a los chavales que seguían dentro al fondo de la pista.

Las luces de los rotativos de la policía le dieron de lleno en la cara al salir y tuvo que entrecerrar los ojos. Estaban a salvo, había logrado sacarlos de allí dentro, podía soltar a Daniela y, entre los dos, buscar a su padre, pero la joven seguía abrazada a su cuello, con la cabeza hundida en su clavícula y temblando, así que no hizo ningún ademán de soltarla, aunque los brazos le dolieran toda la vida.

Fue caminando hacia la gente intentando buscar a Manu entre ellos. Algunos lo miraban, otros les preguntaban por nombres o cómo estaban, pero él lo escuchaba todo como si estuviera a kilómetros de distancia.

Ante sus ojos, las personas se movían en fotogramas que avanzaban mucho más despacio de lo normal. Por inercia, se giró y la sirena de un coche de policía muy cerca de ellos le hizo parpadear con rapidez y lo dejó sin visibilidad unos segundos. Cuando recuperó la visión, lo hizo poco a poco, de forma borrosa, y fue entonces cuando pudo apreciar una figura que venía corriendo hacia ellos desde lejos. Sabía que era Manu. Lo había logrado; había podido sacar a Dani sana y salva y la había llevado con su padre.

—¡Dani! ¡Dani! ¿Estás bien? —Manu llegó hasta ellos y cogió a su hija en brazos para comprobar que estaba en perfecto estado—. Vamos hacia esa ambulancia para que te revisen.

La chica negó con la cabeza, abrazada ahora a su padre, por lo que se limitó a ponerle una mano en la espalda para acariciarla y lograr así que se fuera recomponiendo del susto. Cuando desvió la cabeza, vio que Manu lo miraba por encima del hombro de su hija.

—Gracias por ir a por ella. ¿Estás bien? —añadió el hombre.

—Sí.

—Se te ve sudado y agotado. Has cargado con ella todo el rato, ¿verdad?

Eric no respondió y se centró en Daniela que, ahora visiblemente más tranquila, se había desprendido de los brazos de su padre y había comenzado a contar lo poco que sabía. Hablaron con la policía y, durante todo ese rato, terminaron de salir todas las personas que quedaban dentro. Todo apuntaba a que no se había cumplido con las normas de seguridad del establecimiento: había muchos más asistentes que aforo permitido y, para rematar, varias puertas de seguridad estaban bloqueadas y no cumplían con las normas vigentes. Que se hubiera ido la luz fue el detonante para que estallara el caos en el recinto. Después de estar atentos a toda la información que les llegaba no había que lamentar víctimas mortales, solo algunas personas habían salido malheridas por haber sido pisoteadas, pero no parecía haber nadie que precisara hospitalización urgente.

Después de mucho rato decidieron ir hacia el coche. Eric no estaba seguro de que aún estuviera donde lo había aparcado, pero tuvo suerte porque, debido a todo el barullo en el concierto, la policía no había reparado que se había excedido del tiempo permitido.

—Voy a sentarme detrás con Dani.

Eric asintió. Era lógico que estuviera con su hija. Se puso tras el volante y se concentró en ver cómo podían salir de ahí. Había comenzado a dolerle más la espalda y el sudor se le había secado en el cuerpo, lo que hizo que varios escalofríos le recorrieran la piel hasta erizarla. Arrancó y puso rumbo a casa de Daniela.

—Creo que esto es tuyo.

Eric aprovechó que estaba parado en un semáforo para mirar hacia atrás; Dani le ofrecía su documento nacional de identidad. La verdad era que se había olvidado de él. Menos mal que ella no lo había dejado caer por ahí porque ya se lo había sacado dos veces en menos de un año y cada una por razones distintas.

—Gracias. —Alargó el brazo y lo dejó apoyado sobre el asiento del copiloto.

—¿Cómo es que tienes su DNI?

Dani respondió de inmediato a su padre. A pesar del cinturón de seguridad, iba agarrada a él sin querer soltarlo.

—No quería ir con él porque es un extraño. Me lo dio para que lo denunciara si hacía falta.

Al ver que ella no añadía nada más, él también guardó silencio. No podía quitarse de encima la sensación de que todo podía haber acabado de manera muy distinta. Puso el intermitente y se incorporó al carril que necesitaba.

Manu levantó la vista hacia el espejo retrovisor y se encontró con la mirada de Eric. Ninguno dijo nada porque no hacía falta en realidad. Él se había quedado abrazando a su hija, no podía soltarla, como tampoco podía apartar los ojos del joven.

—Hemos llegado.

Manu fue el primero en salir del coche, agarró el abrigo de su hija y aguantó la puerta para que ella saliera. En cuanto lo hizo, le echó la prenda por encima para que no cogiera frío. Mientras tanto, Eric se había colocado a su lado. Sin girarse, le indicó con la mano que lo esperara ahí.

—Te acompaño a casa. —Manu no le dejó opción a su hija para responder porque no era una pregunta y entró con ella en el portal.

—Papá, que no hace falta, de verdad... —Trató de rebelarse Daniela.

Tomaron el ascensor siendo consciente de su fobia hacia ellos, pero no iba a hacer subir a su hija por las escaleras hasta la última planta después de lo que acababa de vivir. Mientras llegaban, él la miraba de reojo, intentando comprobar que estaba realmente bien.

—¿Seguro que no quieres que vayamos al hospital para comprobar que no tienes nada roto? —Le preguntó, mientras ignoraba a su hija.

—No me ha pasado nada, papá. Solo me he caído y poco más. No te preocupes. Ya me he tranquilizado y todo ha quedado en un susto.

Manu no le hizo caso.

—¿Está tu madre en casa? Para quedarme contigo mientras...

Daniela lo agarró de las manos consiguiendo así que se callara.

—Papá. Estoy bien. De verdad. Solo ha sido un susto.

Manu no sabía si creerle. Veía a su hija tan entera y él aún seguía con el susto metido en el cuerpo. No hacía más que pensar que todo podría haber terminado de manera catastrófica y se le formaba tal nudo en el estómago que hasta le costaba respirar.

—¿De verdad? ¿Estás segura?

—Sí. Además, mamá está arriba, trabajando. Tenía una videoconferencia. Yo se lo contaré todo y seguramente acabe llamándote. Mientras hablaré con Nerea. He visto que me ha mandado un millón de mensajes y tiene que estar muy preocupada.

Manu asintió. No lo hizo muy convencido, pero no le había quedado más remedio que aceptar y marcharse porque su hija no le había dejado demasiadas opciones.

Cuando fue a salir del ascensor, ella lo detuvo, le dio un abrazo, y le dio al botón de la planta baja para que no tuviera que salir al rellano.

—Está bien. Como quieras —respondió sin poder hacer otra cosa. Conocía a su hija y era mejor no insistir—. Te llamo mañana por la mañana.

Daniela ya había cerrado la puerta y el ascensor se había puesto en marcha. Le temblaban demasiado las piernas como para bajar por las escaleras. Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

Cuando sintió que llegaba a la planta baja y las puertas comenzaron a abrirse, se miró en el espejo. Tenía ojeras y parecía que le habían caído treinta años encima de golpe. Al menos era así cómo se sentía. El susto que se había llevado no podía compararlo con nada. Si algo le hubiera pasado a su hija, él... no quería ni pensarlo.

Salió del portal hacia la calle y miró a Eric, que seguía aparcado y apoyado en un lateral del coche. Sin dudar, caminó hacia él.

—¿Todo bien?

Aún no había llegado a su lado, pero Manu había escuchado la pregunta del joven. Solo asintió, nada más, y lo abrazó. En esos momentos no tenía el cuerpo para preguntas, ni para hacer suposiciones. Lo único que necesitaba era que lo abrazaran con fuerza. Nada más.

Al sentir su cálido pecho pegado al suyo, suspiró aliviado porque eso le devolvió un poco la serenidad y el temple. Su mente había caído en una espiral loca de pensamientos nefastos donde la historia de esa tarde terminaba mucho peor y no había escapatoria posible.

—¿Te llevo a casa? —preguntó Eric.

Al escucharlo, asintió, levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Depositó un suave y efímero beso en los labios y se soltó de su cuerpo. Al hacerlo sintió un poco de vértigo, pero la sensación pasó en apenas un segundo porque Eric iba a estar a su lado todo el fin de semana y ese era el mejor refugio que podía tener.

—Sí, por favor. —Caminó hacia el asiento del copiloto y cerró la puerta tras él. Mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, vio cómo Eric rodeaba el coche y se sentaba tras el volante. Si no hubiera sido por él... Eso era algo que no quería pensar en ese momento.

Cuando el vehículo comenzó a andar, cerró los ojos en un intento de dejar toda esa pesadilla atrás.

Dani abrió la puerta de su casa y entró en silencio. Se escuchaba la voz de su madre hablar por videoconferencia con el que parecía ser su jefe. Sin hacer ruido, caminó hacia su cuarto mientras se quitaba el abrigo. Se paró delante del armario y se miró en un espejo que ocupaba una de las puertas. Podía ver huellas de pisadas en su camiseta y eso solo podía indicar una cosa, aunque ella no lo recordaba. Su mente parecía haberse bloqueado en ese momento, no sabía muy bien cómo había acabado sentada en el suelo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no llevaba la bufanda. En el coche estaban las dos prendas juntas, pero su padre debía de haber agarrado solo el abrigo, por lo que la bufanda se tenía que haber quedado en el asiento trasero.

Sin perder tiempo caminó hacia la puerta, agarró las llaves y bajó con rapidez por las escaleras. Esa bufanda se la había tejido su bisabuela poco antes de morir un par de años atrás y era una de las pocas cosas que conservaba de ella. Si aceleraba el paso, podría recuperarla del coche antes de que este se fuera.

Cuando llegó al portal y tiró del pomo para salir, no llegó a abrir del todo porque, desde la rendija, vio a su padre a pocos metros delante de ella, frente al coche, con el chico que la había salvado, los dos fundidos en un estrecho beso.

Por un segundo pensó que lo estaba imaginando todo, que se tenía que haber dado un golpe en la cabeza, porque... ¿Qué hacía su padre besándose con un hombre? Encima uno que, visiblemente, era mucho más joven que él.

Su primer instinto fue salir a la calle y enfrentar a su padre, pero en el último segundo decidió lo contrario y se escondió tras la puerta del portal, con las mejillas encendidas y el corazón latiendo furioso bajo el pecho.

Sin acordarse de la bufanda, se dio media vuelta y corrió hacia las escaleras para subir a su casa. Cuando entró, cerró muy despacio, aunque le hubiera gustado dar un portazo para manifestar el desconcierto que había comenzado a sentir.

Se quitó toda la ropa, la introdujo en la lavadora y la puso a lavar mientras ella se metía en el baño. Sabía que su madre iba a enterarse de lo que había pasado y la achicharraría a preguntas, pero ella no podía dejar de pensar en su padre besando a otro hombre. ¿Era gay y jamás se lo había dicho? ¿Había vivido una mentira toda su vida? ¿Su infancia, su familia, su relación, todo había sido falso?

Con los ojos humedecidos, se metió debajo del chorro de la ducha mientras comenzaba a llorar en silencio porque ese que conocía como padre de pronto se había vuelto un completo extraño para ella.

Manu estaba sentado en el balancín del jardín. Eric le había puesto el nórdico blanco alrededor y le había hecho una especie de cueva para que la humedad de la noche no lo alcanzara. Eric le había dicho que no se preocupara, que él se encargaría de prepararla y, después de lo que había pasado esa tarde, su ánimo había descendido hasta alcanzar el subsuelo. Su mente aún seguía en aquel momento, en lo que había pasado, y le resultaba imposible salir de ahí. ¿Y si le hubiera pasado algo a Daniela? Jamás se lo habría perdonado.

—Tienes que despejar la mente.

Manu alzó la mirada. Eric había llegado a su lado y estaba de pie frente a él.

—He dejado la cena en la cocina. Creo que es mejor comer dentro porque hoy hace bastante frío aquí por mucho que echemos el toldo.

Manu asintió, pero siguió sentado sin moverse, todo lo contrario que su cabeza, que volaba sin parar a toda velocidad.

—¿Cómo...? ¿Qué puedo hacer para no obsesionarme y dejar de pensar? —Eric se sentó a su lado y lo miró.

—Decirte lo que tienes que hacer es demasiado sencillo y no va a servir de nada hasta que decidas cerrar página y seguir adelante.

—¿Y cómo lo consigo?

—Aceptando que todo ha salido bien. De nada te sirve pensar en lo que podía haber salido mal, porque no ha sido así. Entonces, ¿por qué te estás torturando por algo que no ha ocurrido?

Manu escuchó en silencio sus palabras y asintió despacio.

—Sé que le doy demasiadas vueltas a las cosas. Es algo que no puedo evitar, aunque acabo encontrando una solución tarde o temprano, pero con mi hija... Con ella no es así porque desde el primer momento en que la tuve en mis brazos supe que iba a ser mi responsabilidad hasta que me muriera y yo hoy era el responsable de ella.

Eric suspiró y lo zarandeó con suavidad con su hombro.

—Manu, ¿eres adivino? ¿Sabías lo que iba a pasar allí? ¿Provocaste tú lo que pasó?

—No.

—Entonces no es responsabilidad tuya. Tú responsabilidad como padre era llevarla y traerla, y eso estabas haciendo. Estás aterrado porque Dani es muy joven y, hasta ahora, tenías el control sobre ella porque no sabía decidir, pero ya no es una niña y comenzará a ir a fiestas, a llegar tarde, y tú, tienes que permitir que haga todas esas cosas, a equivocarse, a aprender, y a confiar en que todo va a salir bien. Lo que le tenga que ocurrir ocurrirá por mucho que intentes lo contrario. No queda otra.

Asombrado por esas sabias palabras, no pudo evitar mirarlo algo perplejo.

—¿Y tú cómo sabes tanto de todo esto? —A veces le costaba ver a un chaval en él porque su forma de hablar, de pensar, era muy madura para su edad.

—Porque hace no mucho tuve esta misma charla con mi madre. Nos costó un poco llegar a un acuerdo en el que yo no pondría mi vida en riesgo haciendo el tonto y ella no imaginaría escenarios funestos cada vez que saliera por ahí con mis amigos.

Manu no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¿Por qué me da la sensación de que algo de razón sí que llevaba tu madre en preocuparse?

Eric se encogió de hombros antes de responder.

—Lo normal, supongo. No voy a nombrar mi lista de pecados ahora, sobre todo sabiendo que se enfriaba la cena.

Manu asintió. Aceptó la mano que Eric le tendía y se dejó llevar por él hasta el salón. Odiaba sentirse así, como un reloj viejo que, poco a poco, iba quedándose sin cuerda. ¡Había hecho tantos planes para ese fin de semana! Pero al menos no iba a pasarlo solo.

Acostarse esa noche al lado de Eric y dormir abrazado por él fue su salvación para no terminar de caer en ese abismo que se había abierto bajo sus pies y que amenazaba con alcanzarlo. Cuando comenzó a quedarse dormido, sintió la respiración fuerte de Eric sobre su cabeza. No dormía, aún no, y saber que, de alguna manera, velaría sus sueños esa noche, precisamente cuando más débil se sentía, ayudó a que se relajara entre sus brazos hasta que todo se volvió negro.

Al abrir los ojos se sintió un poco desconcertado. Hacía mucho tiempo que no veía esa ventana sobre él y por un momento pensó que estaba soñando, hasta que sintió un movimiento a su lado. Al girar el cuello, Eric estaba tumbado boca abajo, con la cabeza debajo de la almohada y destapado.

Por la luz que ya había en la habitación, podía decir que no hacía demasiado que había amanecido y pronto la claridad de la mañana daría de lleno en la ventana. Se incorporó despacio y miró a Eric y al caos que reinaba a su alrededor; el pantalón del chándal que había usado para dormir estaba virado hacia un lado y suelto por la zona de la cintura. La camiseta se le había levantado y gran parte de la espalda había quedado al descubierto. ¿No tenía frío? Fue a tocarle la piel para comprobarlo y taparlo con la manta cuando vio un moratón en la zona lumbar. No sabía cómo se lo había hecho, pero algo le decía que encontrar a Daniela no había sido tan sencillo y que ese golpe tenía algo que ver.

Se levantó despacio y salió de la habitación tras entrecerrar la puerta a su paso. Mientras bajaba las escaleras, su cuerpo comenzó a crujir por distintas zonas. Moviendo el cuello de un lado a otro, logró que hiciera el mismo ruido. Pensó que un baño relajante le vendría bien para aliviar las tensiones que aún sentía en el cuerpo, y estaba seguro que Eric también iba a agradecerlo, sobre todo en la zona donde se había dado el golpe, pero primero haría algo para desayunar.

Puso dos zumos de naranja recién exprimidos, un cuenco con fruta, otro con cereales integrales y una jarrita con leche templada en una bandeja y comenzó a subir las escaleras apenas lo tuvo todo listo. Cuando llegó al rellano frente al dormitorio principal, dejó la bandeja sobre el banco que había bajo la ventana y fue directo al baño para llenar la bañera. Puso el tapón, echó varios tipos de sales y una bomba espumosa de lavanda que, en cuanto tomó contacto con el agua, inundó todo con su agradable aroma y la coloreó de violeta.

En diez minutos estuvo todo listo. Comenzó a quitarse la ropa, la dejó a un lado, y se metió despacio en la bañera que estaba caliente y durante un segundo dudó si introducirse ya o añadir un poco de la fría.

La sensación duró unos segundos y su cuerpo se acostumbró al calor que lo rodeaba. Despacio, se agachó y dejó que el agua lo envolviera hasta la mitad del pecho. Sin poderlo evitar,

exhaló un suspiro de satisfacción, dejó caer la espalda para comenzar a relajarse y cerró los ojos.

Tenía en mente estar así un par de minutos, los suficientes para que su cuerpo reaccionara y llamar luego a Eric para que lo acompañara, pero no fue necesario porque, al abrir los ojos apenas unos segundos más tarde, se encontró con Eric apoyado en el marco de la puerta, con un vaso de zumo en la mano y una expresión divertida que le iluminaba la cara.

—Iba a despertarte ahora.

Eric alzó una ceja, pero no dijo nada, solo se limitó a darle un sorbo grande al zumo. Dejó el vaso medio vacío sobre la encimera del lavabo y se giró hacia él.

—Te he escuchado gemir desde el cuarto y he venido a ver si me hacías partícipe o, al menos, me dejabas mirar.

Manu esbozó una sonrisa porque la idea de que Eric lo mirase le produjo que una corriente de burbujas le recorrieran la sangre.

—Quería que durmieras unos minutos más —respondió—. Iba a llamarte ahora.

Eric asintió.

—¿Quieres zumo? No has tocado el tuyo.

Manu negó con la cabeza. No podía apartar la mirada de él y de lo maravillosamente provocador que estaba con ese chándal aún torcido y el cabello revuelto.

—¿Y cereales?

Temeroso de que Eric le ofreciera todo el menú que había preparado, decidió responder para guiarle hacia lo que de verdad le apetecía.

—Lo único que quiero ahora mismo es a ti.

La expresión de Eric cambió de manera visible y Manu ya no pudo apartar la mirada de él, de esos dientes que habían comenzado a morder el labio inferior mientras se quitaba la ropa con una tranquilidad pasmosa.

Cuando lo tuvo desnudo y prácticamente erecto frente a él, el corazón le comenzó a latir frenético, sobre todo, al verlo acortar los pocos pasos que los separaban. Con la misma tranquilidad se adentró en el agua y se agachó frente a él entre sus piernas. Manu lo invitó a recostarse sobre su pecho y esperó paciente a que Eric se acomodara sobre él, luego lo rodeó con los brazos, como si temiera que fuera a salir corriendo. Dejó de recorrerle el pecho y bajó por uno de sus costados. Para hacerlo tuvo que estirar la pierna, hasta que logró llegar a su zona lumbar donde tenía el moratón.

—Te lo hiciste ayer, ¿verdad? —Lo acarició—. ¿Te duele?

—Ya no.

Manu siguió acariciándolo con delicadeza, hasta que sintió la mano de Eric sobre la suya. Con suavidad lo guio hacia su entrepierna, hacia algo mucho más urgente y que precisaba las mismas caricias que le estaba dando. Cuando tomó la erección bajo el agua, fue consciente de lo mucho que lo necesitaba y de lo adictivo que era ese cuerpo.

—Me resulta raro que, con lo que están de moda los tatuajes y, conociendo cómo eres, no te hayas hecho uno, Eric.

—Hmmm. Eso es porque no había encontrado algo que fuera lo suficientemente importante como para dejarlo reflejado en mi cuerpo para siempre. Hasta ahora.

Manu paró sus caricias tras oírle.

—¿Yo? —preguntó con miedo.

Eric hizo un adorable sonido con la garganta, como si estuviera aguantando la risa.

—No; tus croquetas.

Manu no pudo evitar reírse porque no se esperaba esa respuesta. Como represalia, apretó el agarre de la mano y comenzó a moverla mientras apresaba entre sus dientes el lóbulo de su oreja. Oírlo gemir fue recompensa más que suficiente para saber que, quizás, Eric no estuviera bromeando con lo del tatuaje, pero algo tenía claro; ninguna de sus croquetas podía hacerlo jadear como lo hacía él.

No tuvo piedad y lo arrastró hasta el borde del abismo varias veces, hasta que lo sacó a rastras de la bañera y lo llevó hacia la cama sin importarle que iban a poner chorreando las mantas, porque la necesidad que había crecido en ambos era algo mucho más urgente y ninguno de los dos podía seguir aplazándolo por más rato.

Manu lo miró perezoso desde la cama. Estaba saciado y feliz y se le tenía que notar en el rostro. Eric se había levantado hacía ya un rato y había comenzado a vestirse.

—Levántate y brilla.

Alzó una ceja para mirarle porque prefería tenerlo desnudo, a ser posible pegado a él, pero era bastante tarde y no podían quedarse todo el día en la cama.

—Me levantaré, pero me niego a brillar —se quejó mientras se incorporaba—. No soy un Gusiluz.

Eric esbozó una sonrisa mientras terminaba de vestirse.

—He recibido un aviso del trabajo. El pasajero que tenía que recoger esta noche ha adelantado el viaje y quiere salir en un par de horas. Me interesa mucho llevarlo porque es un cliente habitual y no quiero arriesgarme a que a partir de ahora llame a otro compañero cuando tenga que ir a Ciudad Real.

Manu, que había comenzado a vestirse, paró en seco.

—¿Vas a ir hasta Ciudad Real?

—Sí. No es tanto. ¿Te apetece venir? Estaré de vuelta esta misma noche. Sé que mañana trabajas, pero conduciré yo. Puedes dormir durante el trayecto.

Manu se levantó y se acercó hasta quedar frente a él.

—¿Y para qué voy a ir si voy a dormir durante el trayecto?

Eric lo rodeó con sus brazos y lo acercó a su cuerpo.

—A la vuelta, cuando dejemos a mi cliente, puedo ir observándote por el espejo retrovisor, o parar en un área de servicio vacía y despertarte como si fueras la bella durmiente.

Manu lanzó una carcajada, pero al ver que Eric parecía hablar en serio, dejó de reír y lo miró.

—No estás de broma. —No fue una pregunta.

—No. Vente. Sé que estaré trabajando a la ida, pero a la vuelta ya no. Apuesto lo que sea a que nunca lo has hecho dentro de un coche, de madrugada, en una carretera secundaria en Peralvillo.

Manu estaba estupefacto. Efectivamente, no había hecho nada de eso. ¡Ni siquiera sabía dónde caía Peralvillo! Pero una cosa tenía clara; quería probar todo eso con él. Sin dejar de mirarlo, asintió. En ese momento se dio cuenta de que sería capaz de hacer cualquier cosa si Eric seguía a su lado. Lo que fuera.

Recogieron el baño, tendieron la empapada manta y prepararon algunas cosas para el improvisado viaje. Mientras Eric sacaba el coche del garaje, él decidió esperar fuera en la calle para cerrar con llave todas las puertas.

—Manuel, buenas tardes.

Manu no esperaba que nadie lo saludara por la espalda y no pudo evitar dar un ligero brinco mientras se giraba. Allí se encontró cara a cara con su vecina Toñi.

—Toñi, no te esperaba.

—Ya. —El semblante de ella era serio, más de lo acostumbrado—. ¿Echándole un vistazo a la casa?

—Sí —miró de reojo mientras rogaba en silencio que Eric tardara en sacar el coche.

—¿Está Patricia dentro? Te he escuchado hablar. Hace mucho que no la veo y me gustaría saludarla.

—No, no está —respondió tajante—. He venido con un compañero de trabajo para enseñarle la casa. A ver si hay suerte, pero ya nos vamos.

—Ah, qué bien. No me metas aquí a gente rara, ¿eh?

—No, no, descuida. —Manu estaba visiblemente incómodo y no sabía cómo terminar con esa estúpida conversación sin ser grosero.

Cuando vio que el garaje se abría y salía el coche, se puso a propósito por el otro lado, se despidió de ella con un movimiento de cabeza, y se sentó de copiloto. Solo cuando Eric dejó su calle atrás, respiró tranquilo.

—Esa mujer es demasiado intensa.

—¿Quién?

—La mujer que estaba ahí conmigo. Es la vecina. Nos conocemos desde hace años y siempre ha sido una entrometida.

—Todos tenemos una vecina que no tiene vida propia y se mete en la de los demás. Ignórala. Es lo mejor.

Manu sabía que ese era el mejor consejo de todos, pero no era tan sencillo de acatar. Toñi conocía a su mujer y era muy posible que aún tuviera su teléfono. No le extrañaba que la llamara para saludarla y le comentara cualquier tontería que se le ocurriera. Patricia aún no sabía que él había tomado posesión de la casa sin consultarle y temía que se enterara antes de que pudiera hablar con ella.

El viaje hasta Ciudad Real fue entretenido. El cliente de Eric era un hombre más o menos de su edad, muy charlatán, que tomó confianza enseguida y los tres comenzaron una conversación que amenizó el trayecto.

Durante el recorrido, Manu había intentado ponerse en contacto con Daniela para preguntarle cómo se encontraba, pero el teléfono de su hija estaba siempre apagado o fuera de cobertura. Al final desistió y le mandó un mensaje a su exmujer donde le preguntaba cómo se encontraba Dani. No llegó a saber si Patricia respondió porque su teléfono se había apagado y no llevaba ningún cable ni batería externa para poder enchufarlo al coche. Había salido de casa con la cartera, el abrigo y poco más, y no se había parado a mirar si necesitaba llevar algo extra. De todas formas, no tardarían demasiado, así que se relajó durante el viaje.

A la vuelta hacia Madrid, tal y como Eric le había dicho, paró el coche en lo que parecía ser un merendero y que, a esas horas de la noche, estaba completamente vacío. Se sentó junto a él en el asiento de atrás y lo distrajo de una manera muy concreta hasta que los dos acabaron medio desnudos y jadeantes, con los cristales empañados y el aliento entrecortado.

—Los asientos de este coche tuvieron que ser creados por algún íncubo u otro ser parecido, porque cada vez que nos sentamos aquí, acabamos en pelotas, excitados y somnolientos.

Eric sonrió al escucharlo y tuvo que darle la razón tras recordar los distintos momentos que

habían tenido ahí detrás. Estaba relajado y feliz y, aunque ya se había colocado toda la ropa en su sitio, no pudo evitar sentir algo de frío. Quizás porque las temperaturas habían ido en descenso. Se echó el abrigo por encima y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Manu hasta que cerró los ojos.

—Si estás cansado, puedo conducir yo. No soy tan bueno como tú, pero puedo llegar a Madrid leyendo las indicaciones.

Eric negó con la cabeza.

—No tengo sueño. Solo estoy relajado —respondió—. Me gusta estar tumbado a tu lado y quiero aprovecharlo al máximo.

—Anoche podríamos haberlo disfrutado más si yo no me hubiera puesto de bajón. Lo siento.

Eric se incorporó para mirarlo a la cara.

—Fue comprensible tu reacción. Seguro que a mí también me habría pasado. Ya tendremos otra oportunidad, no te preocupes. Lo importante es que estés bien y que tu hija no desarrolle ningún trauma por lo sucedido.

Manu asintió sin apartar la mirada de él.

—¿Por qué sabes tanto de la vida? —preguntó—. La mayoría de los chavales de tu edad no son tan maduros.

La mirada de Eric se perdió durante unos segundos antes de responder.

—La mayoría de esos chavales no han tenido a un padre borracho y maltratador. Cuando... murió, pensé que había sido por mi culpa. Creía que, si hubiera reaccionado antes, estaría a salvo, y durante mucho tiempo tuve que luchar contra mí mismo porque tenía mi cerebro dividido en dos; el racional, que me decía que las palizas y los malos tratos habían terminado, y el lado emocional, que me decía que ese era mi padre y que debía de hacer cualquier cosa por él, aunque me tratara como si fuera una mierda.

Manu lo rodeó con los brazos hasta apretujarlo contra su pecho. No sabía qué decir, así que se limitó a mecerlo mientras intentaba no dejarse llevar por esa ira profunda que le entraba al oír cómo Eric era maltratado por su padre.

—¿Cómo lo superaste?

—Fui al psicólogo. Al principio me negué porque pensaba que ahí solo iban los que estaban locos, pero al final me di cuenta de que necesitaba ayuda porque desde mi postura como hijo no distinguía la realidad de lo que había sido mi vida. Quizás por todo lo vivido soy así, no lo sé. A veces pienso que, si mi padre no hubiera sido un maltratador borracho y hubiera sido un buen padre, es posible que mi personalidad no sería la que es ahora y sería un niño vividor y parásito de sus padres. Por eso no estoy enojado con él. Porque he aprendido de sus errores para no cometerlos, ¿sabes? Y me gusta como soy.

—Eres increíble. —Manu no había podido contener sus palabras porque era lo que pensaba. Admiraba la fortaleza de Eric y sentía que, de cierta manera, le transmitía parte de ella.

—Tú también —respondió. Se incorporó y le dio un suave beso en los labios—. Deberíamos irnos ya o nos quedaremos dormidos aquí en mitad de la nada y no creo que sea buena idea.

Manu asintió y lo dejó ir. Se puso el abrigo a la par que Eric y salieron, cada uno por una puerta, para sentarse en los asientos delanteros. Quedaba un trecho por delante, pero el tiempo parecía correr especialmente rápido cuando estaban juntos.

Llegaron a Madrid de madrugada, cuando gran parte de la ciudad se había ido ya a la cama. Eric se paró delante de la puerta del garaje de Manu y lo señaló con la cabeza.

—Abre y te dejo dentro. Ha empezado a llover.

Manu miró el parabrisas, donde unas gotitas habían comenzado a mojar el cristal.

—No hace falta. Son solo un par de gotas, y tú tienes que llegar ya a casa. Tu madre estará preocupada.

Eric resopló, aunque no muy fuerte. Se lo veía cansado, pero no más de lo que ya lo había visto antes.

—No quiero regresar a casa. Quiero irme contigo.

Manu esbozó una sonrisa porque lo entendía bien.

—Hablamos durante la semana para pasar unos días juntos, ¿de acuerdo? Ahora vete. —Se desabrochó el cinturón de seguridad y se inclinó hacia él para darle un beso en los labios.

Fue a abrir la puerta del coche cuando sintió una mano que le agarraba el brazo. Curioso, giró la cabeza para encontrarse con la cara de Eric muy cerca de la suya. Aceptó el beso, esta vez más apasionado que el anterior, y se despidió.

—Manu, ¿por qué no he nacido antes para tener tu edad y poder quedarme contigo sin tener que dar tantas explicaciones?

Manu le sonrió con cariño. No iba a negar que esa pregunta lo había pillado desprevenido, pero, para su sorpresa, tenía una respuesta.

—Porque las cosas bonitas siempre tardan en llegar —respondió—. La vida te da lo que puedes manejar, por eso no te puso en mi camino antes; porque no sería como ahora. Aunque yo me sigo preguntando por qué te has fijado en mí con la de personas que llevas a diario en el coche. Casualidad, supongo.

—La gente llama casualidad a las cosas que suceden y que no saben explicar por qué han pasado. Yo no creo que tú seas una casualidad, Manu; tú eres mi serendipia.

Manu solo atinó a mirarlo, sorprendido, a los ojos. Sabía que una serendipia era un encuentro afortunado de algo que no se andaba buscando, algo tan mágico y tan significativo, que era imposible de dar crédito cuando llega a ti. Que Eric lo hubiera llamado así lo llenó de una sensación que no sabía muy bien explicar. Volvió a inclinarse sobre él para darle un beso lento sobre los labios.

—Gracias por estar en este mundo, Eric, por haber sufrido tanto en tu vida para que pudieras convertirte en la persona que eres hoy para llegar hasta aquí.

Eric asintió y le respondió con un beso. Cuando terminaron de despedirse, Manu subió rápido hacia su casa porque la lluvia había comenzado a caer con más insistencia y no quería mojarse.

Abrió la puerta despacio y entró sin hacer ruido. Todo estaba a oscuras y en silencio. Era lógico porque Antonio se tenía que levantar en pocas horas para ir a trabajar. Fue directo a su cuarto, se quitó la ropa, se puso algo más cómodo y se tumbó sobre la cama. Con el dulce recuerdo de Eric en la mente, acabó por quedarse dormido.

—Eric. Despierta.

Eric parpadeó confundido y miró a su madre, que era quien lo estaba llamando.

—Hmmm —fue lo único que atinó antes de darse la vuelta para seguir durmiendo.

—Eric. Cámbiame la bombona de butano, por favor. El sábado me hice daño en la mano con un carrito en el súper y no puedo coger peso.

Al oír a su madre, reaccionó abriendo los ojos de inmediato, se incorporó en la cama y la miró.

—¿Has ido al médico?

Ella negó con la cabeza y le enseñó la muñequera que le abarcaba hasta la mitad de la mano.

—No es gran cosa. Un par de días con esto y se me pondrá bien. No es la primera vez que me ocurre.

Él asintió porque recordaba la última vez que le pasó. Se levantó y fue hacia la cocina para hacer lo que le había pedido su madre. No tardó ni un minuto, pero se quedó allí apoyado, decidiendo si volver a la cama o comer algo antes, porque no había cenado nada y tenía hambre. Al final decidió buscar algo en el mueble.

—¿Qué hora es? —preguntó con la boca llena de galletas.

—Las ocho. —Carmen, aún en bata, había puesto a calentar algo de leche para tomarse un café—. ¿Quieres que te sirva una taza?

Eric negó porque su intención era volver a la cama en cuanto engullera las galletas que estaba masticando.

—No. Estoy muy cansado.

—Anoche no te oí llegar. ¿A qué hora volviste?

—No sé, sobre las cuatro y media o por ahí.

—Me dijiste que no ibas a tardar. ¿Se complicó el trabajo?

Eric miró a su madre cómo se preparaba el café. Ese era un buen momento como cualquier otro para hablar de Manu.

—No, pero llevé a Manu a su casa. Le pedí que me acompañara para no volverme solo en el coche.

Al oírlo, Carmen se dio la vuelta con una ceja levantada.

—Ese Manu es... el hombre que es mayor que tú, ¿no? ¿Con él has pasado el fin de semana?

Eric comenzó a arrepentirse de haber iniciado el tema ante el interrogatorio al que sabía que iba a ser sometido.

—Es mayor que yo, sí, pero eso no significa nada, y sí, te dije que estaría con él este fin de semana.

—Bueno, tú sabes lo que haces, hijo. Ya eres mayorcito.

Eric la miró fijamente porque que su madre terminara tan pronto una conversación no era normal.

—Gracias —respondió, pero no pudo disfrutar de esa aparente tranquilidad ni le dio tiempo de salir de la cocina cuando escuchó la frase que sabía que saldría tarde o temprano.

—Tráelo esta noche a cenar.

No era una pregunta, no era una invitación, tampoco era una sugerencia; era una orden.

—Sale tarde de trabajar.

—Da igual. En esta casa cenamos a las tantas.

Eric era consciente de que no serviría de nada inventarse tres mil excusas porque su madre se las rebataría todas.

—Voy a preguntarle, ¿de acuerdo? Pero suele salir tarde del curro y tiene una familia también a la que atender, aunque esté divorciado.

—Bueno, si es tu novio, y lo vuestro va en serio, yo también seré parte de su familia. Que busque un hueco para mí también, ¿no?

Su madre se terminó el café de un trago y dejó la taza vacía sobre la encimera con un golpe seco como si hubiera sido un vaso vacío de *whisky* en la barra de un bar. Tras eso, salió de la cocina y se marchó para darse una ducha.

Mientras tanto, Eric se quedó en la cocina sin moverse. Manu y él no habían hablado del tipo de relación que tenían. La noche anterior habían mostrado un poco más sus sentimientos, pero sin llegar a etiquetar ni ponerle nombre a lo que eran. Lo único que tenía claro era que, entre ellos, había algo más que una bonita amistad.

Manu llegó al trabajo antes de que fuera su hora. No sabía muy bien cómo lo había conseguido porque había dormido poco y mal y estaba extremadamente cansado. Pensar que le quedaba toda la semana por delante no ayudaba en absoluto, por lo que decidió ir con el piloto automático puesto con la única intención de no desconectarlo hasta el viernes por la tarde. Cuanto menos pensara, mejor para él.

Al llegar a la oficina comprobó de nuevo su teléfono móvil. Seguía sin poder localizar a su hija, por lo que optó por llamar a Patricia. Ella respondió enseguida.

—*Manu. Dime.*

Manu escuchó que había bastante ruido de fondo, señal de que la había pillado de camino al trabajo.

—Hola, Patricia. Estoy intentando contactar con Dani, pero no lo consigo. Está bien, ¿verdad?

—*Sí, sí. No te preocupes. Sé que ha desconectado el teléfono porque sus contactos la estaban abrumando con tanto mensaje preguntándole cómo se encontraba. Bueno, otros solo querían cotillear y saber de primera mano qué era lo que había pasado.*

Sin darse cuenta, lanzó un suspiro de alivio tras escucharla.

—Menos mal, porque no podía evitar tener la sensación de que algo iba mal.

—*Tenía que haberte avisado. Lo siento. He estado muy ocupada estos días.*

—No te preocupes.

—*Pero, ya que me has llamado, aprovecho para preguntarte si te viene bien quedar uno de estos días para tomar algo. Tengo algo que hablar contigo y ahora no puedo entretenerme más porque me están esperando.*

Al escuchar esa petición, no pudo evitar fruncir el ceño.

—¿Qué? Sí, claro —reaccionó al darse cuenta de que había estado más de lo normal en silencio—. ¿Ha ocurrido algo más?

—*No te preocupes. Ya te contaré. ¡Tengo que irme!*

Cuando quiso darse cuenta, el pitido al otro lado de la línea le hizo reaccionar. Guardó el aparato en el bolsillo y prosigió con las cosas que tenía que hacer.

Estuvo tentado de llamarla de nuevo y preguntarle, pero al final recordó que tenían una conversación pendiente, posiblemente acerca de la cena de Navidad. El año anterior la pasó solo y medio borracho, pero ese año el panorama era muy distinto. Aún no había hablado de eso con Eric. Deseaba pasar también parte de las fiestas con él, pero necesitaba hablar primero con su exmujer para ver cuáles eran los planes de ella. Aunque estuvieran separados, seguían siendo una familia.

Mientras se sentaba en su escritorio y sacaba todo el papeleo que tenía pendiente para esa mañana, la puerta de la oficina se abrió y comenzaron a entrar varios de sus compañeros. Los saludó con cordialidad y siguió con su trabajo hasta que, apenas unos cinco minutos más tarde, todos levantaron la cabeza, asombrados tras el golpe que dio el pomo de la puerta contra la pared al ser abierta.

Su jefe, el Castaña, venía bastante azorado y peleándose con alguien por teléfono. Ni siquiera saludó al entrar y caminó por la oficina hasta llegar a su despacho. Allí se dio la vuelta y miró a todo el mundo, hasta que se detuvo en la mesa vacía de Alfonso.

—¿Dónde está Velasco?

Manu no dudó en responder.

—Alfonso viene de camino. —No tenía ni idea de si era así o no, pero su amigo jamás había llegado tarde y no iba a permitir que ese capullo lo sermoneara de manera injusta.

—Que entre a mi despacho cuando llegue. —Y sin más, se dio la vuelta y cerró la puerta con un sonoro golpe que dejó a todo el mundo mudo.

Manu no tuvo tiempo de empezar a concentrarse cuando Alfonso apareció, caminó hacia su mesa y comenzó a dejar sus cosas sobre el escritorio. Arrastrando las ruedas de la silla, se deslizó hacia él.

—El jefe quiere verte. Ha preguntado por ti y viene bastante cabreado. ¿Te dejo una pistola con dardos tranquilizantes? —bromeó.

Alfonso negó con la cabeza.

—No hace falta; esa mierda solo dispara un dardo que es mortal. Con este tío hace falta un *táser* enchufado a una central eléctrica.

Manu tuvo que darle la razón. Le deseó suerte con la mirada y se quedó observando el hueco vacío que había dejado su amigo al marcharse.

Debido a que algunos de sus compañeros estaban hablando por teléfono, no podía oír lo que estaba ocurriendo dentro en el despacho, pero sabía que la conversación no estaba siendo para nada tranquila porque, de vez en cuando, escuchaba que Alfonso levantaba la voz, algo muy raro en él. Cuando la puerta se abrió, su compañero apareció tras ella, regresó a su asiento y, en silencio, se puso a trabajar.

—Alfonso... —Manu susurró su nombre con cautela porque el semblante serio de su amigo no tenía buena pinta—. ¿Va todo bien?

Alfonso dejó lo que estaba haciendo y giró la cabeza hacia él.

—Ese hijo de puta quiere que aumente mis horas de trabajo y que salga a las tantas de la noche, pero no solo yo, si no que os lo irá diciendo uno a uno durante la semana. No me lo ha confirmado, pero es algo que tiene en mente. Nos quiere explotar.

—Ya trabajamos las horas según nuestro convenio, eso sin contar las horas extras que echamos y que no nos pagan. ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Esposarnos a la pata de la mesa y que nos dé latigazos?

Alfonso resopló y se puso a hacer su trabajo en silencio. Manu lo imitó e intentó concentrarse en el montón de papeles que tenía delante porque, en momentos así, era mejor no ponerse a pensar, y así estuvo hasta que llegó la hora de comer. Tenía mucho trabajo por lo que planeó ir a comer algo rápido y volver corriendo para ver si, con suerte, podía salir a su hora.

Sus planes cambiaron cuando, mientras compraba una ensalada para llevar, recibió un mensaje de Eric donde le preguntaba si podían verse, aunque solo fueran cinco minutos porque tenía que preguntarle algo importante.

Que no le dijera de qué se trataba solo aumentó su curiosidad y, a pesar de que no le venía bien entretenerse ni un solo minuto, no pudo decirle que no y quedó con él en una cafetería cercana.

Eric no tardó en llegar. Él ya llevaba allí cinco minutos, con su bolsa de papel marrón con la ensalada dentro, y un café en la mano. En cuanto lo vio entrar en el establecimiento, lo saludó

para que se acercara. Mientras lo hacía, no pudo evitar recordar que había tenido ese maravilloso cuerpo desnudo sobre y debajo de él apenas veinticuatro horas atrás.

—Hey. —Eric se inclinó y le dio un rápido beso en los labios—. Gracias por hacerme un hueco. No tardaré mucho.

Manu alzó las cejas y guardó silencio. Por fortuna no tuvo que esperar demasiado.

—Cuando llegué a casa, mi madre me sometió al tercer grado. Eso era algo que yo ya preveía, pero, no sé muy bien cómo, me ha obligado a que te pida que vengas esta noche a cenar a casa.

Tras oírlo, no pudo evitar reírse porque Eric tenía una cara de susto que parecía que iba a ponerse a llorar de un momento a otro. Era curioso cómo un tío que se había colado en un concierto que estaba siendo evacuado para rescatar luego a varios adolescentes tenía cara de pavor ante el requerimiento de su madre.

—¿Así que esta noche? —preguntó.

—Sí. Le he dicho que sales tarde de trabajar y que te levantas muy temprano, pero se ha puesto muy pesada —se quejó—. Aunque tengo claro que la culpa la tengo yo porque podía haber disimulado algo mejor, la verdad.

Manu no pudo evitar esconder una sonrisa tras su café. A él le pasaba lo mismo; le era imposible ocultar lo que tenían, fuera esta lo que fuera. Desde que lo había conocido, tenía la necesidad constante de subir a cualquiera de las Cuatro Torres de Madrid y ponerse a gritar como un loco porque, para él, toparse con Eric había sido la más maravillosa de las casualidades.

—Entenderé si no quieres venir. Mi madre es muy pesada y...

—Eric —lo interrumpió, pero no sirvió de mucho porque el joven siguió hablando.

—Puedo inventarme algo, de verdad. No pasa nada.

—Eric —lo volvió a intentar.

—Quizás podemos quedar en otra ocasión, con más tiempo...

—¡Eric! —Tuvo que alzar el tono captando así su completa atención—. Será un placer para mí cenar con vosotros esta noche. ¿Preparo algo también? Si salgo con tiempo, puedo cocinar algo.

Eric, que se había callado de pronto, parpadeó tras procesar las palabras y sonrió.

—No. Estoy seguro de que en cuanto le confirme a mi madre que puedes venir a cenar, va a preparar el equivalente al banquete de una boda en Abu Dabi.

—Perfecto. ¿Tenías algo más que decirme? Tengo mucho lío en el trabajo y me gustaría volver cuanto antes, para que me dé tiempo a ducharme antes de ir a la cena.

—No tienes que vestirte como un príncipe, que te conozco.

—Lo sé, pero ni loco voy a ir sudado a conocer a tu madre. —Se levantó dispuesto a despedirse para regresar a la oficina, pero Eric se adelantó, se puso de pie a su lado y se inclinó sobre su oído para que solo él escuchara sus palabras.

—Como gustes, pero quiero que sepas que yo te prefiero sudado y, a ser posible, entre mis piernas.

Su cuerpo reaccionó y se erizó tras escuchar esas palabras. No había necesitado más para que la respiración se le entrecortara y su imaginación volara loca y sin freno.

—Sí... —fue lo único que atinó a jadear a media voz, mientras Eric, con una sonrisilla, volvía a su sitio y dejaba de invadir su espacio personal. «Menudo cabrón que sabe el efecto que causa en mí». Caminó hacia la puerta y la sostuvo para dejarlo pasar.

—Por cierto, ¿cómo está tu hija?

Manu esperó a salir del establecimiento para responder. La cafetería había comenzado a llenarse de gente y no le gustaba hablar a gritos.

—No he podido localizarla. He hablado con su madre esta mañana y me ha dicho que ha desconectado el teléfono porque muchos de sus amigos se han enterado de lo que ha pasado y tanto mensaje la está abrumando, pero que está bien.

—Me alegro. ¿Te recojo esta tarde?

Manu asintió. Llegar con Eric a su casa siempre iba a ser mejor que llegar él solo.

—De acuerdo. Conforme salga del trabajo te aviso. Gracias.

—Nada de gracias. —Eric había acortado de nuevo el espacio entre ambos sin importarle estar en medio de la calle y esta vez se detuvo muy muy cerca de sus labios—. Al finalizar la velada te pasaré la factura por mis servicios.

Lejos de achantarse, Manu le hizo frente.

—Me parece bien. Quizás te ganes una buena propina.

La sonrisa que esbozó Eric podía haber rivalizado con el mismo sol. Le dio un beso apasionado y se despidió de él. Manu se quedó mirándolo mientras desaparecía al doblar la esquina. Se dio la vuelta y caminó hacia su oficina. No iba a negar que estaba aterrado por conocer a su madre, pero la curiosidad era demasiado poderosa y no podía esperar para saber cómo era esa mujer que había criado a una persona tan especial.

Estuvo hablando con varios clientes casi toda la tarde, lo que le obligó a ir más lento con esa montaña de papeles que tenía sobre la mesa. Otros compañeros dependían de él para poder hacer su parte porque era un trabajo en cadena y, si uno fallaba y se retrasaba, afectaba a todos.

No pudo ponerse al día pero, al menos, el compañero que estaba esperando la resolución de sus cuentas pudo seguir trabajando sin que el jefe les echara de nuevo la bronca.

Apenas había podido hablar con Alfonso desde esa mañana porque ambos no habían parado ni un solo segundo. Quería sentarse con él tranquilo e invitarle a una cerveza. Era algo que tenía pendiente para el día siguiente, pero entonces se acordó de que había quedado con Patricia, así que la charla iba a tener que esperar.

Las horas pasaron de manera lenta y dolorosa, aunque por lo menos pudo salir a su hora, lo que le brindó la oportunidad de ir a casa a darse una ducha. Durante el trayecto le había mandado un mensaje a Eric para indicarle la hora en que podía ir a buscarlo y se había parado en una pastelería para llevar un postre y agradecer la invitación.

Encontrar algo para ponerse fue mucho más complicado que elegir los delicados bombones de colores que iba a llevar para la velada. No iba a negarlo; estaba acojonado. Buscó entre sus recuerdos para localizar esa misma sensación años atrás, cuando conoció a los padres de su exmujer, pero no era la misma situación, por lo que recordar algo que había pasado mucho tiempo atrás no le servía de gran cosa.

Decidió ponerse un vaquero oscuro, una camisa celeste, un jersey y su chaqueta de cuero, porque las temperaturas habían descendido bastante y era muy posible que la cena terminara tarde. Cuando salió de su cuarto, preparado para abrir la puerta de la entrada, giró la cabeza para observar que, desde el salón, Antonio tenía la mirada fija en él.

—¿Qué? —le preguntó, porque no entendía a qué venía, además, esa ceja levantada.

—No, nada. Que estás muy guapo.

Manu soltó el pomo de la puerta y caminó hacia él hasta quedarse en medio del salón.

—¿Voy demasiado elegante?

—No sé. ¿A dónde vas?

—La madre de Eric me ha invitado a cenar a su casa.

La risotada de Antonio se escuchó con eco por todas partes, aunque todo volvió a quedar en silencio en cuanto Manu apretó la mandíbula y puso cara de pocos amigos.

—Huye ahora que estás a tiempo.

Manu negó con la cabeza porque ya tenía que haberse imaginado cuál sería la reacción de su amigo.

—No creo que la madre de Eric sea como tu suegra, Antonio.

Su amigo se levantó de la silla giratoria y estiró los brazos para ponerle bien el cuello de la camisa.

—Por tu bien espero que no. ¿Va en serio la cosa, entonces?

—Bueno, es una simple cena.

Su compañero dejó de adecentarlo y lo miró con cara de póker.

—Manu, nadie conoce a los suegros si la relación no va en serio. O si puedes evitarlo, claro. Es una ley universal.

—Me ha invitado ella expresamente. No podía decirle que no.

—Podías haberle dicho la verdad; que trabajas como un perro todo el día y que cuando llegas a casa por la noche lo único que quieres es estar tirado en tu sofá rascándote los huevos. O rascándoselos a su hijo. Eso ya lo dejo a tu elección.

Eso no lo iba a negar. Si de verdad no hubiera querido asistir a la cena, se habría inventado cualquier excusa, pero deseaba conocer a la madre de Eric.

—Bueno, ya no puedo decir que no voy —reaccionó y caminó hacia la cocina para recoger el postre de la nevera. Antes de salir, se giró y miró a su amigo—. No me esperes levantado.

Antonio negó con la cabeza.

—Que te sea leve. Ya me contarás mañana.

Tras asentir, salió al rellano y cerró la puerta. Iba a bajar ya porque Eric tenía que estar al llegar y había quedado con él en el portal. Sin correr, porque no quería matarse por el camino, fue bajando los escalones hasta llegar a la calle. El corazón le iba a mil por hora e incluso se le pasó por la cabeza tirar los bombones y salir corriendo para esconderse en algún lugar seguro. Era consciente de que ese temor era algo normal porque, por nada del mundo, quería crear un conflicto entre ellos.

Llegó a los escalones del portal a la misma vez que Eric, de hecho, si hubiera ido un poco más rápido al abrir la puerta, se lo habría llevado por delante. Quedarse así, tan cerca de él, provocó que el corazón comenzara a latirle con más intensidad y era absurdo porque lo veía todos los días, incluso se había deleitado observándole con mucha menos ropa, pero Eric tenía un encanto personal, un aura que hacía que, irremediablemente, flotara alrededor de él.

—Iba a llamar al telefonillo. ¿Estás listo?

Manu asintió y fue tras él hacia el coche que Eric había dejado estacionado delante de la puerta del garaje con los intermitentes puestos. Iba caminando a pocos pasos por detrás y el olor de su colonia le llegó, embriagador, para colapsarle de manera literal todos los sentidos. Una vez sentado en el coche y con el cinturón puesto pudo articular palabra.

—Te has arreglado demasiado para cenar con tu madre. ¿Es una costumbre que tenéis? —bromeó, porque era lo único que podía hacer aparte de babear por lo apuesto que estaba con esos pantalones de corte chino y un jersey con cuello Perkins—. Si es así, tendrías que haberme avisado y me hubiera puesto el traje de los domingos.

Eric esbozó una sonrisa sin apartar los ojos de la carretera.

—En realidad solemos cenar en pijama y en bata. A veces no llevo ni eso si hace demasiado calor, pero conozco a mi madre y sé que se va a vestir como si fuera a una boda. Y por lo poco que te conozco, sabía que te ibas a poner tus mejores galas, así que he sacado mi traje «BBC» para no sentirme como el pordiosero de la familia.

—¿Traje BBC?

—Bodas, bautizos y comuniones. Ya casi llegamos. Vivimos muy cerca, en realidad.

Manu asintió. Sabía que se lo había comentado cuando se conocieron, pero jamás le había dado por preguntarle la zona en concreto. Siempre era Eric el que iba a su casa. ¿Significaba que eso iba a cambiar ahora? Pensar en hacer vida familiar con la madre de Eric lo puso nervioso porque no estaba seguro de estar preparado para eso. No solía llevarse mal con nadie, incluso seguía teniendo un buen trato con la familia de Patricia, pero no tenía claro el significado de esa cena. Había evitado pensar mientras se duchaba y se vestía, pero ahora que veía a Eric aparcar, comenzó a sentirse nervioso.

—Mi madre trabaja en ese supermercado.

Manu miró el establecimiento y asintió.

—Qué suerte tener el trabajo tan cerca.

—Sí, y que las cajeras te conozcan de toda la vida y te sigan dando chocolatinas gratis también es una suerte.

Manu se rio y lo observó sacar la llave para abrir el portal. Era mucho más pequeño que el suyo y más antiguo.

—No hay ascensor, supongo que estarás contento.

—Mucho.

—Algún día tendrás que superar esa fobia.

—Me lo pensaré —fue todo lo que dijo mientras subían otro piso.

—La última vez que estuvimos encerrados en uno no nos fue tan mal.

Recordar ese momento logró que se tranquilizara un poco.

—Por cierto. —Eric se volvió hacia él y bajó la voz—. No te he hablado de Milagroso. Si mi madre te cuenta una historia absurda sobre el bicho, tú asiente y sonríe.

—¿Qué?

Eric resopló.

—Milagroso es mi hámster. Mi madre me lo regaló hace ya muchos años. Ella piensa que no me he dado cuenta de que el original murió al poco de comprarlo y trajo otro igual. Y así ha ido haciendo durante estos últimos diez años. Creo que vamos por Milagroso XXII.

—Un momento. —El hecho de que Manu estuviera un escalón por debajo de él no impidió que pudiera verle la expresión de la cara y no, no estaba de broma precisamente—. ¿Me estás diciendo que tu madre pretende que creas que el mismo hámster está durando más de diez años?

—Ya lo sé, es absurdo, pero no he tenido valor de decirle que sé que el verdadero Milagroso murió hace mucho tiempo. Lo hizo porque no quería verme sufrir y ya luego...

—No te preocupes. —No lo dejó terminar porque entendía por todo lo que había pasado y él, como padre, habría hecho lo mismo por su hija—. Si tu madre me habla de Milagroso y de su milagrosa longevidad, callaré y asentaré con la cabeza.

—Gracias. Vamos. Ya estamos.

Manu lo siguió por el rellano y se quedó tras él mientras Eric abría la puerta con su llave.

—Mamá. Ya hemos llegado.

Apenas hubieron entrado, una mujer que apareció al fondo del pasillo fue directa hacia ellos.

—Hola —se presentó—. Soy Carmen. Tú debes de ser Manu.

Él asintió, nervioso. No podía evitarlo. Eric le había hablado muy poco sobre esa mujer y caminar por terreno que no le era familiar le provocaba mucha ansiedad.

—Sí. Un placer conocerla —fue todo lo que atinó a decir mientras respondía al saludo de ella y se inclinaba para darle dos besos en la mejilla. Al incorporarse, se acordó del detalle que llevaba en la mano y se lo tendió—. Esto es para usted.

La mujer miró la caja que llevaba un lazo encima de color crema y sonrió visiblemente encantada.

—No tenías que haberte molestado. Voy a dejarlo en la cocina. Por favor, ponte cómodo en el salón. Eric te llevará algo para beber en un minuto.

Manu volvió a asentir. Se sentía como cuando estaba en el colegio y lo mandaban al despacho de la directora sin saber por qué. Se perdió en esos pensamientos hasta que escuchó la voz de Eric pegada a su oído.

—¿Has hablado a mi madre de usted?

Manu se limitó a parpadear mientras le entregaba su abrigo para que lo colgara en el perchero de la entrada.

—Si te digo la verdad, no sé lo que he dicho.

Eric se rio.

—Pues lo has hecho. ¿Me puedes hablar a mí así también luego cuando te deje en casa?

—Eric —gruñó porque no estaba para esas cosas en ese momento—. Ahora no.

—Venga, relájate. —Le cogió la mano y tiró de él hacia el salón—. Que mi madre no muera.

Y tuvo razón, porque cuando Carmen llegó y se sentó con él en el salón, comenzó una charla bastante amistosa, o al menos eso le pareció a él.

—Entonces eres asesor financiero.

—Sí. —Ahora que Eric se había ido a la cocina para traer algo para beber, se había quedado a solas con ella. Estaban sentados cada uno en una esquina del sofá, guardando las distancias—. Llevo mucho tiempo en el mismo trabajo. A veces es muy monótono, pero siempre me han gustado los números.

—Admirable, porque yo odio cuando me toca hacer caja en el súper.

Manu sonrió porque estaba acostumbrado a las quejas de su hija a lo largo de toda su vida cada vez que se ponía a estudiar matemáticas con ella y tenía que explicarle algo nuevo.

—Realizar alguna operación matemática es como jugar. Solo tienes que aprenderte bien las reglas del juego.

Eric llegó en ese momento con varias bebidas en las manos que repartió antes de sentarse en una silla frente a ellos, al otro lado de la mesita que había delante del sofá.

—Mamá, Milagroso no tenía comida. Le he echado un poco.

—¡Ay, sí! Menos mal que te has acordado. Iba a echarle antes, pero entre una cosa y otra se me ha olvidado. —Se volvió hacia Manu para seguir hablando—. Milagroso es el hámster de la familia. Es un milagro que siga vivo durante tantos años. Más de diez. Ya no recuerdo cuántos.

Manu miró de reojo a Eric, que ocultaba una sonrisa detrás de su bebida. Entonces decidió hacer lo mismo y darle un trago a su refresco. Al terminar y ver que seguía el mismo silencio, buscó una respuesta ingeniosa que no delatara lo que pensaba en realidad.

—Por eso se llama Milagroso, ¿no? Parece que los nombres influyen más de lo que

pensamos. Recuerdo que mi abuela tenía una tía hermana que se llamaba Pura. Murió soltera. Y entera.

Carmen y Eric se echaron a reír a la vez. Eso logró que se relajara y comenzara a disfrutar de la velada. La mujer no parecía amenazadora y no iba con malas intenciones, aun así, no bajaría la guardia porque, si él fuera ella y Eric su hija, tendría la escopeta preparada detrás de la puerta.

—Creo que podemos cenar ya. Espero que todo esté de tu agrado.

—Seguro que sí. La ayudo si quiere.

Ella negó de inmediato con la cabeza.

—No te preocupes. Vamos a sentarnos nosotros dos a la mesa y Eric nos servirá. Se le da muy bien. Es muy servicial.

Manu se limitó a guardar silencio y a obedecer porque su mente acababa de jugarle una mala pasada al recordarle lo servicial que podía llegar a ser Eric si se lo proponía.

La cena transcurrió con tranquilidad y Manu se pudo relajar bastante. Habían mantenido una conversación neutra durante la velada, donde contaron experiencias del trabajo y Eric los deleitó con las anécdotas que le habían pasado esa semana.

—Deberías escribir un libro, hijo.

Eric se limitó a reír y cogió el último bombón que Manu había llevado para el postre, lo partió por la mitad y se las tendió a su madre y a él.

—Gracias. —Manu aceptó ese gesto tan bonito y quiso agradecerse; puso su mitad sobre el plato, lo partió con un cuchillo y le tendió uno de los dos trozos—. Ahora sí.

Eric le guiñó un ojo y comenzó a recoger la mesa después de llevarse su porción a la boca, pero su tarea se vio interrumpida cuando sonó el timbre de la puerta. Extrañado, miró a su madre, porque a esa hora no solían recibir ninguna visita.

—Voy a ver. —Carmen se levantó de la silla y caminó con sigilo hasta desaparecer por el pasillo.

—A mi bloque suele venir un hombre que vende dulces de su pueblo. Quizás es el mismo.

Eric negó con la cabeza.

—No creo —y agudizó el oído tras oír a su madre hablar animadamente—. Tiene que ser alguna vecina porque mi madre no le abre a cualquiera.

Manu no llegó a responder cuando Carmen apareció por el salón.

—Eric, cariño, en la puerta está Antonia, la vecina de arriba. Su hijo está ahora trabajando y ella no tiene fuerza para cambiar la bombona de butano. ¿Puedes ayudarla? Ya sabes que está muy mayor, la pobre.

—Sí, claro. No os mováis, ahora sigo recogiendo la mesa.

Carmen vio cómo desaparecía por el pasillo hasta que escuchó cerrarse de un fuerte golpe la puerta de la entrada. Entonces regresó a su silla y se sentó.

—Hasta que no descuelgue las bisagras, no va a dejar de dar golpes.

Manu se contuvo de echarse a reír porque justo eso era lo mismo le ocurría a él con su hija.

—Carmen, quiero agradecerte tu invitación para cenar hoy y que nos conozcamos. Lo he pasado muy bien y todo estaba delicioso. —Tutearla le había costado un poco, pero quería derribar la distancia que imponía esa manera de dirigirse a ella.

—Gracias a ti por venir, Manu. —La mujer parecía sincera y se la veía contenta—. Cuando Eric comenzó a hablarme de ti me dio algo de miedo porque, bueno... es mi hijo y no quiero que sufra.

Manu comprendió que había llegado el momento de ponerse serio.

—Yo tampoco quiero hacerlo sufrir, por eso, al principio, le dejé claro que no podía existir nada entre nosotros, pero...

—Pero Eric es muy cabezota, ¿verdad? —Carmen lo interrumpió—. Lo que desea con fuerza lo consigue.

La tímida sonrisa de Manu se quedó colgada en su cara más tiempo de lo que había pensado al recordar cómo se conocieron. Sus sentimientos habían sido como una montaña rusa, pero no porque dudara de lo que sentía por él, sino porque no había tenido claro que algo más profundo entre ellos pudiera funcionar por todas las barreras que lo separaban.

—Yo... quiero a Eric —soltó sin arrepentirse. Aún no se lo había dicho a él, pero decírselo a su madre era algo que quería hacer y que le había salido de manera natural, quizás porque necesitaba ser sincero con esa mujer y consigo mismo—. Soy consciente de nuestra diferencia de edad y de todos los contras que tenemos.

Carmen guardó silencio unos segundos. Su mirada era tierna y tenía una media sonrisa en la comisura de sus labios.

—¿Y los pros? ¿Has pensado en ellos?

La pregunta lo tomó por sorpresa.

—¿Qué?

—Los pros de vuestra relación. Me has dicho que ya has pensado en todos los contras. Todas las relaciones los tienen, sean cuales sean, pero lo importante son los pros, las ventajas. ¿Has pensado en ellas?

—Lo único en lo que he pensado hasta el momento es que Eric es alguien que quiero tener en mi vida porque su forma de ser es única y sé que las personas así no aparecen por casualidad.

—Eric es especial, ¿verdad? —En la voz de Carmen no podía albergar más orgullo—. Siempre lo ha sido. Desde pequeño. Era un niño muy despierto que se daba cuenta de todo lo que pasaba a su alrededor. Supongo que también por lo que tuvo que vivir. —La voz de ella cambió y una sombra llegó a su mirada—. No sé si te ha contado su historia.

—Sí. Me lo ha contado y es algo que ha venido a mi cabeza muchas veces. Me da rabia no haber estado ahí y no haber podido hacer algo para ayudarlo.

Carmen estiró el brazo para poner su mano sobre la de Manu.

—Dicen que las cosas suceden por algo, ¿no? y cuando tienen que suceder, no se puede luchar contra ellas. Si os hubierais conocido antes, no habrías podido hacer nada. Ni siquiera te hubieras fijado en él de la manera que tenías que hacerlo. Déjalo así. Es lo mejor. Eso es algo que, como madre, me he estado diciendo durante mucho tiempo porque si hay alguien que se sienta culpable aquí, soy yo. Por no haber actuado antes, por haber permitido todo lo que permití, pero ya es tarde para lamentaciones porque no voy a solucionar nada. Todo eso se quedó atrás, hemos aprendido todos de ello, así que... ¡para adelante!

Manu sonrió. Sacó la mano de debajo de la de ella y se la agarró.

—Gracias.

Ella puso cara de sorprendida.

—¿Por qué?

Manu se sonrojó antes de responder.

—Por no hacer una cena trampa donde me habrías cosido a preguntas sobre las intenciones que tengo con tu hijo.

—¿De verdad pensabas que iba a preguntarte algo así?

—Sí —respondió convencido—. Es lo que pienso hacer el día que mi hija traiga algún novio a casa.

Carmen no pudo evitar estallar en carcajadas, hasta tuvo que llevarse las manos a los ojos para detener las lágrimas y Manu la imitó, porque se lo imaginó y prefería tomárselo a broma. Así fue cómo los encontró Eric al llegar al salón.

—¡Ah! Veo que os lo estáis pasando muy bien sin mí. ¿Ya habéis comenzado con los chupitos después del postre?

Carmen negó con la cabeza y logró dejar de reír.

—Aún no. —Se volvió hacia Manu—. ¿Te apetece tomar algo?

—Me encantaría, pero madrugo mucho mañana y debería irme ya.

Ella no insistió más, se levantó de la mesa y miró a su hijo.

—Acerca a Manu a su casa, que es tarde.

—Puedo ir solo.

Eric le puso una mano en la boca y se arrimó para susurrarle de cerca. Sabía que su madre iba a enterarse, pero le daba igual.

—Calla, que así me libro de lavar los platos.

Carmen le dio una palmada en la espalda.

—Lleva a Manu, anda, y cuando vuelvas, recoges la cocina.

Eric no protestó, caminó hacia la entrada, cogió los abrigos y le guiñó un ojo a su madre.

—Gracias por la cena. —Manu se despidió de ella con dos besos antes de marcharse.

—A ti. Vuelve pronto.

—Lo haré.

Eric abrió la puerta y salieron al rellano, donde le sacó la lengua a su madre y le guiñó un ojo antes de comenzar a bajar las escaleras.

—¿Qué tal? —preguntó cuando llegaron al portal—. Te dije que mi madre no mordía.

Manu lo miró y le dio la razón. Carmen era una gran mujer que había criado a un hijo increíble.

—Tu madre es muy especial. Gracias por presentármela. —Había salido a la calle detrás de Eric. A esa hora de la noche hacía bastante frío, por lo que se cerró el abrigo y se tapó hasta el cuello. Luego caminó hasta el coche—. Eric, de verdad que no hace falta que me lleves.

Eric apretó el botón del mando y abrió la puerta del copiloto para que entrara.

—No lo hago por ti. Lo hago por mí... De verdad que no me apetece fregar los platos ahora.

Manu se mordió el labio inferior para contener lo que pensaba porque sabía que, por mucho que insistiera, Eric no daría su brazo a torcer, así que tomó asiento y esperó que arrancara.

No tardaron en llegar y, aunque no llovía, Eric insistió en dejarle dentro del garaje. Cuando paró el motor y se quedaron en silencio y a oscuras allí dentro, varias preguntas llegaron a su cabeza.

—Eric... ¿Yo soy el primer novio que llevas a casa? —A pesar de la penumbra del coche, pudo ver cómo el joven fruncía el ceño—. No te estoy preguntando por tus parejas anteriores, porque no me interesa; solo si has llevado alguno a casa.

—¿Por qué quieres saberlo?

Manu se encogió de hombros antes de responder.

—No sé. He visto a tu madre muy natural y he pensado que, quizás, esté acostumbrada a cenar con tus exparejas.

Eric alzó una ceja al oír el final de la frase.

—¿Celoso? —preguntó medio divertido.

—Qué va. Para nada. Curiosidad, simplemente.

—Ven al asiento trasero y te respondo.

Manu observó cómo salía del coche y se dirigía a la parte de atrás. Lo miró unos segundos, hasta que comprendió que Eric no iba a decir nada hasta que no se sentara a su lado así que, obediente, abandonó su puesto de copiloto y llegó hasta él.

—¿Y bien? —Había cerrado la puerta con demasiada fuerza y el eco aún le retumbaba en los oídos. Eso no parecía haber afectado a Eric, que no perdió el tiempo y se subió sobre sus piernas a horcajadas en cuanto lo tuvo al lado—. Ya sabía yo que lo de venir aquí atrás era una encerrona. No vas a responderme, ¿no?

Eric había bajado suficiente la cremallera del abrigo y había hundido la cabeza en el hueco de su cuello y, con demasiada delicadeza, había comenzado a rozar los labios sobre su piel. Eso solo podía traducirse como una tortura porque era una sensación tan placentera y a la vez tan efímera que, desde el mismo momento en que comenzaba, su cuerpo quería gritar y gritar buscando más.

—Eres el primer chico que llevo a casa en calidad de pareja. ¿Contento? —Para responder no había levantado la cabeza de su clavícula y su voz sonó un poco ahogada.

—Aunque te cueste creerlo, no te preguntaba porque estuviera celoso, sino por el temple de tu madre. Yo me pongo en su situación, en donde mi hija llevase a casa a un novio que tuviera mi edad, y yo... Yo no habría sido tan amable ni de lejos. Es más, posiblemente me hubierais tenido que ir a buscar al calabozo.

Eric se rio y dejó lo que estaba haciendo para mirarlo. Cuando sus ojos se encontraron con los suyos, su sonrisa desapareció y solo quedaron esas pupilas brillantes ante él.

—Eso es porque tu hija ha tenido la suerte de tener un padre que la ha querido y apoyado siempre y no un cabrón que le lanzaba a la cabeza los botellines vacíos de cerveza antes de caer borracho en el sofá.

Manu apretó los dientes al oírlo. Sus manos, que descansaban sobre sus caderas, se cerraron hasta formar un puño apretado. Escuchar las historias que ese cabrón le había hecho a Eric le revolvía el estómago.

—No te quedó más remedio que crecer a la fuerza, ¿no? —susurró.

Eric le había tomado las mejillas con ambas manos y asintió.

—No quiero hablar más de esa persona que jamás tuvo ninguna palabra de cariño conmigo ni manifestó que yo le importara algo, aunque fuera un poco. Por favor.

Manu asintió. A su mente llegó ese momento durante la cena donde le había dicho abiertamente a Carmen lo que sentía por su hijo. Quizás había llegado el momento de decírselo a él.

—Te quiero, Eric.

Eric se quedó petrificado, con sus ojos puestos sobre él, ligeramente abiertos. Parecía que ambos se habían acostumbrado ya a la oscuridad del garaje y no tenían problema para verse. Al ver que no reaccionaba, siguió hablando.

—Perdona si te lo he soltado así, de pronto, pero hablando con tu madre le dije lo que sentía por ti, y ahora no me parece justo que ella tenga más información de mis sentimientos que tú.

—Manu...

—No tienes que decirme nada, ¿de acuerdo? Solo quería que supieras lo que siento y que conocer a tu madre hoy ha significado mucho para mí.

Eric reaccionó en ese momento.

—No es eso. Es... que no me puedo creer que le hayas contado a mi madre lo que sientes. ¿Has aprovechado para sincerarte mientras una señora de ochenta años me ponía al día con la vida de su nieto?

Manu se relajó al oírlo.

—Me salió solo, pero no me arrepiento.

—Si no se lo hubieras soltado a mi madre, ¿me lo estarías diciendo a mí ahora?

—No lo sé. —Sopesó la pregunta, pero no obtuvo ninguna respuesta—. Tarde o temprano te lo habría confesado. Soy así de sentimental.

Eric se mordió el labio inferior y volvió a hundirse en el hueco de su cuello, sin piedad.

—Manu. —La voz salió algo ahogada sobre su piel.

—¿Hmmm? —Pensar con claridad se había vuelto demasiado complejo en ese momento.

—Yo también te quiero. Me atrevería a decir que desde el primer momento en que te vi.

Las palabras de Eric lo hicieron reaccionar y salió de ese letargo donde sus labios lo habían llevado. Siempre había sabido que entre ellos había una química especial, una conexión diferente a todas las demás, pero no se le habría ocurrido llamarlo amor.

Hasta ahora.

Lo rodeó con los brazos y lo apesó contra su cuerpo, más incluso de lo que ya estaba. Esta vez fue su turno de hundir la cabeza en su cuello, lo que provocó que su esencia derribara las pocas defensas que le quedaban.

—Llevas mareándome con tu olor toda la noche.

Eric no se movió al oírlo.

—¿Huelo mal?

—No. Todo lo contrario. Desde que me recogiste estoy conteniendo las ganas de quitarte toda esa ropa que llevas puesta y...

—¿Y?

—¿Y si mejor te lo demuestro?

Eric llegó a casa mucho más tarde, con una enorme sonrisa de lado a lado de la cara y con las palabras de Manu en su cerebro. Ese «te quiero» le había parado el corazón, y no solo eso, si no que había tenido el poder de aplastar y destruir todos los recuerdos dañinos de su pasado hasta convertirlos en polvo. Esas emociones ya no tenían cabida en él nunca más, porque Manu lo amaba, y ya todo lo demás sobraba.

—Te has entretenido demasiado.

Eric pegó un salto y encendió la luz del pasillo. Al fondo, frente a la puerta del baño, estaba su madre, en bata y con el teléfono en la mano.

—Perdón —respondió—. Tenía que haberte avisado de que iba a llegar tarde. Me entretuve y... bueno... —Eric dejó de hablar cuando comprendió que seguir haciéndolo lo iba a meter en un lío. Su madre no era tonta y seguramente ya se habría dado cuenta de que traía el pelo revuelto, la ropa torcida y arrugada, el abrigo abierto y una sonrisa de idiota que le ocupaba toda la cara. No, no tenía que ser un lince para saber qué era lo que había estado haciendo.

—Vete a la cama, anda. Mañana tienes que levantarte muy temprano.

—Voy a recoger la cocina primero. —Se quitó el abrigo, lo dejó en el perchero de la puerta y encendió la luz de la cocina. Fue entonces cuando se dio cuenta de que todo estaba en orden.

Confundido, se giró hacia su madre.

Aunque no dijo una palabra, Carmen asintió con la cabeza.

—Pero no te acostumbres. Mañana te toca a ti. Venga, largo.

Eric obedeció a su madre y caminó hacia su cuarto. Antes de desaparecer dentro, se giró hacia ella y la miró.

—¿Qué tal Manu? ¿Te ha caído bien?

Una sonrisa sincera y amplia ablandó los rasgos de ella, que le puso una mano sobre el antebrazo y lo acarició.

—Sí. Es un hombre encantador.

Eric asintió algo avergonzado por escuchar esos cumplidos. La aprobación de su madre era muy importante para él y, tras obtenerla, ya se podía ir a la cama tranquilo.

Manu se despertó con una maravillosa sensación en el cuerpo. El poder que Eric ejercía sobre él era sanador, algo que no recordaba haber experimentado nunca.

Estaba cansado. Había dormido muy poco y el día se presentaba agotador, pero recordar la noche anterior, la cena, conocer a Carmen, y la manera tan particular que Eric había tenido para demostrarle sin palabras lo que sentía por él... Todos esos sentimientos lo hacían flotar por la habitación sin preocuparse por nada más.

No le daba tiempo a desayunar, así que abrió la puerta de su dormitorio y caminó hacia la entrada listo para marcharse. Desde allí vio a Antonio en la cocina.

—Llegaste tarde ayer, ¿eh? ¿Qué tal te fue con la suegra?

Iba con el tiempo justo, pero no podía resistirse a contarle a su amigo lo bien que fue la cena.

—Genial. Es una mujer encantadora.

Antonio tomó un sorbo de café y puso cara de asco.

—Sabe demasiado a leche. —Le echó un chorro mucho más largo de café—. A ver, esas son las peores... Huye ahora que puedes.

Esas palabras le causaron mucha curiosidad.

—¿Por qué son las peores? Que tu suegra fuera hermana de la vieja de Psicosis es un trauma que tendrás que superar algún día.

—No, veamos... La vieja de Psicosis era Bambi comparada con mi suegra, pero vamos a dejar las historias de terror para otro momento. Te digo que las simpáticas son las peores porque son como una mantis religiosa... Te capturan, te hacen ver que todo va bien, de buen rollo, hay conexión, y cuando menos te lo esperas, te pillan con la guardia baja... ¡Y te devoran vivo!

Manu alzó ambas cejas. No tenía tiempo para las fábulas de Antonio.

—No entiendo por qué Carmen haría algo así. La vi como una mujer centrada que ha dejado atrás un momento duro de su vida y que está agradecida de ver a su hijo también feliz.

Antonio alzó su taza.

—Y tú eres el caballero de brillante armadura que ha venido a rescatar a su hijo con tu brillante... espada.

—Me voy.

Y se dio media vuelta para marcharse mientras escuchaba de fondo las risotadas de su amigo.

Ojalá se hubiera quedado más tiempo con Antonio, porque en cuanto puso un pie fuera de la casa, todo comenzó a torcerse; Patricia le mandó un escueto mensaje donde le decía que le había surgido una reunión urgente y que no podría quedar ese día con él. Decidió entonces localizar a su hija para hablar con ella y ver cómo estaba, pero el teléfono de Daniela seguía sin estar operativo.

Confundido, aceleró el paso y llegó a la oficina, donde el poco buen rollo con el que se había levantado terminó por desaparecer nada más sentarse a su mesa. Su jefe parecía que lo había estado esperando y lo observaba receloso desde la puerta abierta de su despacho. No pudo contenerse y lo miró de igual manera, huraño.

Su jefe, entonces, se levantó y caminó hacia él.

—Ha llegado tarde.

El resto de sus compañeros, que ya estaban con sus mesas llenas de papeles, pararon lo que estaban haciendo y, en silencio, centraron la mirada en él. Hasta Alfonso dejó de teclear. Con calma, Manu miró su reloj.

—Son las nueve y tres. No creo que llegar un par de minutos tarde sea motivo para llamar a alguien la atención —respondió. En circunstancias normales se habría callado, pero no creía merecerse ese trato.

—Sus compañeros han llegado antes de las nueve. De usted se espera lo mismo.

Manu apretó los dientes. ¿Desde cuándo el cabrón ese los trataba con tanto formalismo? Si lo hacía para que le tuviera más respeto, se iba a llevar una sorpresa, porque eso había que ganárselo, y con el comportamiento que había tenido ese hombre durante esos últimos meses, lo único que había conseguido era perderlo.

—La mayoría de los días me quedo hasta mucho más tiempo de mi hora de salida. ¿De eso también vamos a hablar?

El silencio alrededor de ellos se hizo incluso más denso y parecía ser interminable, hasta que la vibración de un teléfono sobre la mesa del jefe interrumpió el momento. El hombre respiró hondo, se dio media vuelta y se encerró en su despacho tras un portazo.

Alfonso fue el primero en reaccionar; se impulsó sobre la silla para que las ruedas lo llevaran hasta al lado de su compañero.

—Te has levantado con los huevos cuadrados hoy, ¿no?

—Me levanté bien, pero la mañana me ha dejado claro que tenía otros planes para mí —respondió—. ¿Qué le ha pasado? —preguntó señalando la puerta cerrada del jefe.

—Ni idea. Ya vino de mala leche. Y lo ha pagado contigo que eres el que ha tardado dos minutos en llegar.

Manu resopló. Miró los papeles que tenía delante y le costó recordar qué era lo que tenía que hacer primero. Esa situación de tensión, estrés y mal rollo lo descolocaba hasta el punto de bloquearse.

—Así no se puede trabajar —se quejó.

Alfonso asintió.

—Tienes razón. Si pudiera, me largaría ahora mismo y montaría mi propio negocio, y que le dieran por saco al viejo amargado.

Manu no apartó la mirada de su mesa cuando Alfonso regresó a su sitio para seguir trabajando. Las palabras que Eric le había dicho varias semanas atrás regresaron a él, cuando le enseñó el sótano de su casa y le dijo que ahí podría montar cualquier tipo de negocio. ¿Y si lo hacía? Eso significaba una inversión muy grande. ¿Estaba dispuesto a correr tantos riesgos? Él no era una persona que disfrutara de nada de eso y sentir una estabilidad en su vida era fundamental, pero ¿cuánto más podría soportar ese tipo de trato en el trabajo?

—Hey.

Los pensamientos de Manu se vieron interrumpidos cuando escuchó la voz de Alfonso a lo lejos, como un susurro. Levantó la cabeza y lo miró.

—Mi mujer quiere tirar un par de estanterías que, bajo mi gusto están muy bien, pero como se ha empeñado en cambiarlo todo... paso de decirle nada más que al final me veo de bronca con ella y lo que me faltaba ya; mal rollo en casa también. Las tengo desmontadas en el coche. ¿Te las llevo a tu casa cuando salgamos?

—Vamos a la hora de comer. Iba a comer con mi ex, pero le ha surgido algo y no puede.
—Perfecto. Tú mandas.

La mañana transcurrió terriblemente lenta. Al menos hubo algo de paz cuando el jefe salió de la oficina tras dejar su despacho recogido. Eso significaba que no tenía intención de volver, al menos no antes del almuerzo. Eso provocó que el ambiente cambiara y todos se relajaran.

Sus compañeros eran buena gente y los conocía a casi todos desde hacía años. Salvo un par de bajas esporádicas, la mayoría seguían siendo los mismos que cuando él entró a trabajar allí muchos años atrás, cuando aún era un muchacho y tenía muchos sueños y aspiraciones por delante.

Se compraron algo rápido para comer y llegaron a su casa sin mucho contratiempo. Había sido un verdadero milagro llegar a esa zona sin pillar ningún atasco. Volvió a llamar a su hija, pero su teléfono seguía apagado. Guio a Alfonso escaleras abajo y abrió la puerta del sótano.

—¡Qué envidia de sitio! —El hombre apoyó las tablas contra una pared y miró el cuarto. Al haber luz, se podía apreciar todo a la perfección—. Si yo tuviera una habitación así, le pondría una mesa de billar enorme, sillones como los de un cine y un *pantallón* allí al fondo.

No era un mal plan, pero él siempre había tenido otra idea.

—Yo siempre he querido montar mi propio negocio, pero nunca he sido tan valiente como para emprender algo por mi cuenta. Cuando era más joven no quería arriesgarme porque tenía que darle de comer a mi familia. Y ahora que soy mayor, me siento demasiado viejo para meterme en esos líos.

Alfonso, que había estado observando la habitación, se giró hacia él.

—Pues si montas algo, avísame, que lo mismo me interesa.

Manu no dijo nada, pero recordaría esas palabras. El gusanillo cada vez era más fuerte y quizás se planteara algo, pero antes quería meditarlo muy bien, a la par que quería analizar la loca idea que había surgido de pronto en su mente.

—También había pensado venirme aquí a vivir y decirle a Eric que lo comparta conmigo. Sé que llevamos poco tiempo y que suena a una locura impropia de mí, pero...

Alfonso se acercó a él y le palmeó con fuerza el hombro.

—Si tienes ganas de hacerlo, ¡hazlo! ¿Para qué vas a esperar? Eso no sirve para nada. Solo malgastar el tiempo.

—Supongo que tienes razón, pero... quiero que sea una sorpresa. Curiosamente, cuando lo traje, me comentó lo de montar algo en esta habitación y ahora que pienso en estar trabajando desde mi casa, y que él viva aquí, conmigo, no sé; me ha gustado la escena.

—Sorpréndele entonces. Ya sabes que las peores decisiones son las que al final no se llevan a cabo.

Manu meditó las palabras de su amigo mientras este terminaba de llevar las estanterías desmontadas. Aprovechó para mandar un mensaje a Eric para invitarlo a cenar fuera esa noche. La respuesta afirmativa del joven no tardó en llegar. Le escribió una hora para que fuera a buscarle y dejó el teléfono a toda prisa apoyado sobre una de las maderas para ir a socorrer a Alfonso, que se había quedado atascado en el marco de la puerta con la parte trasera del mueble.

Al terminar, se marcharon con rapidez porque no querían llegar tarde al trabajo, no fuera que el jefe llegara antes que ellos y montara un nuevo espectáculo, pero antes hicieron un alto en el

bar de la esquina para tomarse un café.

En menos de media hora ya estaban de regreso en la oficina. Fue allí donde Manu se dio cuenta de que se había dejado el teléfono en su casa. Se lo confirmó Alfonso cuando le dijo que no lo había sacado en ningún momento en el bar.

Ya no le daba tiempo de regresar a por él, así que no le iba a quedar más remedio que ir por la noche a buscarlo. Estaba seguro de que, si le pedía a Eric que lo acercara, este lo haría sin problema. Estar toda una tarde sin teléfono no le suponía un gran sufrimiento. Lo sentía por los clientes que lo llamaran, pero en realidad eso le daba igual. Lo que lamentaba era no poder estar atento por si lo llamaba su hija. Llevaba días sin saber de ella y estaba muy preocupado, aunque algo le decía que Daniela no iba a pronunciarse y al final tendría que ir a buscarla. No creía que le hubiera pasado algo porque estaba seguro de que Patricia se lo habría dicho, por lo que algo más tenía que sucederle a su hija y al día siguiente estaba dispuesto a averiguarlo. Ya no iba a aplazarlo más.

La tarde pasó de manera relajada para todos, todo lo contrario a cómo había sido la mañana. En cuanto fue la hora de salir, recogió sus cosas y se marchó con rapidez de allí. Tenía que darle tiempo a ducharse antes de que llegara Eric y odiaba hacer las cosas con prisas.

Cuando Eric llegó, él ya estaba en el portal. Le indicó con una mano que metiera el coche en el garaje y le abrió la puerta con el mando. Guardó el aparato en el bolsillo y caminó tras el vehículo hasta llegar a su plaza donde el joven ya había aparcado. Lo vio salir, con esas piernas largas enfundadas en un vaquero gris y el abrigo negro.

—Me has hecho aparcar aquí, por lo que sospecho que vamos a cenar cerca, ¿no? —Eric caminó hacia él, le dio un beso y se quedó mirándolo—. ¿He acertado?

—Sí —reaccionó después del beso. Eric estaba imponente esa noche. Se había echado el pelo hacia atrás, lo que le dejaba toda la frente descubierta. No lo había visto así peinado antes y el cambio era muy significativo. Incluso parecía más mayor que cuando llevaba el flequillo hacia adelante—. Me apetece ir al Talgo Bar. Donde fuimos a cenar la primera vez. ¿Te acuerdas?

Eric sonrió.

—Lo recuerdo muy bien.

—¿Te apetece?

—Por supuesto. No soy muy quisquilloso con esas cosas. Por cierto, te he llamado esta tarde para preguntarte si te daba tiempo de llegar a casa desde el trabajo o te recogía más tarde, pero no me has respondido.

Manu reaccionó en ese momento.

—Este medio día he estado en mi casa con Alfonso porque quería dejar un mueble allí y me he dejado olvidado el teléfono en el sótano. ¿Podemos ir después de cenar?

—Si quieres podemos ir antes. Saco el coche en un momento.

Manu negó con la cabeza. Estaba perdido en esos ojos, en el reflejo de su cara, en todo su ser. ¿Cómo había podido invadir Eric absolutamente todos los poros de su piel?

—No es urgente, no te preocupes. Vamos a cenar pronto porque luego el sitio se llena bastante y es más complicado coger una mesa.

Eric le guiñó un ojo.

—Tú mandas.

Cenar en el Talgo Bar siempre era un placer. Ana los saludó encantada y se entretuvo para charlar con ellos unos minutos y recomendarles los nuevos platos que tenían. Fue una velada tranquila donde Manu pudo dejar atrás el día tan agotador que había tenido.

Al terminar de cenar regresaron al garaje, cogieron el coche y fueron a la casa de Manu. La noche estaba tranquila, Madrid parecía que estaba dormida, algo normal por la bajada de temperaturas y nadie quería estar en la calle a esa hora.

—¿Pongo la calefacción? —Eric no esperó respuesta y accionó el botón para que comenzara a salir el aire caliente.

Manu arrugó la cara cuando sintió subir la temperatura de pronto.

—¿Has puesto el clima del Valle de la Muerte? Lo que vas a conseguir así es que me derrita si no logro quitarme la ropa a tiempo.

Eric le hizo un guiño rápido para no desviar la mirada de la carretera.

—Al fin has descubierto mi verdadero plan.

—Ah, ¿sí? Pues tenemos las mismas intenciones entonces.

—Hmmm, interesante. —Puso el intermitente y paró delante del vado del garaje de Manu—. ¿Meto el coche dentro?

Manu negó al instante.

—No voy a tardar. Espérame aquí.

Pero Eric no obedeció y lo siguió para interceptarlo en la puerta mientras metía la llave en la cerradura. Lo agarró por la espalda y lo estrechó contra su cuerpo.

—¿De verdad quieres tardar poco? —le susurró al oído.

Todo su cuerpo reaccionó al escucharlo. Podía notar con claridad la erección de Eric rozándose, descarada, contra su trasero. Se dio la vuelta, lo agarró por las mangas del abrigo y lo giró con él hasta dejarlo con la espalda contra la pared de ladrillo al lado del telefonillo. Nunca había sido un tío rudo, pero Eric despertaba ese lado salvaje en él que lo hacía olvidarse de todo porque lo único que quería era sentir y vivir.

—¿Cuánto deseas que te folle?

La sonrisa felina de Eric no necesitó nada más para ser entendida, por lo que fue a por él y le devoró la boca apresando sus labios para tomar posesión de ellos de una manera feroz y hambrienta.

—Es lo único que he deseado en toda mi vida —jadeó entre sus labios.

Arremetía contra su cuerpo, inmovilizándolo contra la pared para dejarle claro cuáles eran también sus deseos. Consiguió abrir la puerta y tiró de él por las escaleras del pequeño patio mientras llegaban hasta la entrada, todo eso sin dejar de besarse ni de acariciarse mutuamente. Cuando entraron en el recibidor, solo atinó a cerrar de un golpe tras ellos y, con manos temblorosas comenzó a quitarle la ropa para dejarla tirada sobre el suelo de cualquier manera. No hacía ni veinticuatro horas que lo había tenido completamente a su merced. En el coche, apretados, sí —aunque eso no había sido impedimento para nada—, pero la bestia que llevaba dentro estaba hambrienta de nuevo; tenía un apetito voraz y estaba dispuesto a saciarse lo antes posible.

Llegó a casa un rato más tarde. En el salón no había rastro ni de Antonio ni de Fernando. Todo estaba en silencio y a oscuras. Cerró despacio tras él y echó la llave para asegurar la puerta.

Caminó hacia su dormitorio, encendió la luz y comenzó a desvestirse para ponerse luego el pijama. Luego se metió en la cama, todo eso con una enorme sonrisa que le bailaba en el rostro.

La mañana llegó rápido y Manu se puso en pie con una energía renovada que lo hizo levantarse incluso antes de que sonara el despertador. Cuando fue a la cocina, ya vestido, se encontró con Antonio. Al verlo entrar, el hombre lo miró con cara de dormido, le dio un repaso de arriba abajo y luego se giró para seguir haciendo café.

—Te has levantado de buen humor por lo que veo.

Manu sonrió mientras cogía varias rebanadas de pan de molde para tostarlas.

—Sí.

Antonio miró la cafetera y se quedó así, como si hacer algo más supusiera un esfuerzo supremo.

—No me gustan los tíos, pero estoy planteándome echarme un noviete joven a ver si así logro levantarme contento algún día. Es posible que necesite un puntazo antes de irme a la cama.

—No creo que necesites un tío en tu vida, si no una persona que te llene y te haga feliz. —Puso el pan a tostar y lo miró—. Y olvidar a tu ex.

—¡Argh! Ya tuviste que nombrar a la bestia. Rápido, santíguate.

Manu no pudo evitar soltar una carcajada.

—No será para tanto.

El pitido de la cafetera sonó en ese momento. Antonio cogió dos tazas y comenzó a llenarlas.

—Te lo digo en serio. Lo tengo comprobado; como hable de mi ex nada más levantarme, se me tuerce el día.

Manu le pasó una tostada y comenzó a morder la suya. No solía untarles nada, por lo que se las comía así mientras se tomaba el café. Durante unos segundos dejó de escuchar a Antonio y su mente voló a la noche anterior. Imágenes de Eric desnudo, abrazado a él, gimiendo su nombre, hicieron que se le encendiera la cara y lo dejaran con la respiración entrecortada.

—¿Me estás escuchando?

Al oír a Antonio, movió la cabeza. Dejó la taza medio vacía dentro del fregadero y asintió.

—Sí, pero tengo que irme. Te veo luego. —Cogió su abrigo y todo lo demás y salió sin dar un portazo porque aún era muy temprano. El aire frío de la calle iba a venirle bien para bajarle la calentura que llevaba encima.

No tardó en llegar al portal del edificio donde no solo estaba su empresa, sino varias más. A esa hora estaba muy concurrido y había cola para subir al ascensor, pero a él no le afectaba porque siempre usaba las escaleras. Ese día hacía un frío que calaba hasta los huesos y subió de dos en dos los escalones para llegar cuanto antes al calor de la oficina.

Al entrar, supo que algo no andaba bien porque el silencio que recibió no era el habitual. No sabía qué había pasado, pero el ambiente estaba enrarecido y todos sus compañeros tenían la cabeza baja, como si estuvieran demasiado concentrados en sus obligaciones.

Al llegar a su mesa, soltó sus cosas y se sentó en su sitio. Con disimulo, se giró hacia Alfonso, que miraba los papeles que tenía ante él con las pupilas fijas, como si su mente estuviera en cualquier otra parte.

—Hey, shhh, Alfonso —lo llamó con un susurro. Tuvo que esperar varios segundos a que su amigo reaccionara y lo mirara—. ¿Qué ha pasado?

—El cabrón del Castaña, que ha llegado y ha dicho que la calefacción no se enciende porque ya gastamos suficiente luz.

Manu miró alrededor y se percató de que todos sus compañeros tenían los abrigos puestos, algunos incluso hasta las bufandas. Fue en ese momento que se dio cuenta de que en la oficina hacía aún más frío que en la calle. Sin pensarlo se puso de pie y caminó hacia el despacho del jefe. No llamó a la puerta como habría hecho en cualquier otra ocasión, sino que agarró el pomo con fuerza y abrió. Luego cerró tras él y se giró para mirar al hombre que tenía delante. Sintió su fría mirada sobre él y por un segundo dudó de por qué había entrado de ese modo en su despacho. ¿Cuándo se había transformado ese hombre en un jefe inflexible y esclavista? Porque antes no era así.

—¿Le ocurre algo, Soler?

Manu no iba a echarse atrás.

—Sí. En la oficina hace demasiado frío y no puede negarles la calefacción a sus trabajadores. El hombre, con su semblante arrugado ya por la edad y las preocupaciones, alzó las cejas.

—¿No puedo?

Manu no se achantó ante la pregunta.

—No. Somos personas que vienen todos los días a trabajar, la mayoría llevamos en esta empresa toda la vida y hoy, que hace tantísimo frío, nos quiere negar la calefacción.

El viejo esbozó una sonrisa, como si nada de lo que le estaba diciendo le importara.

—No se van a morir por tener los abrigos puestos.

Tras esas palabras, Manu no pudo evitar parpadear, asombrado, al darse cuenta de que, para ese hombre, sus trabajadores no significaban nada.

—No puedo creer que le dé igual que esas personas que están ahí fuera, que son las que trabajan para usted y hacen que su negocio no se hunda, estén pasando frío. ¿Qué le ha pasado? Porque recuerdo cuando entré en esta empresa... Todos nos sentíamos cuidados, respaldados, como si fuéramos una familia.

—No lo creía tan iluso, Soler. ¿Sabe usted lo que es llevar un negocio?

—Sé lo que es tratar a las personas de manera digna —respondió de inmediato—. Vayan bien o mal las cosas. ¿Usted va a arreglar algo siendo un viejo amargado? —Era muy posible que se hubiera extralimitado. Se dio cuenta al ver la mirada de odio en las pupilas de José Luís.

—En la vida solo ganan los fuertes y los que pelean día a día. Cuando llegue a viejo recordará mis palabras.

—Espero recordarlas, pero para no repetirlas. De nada me sirve llegar a viejo y no haber aprendido nada en la vida, porque desde luego no me va a hacer mejor persona tratar a mis empleados como si fueran una mierda.

—Esa es la diferencia entre usted y yo, Soler. Yo soy un jefe, y usted un simple trabajador sin aspiraciones a nada. Un ganador y un perdedor.

Manu apretó los dientes hasta tal punto que temió que varias piezas dentales le estallaran por el esfuerzo. Iba a arrepentirse, pero no iba a aguantar ni un segundo más ahí trabajando para semejante monstruo.

—Bien. Puesto que soy un perdedor, le será fácil reemplazarme. —Se giró para agarrar el pomo y salir de allí lo antes posible, pero la voz de José Luís lo detuvo.

—Si se cree que voy a rogarle que no se vaya, va a llevarse una sorpresa. Si sale por esa puerta, nuestra relación habrá terminado y usted ya no tendrá nada que ver con la empresa y quedará automáticamente despedido.

—Perfecto. —Manu se dio la vuelta y salió cerrando de un golpe tras él. Caminó hacia su mesa, metió en una bolsa de tela que tenía en el cajón dos marcos con fotos de su hija, el lapicero

con un montón de bolígrafos, y una *fittonia* que había al lado del monitor. Luego se giró hacia sus compañeros que lo miraban expectantes—. Chicos, buena suerte.

Y sin más, dejando a sus compañeros muy confundidos, salió de la oficina. Ya hablaría con ellos en otra ocasión porque en ese momento estaba demasiado nervioso como para poder explicar qué diablos había pasado allí dentro, solo que ya no soportaba más la actitud de ese hombre.

Llegó a la calle sin haberse dado cuenta de haberlo hecho, como si se hubiera teletransportado desde la oficina hasta el portal. Varias personas pasaron por delante de él y las miró. Tenía la sensación de que su mundo iba a cámara lenta y que, de vez en cuando, daba pequeños saltos para intentar ponerse a la velocidad normal del resto del mundo, aunque sin lograrlo.

Puso rumbo a casa de manera inconsciente. Tuvo que subirse el cuello del abrigo y hundirse más en él para protegerse del frío. Menos mal que el trayecto era corto. Al llegar, el portero del edificio estaba ayudando a un operario de mantenimiento con la puerta de metal que parecía no querer abrirse.

—Buenos días, señor Soler.

—Buenos días. ¿Qué ha pasado?

—Se ha quedado bloqueada y no hay manera de abrirla.

Manu frunció el ceño.

—¡Qué raro! Yo salí esta mañana y no tuve problema.

—Así era. Se ha bloqueado hace apenas diez minutos. Suerte que teníamos aquí al operario de mantenimiento y se ha puesto a arreglarla de inmediato. ¿Puede entrar por el garaje? Le abro si quiere.

Manu negó con la cabeza.

—No se preocupe. Tengo el mando en el llavero. —Se despidió de él y caminó los pocos metros que separaban el portal de la puerta del garaje, metió la mano en el bolsillo del abrigo para coger las llaves y fue ahí cuando se dio cuenta de que el mando plastificado no estaba. Estaba la anilla donde había estado colgado, pero no había ni rastro del aparato.

Inquieto, comenzó a rebuscar por todos los bolsillos y, al no encontrarlo, intentó hacer memoria de cuándo lo había visto por última vez. Esa mañana, cuando salió de casa, no recordaba haberlo visto, así que echó más para atrás en el tiempo. Lo había usado el lunes por la noche cuando Eric lo trajo a casa, pero recordaba haberlo guardado en el acto. Llevaba el mismo abrigo, además, por lo que no se le podía haber caído en el bolsillo de otra prenda.

Entonces una imagen llegó a su cabeza; la noche anterior, cuando había ido con Eric a la casa grande y se habían desnudado a toda prisa en el recibidor, habían dejado toda la ropa tirada por el suelo. Cuando se vistió, un buen rato más tarde, había recogido las llaves del suelo porque se le habían salido del bolsillo y ya ahí no recordaba que el mando estuviera enganchado al llavero. No era la primera vez que le pasaba porque el enganche estaba algo suelto.

Solo podía averiguarlo de una manera y, como no tenía otra cosa que hacer, decidió ir a su casa y salir de dudas. Ojalá estuviera por allí tirado en el suelo y no tuviera que hacerse un nuevo mando, pero antes iba a dejar sus pertenencias para no ir cargando con ellas. Le pidió al portero que le abriera y solo le llevó un par de minutos volver a bajar.

Decidió coger el metro, así estaría activo durante toda la mañana. Estar ocioso no iba con él, además; estar ocupado lo ayudaría a mantener la mente alejada de lo que había sucedido en el trabajo.

Mientras iba agarrado a una de las barras del metro, rodeado de desconocidos, su mente no paraba de dar vueltas y de atormentarlo. Ya tenía una exmujer, un extrabajo... ¿Qué sería lo próximo? Pensar, tanto en el pasado como en el futuro, daba mucho vértigo, pero quedarse en el presente tampoco ayudaba porque la situación que estaba viviendo en esos momentos no pintaba mejor que todo lo demás.

Cuando llegó a su casa, abrió la puerta y allí, frente a sus ojos, a pocos metros de él, estaba el mando del garaje. Le extrañó no haberlo visto al marcharse la última vez porque estaba ahí en medio a la vista, pero recordó que tenía otras cosas en mente, como adecentarse la ropa y controlar los impulsos de volver arrancar la de Eric.

Se agachó para cogerlo y se quedó mirando las escaleras que descendían hacia el sótano. La oscuridad que había ahí abajo le dio la bienvenida cuando comenzó a bajar poco a poco. Podía haber encendido el interruptor, pero había ido directo hacia el abismo, como un canto de sirena. Al llegar al rellano, encendió la luz y caminó hacia la puerta del trastero, la abrió y lo miró.

Apenas necesitó unos segundos para que, ante sus ojos, su mente comenzara a darle vida a la habitación, con mesas de oficina en el centro, una pizarra digital, varios equipos de ordenadores y alguna que otra planta, aunque fueran de plástico, para otorgarle al lugar un aire más acogedor. Se imaginó a Eric allí con él, junto con otros trabajadores a los que no veía las caras porque solo tenía ojos para él. Eric estaría remangado hasta los codos, apoyado sobre una mesa, mientras comprobaba los datos del papel que tenía delante con lo que aparecía en la pantalla del ordenador. Como si pudiera verlo, el joven se irguió, lo miró y le sonrió.

El timbre de la puerta de fuera sonó de manera inesperada y toda su visión desapareció tal y como había aparecido. Cerró el trastero y comenzó a subir las escaleras de dos en dos para ver quién llamaba. ¿Quién podía saber que estaba ahí a esa hora de la mañana? Había cometido el error de haber dejado abierta la puerta metálica de acceso a la casa porque no pensaba tardar tanto. Llegó y miró por la mirilla. Al reconocer la cara que había al otro lado, se relajó y abrió.

—Alfonso. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No lo sabía. Te he visto entrar desde la casa de la esquina. En cuanto te marchaste de la oficina, tuve que ir a ver a un cliente. —Señaló una casa en la acera de enfrente—. Tío, ¿de verdad te has ido del trabajo?

—Sí. —Manu no tenía muchas ganas de hablar, pero era su amigo y entendía su curiosidad—. No lo tenía previsto, la verdad. Me salió de manera impulsiva, pero... No pude contenerme más.

Alfonso asintió.

—Ese cabrón no tiene suficiente con amargarnos con su presencia que ahora, encima, nos quiere matar de frío. ¿En serio que no es una rabieta tuya?

—No voy a volver, Alfonso, y su actitud me lo ha dejado muy claro.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Manu se encogió de hombros, porque aún no había tenido tiempo de sopesar todo.

—No lo sé. Quizás sea el momento de montar algo por mi cuenta. No sé. Tengo que darle más vueltas.

Alfonso asintió, comprendiendo.

—Si te animas a montar algo, cuenta conmigo. Tengo que irme ya, tío, que he dejado al cliente esperando y no quiero que el Castaña se entere.

Manu asintió y lo despidió con un movimiento de cabeza y una tímida sonrisa. Saber que podía contar con Alfonso en lo que fuera era un alivio porque se sentía menos solo y no tan

perdido. De todas formas, aún era pronto para eso porque necesitaba hacer números y estudiar el mercado.

Se aseguró de llevar las llaves y el mando del garaje en el bolsillo y caminó hacia la calle. Cuando estaba cerrando la puerta metálica, Toñi, la vecina, se colocó a su lado. La mujer tenía cara de pocos amigos, de hecho, jamás la había visto con semejante expresión en la cara.

—Toñi. Buenos días. ¿Ocurre algo?

—¿Podemos hablar un momento? No tardaré, porque no pienso consentir más este tipo de indecencias.

—Perdón, pero no la entiendo.

Manu intentaba pensar a la máxima velocidad que le permitía su cerebro en ese momento, pero no encontraba nada que pudiera haber hecho enfadar a la mujer.

—No te hagas el tonto. Os he visto a ti y a ese chavalito, que se ve claramente que es mucho menor que tú. ¿Es que no te da vergüenza? ¿En qué clase de monstruo te has convertido, Manuel? ¿Ahora cometes los grandes pecados contra los que lucha la Iglesia?

Manu apretó el puño a su lado y se contuvo de darle un golpe a la puerta. Estaba claro que la vecina los había visto entrar en la casa la noche anterior. Era bastante tarde entre semana y jamás se hubiera imaginado que alguien pudiera haberlos estado observando.

—No he cometido ningún acto de lo que esté arrepentido —respondió, seco—. Ese chico es más mayor de lo que se imagina y lo que yo haga con mi vida es asunto únicamente mío.

La mujer lo miraba con desaprobación.

—¿Qué ejemplo le estás dando a tu hija? ¿Qué va a pensar ella de tener un padre invertido?

—¿Algo más? —preguntó con la voz contenida. Lo único que deseaba era gritarle que amar a otro hombre no era pecado ni había nada malo en ello, pero no iba a ponerse a su altura ni intentaría convencerla de lo contrario porque sabía que iba a malgastar su tiempo.

—La próxima vez que te vea en una situación comprometida, te denunciaré —lo amenazó.

—Y yo la denunciaré a usted por acoso y por espiarme en mi casa. Eso sí que es un delito, y no el ser homosexual.

Ella no se dio por vencida.

—Es un pecado a los ojos de Dios.

Si Eric hubiera estado ahí, estaba más que seguro que le habría respondido alguna burrada, pero él no era así, aunque tampoco iba a quedarse atrás.

—Pues que venga él y me denuncie.

Sin perder tiempo, sacó la llave de la cerradura después de haber cerrado, donde la había dejado abandonada mientras hablaban, y se marchó sin despedirse. Lo que le faltaba era que esa clase de persona se metiera en su vida cuando él ya tenía sus propios problemas, que no eran pocos.

Caminó calle abajo, sin darse cuenta de que iba en sentido contrario a la parada de metro más cercana. Cuando se percató paró en seco y miró la calle. Había vivido allí los años suficientes para reconocer el lugar. Había sido en esa misma acera donde había salido a hacer *footing* por las mañanas temprano, o donde había llevado a Daniela al parque cuando le estaba enseñando a montar en bicicleta. Ahora, esos recuerdos parecían haber salido a flote y lo miraban desde la calle, como si lo juzgaran, al menos así lo sentía; como si tuviera mil ojos sobre él, observándolo y cuchicheando entre ellos.

Dar la vuelta estaba descartado porque no quería comprobar que su vecina seguía en la puerta, a la espera de que volviera a aparecer por allí. Solo le quedaba la opción de pillar un taxi en la parada de la esquina y regresar a casa. Una vez allí ya decidiría lo que haría. Para empezar, necesitaba dejar de sentirse como un extraño consigo mismo.

Cuando se sentó en el asiento trasero del coche recibió un mensaje de Patricia donde le decía que debía de ir a hablar con Daniela en cuanto saliera de trabajar porque iba a estar en casa todo el día, y le preguntaba si podían quedar a tomar algo y hablar ellos dos. ¿Por qué esperar cuando podía pasarse en ese momento a ver a su hija?

Le dio al taxista la dirección y se acomodó en su asiento. La radio estaba puesta de fondo, donde las noticias que se sucedían le hacían ver que el mundo no estaba mucho mejor que él en ese momento, así que decidió desconectar y mirar por la ventana. Madrid había amanecido helada esa mañana, pero, a pesar de eso, el día estaba despejado, no había ni una sola nube en el cielo.

Al llegar a su destino, pagó al taxista y salió del coche. Miró el portal donde vivían su exmujer y su hija y respiró hondo. Patricia no le había dicho mucho más y no sabía qué le había pasado a Daniela. Eso le preocupó, por eso no había dudado en acudir en cuanto le fue posible.

Tuvo que llamar dos veces al timbre para que al fin escuchara a alguien acercarse al otro lado de la puerta. Al abrirse, vio la cara de su hija, visiblemente sorprendida.

—¿Qué haces aquí?

Manu frunció el ceño porque el tono de su hija había sido mucho más rudo de lo habitual.

—Tu madre me ha pedido que venga. ¿Me dejas pasar?

Daniela pareció pensárselo para, al final, echarse a un lado y cerrar tras su paso.

—¿Estás bien? —preguntó al llegar al salón. Se abrió los botones del abrigo, pero no se deshizo de la prenda—. Tu madre no me ha dicho mucho más. ¿Estás enferma?

La chica lo miró seria.

—¿Cuánto tiempo llevas mintiéndome?

Manu parpadeó confundido porque no sabía a qué venía esa reacción.

—No entiendo tu pregunta.

Ella pareció perder la paciencia.

—Ah, ¿no? ¿No me has mentido nunca?

Él estaba totalmente perdido.

—Supongo que no te refieres a las historias que te contaba de pequeña sobre el ratoncito Pérez o Papá Noel, así que no tengo ni idea de a lo que te refieres.

—Me refiero a que te beses con el tío del Uber —soltó sin aviso—. Os vi el otro día cuando me trajisteis a casa.

—Ah.

—¿Ah?! ¿Eso es lo único que se te ocurre decir? ¿Ah?

Manu la miró a los ojos, algo sorprendido.

—No tengo que decirte nada, Daniela. Tu madre y yo llevamos más de un año separados. Creo que es lógico que ambos sigamos con nuestras vidas.

—¡Pero es un tío! ¡Te estabas besando con un tío que, además, es mucho más joven que tú! ¿Ahora eres un marica asaltacunas?

Instintivamente, Manu levantó el brazo y, sin pensarlo, le dio una cachetada. No lo hizo con fuerza, pero sí lo suficiente para que a Daniela reaccionara porque jamás le había puesto la mano encima.

—Lo siento —respondió en el acto, arrepentido del impulso que había tenido y dio un paso hacia su hija, pero se detuvo en cuanto vio que la chica retrocedía en sentido contrario—. Perdóname. Yo... no sé qué me ha pasado.

Daniela aún tenía la mano en la mejilla y una lágrima había comenzado a resbalar por su

rostro.

—No te reconozco —escupió—. El padre que yo tenía jamás me hubiera pegado y jamás se habría liado con un tío.

—Supongo que la culpa es mía por no haberte dicho antes que también me gustaban los hombres.

Ella soltó una exclamación.

—¿Eres un vicioso?

Los ojos de Manu se empañaron y parpadeó furioso para luchar con fuerza contra la lágrima que amenazaba con rodar sobre su mejilla.

—¿Eso piensas de mí? ¿Que soy un vicioso corruptor de menores? ¿Eso es lo que opinas de tu padre?

—Tú ya no eres mi padre.

Algo dentro de Manu se rompió al oír a su hija, como si le hubieran clavado un objeto punzante en el corazón y este hubiera comenzado a latir cada vez con menos fuerza.

—Si eso es lo que quieres... —y comenzó a caminar hacia la puerta, hasta que las palabras de Daniela lo detuvieron.

—¿Ya está? ¿Lo vas a dejar así?

Él se volvió para mirarla.

—¿Y qué es lo que quieres, Daniela? Admito haber tenido la culpa de no haberte dicho en algún momento de mi vida que soy bisexual, pero yo no te he criado odiando a nadie, y me sorprende que me hables esta manera, así que prefiero marcharme antes de que me digas algo peor.

—Déjale. Deja a ese tío.

Sorprendido, frunció el ceño ante la petición de ella.

—¿Por qué?

—¡Porque es una vergüenza! Le sacas mil años y es un tío. ¿No has pensado en cómo me sentiría yo?

Manu no podía creer lo que acababa de escuchar. Tenía que ser una pesadilla. Todo el día tenía que serlo.

—¿Eso es lo que te pasa? ¿Que te da vergüenza lo que digan tus amigos si nos ven? —preguntó—. ¿Me estarías diciendo lo mismo si, en lugar de salir con un chico, saliera con una chica?

—Es igual de asqueroso porque tú eres mucho mayor. Estás haciendo el ridículo.

—Entiendo. —No atinó a decir nada más sin que le temblara la voz. Sentía el cuerpo helado y las palabras de su hija no hacían más que retumbar en su cabeza sin llegar a disiparse. Todo lo contrario; con cada vuelta que le daba, estas se hacían más altas y dolorosas—. Voy a marcharme.

Cuando había alcanzado la puerta de la entrada, se volvió para mirar a Daniela, que se había quedado en el salón sin moverse y completamente seria.

—Creo que lo mejor es que este año no pasemos juntos las fiestas. Ya lo hablé con mamá.

Manu se limitó a asentir a las palabras de Daniela y salió con rapidez de la casa cerrando de un golpe tras él. No quería discutir más en ese momento porque no podía contener por más tiempo las lágrimas. Su hija no quería pasar la Navidad con él, se avergonzaba de su padre y no podía haberle dejado más claro lo que pensaba sobre la relación que tenía con Eric. Incluso le había dicho que cortara con él. ¿Qué pasaba ese día que dos personas se oponían a su relación? Y

una de ellas era demasiado importante para él, tanto que le había hecho dudar y el suelo de estabilidad emocional que necesitaba pisar a diario para no derrumbarse, comenzó a temblar.

Llegó a la calle y comenzó a caminar sin tener muy claro a dónde ir. Solo quería huir de allí, a donde fuera, le daba igual. Solo quería alejarse todo lo posible.

Regresó a casa bastante tarde, cuando se aseguró que Antonio y Fernando ya estaban acostados. Le había mandado un mensaje a Patricia diciéndole que podrían quedar para desayunar a la mañana siguiente y otro a Eric. No se había extendido demasiado, solo le había dicho que tendría mucho lío en la oficina, que iba a estar hasta tarde trabajando y que hablarían al día siguiente. Ya se le ocurriría algo luego, algo para decirle en cuanto aclarara las ideas y las palabras de su hija dejaran de doler. Eric le había respondido que no trabajara demasiado y que descansara todo lo posible. Seguido de eso, le había mandado muchos corazones de colores. Al verlos, apretó los labios para contener las ganas de llorar. Le respondió con más corazones y bloqueó el teléfono.

Se tumbó en la cama en silencio, con la luz apagada y la mirada fija en la oscuridad del techo. Tenía la esperanza de que el sueño llegara en algún momento, pero no lo hizo. Solo cuando amaneció, se levantó, se dio una ducha y salió para la cafetería donde había quedado con Patricia.

Había estado toda la noche pensando y había llegado a una determinación. No sabía si había elegido correctamente, pero era lo único que creía que podía hacer en ese momento, y así se lo haría saber a su exmujer.

Ese día hacía incluso más frío que el anterior. Quizás él tuviera mal cuerpo por no haber dormido nada. Tampoco recordaba cuándo fue la última vez que había comido. Cuando llegó a la cafetería, ella aún no había aparecido. Se pidió un café y se sentó en una mesa apartada en una esquina. Estaba removiendo su bebida cuando la vio llegar.

—Perdón por el retraso. Voy a pedirme un café. ¿Te pido alguna otra cosa?

—No. Estoy bien. Gracias. —Esas habían sido sus primeras palabras dichas en voz alta desde que había hablado con Daniela, porque el resto del día había estado evitando cruzarse con nadie para no tener que decir nada. Curiosamente, no podían ser más falsas porque ese «estoy bien» era lo opuesto a cómo se sentía.

—Ya estoy. —Patricia se sentó frente a él en la silla y le dio un sorbo a su café a pesar de que parecía estar muy caliente— ¡Qué rico el café que ponen aquí!

Manu miró su taza, aún medio llena y no supo qué contestar. A él le sabía un poco amargo, pero sospechaba que su estado de ánimo tenía que ver con eso.

—Tú dirás para qué querías verme.

Ella asintió. Se limpió los labios con una servilleta minúscula de papel y dejó su taza a un lado.

—Dani me ha dicho que no quiere que celebremos la Navidad todos juntos, pero no me ha explicado por qué. Me ha dicho que te lo pregunte a ti. Y luego se encerró en su habitación y ahí se quedó todo el día.

Él ya sabía que ese día tenía que llegar. Primero había lidiado con su hija y ahora tocaba hacerlo con su exmujer. Estaba más que claro que el mundo no quería concederle ninguna

tregua. Sin posponerlo, comenzó a explicar desde el principio. No quiso dar ningún rodeo porque no iba a ganar nada alargando el momento.

—El otro día, cuando traje a Daniela del concierto, conocí por accidente a mi pareja. Es un hombre y es bastante más joven que yo.

La cara de Patricia fue de asombro. Hizo una mueca que no pudo esconder, aunque lo intentó, y lo solucionó en parte llevándose el borde de la taza a los labios y sorbiendo el café que aún debía de estar hirviendo.

—Entiendo.

—Se llama Eric y tiene veintitrés años.

Con calma, Patricia dejó la taza sobre la mesa y lo miró con una ceja levantada.

—No te he pedido explicaciones, Manu. Tú sabrás lo que haces con tu vida.

Esa respuesta lo puso nervioso. Carraspeó y bebió de su café para aclararse la garganta.

—No quería que pensaras que me había liado con un menor o con alguien al que le pudiera sacar algún tipo de ventaja—aclaró, porque ya había tenido bastante con las acusaciones de Dani y las insinuaciones de Toñi.

Ella esbozó una sonrisa encantadora.

—Bueno, le sacas casi veinte años. Eso ya es una buena ventaja porque la experiencia es un grado. O eso dicen, ¿no? —Estiró el brazo hacia el frente y lo tomó de la muñeca—. Relájate. No voy a negar que me ha sorprendido, te conozco bien y sé que jamás te aprovecharías de alguien de cualquier manera.

Manu asintió y comenzó a respirar algo más relajado. El apoyo de Patricia siempre había sido muy importante para él, incluso aunque ya no estuvieran juntos. Que su relación no funcionara no quitaba el hecho de que dejara de confiar en ella.

—Gracias. Si te digo la verdad, cuando me imaginé contándoos mi relación con Eric, pensé que serías tú la que se llevaría las manos a la cabeza y Dani la que me comprendería.

—Eres su padre y, por lo que sé, ella jamás ha sabido que a ti también te gustan los hombres, ¿no?

—No. Nunca se lo dije. Y me siento responsable de su reacción.

Ella negó con la cabeza.

—No creo que haya culpables, si no malos momentos. ¿Cómo se enteró Dani de la existencia de Eric? Ya sabes que tu hija es muy sensible y está en una edad muy complicada.

Manu recordaba bien ese momento porque estaba seguro de que jamás olvidaría ese día en lo que le restaba de vida.

—Fue el día del concierto. Yo me quedé por la zona, en una cafetería, porque había quedado con Eric para que nos recogiera. La calle comenzó a llenarse de policías y de bomberos por todas partes. Me asusté e intenté entrar, pero me prohibieron el paso. Entonces, una avalancha de personas comenzó a salir del recinto, cayendo unos encima de otros, y reinó el caos. —Respiró hondo porque el corazón se le había vuelto a poner a cien reviviendo ese momento—. Me sentí aterrado al no encontrar a Dani y no se me ocurrió otra cosa que decírselo a Eric.

Patricia seguía la conversación casi sin pestañear.

—¿Y?

—No sé cómo lo hizo porque no me lo ha querido contar, pero se saltó la barrera policial y entró a buscar a Daniela. Él la conocía porque una vez nos vino a buscar con su coche al centro comercial, pero no los presenté; simplemente dejé que Dani creyera que se trataba del chico del Uber.

—Entiendo. Y la encontró, ¿no? —Patricia se había bebido casi de golpe todo el café, señal de que ella también se había puesto muy nerviosa—. ¿Te puedes creer que tu hija no me ha dicho nada de lo qué pasó? Solo sé que un gilipollas causó una falsa alarma y que hubo muchas irregularidades en el recinto esa tarde. Muchos padres se han puesto en manos de abogados. Yo también me he unido. Iba a comentártelo, aunque se me ha pasado, pero bueno, ya hablaremos de eso en otro momento. Sigue contándome, por favor. Eric la encontró, ¿no?

Manu la miró porque él también había pensado lo mismo.

—Sí. No sé cómo lo hizo, porque el lugar es enorme, pero la encontró. Ella no se explayó demasiado y yo tampoco quise insistir porque estaba demasiado nerviosa, pero en varias partes de su camiseta, por la espalda y en un hombro, tenía huellas de que había sido pisoteada.

Patricia se removió en su silla y apretó la mandíbula, visiblemente afectada por lo que acababa de escuchar.

—Yo no llegué a ver su camiseta. Casualmente echó a lavar toda la ropa que llevaba ese día antes de que yo la viera.

—No quería preocuparte.

—Ya, pero creo que es importante saber si le han hecho daño, o si se ha dado un golpe en la cabeza. Eso es muy peligroso.

Manu retomó la historia por donde la había dejado.

—Lo poco que Eric me ha contado es que la encontró sentada en el suelo y, al ver que estaba aterrada y que no quería levantarse, la cogió en brazos y salió con ella a la calle. Se quedó allí abrazándola hasta que los encontré. Él... jamás me lo dijo, pero se tuvo que dar un golpe tremendo al ir a por ella porque, al día siguiente, le vi un moratón enorme al final de la espalda. A pesar de eso, no dudó en cargar con ella todo el rato. —Respiró hondo para obligarse a mantener la calma—. Conociéndolo como lo conozco, sé que Eric antepuso la seguridad de Dani a la suya propia, por mucho que le doliera la espalda por el golpe.

Patricia había sacado un pañuelo de papel y se había quitado con delicadeza, para no estropear su maquillaje, un par de lágrimas que habían amenazado con arruinar su carísimo rímel.

—Teníais que haberme contado lo que pasó —se quejó—. A ti no te habría gustado que te lo hubiera ocultado, Manuel.

Manu entendía su reproche a la perfección.

—Tienes razón, pero ella me dijo que hablaría contigo, aunque eso fue antes de que se enfadara, por lo que veo.

—Entonces, ¿cómo se enteró de que sois pareja? No has terminado de contármelo.

—Espera. Voy a pedir un botellín de agua. ¿Quieres uno? —Al ver que Patricia asentía, caminó hacia la barra y, con ellos en la mano, regresó a tomar su asiento tras la mesa. Abrió las dos botellas y le tendió una, luego le dio un trago largo a la suya antes de seguir con la historia—. Cuando los encontré, la examiné por todas partes y la abracé. Eric me dijo que ya lo había hecho él por si tenía que llevarla al hospital, pero no fue necesario. Nos montamos en el coche, yo me senté detrás con Dani y la tranquilicé. Cuando llegamos a casa, fui a subir con ella, pero me aseguró que tú estabas arriba y que no hacía falta que la acompañara porque ya estaba bien.

—¿Y tú le creíste?

—Sí, porque hacía rato que había dejado de llorar y había comenzado a contar lo que sabía de una manera coherente y serena. —Miró a su exmujer y apretó la mandíbula—. Debí haber comprobado que tú estabas en casa antes de dejarla sola. Si le hubiera pasado algo antes de que

tú llegaras, yo...

—Tu hija te mintió. Los adolescentes son expertos en eso. Es cierto que yo estaba en casa trabajando, pero no me contó lo que había pasado hasta mucho más tarde. —Patricia estiró el brazo para agarrarle de la muñeca—. No te tortures porque seguro que conmigo también lo habría hecho. Lo hizo con la ropa, maldita sea. La echó a lavar para que no me diera cuenta de nada.

Manu decidió terminar de contar la historia porque ya se estaba demorando demasiado y revivir esos momentos cada vez le estaba costando más.

—La dejé en casa y bajé al portal. Eric me estaba esperando, así que caminé hacia él y lo abracé. No... no lo hice por lujuria ni nada por el estilo, fue... instintivo, porque había arriesgado su propia vida por ir a buscar a mi hija. Y no solo eso, sino que salió en brazos con ella y la tranquilizó hasta que llegué. —Tembló al revivir el momento—. Me abracé a él y lo besé en los labios. Daniela debió de bajar en ese momento y nos vio, pero no me dijo nada hasta ayer. Tuvimos una discusión bastante fea donde me dejó claro que se avergonzaba de mí y bueno... No recuerdo qué más, pero imagino que te puedes hacer una idea.

—Siento que te haya tenido que pasar así, Manu. No le hagas caso. Seguro que no iba en serio. Los adolescentes son muy hirientes y sueltan lo primero que se les ocurre.

Manu apreció las palabras de su exmujer.

—De todas las maneras que había pensado en contarle a mi hija que tengo novio, esta no estaba entre ninguna de ellas, créeme. Y lo peor es que no la culpo por no querer hablarme ni querer pasar la Navidad conmigo porque seguramente ahora para ella soy un completo desconocido.

—Voy a hablar con ella, ¿de acuerdo? Porque estoy segura de que no habría reaccionado así si se hubiera enterado de una manera más relajada.

Manu no dijo nada porque no tenía tan claro que fuera a solucionarse así como así. Ellos habían educado bien a su hija, pero era igual de testaruda que su exmujer, aunque eso no iba a decírselo.

—Gracias por ser tan comprensiva, Patricia. No... No sabía cómo te ibas a tomar la noticia.

Ella había cogido el botellín de agua y había comenzado a beberlo poco a poco, hasta que se quedó vacío. Cerró el tapón y comenzó a rascar con una uña parte de la esquina de la etiqueta.

—No te voy a negar que me ha sorprendido, pero sabía que, en algún momento, ibas a rehacer tu vida. Y me alegra saber que lo has hecho con un hombre porque, si te soy sincera, no me lo habría tomado tan bien si hubiera sido con una mujer.

Eso le causó mucha curiosidad.

—¿Por qué?

Patricia pareció meditar unos segundos. Se le habían puesto algo coloradas las mejillas y había desviado la mirada hacia un lado de la mesa.

—Porque habría sentido que el fallo de que lo nuestro no funcionara estaba en mí, como mujer.

—Eso es una tontería. Quítatelo de la cabeza. Las relaciones a veces terminan porque ninguno tiene ya nada más que dar. Yo estoy muy orgulloso de todo lo que hicimos durante el tiempo que estuvimos juntos, y te agradezco lo bien que cuidas a Daniela. Estoy completamente seguro de que ninguna otra mujer de este planeta ni de ningún otro lo haría mejor que tú.

Patricia sonrió encantada por sus palabras.

—Tú también eres el mejor padre que Daniela puede tener, aunque ahora mismo no quiera

darse cuenta.

—Ya... bueno... No la culpo.

—Déjamela a mí, ¿entendido?

Manu levantó las manos en señal de derrota porque cuando Patricia se proponía algo, no había forma de disuadirla.

—Como quieras. He decidido irme a pasar las navidades a Valencia, a casa de mi madre.

Patricia alzó una ceja y lo miró con fijeza a los ojos.

—¿A casa de tu madre? ¿Estás loco?

—Sí —fue lo único que atinó a responder. Quizás sí que había perdido un poco la cabeza—. Necesito cambiar de aires y, no sé, darme un descanso.

—Pero... ¿has roto con tu novio?

Pensar en Eric le causó una sensación de angustia que le costaba gestionar.

—No.

—Manu, no hagas ninguna tontería, ¿de acuerdo? Sé que le das demasiadas vueltas las cosas en la cabeza y que eres demasiado perfeccionista, por eso creo que ahora lo que mejor puedes hacer es concentrarte en tu trabajo. Te gustan los números, piensa en ellos.

—He dejado el trabajo.

—¿Qué?! —La voz de Patricia fue más alta de lo normal y varias mesas de los alrededores se giraron para mirarla. Con las mejillas coloradas, bajó la cabeza y lo miró, seria—. ¿Qué es eso de que lo has dejado? ¡Llevas toda la vida ahí!

Manu no quería hablar de eso en ese momento.

—Si quieres hablamos cuando vuelva de Valencia. Ahora no me apetece y supongo que tú no tendrás toda la mañana para tomarte un café.

Al oírlo, Patricia miró el reloj y lanzó una exclamación mientras se ponía de pie.

—Tienes razón, pero esta conversación no ha terminado, ¿de acuerdo?

Él asintió. Se conformaba con aplazar el momento. Miró el reloj y también se levantó.

—Yo también tengo que irme. Mi tren sale a media mañana y aún no he preparado la maleta.

Cuando abandonaron la cafetería y fueron a tomar caminos distintos, Patricia lo agarró del brazo e hizo que ambos se mirasen.

—¿Estás seguro de querer irte a Valencia?

—Sí. Estaré bien. No te preocupes.

Patricia solo pudo asentir con la cabeza mientras Manu se alejaba y se perdía entre la gente. Ella debía cruzar a la otra acera para ir a trabajar, pero giró y caminó en sentido contrario. Mientras iba todo lo rápido que le permitían sus zapatos de tacón alto, mandó un mensaje a su trabajo para anunciar que llegaría tarde y regresó a casa.

En cuanto llegó, abrió el portón de la casa y, sin soltar el bolso ni quitarse el abrigo, atravesó el pasillo para ir directa al dormitorio de su hija. La puerta estaba cerrada. Aún era temprano y Daniela ya había terminado las clases en el instituto, pero eso le dio igual; tomó el pomo y abrió con fuerza. Al ver que ya estaba despierta, aunque seguía tumbada en la cama mirando el teléfono móvil, la enfrentó.

—No sé todo lo que le has dicho a tu padre, porque no me lo ha querido decir, pero quiero que sepas que, cuando vuelva de trabajar, tú y yo vamos a tener una buena charla.

Daniela se incorporó en la cama y la miró.

—No quiero hablar del tema, mamá.

Patricia negó con la cabeza.

—Me da igual que no quieras. ¿Sabes que tu padre se va a Valencia con su madre para pasar las fiestas?

—Así está con la abuela, ¿no? No es tan malo.

—Ya veo que no recuerdas cómo es tu abuela. ¿Cuándo fue la última vez que la viste? ¿En tu comunión? Dime, Daniela, ¿cuándo hablaste con ella por última vez, te ha mandado algún regalo de cumpleaños alguna vez o te ha llamado para preguntarte cómo te va? ¿A que no? —Al ver que ella no respondía, tuvo que elevar el tono—. ¡Respóndeme!

—¡Ay! ¡Y yo qué sé, mamá! No puedes entrar en mi cuarto y hablarme así. Tú misma me has inculcado el ser educada y respetar la privacidad de cada uno.

—Ah, ¿sí? ¿Y respetaste tú ayer a tu padre, su privacidad, fuiste educada con él? Seremos tus padres, Daniela, pero también somos personas y creo que ninguno de los dos hemos fallado al educarte y en criarte bien. Entonces, ¿con qué derecho me pides respeto y privacidad, si tú no lo has tenido con una de las personas que lo ha dado todo por ti? —Al no obtener respuesta de ella, dio un paso hacia atrás y agarró de nuevo el pomo, esta vez para cerrar, pero antes volvió a dirigirse a su hija—. Estás castigada sin salir todas las navidades. Luego seguimos hablando.

No iba con ella eso de cerrar las puertas de golpe, pero no había podido evitar hacerlo con la de la habitación de su hija y con la de la entrada a la casa. Estaba furiosa, de muy mal humor, y no saber cómo arreglar la situación hacía que se sintiera peor. Manuel era una de las mejores personas que había conocido en la vida, el mejor hombre que había sin duda para tener y educar a un hijo. No era perfecto, por supuesto que no, al igual que ella tampoco lo era, y su matrimonio tampoco lo había sido, pero una cosa no negaba la otra.

Ver al padre de su hija tan hundido y devastado había podido con ella. Lo conocía demasiado bien como para saber que lo que Daniela le había dicho tenía que haber sido tremendo para que él tuviera esa expresión de tristeza absoluta y que hubiera tomado la determinación de marcharse a Valencia con su madre.

Recordaba perfectamente bien a su suegra y era una víbora de cuidado, de las peligrosas que, cuando menos se espera, clavaba el aguijón lleno de veneno sin arrepentimiento al primero que se le cruzara por el camino. Lo había vivido en sus propias carnes y sabía que esa mujer, fría y manipuladora, no tendría escrúpulos en envenenar también a su propio hijo. Solo esperaba que Manu la viera venir y pudiera defenderse porque, de lo contrario, volvería más hundido de lo que se había ido.

Manu enseñó su billete al revisor y montó en el tren. Caminó por el vagón hasta que localizó su asiento. Subió su maleta de mano a la parte superior y ayudó a una mujer que iba sentada delante de él a subir las suyas mientras ella sostenía a dos niños pequeños en los brazos. Luego se acomodó en su sitio listo para partir hacia Valencia. Tenía por delante dos horas donde iba a luchar contra sí mismo, contra sus pensamientos y sus decisiones.

Le había mandado un mensaje a Antonio para decirle dónde iba, aunque se había inventado que iba a visitar a su madre que no se encontraba bien. Lo había hecho porque conocía a su compañero y, como le contara todo lo que había pasado, no iba a quedarse de brazos cruzados, y no tenía más ganas de movidas de ningún tipo.

A quien aún no había escrito era a Eric. Lo había ido posponiendo hasta ese momento. No

quería mentirle como había hecho con Antonio. Hubiera sido lo más sencillo, porque sabía que lo habría comprendido, pero no podía ser deshonesto con él. Quizás, una verdad a medias era su única salvación. Agarró el teléfono con fuerza, buscó su contacto y comenzó a escribir. No iba a extenderse demasiado. Quería ser escueto y directo porque tampoco estaba para ponerse a charlar. La energía parecía haber abandonado su cuerpo y todo su ser se movía en modo «ahorro de batería» donde solo se le permitía hacer las cosas más básicas.

Cuando terminó de escribir el mensaje, lo releyó un par de veces y lo mandó. Luego apagó el teléfono y cerró los ojos. Ni siquiera los abrió cuando el tren comenzó a moverse. El suave balanceo ayudó a que su cabeza se calmara. Los pensamientos no se desvanecieron, pero el sentirse mecido ayudó a dejar algunas emociones atrás, al menos por el momento. Tenía varias charlas pendientes consigo mismo, pero en ese instante lo único que quería era dejarse llevar por el vaivén, hasta que acabó por quedarse dormido.

Eric no hacía más que mirar el teléfono que no había soltado desde que había llegado a casa de Fátima y Sofía un buen rato atrás. Moisés también estaba allí. Era la primera vez que visitaban a las chicas en su nuevo apartamento y habían organizado una pequeña fiesta, aunque él no estaba disfrutando en absoluto.

Le llegó el mensaje de Manu mientras aparcaba y esperaba a Moi. Tuvo que releer el texto varias veces seguidas para comprender, porque no entendía a qué venía de pronto algo así.

Estuvo tentado de llamarlo, pero desistió en el acto. Conocía a Manu lo suficiente para saber que, si hubiera querido hablar, lo habría llamado. Si le había mandado un mensaje, era porque quería estar solo. Eso podía ser peligroso porque aún recordaba lo mucho que se comía el coco y los quebraderos de cabeza que tuvo consigo mismo respecto a una relación entre ambos.

Ojalá pudiera estar con él, hacer algo, decir alguna cosa, lo que fuera, pero sentir esa impotencia y limitarse a esperar era algo que le destrozaba los nervios.

—Y tú, estás muy callado. ¿No te gusta nuestra casa?

Eric reaccionó al darse cuenta de que Fátima se había dirigido a él.

—¿Qué? Sí.

—Qué escueto. —Fátima se quedó mirándole—. Para meterte con el profesor que teníamos de automoción eras mucho más creativo.

—Cierto. Todavía me acuerdo de cuando se casó. —Moi se giró hacia su amiga—. Aún me estoy riendo.

Sofía, que no conocía la historia, se quejó.

—¡Hey! Contádmela. Me encantan las batallitas.

Fátima, que estaba sentada a su lado, se giró hacia ella y la puso en situación.

—Nuestro profesor de automoción era un poco tonto, iba de «facherito» por la vida y a veces parecía que, en lugar de dar clases para chavales en un taller, trabajaba para Tony Stark. Total, que un día llegó diciendo que se iba a casar y que se iba a ir de luna de miel a México y luego a Corea del Sur. Entonces nos preguntó si queríamos que nos trajera alguna cosa.

—Bueno, pero eso es un detalle por su parte, ¿no? —Sofía no veía nada raro en la historia.

Moi se movió en su asiento del sofá al recordar aquel momento.

—Un fantasma es lo que era. ¿Quién trae regalos desde la otra punta del mundo, en su luna de miel, para todos sus alumnos, sin meterse en un lío con las aduanas?

—Exacto —Fátima retomó la historia—. Obviamente no nos trajo nada y quedó fatal, pero eso sí, no hacía más que decirnos cómo debíamos de vestir las mujeres porque allí en Corea había mucho estilo y bla, bla, bla. Hasta que Eric le dijo que por qué insistía tanto en cómo debían de vestirse las mujeres cuando él no llegaba ni a trol.

Sofía se echó hacia atrás en el sofá, muerta de risa, y Eric la miró. Recordaba la historia demasiado bien, sobre todo la bronca que le echó su madre cuando lo expulsaron de clase tres días.

—Venga, ahora en serio. ¿Qué te pasa? —Fátima le dio una palmada en la pierna y lo miró, ya calmada, después de haberse reído al recordar la historia.

Eric tenía intención de disimular porque no era muy dado de ir contando sus penas y sus problemas a nadie, pero dos de las tres personas que estaban ahí con él lo conocían demasiado bien como para saber que, si les decía que no le pasaba nada, lo único que provocaría es que insistieran aún más, por eso no iba a seguir posponiéndolo.

—Manu me ha mandado un mensaje.

Fátima, Moi y Sofía se miraron al ver que su amigo se había quedado callado sin decir nada más.

—¿Y? —Fátima fue la única que se aventuró a preguntar—. No me digas que te ha dejado por mensaje, porque lo busco y le parto las piernas.

—No, no. Bueno, no sé. —Eric era consciente de que se estaba explicando fatal, por lo que decidió desbloquear la pantalla y leer el mensaje—. «Eric. Voy a pasar las fiestas con mi madre en Valencia. He tenido varios problemas y estoy bastante agobiado. Perdona por avisarte así, pero es lo único que puedo hacer por el momento. Hablaremos a la vuelta».

—¿Ya está? —Fátima no parecía ver el problema—. Se ha agobiado y está desconectando. Es normal. Lo más probable es que su mujer se haya enterado de vuestra relación y haya puesto el grito en el cielo.

Eric ya había barajado esa posibilidad a la par que muchas otras.

—¿Tú crees?

—Sí —respondió convencida—. La ex de mi hermano se enfadó mucho cuando se enteró de que nosotras íbamos a vivir aquí. Como si ella fuera dueña de esto cuando la casa no era suya, si no de mi abuela. Supongo que se pensaba que el tonto de mi hermano iba a ir arrastrándose tras ella como había hecho miles de veces antes. ¡Pues ya no más, rica!

—Puedo entender que a su exmujer le cueste, aunque me dijo que se llevaban bien, pero que se haya ido sin decirme nada, sin llamarme, no sé. Que no confíe en mí y no me cuente las cosas me duele.

—Eric... Tú eres igual.

Todos guardaron silencio ante las palabras de Moi.

—Pero yo acabo contando las cosas —se defendió.

—Es posible que él también. Dale tiempo.

Eric no lo tenía tan claro. Tenía un mal presentimiento y algo le decía que los problemas de Manu no eran solo familiares. Estaba convencido de que había algo más que no sabía.

Manu se bajó del tren y fue directo a la parada de taxis para coger uno. Hacía muchos años que no pisaba Valencia y se sintió como un pez fuera del agua. Conforme iba recorriendo la ciudad y miraba por la ventanilla desde el asiento trasero, se daba cuenta de que la ciudad no había cambiado en mayor parte. La gente sí, las modas, la música que sonaba por la radio del taxi y que le machacaba los oídos... pero el sol y el aire cálido aún en esa época del año parecían ser los mismos.

Él había nacido allí, pero siendo muy pequeño, sus padres se mudaron a Madrid y siempre había vivido en la capital, a excepción de los veranos en los que volvía a casa de sus abuelos para pasar las vacaciones. Conforme iba creciendo fue dejando gente atrás; primero, su abuelo; luego, su abuela y, por último, su padre cuando él apenas acababa de casarse. Eso provocaba que volver resultara demasiado duro, porque esas eran las personas que tenían el poder para traerlo de vuelta a su tierra, porque su madre no entraba dentro de ese cómputo.

Mercedes Rojas Vilanova, su madre, siempre había sido una mujer algo fría y distante, aunque no por eso era peor que otras madres, solo que su personalidad parecía ser distinta a la del resto de los integrantes de la familia y de él mismo.

A su madre no parecía afectarla que no hubiera vuelto en todos esos años, o no tener un contacto cercano con su única nieta. Mercedes siempre había ido a su aire, liada con sus cosas y con ella misma, lo que la hacía ser una mujer algo solitaria aunque resolutiva. Ella no necesitaba a nadie para seguir viviendo. Sabía que lo había pasado mal con la muerte de su marido, pero supo reponerse y adaptarse a esa nueva etapa de su vida.

Nunca se había llevado mal con ella, pero no habían tenido esa conexión que tienen otras madres con sus hijos. Durante mucho tiempo pensó que la culpa podría ser de él, porque su madre siempre había deseado tener una hija, pero con los años entendió que ella era así por naturaleza y que, aunque hubiera nacido siendo una mujer, ella lo habría tratado igual porque no sabía ser de otra manera.

La fachada de la casa no parecía haber cambiado en todos esos años y eso le dio cierto grado de tranquilidad. Pagó al taxista y se bajó del coche, cogió su maleta y paró justo delante de la puerta. Había una señora de mediana edad, con un delantal atado a su ancha cintura, que pasaba la fregona y mantenía la puerta del portal abierta gracias al cubo de fregar que había puesto a modo de tope.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió ella con una encantadora mueca en los labios.

Manu le respondió de manera instintiva y la imitó. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que la sonrisa no le salía de manera natural, tenía que forzarla.

—Manu.

La voz llegó de la escalera que subía al piso superior. Levantó la vista y allí vio a su madre. Mercedes estaba como siempre, con su pelo corto de estilo moderno, teñido de gris, y una envidiable figura.

—Mamá. —Con la maleta en la mano, llegó hasta ella y la abrazó. Luego se separó para mirarla—. Te veo muy bien.

—Hay que mantenerse joven, y es algo que podrías aplicarte. Tienes una cara horrible.

Ese tipo de comentario era típico de su madre.

—Ha sido un viaje largo —respondió, aunque no iba a servir para nada porque ella ya había hecho su veredicto.

—Son apenas dos horas de Madrid aquí, Manuel. No te quejes. Esta juventud no sirve para nada. ¿Has oído, Amparo? —Mercedes se dirigió a la mujer que estaba fregando el portal—. Dos horas en un tren y ya está cansado. Como se nota que no ha vivido cuando tenías que ir al pueblo de al lado y el tren tardaba todo un día en llegar.

—Y hoy llegas con el coche en cinco minutos. —Amparo se unió a ellos fregona en mano—. El otro día me llevó mi nuera al Carrefour del Campanar y no tardamos ni un cuarto de hora.

—Tu nuera es que conduce muy rápido.

—Eso es verdad.

Manu se quedó callado, a la espera de que las dos mujeres terminaran de hablar. Entonces su madre se volvió hacia él.

—He quedado con unas conocidas. Toma. —Sacó del bolsillo una llave y se la tendió—. Esta es la de la puerta. Entra y ponte cómodo. Te he preparado la habitación del fondo. También te he llenado la nevera. Come algo, y no me esperes porque volveré tarde.

Manu solo tuvo tiempo de asentir a todo mientras ella iba bajando los escalones, hasta que se vio solo en la escalera. Había sido mucho esperar que su madre lo hubiera recibido con los brazos abiertos y le hubiera preguntado por su vida, o por su nieta, ya de paso, pero no; Mercedes no había echado de menos jamás a nadie y ya no iba a cambiar a esas alturas.

Terminó de subir las escaleras, metió la llave en la cerradura y abrió. Se sorprendió al darse cuenta de que no había olvidado el olor de la casa de su madre. Aunque pasaran mil años, esa mezcla de perfume y productos de limpieza parecía haberse quedado impregnada en las paredes de la casa.

Caminó hasta el fondo, donde le había dicho que le había preparado una habitación, y entró. Había dormido allí muchos años atrás, cuando iban de vacaciones. Ya no había ni rastro de ese cuarto lleno de juguetes y desde hacía tiempo su madre lo había convertido en una salita con una cama plegable. Él, sin duda, recordaba a la perfección su cuarto, con una cama en una esquina, una estantería con muchos libros, una mesa de estudio al lado del ventanal que daba a una terraza enana y un armario empotrado de dos puertas en la pared opuesta. Ahora todo estaba tan cambiado, decorado con diminutas flores amarillas y muebles provenzales, que nadie habría dicho que antes había sido la habitación de un adolescente.

Dejó la maleta a un lado y salió a la terraza. Daba a la calle donde había venido. A esa hora había mucha gente por esa zona y los miró a ver si reconocía a alguna de esas personas, pero todos eran completos extraños para él.

Dentro de poco sería la hora de comer. Lo lógico habría sido almorzar con su madre, pero ella había dejado claro que no iba a romper su rutina ni sus planes para adaptarse a la llegada de su hijo al que hacía años que no veía. Pensarlo le produjo cierta tristeza, pero por otro lado no se sorprendía de su actitud porque siempre había sido así. Tal vez sentirse solo en terreno desconocido quizás no era lo que más le convenía. Aunque, si era sincero consigo mismo, no tenía muy claro qué necesitaba en ese momento.

Eric se metió en su coche justo cuando empezaba a llover y se quedó mirando el volante. Se había ido pronto de casa de Fátima y Sofía porque no tenía muchas ganas de fiesta y sentía que su presencia oscurecía el ambiente. Se alegraba mucho por su amiga y por su novia. La casa era pequeña pero muy acogedora, y juntas parecían ser la pareja perfecta, aunque, a simple vista, podían aparentar ser polos opuestos. También veía muy animado a Moi y eso ayudó a que se olvidara, al menos por un rato, de Manu. No duró demasiado, porque no podía dejar de pensar en él, en cómo estaría. Era muy posible que le estuviera dando demasiada importancia y Manu estuviera de compras navideñas con su madre y visitando al resto de su familia mientras él seguía ahí, metido en su coche mientras llovía, sintiéndose como el protagonista de un drama coreano.

Desbloqueó el teléfono y se quedó mirando el mensaje. No sabía qué responderle. ¿Debía decirle algo? Quizás un «ok», o un «de acuerdo», ¿o debía de responderle algo más largo y formal? No le gustaba que no le hubiera dicho lo que había pasado, como si no contara con él para nada.

La indecisión le estaba dando dolor de cabeza, por lo que acabó respondiendo con un «sin problema» y se quedó esperando a que llegara el aviso de que se había recibido el mensaje, pero nada; este no se entregaba. Quizás tuviera el teléfono apagado o fuera de cobertura. Podía ser cualquier cosa, y él se estaba preocupando demasiado, pero era algo que no podía evitar. Detrás de todo eso había una sensación que parecía esperar a que fuera el momento oportuno para

presentarse y darle el golpe de gracia. Había vivido muchísimos años en alerta y recordaba lo que era esa ansiedad y ese miedo disfrazados. Con el paso del tiempo había aprendido a enfrentar sus problemas y resolverlos, pero en esa situación no podía hacer nada porque Manu no estaba ahí para hablarlo, ¡ni siquiera tenía el teléfono disponible!

Quizás estaba siendo demasiado agorero, pero no veía que las cosas fueran a terminar demasiado bien.

Daniela se había encerrado en su habitación con la excusa de que aún no había terminado de maquillarse. Sus tías, tíos y varios de sus primos de diferentes edades habían venido a su casa a cenar. Su madre llevaba todo el día cocinando. Ella, en cambio, apenas había salido de su dormitorio, ya no solo porque seguía castigada, sino porque no le apetecía nada relacionarse con nadie ese año. Las palabras de su madre no hacían más que agujerearle la cabeza y la expresión de absoluta tristeza de su padre le quitaba el sueño por las noches. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y volver a encauzar la conversación que tuvo con él.

Se avergonzaba de cómo se había comportado, de las cosas que le había dicho y de todo lo que había pasado después. Había buscado fotos de su abuela paterna, porque no la recordaba, y la encontró cuando hizo su Primera Comunión.

Al ver las fotos, varios momentos de ese día le llegaron a la mente; a sus padres, sus primos, su abuela materna que murió un año más tarde, varios amigos íntimos que tenían sus padres y sus hijos. No parecía estar muy integrada ni ser la mujer más cariñosa del mundo; de hecho, no recordaba ningún mimo por parte de ella. Su madre le había contado que ella era así con todo el mundo; fría y distante, incluso con su hijo, y eso provocó que las lágrimas le inundaran los ojos.

Sabía lo cariñoso que era su padre, lo mucho que disfrutaba recibiendo y dando muestras de amor. Imaginar que la mejor solución que había encontrado para él ese año, gracias a ella, había sido el marcharse con su madre la hacía sentir repulsión por sí misma. Jamás se iba a perdonar algo así; el haber hecho a su padre un hombre solitario y haberlo hundido en la miseria. Esas no eran las palabras que había usado su madre cuando habló con ella, pero ya no era una niña y conocía muy bien a su padre.

Bueno... ¿de verdad lo conocía tan bien? Porque no sabía que también le gustaban los hombres. Era algo que jamás hubiera esperado. Sabía que, en algún momento, su padre tendría que rehacer su vida. Era un hombre muy guapo y cariñoso y tenía claro que encontraría a alguien que lo complementara. Lo que no sabía era que esa persona iba a ser un hombre.

¿Por qué no le había dicho nunca nada? No había podido evitar sentirse engañada cuando lo supo como si toda su vida e historia en común hubiera sido una mentira, pero luego, pensándolo con frialdad... ¿Qué tenía ella que ver con la vida privada y sexual de su padre? Al ponerse en su lugar, lo vio claro, porque ella jamás había hablado de esos temas. Era lógico que él tampoco lo hubiera hecho. Su madre tenía razón, en todo, y ella no podía estar más arrepentida, pero el daño ya estaba hecho.

Varios golpes en la puerta provocaron que se diera la vuelta y fuera hasta ella para girar el pomo y abrir. Su primo Rodrigo estaba al otro lado. El niño, que si no recordaba mal, debía de tener ya trece años, entró sin ser invitado, por lo que no le quedó más remedio que hacerse a un lado y mirarlo con la esperanza de echarlo cuanto antes porque no le gustaba que entraran en su habitación y menos él, que sabía cómo era y siempre que hablaban, acababan peleándose.

—Tu madre te llama. Dice que vamos a cenar ya.

—De acuerdo, vamos. —Le indicó con el brazo que saliera de la habitación, pero al ver que su primo no le hacía caso, se lo quedó mirando—. ¿Vamos?

—¿Estos chinos son maricas?

Daniela apretó los dientes, intentando controlar así la ira que había comenzado a invadir su cuerpo.

—No son chinos, son coreanos, y tampoco son homosexuales.

—¿Seguro? —El niño miraba con atención todas las fotos y posters que había por la habitación.

—No, pero si lo fueran, me daría igual.

—¿Y por qué van maquillados?

—Porque les sale de los huevos. —Su paciencia acababa de agotarse y no se sentía mal en absoluto por hablarle así a su primo pequeño; lo había escuchado hablar con sus amigos y sabía que esa respuesta no iba a impactarle—. Son *idols* y, en la industria a la que pertenecen, es lo normal. Todos los grupos *Kpop* lo hacen; BTS, Stray Kids, Shinee... Es algo natural allí.

—Ah... —Rodrigo siguió examinando todo con detenimiento—. ¿Y para cantar tienen que maquillarse como tías?

Daniela sabía que ya no había marcha atrás.

—¿Tienen que depilarse las cejas los futbolistas para jugar? Si te crees que los que te gustan a ti no se maquillan para ir a fiestas o salir en anuncios, es que eres más tonto de lo que pensaba.

Rodrigo no tardó en reaccionar.

—Seré tonto, pero no soy maricón como estos.

Daniela ni se lo pensó, alzó la mano y le dio una bofetada. Cuando escuchó el sonido seco que dejó su palma contra la mejilla de su primo, supo que se había pasado mucho. El niño, con lágrimas en los ojos y el cachete colorado, salió corriendo del cuarto mientras llamaba a su madre.

Ella no se movió de allí. Respiró hondo y esperó a su madre, porque sabía que la vería aparecer por la puerta hecha una furia.

Y así fue; menos de un minuto más tarde, entró en su habitación, con el ceño fruncido y los labios apretados.

—¿Me puedes explicar por qué le has pegado a tu primo?

Ella comenzó a llorar, y no por la bronca que iba a recibir, sino porque cada vez veía más claro que se había equivocado con su padre y se odiaba por ello. Que su primo se hubiera metido con su grupo *Kpop* favorito no tenía nada que ver. Sin contenerse más, avanzó hacia ella y se abrazó a la cintura de su madre mientras escondía la cara en su pecho. Llevaba días enfadada con ella sin hablarle. No le había dirigido apenas la palabra y eso también hacía que se sintiera mal, porque la relación que tenía con su madre era muy especial.

—Mamá... —farfulló entre sollozos—. Me siento tan mal... No tenía que haberle dicho eso a papá. Yo... —hipó sin poder contenerse—. Lo siento mucho.

Al sentir los brazos de su madre alrededor de ella, se tranquilizó un poco.

—Dani, mírame.

Ella obedeció y dejó de abrazarla para cumplir con lo que le pedía. Cuando lo hizo, su madre siguió hablando.

—Me alegra saber que has entrado en razón. Creo que sería buena idea que llamasess a tu padre, pero ya hablaremos de eso luego, ¿entendido? Vamos a salir y a atender a la familia. Tu tía tiene que estar muy enfadada.

Ella bufó.

—Rodrigo entró aquí llamando maricón a todo el mundo, así que le pegué. Si hubiera podido,

me habría abofeteado a mí misma también.

Patricia apretó los labios.

—Venga, arréglate el maquillaje y mientras voy a hablar con tu tía y con Rodrigo. No tardes.

Al ver que su hija asentía, Patricia caminó hacia la puerta y la cerró. Cuando se quedó sola en el pasillo, pudo al fin dejar escapar la sonrisa que tanto le había costado contener en el dormitorio de su hija y que, a duras penas, había disfrazado con una mueca.

Saber que su hija había comprendido al fin el daño que le había hecho a su padre le había proporcionado una maravillosa sensación de alivio. Ahora quedaba hablar con su hermana y con su sobrino a quien, si pudiera, le daría una torta en el otro cachete, para que espabilara.

Con otra energía con la que había comenzado esas fiestas, caminó por el pasillo, dispuesta a luchar contra todo si fuera preciso.

Eric se sentó a la mesa, al lado de una de sus tías abuelas y de uno de sus primos mayores. Ese año tocaba pasar las fiestas en casa de su prima, porque hacía poco que había tenido un bebé y la familia había decidido desplazarse hasta Tres Cantos, así aprovechaban y conocían al recién nacido y la nueva urbanización con piscina donde se habían ido a vivir. Eso significó que no le quedó más remedio que hacer de taxista esa tarde.

Durante la noche, antes de la cena, estuvo distraído con su tío que quería cambiar de coche y le preguntaba su opinión sobre los nuevos modelos que habían salido ese año al mercado. Cuando se sentó a la mesa para comer, le pusieron delante un enorme plato de croquetas hecho sin duda por alguna de sus tías.

Se quedó mirándolo y apretó los labios, pero no cogió ninguna. Al notar que alguien lo observaba, levantó la mirada y se encontró con los ojos de su madre puestos en él. Ella estaba sentada al otro lado de la mesa, frente por frente a su plato, por lo que podía ver a la perfección lo que había provocado que a él le cambiara la expresión. Al ver que abría la boca, sin duda para decirle algo, reaccionó lo más rápido que pudo; giró la cabeza y vio al marido de su prima con su bebé en los brazos. El hombre pretendía darle el biberón mientras intentaba pillar algo para comer, pero no estaba consiguiendo ninguna de las dos cosas. Esa era su oportunidad.

—¿Le doy el biberón mientras cenas? No tengo mucha hambre aún y puedo comer más tarde.

El hombre lo miró y asintió encantado. Con cuidado, le puso el bebé en los brazos y luego le pasó el biberón.

—No importa que se tuerza el biberón porque la tetina es especial antiburbujas y no traga aire.

Eric asintió. Él no era muy de niños, nunca lo había sido, como tampoco había deseado tener hijos, pero de pronto, al tener a ese bebé en los brazos, comprendió a Manu y la relación que tenía con Dani. Eso era algo que nunca había vivido con su padre porque su progenitor había sido más un monstruo que otra cosa. Entonces se preguntó qué había hecho mal para que alguien quisiera hacerle algo malo a un ser indefenso. Él jamás había recibido amor de su padre, ni consuelo, ni siquiera lástima.

Con la excusa de darle bien de cenar al bebé, se levantó para marcharse al sofá y estar más cómodo. Allí, de espaldas al resto de su familia, pudo apretar los labios y contener las lágrimas que amenazaban con inundarle la cara y el alma.

Pudo esquivar al resto de la familia, incluso a su madre, durante gran parte de la noche, pero ya no tuvo escapatoria cuando, después de dejar a sus tías en sus respectivas casas, su madre tomó posesión del asiento del copiloto, se abrochó el cinturón y se quedó mirándolo.

—Ha pasado algo, ¿verdad?

Eric odiaba que su madre pudiera leerlo como si fuera un libro abierto. Ocultarle algo a esa mujer era imposible.

—En la unidad policial de aduanas están buscando a gente como tú.

Ella le dio un golpe en el brazo por la broma.

—Al menos veo que no estás tan mal pues tienes ganas de meterte conmigo.

Eric no respondió. Arrancó y se incorporó a la carretera. Era bastante tarde y había llovido un rato atrás. La calzada seguía húmeda y apenas había coches circulando.

—Manu se ha ido a Valencia a pasar la Navidad con su madre.

Carmen se quedó mirando a su hijo.

—Eso es bueno, ¿no? Que pase las fiestas con ella.

—No lo sé. No me había dicho nada, aunque sé que no tiene por qué, pero... me avisó cuando iba ya de camino. Me dijo que había tenido un problema familiar y que necesitaba desconectar. Y ya no he vuelto a hablar más con él. Ni siquiera le ha llegado la respuesta que le mandé.

—¿No lo has llamado?

—No. —Puso el intermitente para torcer a la izquierda y meterse en la calle que lo llevaría a casa—. Manu ha tenido varios problemas al principio de nuestra relación. Todos causados por nuestra diferencia de edad y cuando se agobia, pone distancia para poder pensar. Al menos eso creo.

—¿Y crees que ha podido tener algún problema de ese estilo?

—No lo sé, pero todo apunta que sí, porque se lleva bien con su familia. Sospecho que le ha contado algo a su exmujer y que no se lo ha tomado bien.

Carmen se quedó pensativa unos segundos.

—Yo intento ponerme en su situación y no es fácil, ¿sabes? El ser muchos años mayor que tu pareja es como un estigma, porque todo el mundo va a pensar mal, que es una relación de conveniencia o algo peor.

Eric no tardó en explotar.

—¡Pues a mí me importa una mierda lo que piensen los demás!

—Claro, porque tú no tienes mucho que perder, pero él sí.

Eric se quedó callado mientras aparcaba el coche. No lo hizo por la dificultad de meterse en un hueco minúsculo entre dos coches, porque podría hacerlo solo con una mano y con los ojos cerrados, más bien era que necesitaba aclarar las ideas.

—Mamá, ¿tú saldrías con un hombre mucho más joven que tú?

Carmen se subió el cuello del abrigo a pesar de que aún no había abierto la puerta para salir.

—No lo sé. No lo creo.

Eric, que tampoco había salido del coche, miró la cara de su madre.

—¿Por qué?

—Porque tendría miedo de volver a equivocarme. Lo cierto es que no saldría con un hombre más mayor que yo tampoco.

Las palabras de su madre provocaron que se quedara en silencio y no tuviera ganas de preguntar nada más. No quería que ella acabara con la misma sensación que él; la de la soledad

absoluta. Era algo que siempre había estado ahí y que, desde que Manu se había marchado, había ido tomando más fuerza. Parecía que la muy traicionera lo había empujado a conocer el amor, a sentirse acompañado, querido y deseado, para luego arrebatarse lo que más quería para dejarlo solo de nuevo, esta vez con otros nuevos sentimientos, como el de la pérdida y el anhelo.

—Eric.

Fue consciente de la voz de su madre cuando iba por el rellano del segundo piso. De fondo se escuchaba a los vecinos cantar a toda voz en lo que parecía ser un karaoke. Se giró y la miró.

—Sea lo que sea lo que tenga que pasar, recuerda que todo lo que nos sucede sirve para algo, aunque a veces no lo entendamos. —Le acarició la mejilla y luego lo abrazó—. Y por supuesto, siempre me tendrás a tu lado.

Eric cerró los ojos y apretó los párpados para intentar contener esas lágrimas que le quemaban tras los párpados. Quizás se estaba adelantando a los acontecimientos y había hecho un castillo de un grano de arena, pero podía sentirlo en el aire, alrededor de él. Podía sonar fantástico, pero de nuevo volvió a percibir que los fríos dedos de la soledad le recorrían la espalda.

Manu miró la enorme mesa del salón de casa de su madre frente a él, toda dispuesta, con la mejor vajilla y la cubertería de plata. Alrededor, sillas vacías que no iban a llenarse esa noche, ni nunca. Frente a él, el lugar que ella siempre había ocupado y que esa noche también estaría desierto.

¿De qué servía tener a su alcance una succulenta cena si no había nadie con quien compartirla? Su madre se había marchado un rato atrás. Había hecho planes. En lugar de quedarse con él, con su único hijo, con la persona que había regresado a su hogar de su infancia buscando consuelo y solo había encontrado indiferencia.

Apenas probó un bocado. Lo guardó todo en la nevera y recogió la cocina. Luego se fue a su cuarto y se tumbó en la cama, boca arriba, con la luz apagada. Estuvo tentado de encender el teléfono y llamar a Eric. Lo conocía demasiado bien para saber que el joven estaría haciéndose un millón de preguntas. Había pensado hablar con él, pero no quería que supiera cómo se sentía. Tenía un extraño don para saber lo que pasaba por su mente, a veces incluso antes que él mismo. Si lo llamaba, era consciente de que Eric acabaría cogiendo el coche y colándose en Valencia en un tiempo récord y no era eso lo que quería.

Tampoco había solucionado nada consigo mismo. Había ido hasta donde su madre para aclarar las ideas, pero ahora se sentía más confundido que antes. No sabía qué camino era el correcto y mucho se temía que allí no iba a arreglar demasiado.

Entonces pensó en marcharse y regresar a Madrid, pero tampoco estaba preparado para volver allí y que todos comenzaran a preguntarle en qué diablos se había convertido su vida. Tenía una hija que lo odiaba, a un exjefe que aborrecía, una vecina cotilla, y una relación perfecta que el mundo y él mismo habían permitido que quedara manchada hasta convertirla en algo impuro. Por más que lo intentaba, no podía quitarse las palabras de su hija de la cabeza. Dani era su vida y jamás haría nada que pudiera avergonzarla. ¿Significaba eso que tendría que alejarse de Eric?

Durante los días que siguieron, apenas vio a su madre porque se fue con varios conocidos de

excursión a una visita que tenía programada con una asociación vecinal a Barcelona. Cuando regresó, el mismo día 31 por la tarde, él la esperó en el salón. No tenía esperanza de que fuera a sentarse a hablar con él para preguntarle por su vida y por el motivo que lo había llevado hasta allí. Nunca lo había hecho, pero eso ya lo había superado; en realidad, esos días en soledad en una casa que ya no era la suya lo habían ayudado a aclarar algunas ideas y a tomar al fin el valor que le faltaba para enfrentarse a su madre.

—¿Te dejo la cena hecha? Aunque el otro día apenas comiste nada —le había preguntado ella cuando entró en la cocina. Ni siquiera se había vuelto a mirarlo, ni le había preguntado cómo le había ido esos días solo en casa.

—Mamá... ¿Tú no sientes curiosidad por saber por qué he venido?

Mercedes apenas se giró para mirarlo, pero siguió aclarando los platos que había dentro del fregadero.

—Supongo que porque no podías pasar la Navidad con tu familia, ¿no? Imagino que Patricia habrá rehecho su vida, habrá conocido a alguien y tú ahí ya no pintas nada. Ya sabes mi opinión, Manuel; nunca debiste haberla dejado marchar. Esa separación fue un error.

A Manu se le había olvidado lo que opinaba su madre de su divorcio, pero no iba a volver a eso porque era imposible hacer que esa mujer cambiara de parecer.

—Lo cierto es que sí que tenía con quién pasar estas fiestas, pero necesitaba pensar. También quería ver si nuestra relación había mejorado, pero me he dado cuenta de que no.

—Tú y yo somos así. Nunca nos hemos contado las cosas. Esa relación la tenías con tu padre porque los dos parecíais dos gotas de agua.

—¿Tú echas de menos a papá?

Mercedes dejó de fregar, se secó las manos con un trapo que había a su lado, sobre la encimera, y se volvió hacia él.

—Claro que lo echo de menos, pero ya hace mucho tiempo que murió, y uno tiene que adaptarse a la vida que le toca vivir. Al igual que tienes que hacer tú, Manuel. Decidiste separarte y ahora tienes que vivir con las consecuencias.

—Fue una decisión mutua —la interrumpió porque se lo había explicado a su madre mil veces, pero para ella, al parecer, solo había un culpable.

—Da igual. Si tú no hubieras querido, no os habríais divorciado.

—¿Y habríamos vivido infelices el resto de nuestras vidas?

—Al menos no estarías solo.

Manu apretó los labios para contenerse, pero al final no pudo guardar silencio.

—Tengo pareja, mamá. Y es un hombre —soltó, lo que provocó un silencio abrumador en la cocina—. De hecho, es bastante más joven que yo, pero me quiere, y yo lo quiero a él.

Mercedes había mantenido apretados los labios mientras lo escuchaba. Era un gesto característico suyo y ese mal hábito le habían provocado varias líneas de expresión alrededor de la boca.

—Si has venido aquí a buscar mi bendición, Manuel, no la vas a tener. Ya sabes lo que opino de tu divorcio y me imagino que recuerdas lo que opino sobre los homosexuales.

—Lo sé. —Su voz fue apenas un susurro entrecortado.

—Entonces, ¿para qué has venido si sabes que yo no estoy de acuerdo con nada en lo que se ha convertido tu vida?

El nudo que tenía desde hacía días en mitad del pecho se hizo más fuerte y poderoso y tuvo que tragar para intentar mitigar el dolor que sentía en ese momento. No era físico, a su cuerpo no

le pasaba nada, pero su alma agonizaba. Las palabras de su madre solo habían servido para que la herida se hiciera más profunda y sangrara con más abundancia.

—He venido porque pensé que dejarías tus prejuicios e ideas atrás al ver a tu único hijo venir a buscarte hundido, mamá. —Sin poderlo controlar, varias lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. No quería llorar frente a ella. No quería sentirse débil y vulnerable cuando sabía a la perfección que jamás obtendría ningún tipo de consuelo por su parte—. Porque he llegado apenas sin hablar, demacrado, apenas he comido, ni he articulado dos palabras seguidas y a ti te ha dado igual, mamá. Puedo entender que tengas tus ideas y tus principios, pero pensaba que el amor por un hijo estaba por encima de todas las cosas. —Porque para él era así, por eso había llegado a ese estado; porque lo que pensara Daniela de él era lo que más le importaba en el mundo.

—Tú ya eres adulto, Manuel, y eres padre. Que vengas a que te cure una herida como cuando tenías ocho años es un poco ridículo, ¿no crees?

Él negó con la cabeza y se limpió las lágrimas de los ojos.

—No, no es ridículo, porque un hijo es para toda la vida y si mi hija me necesita dentro de treinta años, si puedo ayudarla, la ayudaré. Siempre lo haré.

Mercedes resopló.

—¿Hemos acabado de hablar? ¿Te preparo la cena para esta noche?

Manu apretó tanto los dientes que temió que le estallaran por la presión. El grito que le nacía en medio del pecho y se moría por soltarle, le hizo bastante daño al tragárselo. Jamás se había sentido tan solo y tan perdido, porque fue en ese mismo momento en el que al fin se dio cuenta de que su madre jamás lo apoyaría y eso era algo que no cambiaría por mucho que lo intentara. Carraspeó y negó con la cabeza mientras luchaba para que la voz no se le quebrara.

—No. Voy a recoger mis cosas y voy a volver a Madrid.

Ella lo miró sin ninguna expresión en el rostro, como si le diera igual lo que le sucediera a su hijo.

—Si eso es lo que quieres, por mí, bien.

Manu la vio salir de la cocina y él se quedó ahí, preguntándose cuándo su madre y él se habían distanciado tanto, hasta el punto en el que parecían dos desconocidos.

Caminó hacia la habitación y guardó las pocas prendas que había llevado consigo, cerró la maleta y salió al pasillo. No vio a su madre por ninguna parte de la casa, ni siquiera en el dormitorio, ni en el baño. Quizás eso fuera lo mejor; agarró el pomo de la puerta y salió. El rellano de la escalera lo recibió vacío, con un eco que parecía seguirlo a cada escalón que bajaba.

No le costó encontrar un taxi disponible que lo llevara a la estación. Durante el trayecto estuvo perdido en el paisaje, en lo poco que había disfrutado de la ciudad y pensó que, quizás, jamás regresaría a ese lugar.

En la estación intentó pillar el primer tren que saliera para Madrid, pero para su sorpresa, no había ninguno disponible hasta la mañana siguiente. Al darse cuenta de que no podía hacer nada más salvo esperar, caminó hacia la primera línea de asientos que había en la estación y se sentó. Miró su teléfono apagado y se preguntó si Eric le habría respondido. Sentía curiosidad, pero la necesidad de estar solo con su propio dolor era más fuerte. No quería compartir sus quebraderos de cabeza ni su tristeza con nadie.

Era consciente de que podría haber actuado de otra manera, pero había decidido correr a esconderse como un animalillo asustado. Esa no solía ser la solución a los problemas, pero era lo único que había querido hacer porque, cuando parte de su mundo se tambaleaba, el resto también

lo hacía, como sucedía con un terremoto real. Su mente no tenía esa clase de amortiguadores para contrarrestar las sacudidas y poner a salvo todo lo demás para no derrumbarse entero. Eso era precisamente lo que había pasado con él; no había visto venir el desastre y este le había dado de lleno en la cara sin darle la posibilidad de reaccionar. Y para una persona como él, el tenerlo todo bajo control era algo fundamental para poder pensar con claridad.

La estación se fue quedando vacía conforme fue avanzando el día. Delante de él, sobre su cabeza, había un reloj enorme que parecía andar a pedales. Cuando al fin la aguja del minutero decidió llegar a su destino y marcar las doce en punto, miró a su alrededor. La soledad había tomado posesión de todo lo que lo rodeaba y parecía haberle arrebatado absolutamente casi toda su vida.

Decidió no pensar y se hundió más en el asiento, con la esperanza de que la mañana no tardara demasiado en llegar.

Eric se quedó dentro del coche a la espera de que llegara Moi. Su amigo le había preguntado el día anterior si le apetecía hacer algo después de las uvas. Fátima y Sofía se habían apuntado a ir a una fiesta que daban unos amigos que tenían en común, pero él no tenía ganas de ir. No estaba de humor para sociabilizar con nadie en esos momentos y, por lo visto, Moi tampoco, porque le preguntó si iban los dos solos en plan tranquilo por ahí. Si era sincero consigo mismo, la invitación lo sorprendió porque en esos últimos meses había tenido que arrastrar a su amigo para quedar con él. Ahora parecía ser al contrario y agradeció su esfuerzo para pasar un rato los dos juntos.

Cuando vio a Moi llegar, envuelto en un abrigo gigante, desbloqueó las puertas del coche y esperó a que entrara. Hacía bastante frío y llovía a ratos. El tiempo parecía estar en sintonía con su humor, por lo que podía ver.

—¿Dónde vamos? Pero te advierto que no tengo ganas de estar rodeado de gilipollas borrachos.

—Tranquilo. Solos tú y yo. ¿Cuánta gasolina tienes?

Eric frunció el ceño al escuchar a su amigo. Accionó el motor y miró el cuadro de mandos del coche.

—Algo más de la mitad. ¿Por?

—Perfecto. Vamos a Los Santos de la Humosa.

Eric abrió los ojos como platos al pensar que a su amigo se le había ido la cabeza.

—¿Qué? Te has vuelto loco, ¿verdad? ¿Qué has cenado?

Moi se rio.

—Me apetece ir al mirador de allí. ¿Me llevas? Por favor.

Eric era muy consciente de que no sabía decirle que no a su amigo. No le apetecía nada ir hasta allí, pero lo haría por él.

—Está bien. Pero como me metas mano en el mirador, te abofeteo y me largo de allí.

De nuevo, Moi se rio.

—Tranquilo, sabré controlarme. No eres mi tipo, ¿sabes? Te faltan pechos y te sobra polla.

Ahora fue el turno de Eric de reírse.

—De eso nunca sobra, querido. —Y con ese aire distendido entre ambos, puso rumbo hacia

donde le había dicho. Recordaba cómo llegar porque un año atrás habían ido al circuito de karts que había en la localidad que era bastante conocido en la zona—. ¿Y por qué quieres ir a ese sitio?

Moi se encogió de hombros.

—Me gustó mucho la zona y me apetecía ir con calma, porque cuando fuimos la última vez, éramos muchos y fue un caos. Apenas pude apreciar las vistas desde el mirador y me quedé con las ganas.

Eric había estado atento a la carretera mientras su amigo le hablaba. Habían estado un rato en silencio, disfrutando de la música tranquila de fondo que había aparecido al arrancar el coche. Iban ya por Torrejón de Ardoz y pronto lo dejarían atrás para llegar hasta Alcalá de Henares. Fue ahí cuando comenzó a ver rastros de nieve en el arcén de la carretera.

—Pues has elegido un buen día, porque creo que estará nevado.

Los ojos de Moi se iluminaron.

—¿Tú crees? Sé que ha hecho mucho frío esta semana, pero ha llovido y pensé que la nieve se habría quitado.

—Eso fue en Madrid. Aquí hay restos aún, así que, aunque no sea mucha, creo que podrás disfrutarla.

—Genial. Me encanta la nieve, aunque me muera de frío. Pero oye, ¿necesitas las cadenas para la nieve? ¿Tienes?

—Siempre las llevo en el maletero porque nunca sé dónde voy a ir con algún cliente, pero no creo que las necesitemos. Solo se utilizan cuando hay temporal y nieve espesa, y no creo que haya.

—¿Sabes que te escucho hablar y no pareces el mismo tío que conocí en el curso, que no sabía ni lo que era un embrague?

Eric se picó.

—¡Oh! ¡Habló el listo que se crio en el taller de su padre! Puede que llegara al curso sabiendo lo básico, pero os di una paliza a todos.

—En eso tienes razón. ¿Cuándo creciste tanto, Eric?

Eric escuchó la pregunta de su amigo y no respondió. En su lugar, se quedó con la mirada fija en la carretera. Aunque guardó silencio, las palabras seguían dando vueltas en su cabeza. Él tampoco tenía clara la respuesta. Quizás el suceso de su padre le había hecho terminar de madurar de golpe, el miedo de no saber qué sería de él, la enfermedad incurable y terminal de su mejor amigo, conocer a Manu... Todo parecía haber dejado marca en él. Tenía la creencia de que la vida era una carrera con distintos obstáculos, algunos mejores y otros peores, pero lo importante era seguir avanzando, aunque él en ese preciso momento de su vida se hubiera detenido en boxes por tiempo indefinido.

—Hemos llegado —anunció tras estacionar y apagar el motor. El lugar estaba desierto a esas horas y solo las luces que decoraban el exterior de algunas casas le confirmaron que había gente que vivía en aquella zona.

—¡Qué rápido! La otra vez que vinimos se me hizo más largo.

—Porque paramos mil veces y había mucho tráfico. —Eric subió la cremallera de su abrigo hasta arriba e incluso se puso el gorro acolchado de pelo sintético para calentarse las orejas—. Además, te recuerdo que viajar con Fátima es una tortura porque se va haciendo pis cada cinco minutos.

—Tienes razón.

Eric había salido del coche y había comenzado a andar hacia el mirador. Como era de esperar, a esa hora no había ni un alma en la zona. Al caminar, sus huellas se dibujaban en la poca nieve que quedaba. Cuando llegaron al borde del mirador, se apoyaron en la valla de madera y miraron hacia el frente. Al fondo, gracias a la claridad de la noche y a la luna llena, se veían las luces de la gran ciudad brillar con fuerza, como si supieran que esa noche era especial.

—Me gusta este sitio. Gracias por traerme, Eric.

Él le dio un codazo suave y giró la cabeza también para admirar lo bonita que era Madrid desde cualquier punto.

—¿Y ahora qué hacemos? —Al ver que Moi registraba en un bolsillo interior del abrigo, se quedó mirándolo, intrigado, hasta que vio lo que había sacado. Entonces abrió los ojos como platos—. ¡Tío! ¿Te has traído un porro?

—Sí, me apetece. Y no voy a ofrecerte porque recuerdo aquella excursión a Toledo en la que acabaste viendo dragones en la catedral. Menos mal que se te pasó antes de que te compraras la espada, si no, habríamos tenido un problema gordo.

—Joder, ¿cuántas veces os tendré que decir que fue la mayonesa del sándwich lo que me sentó mal?

—Claro, claro.

Eric no insistió porque la verdad no la sabía ni él, pero eso no era importante. Lo que no podía creer ahora era la destreza con la que su amigo se estaba liando un peta.

—Te veo muy suelto. ¿Llevas mucho fumando?

—Unos meses. —Moi acabó de liarlo, sacó un mechero del bolsillo y lo encendió. Tras la primera calada, respiró hondo—. Me encanta el olor.

—¿Puedes fumar eso tomando tu medicación?

—Sí, no pasa nada. ¡Ah! Por cierto. —Hurgó en el otro bolsillo y sacó un chupachups de cola—. Para ti.

Eric esbozó una sonrisa, estiró el brazo para aceptar el regalo y le quitó el papel. Tras guardarse el envoltorio en el bolsillo del abrigo, se lo metió en la boca.

—Me encanta. Gracias. No hace el mismo efecto que lo tuyo, pero bueno. Alguien aquí tiene que ser responsable.

—Yo no desestimaría el poder del azúcar.

—Supongo que tienes razón. —Se puso a jugar con el palito mientras chupaba la bola de caramelo—. Aunque algo más fuerte no me vendría mal, la verdad.

—¿Aún sigues sin tener noticias de Manu?

—Nada de nada. Ni siquiera le ha llegado mi mensaje.

—Quizás ha perdido el teléfono en el viaje, o se le ha roto. No sé. Pueden suceder muchas cosas.

Y Eric las había barajado todas, por eso negó con la cabeza. Para él estaba bien clara la respuesta.

—Aunque le hubiera pasado algo de eso, se sabe mi teléfono. Es una máquina con los números y si hubiera querido, me habría llamado.

—No sé. Si el día anterior estabais bien y ha desaparecido de pronto...

—Algo le ha pasado con su familia. Para él es muy importante; sobre todo, su hija. Tengo la impresión de que la historia va con ella y no con la exmujer—suspiró—. Pero a fin de cuentas el resultado es el mismo, porque no puedo evitar sentirme abandonado, como si hubieran jugado conmigo, ya no sirviera más y me han dejado a un lado, olvidado.

Moi le palmeó la espalda. Acababa de darle una calada al porro y giró la cabeza para no echarle el humo en la cara.

—No pienses así. Estoy seguro de que hay una explicación y que la conocerás. Lo sé.

Eric giró la cabeza para mirarlo. Tenía los ojos vidriosos, no sabía si del frío o por cómo se sentía.

—Es posible, pero... ¿qué haré después de esa explicación? Porque no puedo evitar sentirme mal, y lo peor es que no hay nada que yo pueda hacer para no sentirme así. Y me odio por montarme toda esta película en la cabeza y por no saber qué hacer porque seguro que a él también le pasa algo y no... —Se mordió el labio inferior al intentar contenerse para no ir a más, porque no quería. No podía—. No poder ayudarlo me mata.

—Eric, tienes que darle tiempo al tiempo. Manu es un buen tío y al final te dará una explicación. Ya lo verás.

Eric se quedó mirando las luces al fondo, perdido en ellas.

—¿Y si lo que vaya a decirme no quiero oírlo? ¿Y si termino solo?

Moi dio otra calada y se tomó su tiempo para responder.

—¿Te acuerdas de la tarjeta de cumpleaños que me hiciste hace unos años? Decía: «La amistad es como las estrellas. No podemos verlas siempre, sin embargo, sabemos que siguen ahí». Pues nosotros igual. Quizás no vayamos a poder vernos como queremos, pero siempre vamos a estar ahí. Siempre estaré ahí y no te dejaré solo.

Una lágrima rodó huidiza por la mejilla de Eric.

—Volvamos a Madrid —dijo furioso mientras se daba la vuelta para volver a su coche sin esperar la respuesta de su amigo.

Por el camino se apartó las lágrimas traicioneras que brotaron de sus ojos pese a su insistencia de que ni quería ni podía echarse a llorar. Bastante tenía con su tema con Manu como para ponerse a pensar en que Moi no estaría a lo largo de su vida con él. No. Se negaba a pensar en nada más porque estaba seguro de que se volvería loco si seguía así.

Madrid parecía otra ciudad distinta esa primera mañana del nuevo año. Manu tenía la sensación de que hacía un siglo que se había marchado de allí y no una semana atrás. Esos siete días habían sido decisivos para aceptar y comprender muchas cosas. Podía decir que su madre lo había ayudado a tocar fondo, pero, lejos de hundirse, decidió tomar impulso para salir a flote. No sabía cuándo lo lograría, pero ya lo estaba intentando, porque no era lo mismo nadar a pesar de que no supiera hacia dónde ir, que quedarse flotando y ver dónde lo llevaba la marea.

No se encontraba bien; sentía que lo había hecho todo mal, que había perdido el tiempo, que se lo había hecho perder a los demás y que, además, les había engañado.

Con ese cúmulo de emociones llegó a casa. Era media mañana y todo parecía estar en silencio, hasta que vio una sombra en el salón.

—¡Joder, Manu! —Antonio, que iba en pijama y, por el aspecto que tenía, era bastante probable que se hubiera acabado de levantar. Se llevó la mano al pecho y lo miró desde lejos—. ¡Me has dado un susto de muerte!

Manu cerró la puerta de la entrada tras él y caminó hacia el salón. Dejó su maleta a un lado y lo miró.

—¿No trabajas hoy?

Antonio levantó una ceja y le devolvió la mirada como si le hubiera salido un tercer ojo en la frente.

—Hoy es uno de enero. Es festivo. ¿Recuerdas?

—Ah. —La verdad era que no lo había pensado—. Cierto.

—Manu... —Fernando acababa de aparecer por la puerta con un ojo abierto, otro cerrado y el pelo revuelto—. Qué bueno que has vuelto a casa. Te hemos echado de menos.

Manu no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa al oírlo. Ni su propia madre lo había recibido así.

—Gracias. Yo también os he echado de menos —respondió. No tenía pensado encontrarse con nadie y no tenía muy claro hasta qué punto estaba preparado para contar las miserias de su vida, porque le iban a preguntar. Estaba seguro.

—¿Qué tal tu madre? —Antonio se había repantigado en el sofá y lo miraba desde ahí—. Porque el escueto mensaje que mandaste parecía un telegrama y luego has tenido el teléfono apagado. ¿No te funciona?

Esa suposición era mucho más fácil de decir que admitir que no lo había encendido porque no era lo suficientemente fuerte para enfrentarse a su vida ni a nadie. Elegir la primera opción le habría ahorrado muchas explicaciones, pero mentir a su amigo estaba fuera de toda discusión. Agarró el respaldo de la silla y tiró de ella para sentarse frente a Antonio.

—Sí que funciona, o eso creo, pero necesitaba estar solo.

Antonio cambió la expresión al oírlo.

—¿Qué te ocurre?

Mientras meditaba las palabras adecuadas, se rascó el puente de la nariz, intentando así ordenar las ideas.

—Digamos que se me han juntado muchas cosas y no he sabido gestionarlas bien.

—¿Has roto con Eric?

Manu levantó la cabeza para mirar a Fernando. El chico fue a sentarse junto a su padre en el sofá y lo miró con el mismo ceño fruncido.

—Creo que será mejor que os lo cuente en orden, pero voy a intentar resumirlo lo mejor posible porque no quiero amargaros el primer día del año —respondió, dejando así la pregunta de Fer en el aire. Vomitó todo lo que tenía dentro sin dejarse nada ante la atenta mirada de los dos hombres que no dijeron ni una sola palabra.

—¿Y no te cagaste en su felpudo?

Antonio y él miraron a Fer que era el que acababa de hacer esa pregunta. El joven no parecía para nada arrepentido.

—¿Qué? Que aprenda a meterse en sus cosas.

Antonio miró a su hijo.

—Eres un cerdo. —Luego se volvió hacia Manu—. La habrás mandado a la mierda, ¿no?

Como parecía ya algo habitual en él, Manu ignoró la pregunta y siguió hablando.

—Luego hablé con mi hija. Ella también me había visto con Eric y no se lo ha tomado nada bien. De hecho, me llamó asaltacunas, corruptor de menores, vicioso y me dijo que no quería pasar la Navidad conmigo. Ah, y que se avergonzaba de mí como padre.

Hizo una pausa al ver que las bocas de Antonio y Fernando se abrían formando una perfecta O.

»El caso es que fueron demasiadas cosas muy seguidas, así que lo único que se me ocurrió fue marcharme a Valencia, con mi madre, para desconectar de todo. Pensé que eso me vendría bien, aun sabiendo que ella nunca ha sido una persona demasiado cariñosa ni empática. No sé.

Meditó unos segundos para encontrar las palabras adecuadas.

»La verdad es que pensé que me sentiría a salvo y protegido en la casa donde había vivido de pequeño, pero no fue así. Sea como sea, me ha venido bien estar estos días en un ambiente distinto. Y aquí estoy.

Hubo un pequeño silencio donde parecía que todo Madrid se había detenido para escucharlo, hasta que Antonio hizo la pregunta que estaba temiendo.

—¿Y Eric? ¿Qué te ha dicho él de todo lo que te ha pasado?

Manu bajó la mirada hacia el suelo mientras respondía.

—No he hablado con él. Le mandé un mensaje diciendo que me iba y apagué el teléfono. Aún no lo he encendido, así que no sé qué me habrá respondido.

—Tío. —Fer se había echado hacia atrás mientras se pasaba las manos por la cabeza—. A mí me hacen eso que tú le has hecho a él y me habría cabreado muchísimo. A ver, que te entiendo, pero le habría dicho tres cosas a tu vecina y otras tres a tu hija. Eres demasiado blando.

Manu asintió porque a Fernando no le faltaba razón.

—Lo sé. Me pilló con la guardia baja y hui. Fue lo único que atiné a hacer.

—Tenías que haber hablado conmigo. —El chico parecía algo molesto—. En media hora te habría despachado a todos, incluso al mamón de tu jefe.

—Piensas dejarlo, ¿verdad? Por eso has apagado el teléfono y te has distanciando. Para que te odie y seas tú el malo de la historia. Digamos que así él sufre menos, aunque tú te quedes hecho una mierda. ¿He acertado?

Manu contuvo la respiración mientras Antonio metía el dedo en la llaga. Su amigo era experto en eso.

—Creo que es lo mejor. Ahora tengo que buscar fuerzas para dejarlo ir.

—Pero... ¿por qué? No lo entiendo. —Fernando parecía haberse tomado el asunto como si se tratara de su propia vida—. Ese tío es la hostia, hacéis una gran pareja, super responsable y maduro para su edad. ¡Es mi ideal a seguir! ¿En serio vas a dejarlo ir por lo que piensen los demás?

Eso era algo que, por más que le daba vueltas no llegaba jamás a nada en claro. En su lugar, las palabras de su hija le taladraban la cabeza y le recordaban que él era su padre y que tenía que darle ejemplo.

—No es por los demás. Es mi hija.

De nuevo ese silencio lúgubre regresó a ellos y los envolvió. El ambiente se había vuelto espeso y costaba respirar.

—¿Y qué vas a hacer con el trabajo? —Antonio volvió a romper el silencio.

—No lo sé. Antes de que todo esto pasara, había imaginado dejar mi trabajo y montar algo por mi cuenta en el trastero que tengo en el sótano de mi casa. Incluso llegué a imaginarme allí viviendo con Eric, trabajando juntos y... —Paró, al darse cuenta de lo lejano que estaba todo eso—. Bueno, ya nada de eso es posible, así que miraré los anuncios a ver qué hay para la gente de mi edad.

—Eres muy bueno con los números. Vas a encontrar trabajo muy pronto.

Manu sonrió a Fer y le agradeció con la mirada sus palabras. Él no lo tenía tan claro. Sabía cómo estaba el país, la tasa de paro que había y lo complicado que era conseguir un puesto de trabajo pasados los cuarenta.

—Me voy a la ducha. —Fernando se levantó del sofá y se estiró—. ¿Os apetecen churros? Os invito yo. Consideradlo mi regalo de Reyes.

Antonio se rio.

—Eso significa que no nos vas a regalar ni unos tristes calcetines, ¿verdad?

El joven le guiñó un ojo y se perdió en el pasillo rumbo al baño. Manu y Antonio se quedaron en el salón.

—¿Quieres mi consejo?

—Claro. —Manu estaba deseando escuchar a su amigo.

—No pienses tanto. Ese es tu problema; que a todo le das mil vueltas y las cosas tienen su proceso, ¿sabes?

—Lo sé. El problema es que no puedo evitar hacerlo.

Antonio respiró con profundidad por la nariz haciendo bastante ruido.

—Respecto a tu idea de montar tu propio negocio, me parece algo increíble. Tienes lo más complicado, que es el sitio, por el que no tienes que pagar nada. Ya lo que quieras ofrecer o vender es cuestión de plantearlo y ver si es viable.

—No lo he meditado con profundidad, aunque cueste creerlo, porque pensé que jamás tendría el suficiente valor para dejar mi trabajo y establecerme por mi cuenta. Y luego, cuando al fin soy libre, he estado ocupado autocompadeciéndome en lugar de hacer algo útil.

—Pues yo creo que ya ha llegado el momento de ponerse manos a la obra. Montar algo que te mantenga ocupado puede ser tu salvación.

—Quizás sí, pero no es tan fácil. Aunque ya tenga el lugar, no tengo nada más, ni siquiera ahorros para emprender lo más básico, y dudo que los bancos vayan a concederme ningún tipo de préstamo con mi edad.

A Antonio le brillaron los ojos al oírlo.

—Querido amigo, estás hablando con un tío que trabaja en una sucursal y que es el ojito derecho de la directora. Déjamelo a mí.

—Antonio, no. No quiero ponerte en ese compromiso. Además, que yo no he dicho que vaya a emprender algo. Solo era una idea.

Antonio se levantó y caminó hacia la cocina.

—¿Quieres un café?

—Doble, por favor. —Lo siguió. Cuando llegó a su lado, le detuvo la mano con la que estaba cogiendo una taza. Así logró que lo mirara—. No hagas nada hasta que lo medite más profundamente. Por favor.

—Está bien —chasqueó la lengua—. Pero te doy como mucho hasta pasado mañana. Ahora lo que tienes que hacer es arreglar lo de Eric. Habla con él, pero no lo dejes ir.

La seriedad con la que su amigo le había hablado sobre Eric provocó que el corazón le diera un vuelco.

—Tengo que hacerlo —respondió con un hilo de voz. Había apartado la mano de la taza que estaba cogiendo su amigo y la guardó en el bolsillo.

—Pero ¿por qué?

—Porque no puedo seguir con una relación por la que no puedo luchar ni a la que puedo defender porque hasta yo mismo dudo de ella. Tendría que haber sido más firme y haberme negado desde un principio —se lamentó—. Además, Eric no se merece una persona como yo. Él es divertido, increíble, alegre, fuerte y debería de estar al lado de alguien que lo valore por todo lo que es.

—¿Y tú no haces eso?

—Yo siempre le he dado mucha importancia a la diferencia de edad, y no sé hacer otra cosa. Por eso, lo mejor es terminar cuanto antes.

Eric llegó a su casa y cerró la puerta con cuidado para no dar ningún golpe y despertar a su madre, aunque estaba algo avanzada la mañana.

Moi y él habían vuelto del mirador cuando aún no había amanecido, pero se habían quedado en el coche hablando, aparcados en la acera frente al taller. Habían recordado muchas vivencias juntos y se habían reído de las aventuras en las que se habían metido.

Desconectar de esa manera le había venido bien porque había dejado de pensar en Manu y había pasado un rato agradable con su amigo, que parecía haber captado la indirecta de que no quería que se pusiera transcendental. No necesitaba nada de eso en esos momentos y lo único que quería era mantener la mente lejos de todo.

Cuando terminaron de hablar, Eric lo despidió con la mano cuando su amigo se volvió en medio de la acera y le dijo adiós, también con la mano. Al final sí que le había dejado olor a porro en el coche y tenía que ver la manera de quitarlo de la tapicería antes de seguir trabajando. Ya lo regañaría por eso la próxima vez que lo viera, porque lo único que quería era volver a casa y dormir. No quería dejarle tiempo libre a su cerebro para que se pusiera a divagar. Tampoco quería hablar del tema con su madre, que había estado en plan sabueso tras él durante todas las fiestas. En todos esos días había tenido éxito esquivándola.

Hasta ahora.

Tras cerrar la puerta de la entrada todo lo suave que pudo, se descalzó para no hacer ruido y

dio un paso en la entrada de la casa mientras giraba la cabeza hacia la cocina. Allí, delante del fregadero, estaba su madre, con una taza en la mano y una ceja levantada.

—Vaya horas de venir, Eric. Podías haber avisado.

—Perdón. No he caído. He estado con Moi toda la noche.

—Ah. —Carmen se había terminado su café y procedió a dejar la taza dentro del fregadero —. ¿Cómo está?

—Yo lo he visto mucho mejor que otras veces, la verdad. —Comenzó a quitarse el abrigo y lo colgó en el perchero.

—¿Quieres café?

—No, gracias. Me voy a la cama. Estoy muy cansado y aún no sé si trabajaré luego.

—Eric.

Al oír la voz firme de su madre, no tuvo más remedio que detenerse. Solo había dicho su nombre, pero la conocía lo suficiente como para saber que ese no era su tono habitual. Sin escapatoria posible de poder encerrarse en su cuarto, se giró hacia ella.

—Aún no sé nada de él y creo que, cuando regrese, no voy a tener buenas noticias.

Carmen suspiró y caminó hasta pararse a su lado

—No adelantes acontecimientos, ¿de acuerdo?

Eric solo pudo asentir. Temía expresar sus miedos y la terrible sensación que tenía en el cuerpo porque sabía que se echaría a llorar de un momento a otro y no quería que su madre se preocupara más por él. Todo el mundo con el que había hablado le había dicho lo mismo; que no se pusiera en lo peor.

Era fácil de decir, pero ahí el único que de verdad conocía a Manu era él. Sabía cómo pensaba, cómo era, cómo razonaba y si se había quitado del medio sin decir nada, era porque algo gordo tenía que haber pasado y, sin remedio, lo había salpicado a él.

—Voy a acostarme. —Eric se pasó la mano por la cara, porque el sueño ya había comenzado a hacer mella y le pesaban los ojos—. No puedo más.

—Está bien. —Carmen caminó hasta él y se tuvo que poner brevemente de puntillas para darle un beso en la mejilla a su hijo—. Eric, ¿a qué hueles?

Eric cerró los ojos y negó con la cabeza. La próxima vez que viera a Moi iba a matarlo.

—Es cosa de Moi. Te lo prometo. Regáñalo a él.

Por la cara que puso, su madre decidió creerle.

—Descansa. Esta tarde es posible que no esté aquí. He quedado con tus tías.

—Pasadlo bien.

Eso fue lo último que Eric pronunció antes de tirarse sobre el colchón, sin desnudarse ni nada. No podía con su vida y hasta deshacer la cama era algo demasiado complejo como para hacerlo en ese momento. Sin más, cerró los ojos y se durmió.

Cuando despertó, mucho rato más tarde, se dio cuenta de que el sonido de los mensajes que le estaban llegando al teléfono habían sido los causantes de que regresara de los brazos de Morfeo. Durante un segundo se sintió esperanzado y se incorporó con rapidez, deseando que, al mirar la pantalla, viera alguna señal de vida de Manu.

Pero no fue así.

Los mensajes que le estaban llegando eran de un compañero de trabajo con el que se llevaba muy bien. Le pedía el favor de si podía llevar a un cliente que salía en poco tiempo, a Medina del Campo, un pueblo de Valladolid. Había pasado antes por esa zona y era una ruta rápida y

sencilla. Poco más de dos horas ida y otras tantas de vuelta.

Chasqueó la lengua y se quedó mirando la pantalla del teléfono, en concreto ese mensaje no entregado que le había mandado días atrás a Manu. ¿Cuándo volvería a saber algo de él? Se desprecizó y le respondió a su compañero que podía contar con él, pero antes tenía que darse una ducha para volver a ser persona otra vez.

Su madre no estaba en casa, así que se duchó, comió algo rápido y salió a revisar el coche antes de emprender el inesperado viaje. Le gustaba cerciorarse de que tenía gasolina suficiente y de que las ruedas estaban llenas con la cantidad de aire recomendado y en perfecto estado. Una vez llevadas a cabo las comprobaciones, revisó los datos del cliente, la hora y el lugar de recogida.

Como no le gustaba llegar tarde, decidió salir antes de tiempo porque tenía que cruzar Madrid y eso no siempre era una tarea sencilla. Antes de emprender el viaje, le mandó un mensaje a su madre para decirle que tenía trabajo y que volvería tarde, para que no se preocupara. Luego recogió al pasajero y tomó rumbo a Valladolid.

Fue un trayecto bastante agradable. El hombre al que tenía que llevar era un señor mayor que había pasado el fin de año con su familia y regresaba a su casa. Era muy educado, se dirigía a él con formalidad y seriedad, pero lo que más le gustó fue la conversación que le dio durante todo el trayecto, sobre lo bien que lo había pasado esos días en la capital y cómo se podía disfrutar de la vida y de todo si uno se lo proponía de verdad.

Cuando lo dejó en su destino, regresó de inmediato sin pararse a echar gasolina. Iba a entrar en reserva en breve, pero podía dejarlo para el día siguiente. Estaba demasiado cansado y solo tenía ganas de llegar a casa y seguir durmiendo.

Manu se levantó temprano. No sabía muy bien para qué, porque no tenía que ir a trabajar, pero no podía estar más tiempo dando vueltas, enredado en las sábanas. Agarró su cargador del móvil y lo enchufó al lado de la cabecera. Luego lo conectó y este, a los pocos segundos, comenzó a encenderse.

El teléfono se llevó un buen rato en actualizar. Tenía varias llamadas perdidas y muchos mensajes que no hacían más que llegar uno tras otro. Tuvo que ponerlo en silencio porque el timbre continuo era bastante molesto. Cuando parecía que el aparato se había puesto al día se quedó mirándolo, como si no supiera qué hacer con él. Habían sido varios días sin usarlo, pero sentía como si hubiera sido toda una vida. Respiró hondo y se armó de valor para empezar por lo que, para él, iba a ser lo más duro.

No necesitó mirar demasiado la lista de mensajes pendientes y, durante el segundo que tardó en leer su nombre, contuvo la respiración sin darse cuenta. No sabía qué iba a encontrarse, pero fuera lo que fuera, tenía que saberlo ya.

El mensaje de Eric era escueto, demasiado. Ese simple «sin problema» lo dejó pensativo porque por lo poco que lo conocía, el joven no se había quedado callado jamás; sobre todo, si era algo importante para él y su opinión no era compartida.

Había tenido gran parte de la noche para pensar, porque había dormido poco. Dejar la relación o lo que fuera que tuviera con Eric era lo más sensato. No quería ser el causante de la desdicha de su familia, no quería que nadie se viera perjudicado solo porque amaba a la persona equivocada. Y ahí era donde radicaba el mayor de los problemas; estaba enamorado de Eric. Y mucho. Demasiado. Pero tenía que ser coherente y hacer las cosas con cabeza, y si su relación

iba a ser un problema para toda su familia y su entorno, lo mejor era terminar cuanto antes.

Abrió la aplicación y miró el último mensaje de Eric. Tuvo la tentación de echar la conversación hacia atrás y recordar todo lo que se habían dicho y las fotos que se habían mandado, donde había alguna subida de tono, pero no lo hizo porque le haría dudar, y eso era algo que no se podía permitir. Cuando redactó el mensaje, lo leyó en voz alta antes de mandarlo.

Manu: Hola, Eric. Ya he regresado a Madrid. Me gustaría verte mañana, si es posible. ¿Te viene bien después de comer, sobre las cuatro, en El Retiro? Donde el duende.

Tras leerlo, lo mandó y esperó a que saliera la señal de que había sido entregado. Su intención inicial había sido quedar esa misma tarde, pero decidió aplazarlo un poco más. Quizás para darse más tiempo para afrontar el destino que se había marcado para ellos.

Luego siguió leyendo mensajes. Había varios de Patricia preguntándole cómo estaba, de Alfonso, de Antonio, el chat grupal del trabajo tenía más de novecientos mensajes y no tenía intención de leer ninguno, y un mensaje de la gestoría donde le preguntaba si podía pasarse al día siguiente por la oficina para rellenar la documentación de su despido. No tenía ninguna gana de hacerlo, pero cuanto antes lo hiciera, antes podría pasar página.

Dejó el teléfono a un lado y cogió ropa limpia para darse una ducha e ir a la gestoría. Aún le quedaban mensajes pendientes, pero ya iría poco a poco con eso. Total, estaba sin trabajo. Ahora tenía todo el tiempo del mundo.

La gestoría de su empresa estaba en la planta de arriba de la que fue su oficina. El edificio entero había sido remodelado muchos años atrás y, desde entonces, había un sin fin de empresas que ocupaban todas las plantas.

Cuando llamó, antes de entrar, respiró hondo y puso la mejor de sus sonrisas. Se llevaba bastante bien con dos de las mujeres que trabajaban allí y no quería parecer preocupado frente a ellas. No lo hacía por vergüenza, sino porque estaba seguro de que podían someterlo al tercer grado hasta que les contara qué le preocupaba, y la verdad es que no tenía ganas de ponerse a charlar con nadie sobre su miserable vida.

—Manuel, pasa. Te estábamos esperando.

Manu asintió a la mujer rubia de pelo muy corto y caminó hacia ella. Cuando se paró frente a su mesa, giró la cabeza y allí, al fondo, estaba José Luis, su jefe.

—Buenos días —dijo, lo más formal que pudo, y volvió la mirada para la mesa, deseando que sus papeles estuvieran listos, pero no iba a tener tanta suerte.

—Buenos días, señor Soler. ¿Puede pasar al despacho un momento? Tengo un par de asuntos que tratar con usted.

Manu asintió. ¿Podía negarse? A desgana, comenzó a andar y entró en el despacho cerrado que había al final de la oficina. Cuando lo hizo, Castañeda cerró de un golpe y lo rodeó para sentarse en la silla que había al otro lado de la mesa.

—Puede sentarse —le informó cuando él ya hubo tomado asiento.

—Estoy bien así, gracias.

El aire de la habitación se volvió denso, casi irrespirable, al menos esa fue la sensación que

tuvo Manu hasta que José Luís comenzó a hablar.

—Los papeles de su dimisión están disponibles.

—Bien. —No iba a darle las gracias porque consideraba que no se las merecía—. Voy a firmarlos, entonces.

Lo dijo con la esperanza de poder salir de ahí cuanto antes, pero el hombre lo detuvo.

—Un momento. Antes de que se vaya, quiero preguntarle si lo ha pensado bien.

Manu, que se había girado para dirigirse a la puerta, se dio la vuelta y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

El viejo chasqueó la lengua, visiblemente molesto por tener que repetirse.

—Le he preguntado si está seguro de querer irse. Aún está a tiempo de recuperar su puesto.

Manu no entendía esa situación.

—¿Por qué?

En ese instante parecía ser José Luís el que no entendía la situación.

—¿Cómo que por qué? ¿No quiere seguir trabajando?

—Depende de las condiciones —respondió sin pensar, aunque en realidad no había mucho a lo que darle vueltas—. Ya le dije lo que pensaba el otro día sobre cómo nos trata. ¿Va a seguir siendo así?

—No sabía que eso lo afectaba tanto. No lo hacía tan blandengue.

—Se llama dignidad —lo corrigió—. Todas las personas la merecen. Usted antes no era así. Mire hacia atrás y se dará cuenta de que su relación con todos sus trabajadores ha ido a peor.

—La vida es dura, Soler. Ya se dará cuenta cuando tenga algo más de edad. Se pasará toda la vida trabajando para luego, ¿qué? Siendo así se asegura de que la gente no se aprovechará ni lo tomará por tonto. Si sigo vivo para cuando usted llegue a mi edad, ya me contará.

Manu negó con la cabeza con firmeza.

—Dudo mucho que llegue a ser como usted porque yo no soy así. La vida puede ser dura, la gente puede ser mala, pero eso jamás hará que yo trate a la gente como la trata usted; como si fuéramos sus esclavos, como si le debiéramos algo cuando no es así.

—Usted no es empresario. No sabe lo que es intentar mantener un negocio a flote.

—En eso tiene razón; no lo sé, pero lo averiguaré. Lo que sí tengo claro es que jamás trataré a la gente como la trata usted.

—Entonces no llegará a nada en la vida porque la vida empresarial no es para los débiles que no tienen la piel curtida.

—Como le he dicho antes, ya lo veremos. De todas formas, prefiero ser un don nadie que ser un negrero.

Podía haberlo dicho más alto, pero no más claro. Podía ver el brillo en los ojos de Castañeda. A ese hombre no se le pasaba una y él acababa de confirmarle que iba a tener su propio negocio. Era curioso haberse aclarado de esa manera cuando apenas una hora atrás no tenía claro lo que iba a hacer con su vida.

—Me hará la competencia, ¿verdad? —escupió el viejo, con odio—. Será mi eterno rival por venganza.

—Se equivoca; eso es lo que haría usted, pero yo no. Me limitaré a trabajar y nada más. Aún no sé sobre qué irá mi futuro negocio, solo sé que iré por mi camino sin avasallar a nadie.

—Entonces le irá mal —sentenció—. No tiene madera de líder.

A Manu le estaba cansando esa conversación porque sabía que jamás llegaría a estar de

acuerdo con él.

—Es posible que no tenga madera de líder, pero sí de ser humano. Y eso es algo de lo que no todo el mundo puede alardear. —Se volvió para agarrar el pomo de la puerta y salir de allí cuanto antes, pero la voz del viejo lo detuvo.

—Vuelva. Aunque solo sea una semana. Y luego márchese. Podemos llegar a un acuerdo más... jugoso.

Manu no entendía por qué le estaba insistiendo tanto cuando era más que evidente que no podría seguir trabajando allí por mucho que se lo propusiera.

—Lo siento, pero no. No creo que sea buena idea.

El viejo no pudo evitar apretar las manos en un puño para contener su ira al ver que no iba a salirse con la suya. Se levantó de su asiento y lo miró de una manera demasiado amenazadora.

—¿Y qué va a hacer con toda esa cartera de clientes que tiene? Me los piensa robar, ¿no es cierto?

Una lucecita se encendió entonces en su cabeza. Antes no había caído porque, iluso de él, pensó que el ofrecimiento de darle otra oportunidad de quedarse en la empresa tenía más que ver por su profesionalidad que por otra cosa, pero se había dado cuenta de que no era así; ese viejo lo único que quería era tener su lista de clientes, la cual manejaba solo él y que se encontraba en su teléfono móvil. Por supuesto que había una copia en la oficina, pero Castañeda no lo sabía. Y no iba a ser él el que se lo dijera.

—Ya veo cuál es su interés. Siento decirle que la lista de clientes que usted me está reclamando no me interesa. Se la puede quedar de principio a fin.

—Dámela, entonces.

Manu no iba a picar. Agarró el pomo de la puerta y, antes de abrirla, lo miró.

—Yo no tengo nada. Todo está en la oficina. Búsquelo usted.

Salió y dio un portazo tras de sí. Él tenía los contactos actualizados de todos los clientes de la empresa en la agenda de su teléfono. Mandarle una copia le habría supuesto menos de un minuto. Que tuvieran que actualizar la base de datos de los clientes en los ficheros de la empresa iba a ser laborioso y largo, muy largo, y era algo que sabía que iba a hacer el mismo Castañeda porque no iba a permitir que ningún otro trabajador tuviera acceso a toda esa información, no después de su negativa. Imaginarlo como un loco llevando a cabo esa tarea le dejó una ligera sonrisa en la comisura de los labios. Con calma, caminó hacia la primera mesa y le sonrió a la mujer.

—¿Están mis papeles listos?

Ella movió la cabeza y se los tendió. Tras leerlos, firmó los comprobantes y le guiñó un ojo.

—Gracias. Por todo.

—Igualmente. ¡Y suerte!

Él asintió. Acababa de darle una bofetada sin mano a su jefe al negarse a volver para su conveniencia. Durante muchos años había hecho también de comercial para la empresa sin percibir ninguna bonificación ni aumento por ello. Ni las gracias le había dado ese bastardo. Ahora no quería saber nada más de él, ni para bien, ni para mal. Era muy posible que acabara montando algún negocio. Aún no sabía de qué, pero algo tenía claro; no iba a aprovecharse de los datos que tenía. Siempre había sido un hombre legal y, desde luego, que no iba a tomar eso como ventaja, aunque ese trabajo lo hubiera hecho él. Le daba igual. Tener la conciencia tranquila no tenía precio. Sin detenerse, salió del edificio con la esperanza de no tener que volver a él nunca más.

Eric se despertó y se quedó en la cama, boca arriba, mientras se cuestionaba si podría seguir durmiendo un rato más. No tenía ni idea de la hora que era, pero no había ruido en la casa, señal de que su madre ya se había ido a trabajar. La persiana de su habitación estaba echada del todo, por lo que le costaba averiguar en qué parte del día estaba.

Tanteó con la mano sobre la mesilla de noche y palpó a ciegas hasta que dio con el teléfono, lo agarró y se lo puso delante para que se desbloqueara con el reconocimiento facial. La claridad de la pantalla lo hizo parpadear y mantener los ojos cerrados varios segundos, hasta que sus pupilas se acostumbraron y pudo abrirlos sin problemas. Fue entonces cuando vio el aviso de que Manu le había dejado un mensaje.

De un salto, se incorporó en la cama y, con dedos temblorosos, deslizó la yema hasta llegar al mensaje. Nervioso, lo leyó varias veces seguidas. Que fuera un mensaje tan escueto, incluso algo frío, no era buena señal.

Tras releerlo otro millón de veces más, respondió con un simple «ok» y se levantó para darse una ducha. Dejó el aparato encima de la cama y caminó hacia el aseo. No podía quitarse de la cabeza el mensaje de Manu. Aún quedaban muchas horas para reunirse y los nervios ya lo estaban matando. A ese ritmo, si no se tranquilizaba, iba a darle un ataque de ansiedad.

No tardó demasiado en la ducha, que le sirvió, sobre todo, para terminar de espabilarse. Cuando abrió la puerta del baño, escuchó su teléfono sonar desde su cuarto. ¿Y si era Manu?

Esperanzado, y con la toalla envuelta en la cintura, caminó rápido hacia su cuarto, agarró el aparato y fue a responder, convencido de que era Manu quien lo llamaba.

Pero no era él.

Ante sus ojos aparecía el número de María José, la madre de Moi. Ella no se ponía en contacto con él casi nunca, por lo que leer su nombre provocó que un escalofrío le recorriera la espalda. Temblando, deslizó el dedo por la pantalla para aceptar la llamada y se llevó el teléfono al oído.

—¿Sí? —preguntó con miedo.

Entonces guardó silencio mientras escuchaba la voz de la mujer a lo lejos. Cerró los ojos con fuerza, pero eso no evitó que las lágrimas comenzaran a rodarle por las mejillas a la par que escuchaba a María José.

Sabía que ese día iba a llegar, pero no esperaba que fuera tan pronto.

Eric llegó a la entrada del tanatorio Sur y se quedó frente a la gran escalinata de piedra que tenía delante. Había comenzado a llover mientras iba conduciendo, pero él no lo había notado. Ahí parado bajo la lluvia, sin paraguas y sin capucha en su abrigo, el agua se confundía con las lágrimas que no podía dejar de derramar. Su amigo Moi se había ido. ¿Qué iba a hacer ahora sin él?

No tenía claro cuánto tiempo llevaba allí sin moverse, con ese edificio de ladrillo frente a sus ojos, sin haber reunido el valor para poder entrar; quizás el suficiente para apreciar que ya no se estaba mojando, aunque seguía lloviendo. Levantó la vista y vio un paraguas negro sobre sus hombros. La cara de Fátima apareció a su lado y, junto a ella, Sofía, que sostenía el paraguas que lo resguardaba de la lluvia.

—¿Necesitas más tiempo para entrar?

La pregunta de ella lo hizo reaccionar y ser consciente de que no había seguido avanzando hacia el edificio porque eso sería admitir que todo se había acabado, que ya no podía hacer nada más. Entrar significaba aceptar que su amigo se había ido y eso era algo que aún no estaba dispuesto a hacer.

—Sí —respondió con un hilo de voz. Le costó pronunciar esa simple afirmación porque tenía la boca tan seca que toda la garganta y el paladar los sentía pesados y espesos.

—¿Quieres que nos quedemos contigo? —La dulce voz de Sofía sonó como un susurro a su lado, pero fue inmediatamente aplacada por la de Fátima, que era todo lo contrario a la de su novia.

—Creo que lo mejor es que lo dejemos solo para que ordene sus pensamientos, pero en un rato, si no has entrado, vendremos a por ti y te llevaremos a rastras para dentro.

Eric se limitó a mirar a su amiga y a sonreírle con una mueca triste y vacía. Ella lo conocía bien y sabía que necesitaba ese momento para él.

—Quédate con el paraguas entonces. —Sofía parecía no darse por vencida—. Te estás poniendo chorreando.

Él movió la cabeza con un gesto negativo.

—Llévatelo. Acabaría perdiéndolo.

La chica encogió los hombros.

—Da igual. Solo es un paraguas.

Eric se quedó mirando el suelo, allí donde las gotas del borde del paraguas goteaban hacia el suelo para unirse a las demás.

—Y el agua solo es agua.

Con esa simple frase se quedó de pie frente a las escaleras. A veces alguien lo adelantaba y corría hacia el interior para cubrirse de la incesante lluvia mientras él seguía ahí, calado hasta los huesos, sin ninguna intención de entrar ni de aceptar nada. Se negaba.

Frente a sus pies, justo delante del primer escalón, el suelo estaba roto y algo hundido, y la lluvia, al caer, goteaba ese improvisado charco que le manchaba las punteras de sus zapatillas deportivas

—Eric.

Escuchó una voz de mujer que lo llamaba. Durante un segundo pensó que era su madre. Habría sido un poco raro porque no la había avisado. Sabía que debió hacerlo, pero no había podido hacer esa llamada porque, para él, tenía el mismo significado que subir esas escaleras.

Al levantar la cabeza se encontró con la madre de Moi en lo más alto de la escalinata. Con cuidado de no resbalarse, ella bajó uno a uno los escalones para llegar hasta él. La mujer no llevaba paraguas y se estaba empapando. Cuando llegó a su lado, lo agarró del brazo con una mano y le puso la otra con delicadeza en la espalda para empujarlo y animarlo a andar.

—No quiero entrar —susurró, con el corazón encogido y la voz entrecortada.

—Eric. Tienes que quitarte de la lluvia; aunque no entres, resguárdate bajo el techo del porche, ¿de acuerdo?

Asintió, pero lo hizo porque María José se estaba poniendo igual de mojada que él. Subió despacio, ignorando la lluvia que caía sin piedad, hasta que se resguardaron en la entrada, frente a las enormes puertas de cristal del edificio.

Había mucha gente a su alrededor, pero no reconocía la cara de nadie. Tampoco tenía interés en hacerlo puesto que sus habilidades para sociabilizar en ese momento eran inexistentes.

—¿Me dejas que te seque el pelo?

Eric miró a María José como si le hubiera hecho una pregunta muy complicada y le costara hallar la respuesta. Ella pareció entenderlo.

—He visto que el aseo tiene un secador de mano. Nos servirá. Vamos.

Iba a declinar su ofrecimiento. No tenía ocho años y ni siquiera sentía la ropa fría y pegada a su cuerpo, pero vio la cara de la mujer, tan esperanzada de que le dijera que sí, que no podía negarle nada. Él había perdido a su mejor amigo, y dolía demasiado, pero esa mujer había perdido a un hijo. ¿Existía algo peor que eso?

Se dejó guiar por los pasillos. Escuchaba voces a ambos lados, algunos se dirigían a ellos, otros eran murmullos que terminaban por perderse en la lejanía. Cuando llegaron al final del pasillo, entraron en lo que parecía ser una sala privada.

Durante un segundo, antes de que se abriera la puerta, temió que se tratara de la habitación donde preparaban al difunto, porque eso sí que no podría soportarlo, pero por suerte no había sido así. Ante sus ojos apareció un baño algo pasado de moda, con un lavabo, redondo y gris, y una larga encimera. En la pared adyacente había colgado un secador de manos, algo antiguo, con la boca de aire móvil.

—Dame el abrigo.

Eric obedeció a María José y se despojó de la prenda que, al ser de un tipo de anorak acolchado con relleno de espuma, había comenzado a chorrear por algunas costuras.

—Va a ser complicado secar esto. —La mujer agarró la prenda y la llevó a una ducha que había al fondo, donde la colgó del grifo para que goteara allí todo el agua que había acumulado. Al terminar regresó a él, giró hacia arriba la boquilla del secador y pulsó el botón. Al encenderlo, el chorro de aire agitó los mechones que quedaban sueltos de la melena de la madre de su amigo —. No sé si empezar por la cabeza o por la ropa. Estás chorreando. ¿No tienes frío?

Eric, que se había quedado ahí plantado sin apenas moverse, tardó varios segundos en responder.

—No. No siento nada.

—Ven aquí y baja un poco la cabeza, por favor. Eres demasiado alto para que yo te pueda secarte el pelo sin que me duelan los brazos.

Él obedeció sin decir nada.

El temporizador del aparato se acabó casi antes de empezar y María José pulsó de nuevo el botón para comenzar a secarle los cabellos mientras pasaba los dedos con cuidado entre ellos. Durante unos instantes cerró los ojos imaginando que, al abrirlos de nuevo, estaría en el cuarto de Moi jugando a la *Play*, sin que nada de aquello hubiese sucedido.

—¿Has avisado a tu madre?

La burbuja que Eric se había formado y donde se había refugiado explotó al oírla.

—Se me ha olvidado —admitió. Había sido una mezcla rara de olvido y negación lo que había provocado que hubiera salido de casa sin pensar en nada más.

—Si te parece bien, la voy a llamar yo, ¿de acuerdo? Seguro que ella querría venir.

Eric miró de reojo, evitando a toda costa el espejo.

—¿Cómo hace para no derrumbarse? —preguntó, porque la entereza de ella era todo un enigma para él, que no sentía otra cosa que dolor y tristeza.

En ese momento, el infernal ruido del secador paró y el silencio reinó en el aseo. Observó el reflejo de María José en el espejo antes de clavar su triste mirada en él.

—Porque de nada me sirve llorar. Ha sido una enfermedad muy larga y Moi ha pasado tanto que hoy, al saber que ya no está sufriendo, no puedo evitar sentir paz porque todo haya acabado. Estoy segura de que está en alguna parte, sin sentir ningún dolor.

Eric recordó entonces una conversación que había tenido con él mucho tiempo atrás, antes de que toda esa pesadilla comenzase.

—Una vez me dijo que su cielo sería un concierto de Freddie Mercury con un montón de chicas bebiendo cerveza. Eso fue hace mucho y estábamos diciendo chorradas. Valiente tontería, ¿verdad?

Ella sonrió al escucharlo.

—No, le pega, y no es un mal cielo. ¿Qué dijiste tú, Eric?

Él lo recordaba demasiado bien.

—Dije lo mismo, pero con tíos.

María José le apretó los hombros y se inclinó para depositar un beso sobre su cabeza.

—Voy a ir a llamar a tu madre y que le dé tiempo a venir, ¿de acuerdo? Tenemos que seguir con la hora programada de todo esto. Tú, si quieres, quédate aquí todo el tiempo que necesites. No tienes por qué salir ni asistir si no lo deseas.

—Gracias. —Fue en ese momento en el que al fin se atrevió a levantar la mirada y buscar sus pupilas, tan vidriosas, tan tristes, pero tan serenas. Fue ahí cuando se dio cuenta de que esa mujer ya no tendría más oportunidad de secarle el pelo a su hijo, ni de darle los buenos días, ni siquiera de regañarlo por desobedecerla como siempre solía hacer. Y algo comenzó a hacerse añicos dentro de él al ser consciente de que todo iba a cambiar a partir de ese momento.

María José estiró el brazo para acariciarle la mejilla con dulzura. Fue un acto suave y delicado que apenas duró unos segundos.

—A ti, Eric, por haber sido el mejor amigo de Moi hasta el final. El otro día, cuando llegó de madrugada a casa después de haber estado en el mirador, estaba tan feliz por haber pasado la noche contigo, había significado tanto para él. Nos dio un abrazo, se metió en la cama y ya... —Carraspeó para aclararse la voz—. Se durmió para siempre.

Eric apretó los labios y asintió a sus palabras, incapaz de decir nada. Era lo único que podía hacer, y se mantuvo así hasta que se quedó solo en el aseo, hundido en la silla. Al conocer lo que había pasado y al saber que había sido la última persona que había estado con él, con el que

había pasado su última noche, no pudo soportarlo más y las lágrimas comenzaron a salir para mojarle las mejillas. Cuando el dolor del pecho se hizo demasiado pesado, comprendió que había estado conteniendo las ganas de llorar porque no quería que nadie lo viera así. Tiró del cuello de su jersey y ocultó la cara dentro mientras ahogaba un sollozo que amenazaba con destrozarle por dentro si no lo dejaba ir. No podía parar de llorar, no tenía consuelo. Mordió la prenda en un vano intento de mitigar el dolor, de ahogar su grito, pero solo consiguió ceder más a esa horrible realidad que estaba viviendo, donde tendría que caminar solo a partir de ese momento sin su mejor amigo a su lado.

Cuando pudo sacar la cabeza y tomar un respiro, no sabía cuánto tiempo se había llevado escondido en sí mismo, con los ojos cerrados y llorando. Algo más calmado, pensó que había llegado el momento de enfrentar todo eso. No podía quedarse allí para siempre; agarró su abrigo que, aunque ya no chorreaba agua, seguía igual de empapado. Se lo puso encima y la frialdad lo caló como si la huesuda mano de la Muerte le hubiera tocado el alma.

Agarró el pomo, lo giró y salió. El pasillo, antes concurrido por personas de las que no recordaba su rostro, ahora estaba completamente vacío.

Guiado por los letreros de cada sala, supo en cuál detenerse.

Cuando llegó, las puertas estaban abiertas. En silencio, entró y se quedó al fondo de la sala. De pronto, sintió que alguien se colocaba a su lado. Giró la cabeza y vio a su madre. Ella no le dijo nada. Se limitó a cogerle de la mano y guardar silencio junto a él. Eso era lo único que necesitaba en ese momento.

Silencio.

Porque era así como se había quedado su vida.

El cielo no les había concedido ningún tipo de tregua y no dejó de llover ni un segundo. Algunos caminos del cementerio, aún de tierra, se convirtieron en verdaderas piscinas de fango y lodo.

Eric caminó por allí sin importarle la lluvia ni que los pantalones se le acabaran manchando. Podía haberse quedado en el edificio central mientras se llevaba a cabo el proceso de cremación, pero no quería estar allí. Prefería estar bajo la lluvia que ponerse a pensar en lo que todo eso implicaba.

Llegó a un punto en que se preguntó por qué no se había marchado ya, porque no iba a haber ningún entierro ni iban a esparcir las cenizas, así que quedarse no tenía sentido. Le mandó un mensaje a su madre donde le decía que había quedado con Manu y que regresaría por la noche.

Ahora le quedaba enfrentarse a la segunda prueba del día, porque sabía que algo no iba bien entre ellos. Manu no estaba bien, pero él tampoco lo estaba. ¿Y si lo llamaba para aplazar la cita? Seguro que, si le decía lo que había pasado, Manu lo comprendería.

El problema era que él no quería retrasarlo más en el tiempo. ¿Para qué? Esos días sin saber nada de él habían sido una tortura, y ya estaba cansado de tanto juego psicológico macabro. Lo que tuviera que ser, que fuera ya.

Manu llegó con antelación a El Retiro. Había salido con tiempo suficiente para no tener que ir corriendo. Había estado todo el día lloviendo y seguro que los caminos del parque debían de tener unos charcos enormes. Estuvo tentado de avisar a Eric y quedar en alguna otra parte, pero era muy probable que el joven ya estuviera de camino, si no había llegado ya, dado lo puntual que solía ser, y no le parecía correcto cambiar de opinión en el último minuto.

Cuando se paró frente a la imagen del duende, se quedó mirándolo. Parecía que había sido ayer cuando estuvieron allí y la leyenda le vino a la mente. ¿Hasta qué punto había sido todo un sueño, una realidad, o había sido solo lo que él había pretendido creer? Porque durante un tiempo había pensado que lo que había surgido entre ellos dos podía seguir adelante, que tenían un futuro juntos, que todo el mundo lo vería como él veía esa relación.

Entonces se dio cuenta de que había engañado a todos, en especial a Eric, y eso era lo que más le dolía, porque lo que había surgido entre ambos jamás podría ser visto como algo natural por mucho que lo intentara.

No sabía qué era lo que le había pasado, pero no entendía cómo había llegado a imaginar que una relación entre ambos podría salir adelante. Había sido de locos pensar que dos personas tan diferentes, con una diferencia de edad tan grande, con vidas que no tenían nada que ver, pudieran tener un futuro juntos.

Se resguardó debajo del paraguas y miró alrededor. La lluvia había dejado el lugar desolado. Desde que había amanecido, el gris había predominado ese día, como si le mandara una señal de lo que iba a pasar.

Miró la hora y vio que Eric llegaba diez minutos tarde. No era normal en él, pero lo entendía porque esa hora era muy complicada, más en un día de lluvia. Lo que sí le extrañó fue que no le hubiera llamado. Era más que posible que sospechara algo. Eric podía ser joven pero no era tonto, y debía de haber notado el cambio y la frialdad en él. Ese era otro asunto por el que fustigarse; que había tardado demasiado en ser franco con la persona con la que tenía que haber hablado desde el principio.

Diez minutos de espera más tarde, sacó el teléfono dispuesto a llamarlo. ¿Y si no podía ir y no le había avisado? Pero justo en ese momento lo vio aparecer por la esquina. Venía chorreando de la cabeza a los pies, con los bajos de los pantalones vaqueros llenos de lodo y las zapatillas deportivas igual de manchadas. No llevaba paraguas ni había sacado el gorro del anorak que sabía que tenía. Su cara estaba igual de gris que el cielo y eso lo preocupó.

—Eric... —Sin poderlo evitar, caminó hacia él y se puso a su lado para cubrirlo con su paraguas—. ¿Estás bien? ¿No has venido en coche?

Eric esbozó una triste sonrisa y negó con la cabeza.

—Perdón por el retraso. Llevo un mal día.

Manu lo miró. Lo notaba cansado, hundido, y quiso abrazarlo contra su pecho, pero sabía que, si lo hacía, no iba a ser capaz de volver a soltarlo, y tenía que terminar con eso cuanto antes.

—No te preocupes. Gracias por venir a pesar del mal día que hace. —Lo miró con preocupación porque no le habían pasado desapercibidas las ojeras y los ojos algo hinchados y vidriosos—. ¿Seguro que estás bien? No tienes buen aspecto.

En lugar de responder, Eric caminó hacia la figura del duende, saliendo así de la protección del paraguas. Entonces se dio la vuelta y lo miró serio.

—Voy a ponértelo fácil —comenzó—. Has querido que quedemos aquí para dejar de vernos, ¿no?

Manu lo había seguido por instinto al ver que salía de la protección del paraguas, pero se paró

en seco al escucharlo.

—No hace falta que me cubras, Manu. Gracias. No me molesta la lluvia. —Parecía decirlo en serio—. Respóndeme, por favor.

—Sí. —El susurro de Manu quedó medio sepultado por el sonido de la lluvia al caer sobre la tela de su paraguas—. Me he dado cuenta de que todo lo que había imaginado sobre nosotros no es real. Nunca podrá serlo. Yo... no quiero que nuestra relación sea una vergüenza para nadie. Soy mucho mayor que tú. Cuando tú seas viejo, ¿cómo estaré yo?

—Yo no he estado contigo para envejecer juntos, sino para permanecer siempre jóvenes, porque eso es una actitud según quieras tomarte la vida. Como ahora.

Manu negó con la cabeza.

—No. Eso es lo que he estado pensando todo este tiempo, pero no es real, es una utopía. Me he estado engañando porque la edad existe, y se nota, por mucho que digamos que no.

Eric lo escuchaba y entendía su razonamiento, pero ni lo comprendía ni lo compartía, quizás porque él veía las cosas de otra manera distinta.

—Ya que estás hablando de decir la verdad, dime: si te hubiera mentido sobre mi edad y te hubiera dicho que tengo, no sé, treinta y tres años, ¿me estarías diciendo adiós ahora?

—No.

Eric sabía que no podía hacer mucho más para salvar esa situación cuando vio que Manu no había dudado al responder.

—¿Qué tengo que hacer para demostrarte que soy un hombre y que no hay tanta diferencia entre nosotros?

—Nada. Ya he tomado una decisión y no voy a volver atrás. Sé que todo esto ha sido culpa mía porque debí haber sido firme desde el primer momento y no haberme dejado llevar, porque... era tan tentador estar contigo, pero no puedo seguir engañándome, Eric. Sabía que todo esto era un error, pero aun así no he querido darme cuenta.

Eric lo había escuchado en silencio, analizando cada palabra e intentando descubrir qué había pasado para llegar a ese estado justo en ese momento. En cualquier otra circunstancia se lo habría preguntado, o lo habría deducido él mismo, pero, en ese día gris, las preguntas se le ahogaban en la garganta.

«No me dejes hoy, por favor. Hoy no».

Se había quedado en silencio, sintiéndose derrotado y solo, incapaz de decir nada más, con la mirada perdida en el suelo mientras la lluvia se deslizaba por su cara.

—Eric.

Al oír que Manu decía su nombre, levantó la cabeza y fijó los ojos en él mientras lo escuchaba.

—Sé que mis palabras no solucionan gran cosa, pero admito que soy el gran responsable de esto porque debí habernos detenido a tiempo. Sabía que, en esta guerra, mi peor enemigo sería yo mismo, pero pensé que lo vencería, que podía con todo lo que me propusiera porque, aunque no lo parezca, te he amado desde el primer momento en que te vi. La curiosidad vence a la dignidad y no me pude resistir el saber lo que era estar contigo, sentirte entre mis brazos porque, cada segundo que hemos estado juntos ha sido maravilloso para mí.

«Hoy no. Por favor».

«Pídeme cualquier cosa, lo que quieras, Manu, pero, por favor, no me pidas lo único que no puedo cambiar. Lo único que soy incapaz de darte. Lo único que no puedo darte».

«Por favor. Hoy no».

—Eric... ¿estás bien? Por favor, ponte debajo del paraguas. Vas a coger una pulmonía.

Eric reaccionó al escucharlo y negó con la cabeza.

—Estoy bien —repitió. Se sentía agotado y sin fuerzas y, durante un segundo, todo lo que había a su alrededor se tambaleó peligrosamente. Esa fue una señal importante de que tenía que regresar a casa lo antes posible—. Estaré bien.

—Soy consciente de que yo no te pedí nada de esto y que, por mucho que siga y rehaga mi vida, me seguirás faltando tú. Te propondría que sigamos siendo amigos, porque no quiero dejar de saber de ti, pero ahora mismo sé que, si estamos cerca, volveré a caer y eso es lo que debo evitar, Eric.

«Por favor. Hoy no».

—Tengo que marcharme ya, Manu. —Pensó en que, o se iba o caería ante sus pies, mareado y confundido, y eso era algo que no quería. No le había contado lo que había pasado porque no quería interferir en lo que había decidido, pero, para él, ese momento había sido como la puñalada de gracia que había acabado por destruirle el corazón y la poca cordura que le quedaba—. Gracias por dejar que entrara un poco en tu vida.

Comenzó a andar despacio mientras lo dejaba atrás. No se giró para mirarlo. No quería hacerlo porque sabía que Manu no estaría bien. Ojalá hubiera podido caminar más rápido. Lo habría hecho de otra manera, pero las piernas no le respondían. Los labios le habían comenzado a temblar y le dolía demasiado el pecho como para seguir con la conversación. Se había quedado con las ganas de decirle varias cosas, de preguntarle qué le había pasado, de apoyarlo, de ayudarlo, pero ¿cómo iba a hacer todo eso si apenas podía mantenerse en pie?

Eric paró de caminar cuando, tras meterse por uno de los senderos del parque, se cercioró de que estaba completamente solo. Fue en ese momento que sus rodillas cedieron y cayó hacia delante. Sus brazos debían de tener algo de reflejo porque fue lo único que evitó que no diera con la cara contra el suelo.

La caída duró apenas un segundo, pero su mente lo vivió como si fuera una película a cámara lenta, hasta que el golpe le hizo reaccionar y tomar consciencia de donde estaba. Se incorporó para sentarse sobre las piernas y sacó las manos del charco donde se habían visto sepultadas por el impacto.

Luego, poco a poco, se puso de pie. Debía de tener el peor aspecto del mundo. Por fortuna, las personas solo veían el exterior porque, si hubieran sido capaz de ver cómo se sentía por dentro, habría sido muchísimo peor. Podía llegar a casa, ducharse, cambiarse de ropa, curarse las heridas que acababa de hacerse en las palmas de las manos, pero... ¿quién le iba a curar las heridas de su corazón? Con todo su ser le habría gritado a Manu que no lo dejara ese día, que su destrozada alma ya no tenía voz, su corazón ya no latía, sus alas ya no tenían plumas y su cuerpo ya no sentía nada. Era como un guerrero que agonizaba en el campo de batalla.

Errante, y mal herido, decidió regresar a casa. Quizás allí podría descansar en paz.

La puerta crujió cuando, tras meter la llave en la cerradura, la empujó sin fuerza para entrar. Todo estaba a oscuras y en silencio. ¿Cuánto había tardado en llegar desde el parque? Parecía que había sido toda una vida, pero al fin estaba allí. Como si lo apuntaran con un foco gigante, la luz del pasillo se prendió y la potencia de la bombilla lo hizo parpadear con rapidez.

—¡Eric! ¡Por Dios! ¿Dónde has estado?

De pronto se vio abordado por los brazos de su madre, que lo manoseaba por todas partes

mientras él seguía allí parado sin comprender nada.

—Estás empapado, Eric. ¿Has estado bajo la lluvia todo el día? ¿Estás loco?

Sin responderle, se dejó llevar por ella hacia el cuarto de baño. Por el camino, su madre había comenzado a quitarle la ropa que llevaba pegada al cuerpo, pero estaba fría y adherida a su piel. Solo cuando se metió en la ducha y comenzó a echarse agua caliente por la cabeza, su cuerpo comenzó a responder.

Despacio, cada una de las prendas fue cayendo a sus pies y se olvidó de ellas porque solo podía pensar en esa deliciosa sensación de calor que parecía estar dándole vida a su cuerpo otra vez.

Cuando al fin pudo reaccionar, cerró el grifo y salió de la ducha, se envolvió con su albornoz y se miró al espejo. No recordaba haberse visto tan mal, con esas ojeras y tan pálido. Entonces revivió cómo había comenzado ese día tan largo y cómo había terminado. Sin poderlo evitar, comenzó a llorar. No quería hacerlo, pero las lágrimas parecían tener voluntad propia. El sollozo que había estado conteniendo en el pecho acabó saliendo mientras la pena lo consumía. Al ver entrar a su madre, intentó ocultarse, pero ella no se lo permitió.

—Todo va a salir bien, cariño, ya verás. —Lo abrazó y arropó contra su pecho como tantas veces había hecho a lo largo de su vida—. Te estoy calentando un poco de caldo. Te sentará bien.

—Manu me ha dejado —susurró.

Sabía que su madre lo había escuchado porque había comenzado a acariciarle la espalda como solo ella sabía hacerlo. En ese momento no quería nada más porque eran los brazos de su madre los únicos en donde podía encontrar consuelo.

No sabía cuánto duraría esa tormenta por la que estaba pasando, pero había una cosa que sabía con seguridad: su madre jamás lo dejaría solo.

Manu llegó a su casa. No había querido ir al piso porque allí estaría Antonio y, en ese momento, aún no se sentía preparado para hablar con nadie. La cabeza le iba a explotar y tenía un millón de palabras atascadas en la garganta; palabras que habría querido decirle a Eric, pero que, por alguna extraña razón, no habían llegado a salir de su boca.

Mientras se duchaba no podía dejar de pensar en Eric. Lo había visto y no parecía él, tan apagado y hundido. Tampoco era el momento para estar como unas castañuelas, pero su pasividad y aceptación ante todo lo que le había dicho habían sido demasiado llamativas.

Aunque nunca lo había tomado por un hombre violento, sí que era un luchador y un inconformista. Que hubiera aceptado así sin luchar el destino que había decidido para ambos, le llevó a preguntarse si le pasaba alguna otra cosa.

«¿Qué tengo que hacer para demostrarte que soy un hombre y que no hay tanta diferencia entre nosotros?».

Esa frase no había parado de dar vueltas por su cabeza desde que había abandonado el parque. El problema no estaba en él, en que fuera más o menos hombre, porque Eric lo era con todas las letras a pesar de su edad; el asunto era en que no debía de haberse complicado tanto la vida. ¿De verdad en algún momento llegó a pensar que esos diecinueve años de diferencia no iban a convertirse en un muro inquebrantable entre ambos?

Al cerrar el grifo de la ducha se dio cuenta de que tenía las mejillas mojadas a causa de las

lágrimas que seguían inundando sus ojos. Se había enjuagado varias veces la cara, pero era incapaz de guardarse dentro ese dolor que parecía no tener fin.

Se puso los primeros pantalones y camiseta que encontró encima de la cama. No recordaba haberlos dejado ahí, pero parecían estar limpios, así que le valían. Lo siguiente que tenía pensado hacer era hundirse en el sofá bajo una manta y, con suerte, quedarse dormido. Tenía muchos asuntos pendientes con los que tenía que lidiar, pero ya pensaría en eso otro día.

Ese había sido su plan inicial, hasta que alguien llamó a la puerta. Durante un segundo optó por no acudir. Nadie sabía que estaba ahí y ningún loco se aventuraría a salir a la calle con la que estaba cayendo. Pero... ¿y si era Eric? Eric había desaparecido entre los senderos del parque casi por arte de magia, como si el duende se lo hubiera llevado para siempre. Quizás necesitaba algo... Quizás tenía algo que decirle.

Nervioso, se levantó del sofá y caminó hacia la puerta. Su mente parecía haberse puesto en alerta ante la posibilidad de encontrarse con Eric; por eso, cuando miró por el monitor del telefonillo, le costó reconocer a la persona que estaba al otro lado. Confuso, apretó el botón para abrir y dejarlo entrar.

—Alfonso... —Su amigo acababa de cerrar la puerta metálica de la calle y llegaba hasta él bajo su paraguas—. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar trabajando?

Al llegar frente a él bajo el porche de la entrada, el hombre cerró el paraguas y lo miró con seriedad.

—Ya no aguantaba más: Me he ido del trabajo. ¿Cuál era ese negocio que querías montar aquí? Me apunto.

Tres meses más tarde.

Fátima llamó al timbre de la casa de Eric y esperó a tener respuesta. Cuando Carmen, su madre, abrió la puerta, la chica entró como un rayo, no sin antes pararse para saludar a la mujer con dos besos.

—¿Aún sigue en la cama?

Carmen, que ya tenía puesto el uniforme para ir a trabajar, asintió con cara de resignación.

—Sí, y llevo más de media hora llamándolo. Ni amenazarlo con que venías para acá ha sido efectivo.

Fátima, que iba maravillosamente vestida con un vestido turquesa de gasa y unos tacones altísimos del mismo color, se quitó uno de ellos y lo agarró con fuerza mientras caminaba por el pasillo hasta la puerta del dormitorio de Eric.

—Cuando sienta que la puntera de mi tacón le roza la campanilla, reaccionará.

—Me parece bien, pero no seas demasiado dura con él. Sé que anoche vino tarde de trabajar y, por lo poco que he visto, no ha tenido una buena semana. Lo cierto es que desde que lo dejó con Manu y murió Moi, Eric apenas me cuenta las cosas, y eso me preocupa.

Fátima relajó el rostro al oírla y regresó por el pasillo para pararse frente a ella. Habían sido unos meses muy duros para todos y se preguntaba si alguna vez volverían a la normalidad, o si volverían a recordar a Moi sin que sintieran ganas de llorar. La vida era injusta muchas veces, pero tenía fe en que todo iba a mejorar.

—Vamos a darle algo más de tiempo —susurró mientras esbozaba una sonrisa para tranquilizar a la mujer—. Es cabezota pero no es tonto, y siempre ha sido muy responsable. Yo creo que necesita pasar página de una vez. —Cambió el tono para hacerlo más fuerte, por si Eric la escuchaba—. ¡Lo que no voy a perdonarle es que vayamos a llegar tarde el día de mi boda!

Carmen asintió y sonrió al verla.

—Tienes razón. Estás guapísima. Me habría encantado asistir, pero los viernes hay mucho lío y tenemos dos bajas esta semana. No han dejado que me escapara.

Fátima negó con la cabeza para tranquilizarla.

—No pasa nada. Es solo una boda civil. Vamos a tardar menos de treinta minutos en firmar los papeles e irnos. Solo van a venir los testigos y nada más. Ni Sofía ni yo queremos mucha parafernalia, aunque fue ella la que propuso vestirnos algo más elegantes y que nos llevara Eric en su coche. Y comer en algún sitio especial, por supuesto. Mi chica es de gustos caros. —Se volvió hacia el pasillo cuando vio que la puerta del cuarto de su amigo se abría—. ¿Ya estás operativo o la neurona necesita más tiempo?

—Déjame. —Eric gruñó mientras entraba en el baño.

—Ya lo tienes despierto. —Carmen agarró su chaqueta y abrió la puerta de la casa—. Me voy, que no quiero llegar tarde. —Se giró y le dio un fuerte abrazo—. Quiero ver el video y un millón de fotos, ¿de acuerdo?

—A ver si el Hola nos lo publica —bromeó.

—Eric tiene un regalito de nuestra parte para vosotras.

—Pero... ¡no tendría que haberse molestado!

—Claro que sí, porque deseo que seáis muy felices las dos. ¡Me voy! Y métele prisa a Eric o llegaréis tarde.

—Yo me encargo.

Fátima agarró el pomo de la puerta y despidió a la mujer justo antes de cerrar. Aún con el tacón en la mano, caminó hacia el baño y esperó a que Eric saliera. Cuando lo hizo, no pudo evitar levantar las cejas por el asombro.

—¿Qué? —preguntó su amigo a la defensiva.

—Menudo pelazo te estás dejando. Pareces el Rey León. Te peinarás y te ducharás al menos, ¿no?

Eric se rascó la cabeza y la miró, aún con un ojo cerrado.

—Sí. Voy a por la ropa, que se me ha olvidado.

Fátima le dejó paso y se quedó en el pasillo mientras miraba cómo su amigo llevaba una percha con una funda cerrada y la ropa interior hacia el baño. Cuando escuchó el sonido de la ducha, se apoyó en la pared y se puso de nuevo el zapato. Iba a tener que hacérselo tragar otro día. Caminó hacia su habitación, levantó la persiana y abrió la ventana para ventilar el cuarto. La habitación de su amigo era un pequeño caos, aunque la había visto mucho peor en otras ocasiones.

Hacía un tiempo que no venía a su casa, pero nada parecía haber cambiado, a excepción de esa pequeña fotografía que estaba en la mesilla de noche. Sin dudar, fue a por ella. Se notaba que el marco había perdido mil batallas, porque estaba un poco despegado por una esquina y por otra se había formado una pequeña grieta. La foto que coronaba el ajado marco era de ellos tres; de Eric, Moi y ella en la primera excursión que hicieron cuando se conocieron en el curso de mecánica. Tenían una pinta horrible, sudados, con la pubertad aún cebada en ellos, pero se los veía tan felices, tan despreocupados. Ella recordaba ese momento como si acabara de suceder y tenía claro que jamás lo olvidaría.

Al oír la puerta del baño abrirse, dejó la foto de nuevo sobre la mesilla de noche y salió al pasillo. Allí se tropezó con Eric, que había salido completamente vestido con un traje de chaqueta negro, camisa blanca y corbata también oscura. Se había peinado hacia atrás y el pelo, que le llegaba por debajo de las orejas, le daba un aspecto salvaje y peligroso.

—Estás muy guapo. —Fátima se acercó a él y le puso derecha la corbata.

Él se dejó hacer sin rechistar.

—Un cumplido de una lesbiana. El apocalipsis está cerca.

Fátima sonrió sin dejar de acomodar la prenda.

—No me tientes a ahogarte ahora que tengo tu cuello cerca y el nudo de la corbata está duro.

Picarse era una muestra más de amor entre ambos. Cuando terminó, se echó hacia atrás para mirarlo.

—Ahora, perfecto. Gracias por ser mi padrino hoy.

—Tu padrino y tu chófer. Te he ahorrado una pasta —bromeó.

—Pero te voy a llevar a comer a un sitio caro. No te quejes.

Eric asintió y caminó hacia la entrada para ponerse los zapatos que había limpiado con esmero el día anterior por órdenes de su madre.

—Por cierto. Se me había olvidado darte esto. Quiero que lo lleves tú y que luego te lo quedes.

Él, que estaba agachado atándose los cordones, se incorporó y la miró. Al ver lo que tenía ella en la mano, se quedó callado sin saber qué decir.

—Este alfiler de corbata se lo regalé a Moi hace un par de años por Navidad y a ti te regalé los gemelos. María José me lo dio porque sabía que había sido un regalo mío, pero me gustaría que los tuvieras tú. Así tienes la colección completa.

Eric dobló los brazos para que se subieran las mangas de la chaqueta y enseñarle así que llevaba puesto su regalo.

—¡Qué buen gusto tuve! —Se elogió a sí misma al admirar la fina pinza de plata en cuyo extremo había una A en mayúsculas, con la misma tipografía de Avengers, la famosa película de Marvel. La pinza seguía el mismo diseño. Cuando se la puso en la corbata, dio un paso hacia atrás y lo miró.

—Ahora sí. Muy guapo.

Eric avanzó el paso que ella había retrocedido, le cogió una mano y le besó el dorso mientras hacía una ligera reverencia.

—Tú sí que estás guapa. Estás radiante. —Con la mano que tenía libre agarró el pomo de la puerta de entrada y la abrió para dejarle paso—. Y ahora, ¿vamos a por tu futura esposa?

Fue un día maravilloso donde solo los amigos y familiares más cercanos y queridos por parte de las chicas asistieron a la boda. No todos habían estado de acuerdo en que lo celebraran, pero ellas lo tenían claro, y eso era lo más importante.

Eric se emocionó en varias ocasiones porque la veía tan feliz, y tan guapa. Gracias a ella había ganado una nueva amiga, ya que consideraba a Sofía como alguien importante en su vida y no solo la pareja de Fátima.

Que no hubiera nada que rompiera de nuevo el grupo era muy importante para él. Sofía era una mujer increíble que había encajado de manera natural y se había convertido en un apoyo incondicional. También pensó en Moi y en lo que le habría gustado haber estado ahí, aunque estaba seguro de que, de alguna manera, también estaba. Mientras escuchaba en silencio los votos que las chicas habían preparado, no dejó de acariciarse el alfiler de la corbata. Hacerlo lo reconfortaba de alguna manera.

Fátima había reservado una mesa en un restaurante coreano muy bueno, donde sabía que todos disfrutarían de la comida; en especial, él, que tanto adoraba la comida asiática. Así llegó a casa; a lo justo para quitarse el botón del pantalón antes de que le estallara. Estaba cansado, pero muy feliz por sus amigas. Se desnudó y se puso ropa cómoda, no sin antes asegurarse de guardar bien los gemelos y el alfiler de la corbata dentro de su cajita.

No iba a negar que pensar en Moi lo había puesto, a ratos, un poco triste. Tres meses no eran suficientes para superarlo. Sabía que aprender a seguir viviendo sin él era la peor parte, al igual que acostumbrarse a no pensar en Manu.. No se permitía pensar en él porque, cada vez que lo hacía, su cordura se tambaleaba, y el deseo de ir a buscarlo era tan enorme que no podía contenerse. Más de una vez se había detenido por los pelos sentado ya en el coche, con los ojos anegados en lágrimas, loco por saber de él.

Pero no podía ceder, así que lo único que podía hacer era seguir viviendo con la esperanza de que, quizás, en algún momento, el destino se apiadara de él y lo dejara pasar página.

Manu miró a ambos lados de la calle antes de cruzar y entrar en Vips de la calle Alcalá, donde había quedado con Patricia para comer. Le encantaba ir a esos restaurantes. Eran los favoritos de Daniela y por eso acudió a la cita tan esperanzado, creyendo que su hija estaría allí, pero su ilusión duró poco al ver sentada a su exmujer al fondo, en una mesa para dos. Decidido, caminó hacia ella y tomó asiento.

—Patricia. Me alegro de verte. ¿Qué tal en Barcelona?

Patricia había tenido que mudarse temporalmente a Barcelona en enero y acababa de volver.

—Un infierno. Hubo muchísimos problemas con la tienda de allí. Y con tu hija, que no quería cambiar temporalmente de instituto y estuvo quejándose por todo desde que llegamos. Cuando nos íbamos a venir pensé, ilusa de mí, que al fin estaría contenta por regresar a las clases con sus compañeros de siempre, pero no; tu hija no quería venirse porque iba a perderse Sant Jordi. Ya sabes cómo se pone Las Ramblas esos días, y ella quería hacer cola para *no-sé-qué-autora* que le gusta mucho. En fin... Un desastre todo.

—Lo siento. Me habría encantado poder ayudarte con Dani, pero que ella siga enfadada no facilita las cosas.

Patricia suspiró.

—Está enfadada con todo el mundo. Hemos hablado varias veces de cómo te habló y sigue castigada desde entonces. En navidades te juro que, por un momento, pensé que iba a entrar en razón y que iba a haber un avance, pero surgió lo de Barcelona y, desde entonces, está enfadada a todas horas y con todo el mundo. Ha sido un infierno, pero ya estamos de vuelta y espero no volver a tener que ir en una buena temporada.

La camarera llegó en ese momento y tomó nota de su pedido. Cuando se marchó, ella siguió hablando.

—Tengo la esperanza de que al regresar a Madrid y ver a su amiga Nerea, vuelva a ser la chica que era antes. Y tú, ¿qué? ¿Qué tal te va con ese chico?

Manu apretó los labios. Hacía mucho que no hablaba con Patricia y no estaba enterada de nada de lo que había pasado. Era consciente de que tendría que haberla llamado para contarle muchas cosas, sobre todo, lo que le concernía a ella, pero esos últimos meses habían sido un verdadero caos.

—Ya no estoy con él.

Patricia abrió los ojos como platos.

—¿Qué? ¿No tendrá que ver tu madre en eso? Porque la conozco y la recuerdo muy bien. Cuando me dijiste que ibas a pasar las fiestas con ella...

Manu la interrumpió.

—Rompí con él porque Eric no se merecía estar al lado de una persona que se avergonzaba de la relación que teníamos y que solo pensaba en la diferencia de edad y en lo que pensara la gente que me rodea.

—¿Qué gente? Si lo dices por tu hija...

Él la interrumpió.

—Fue un cúmulo de todo un poco. Mi madre tampoco se lo tomó muy bien. Y luego Toñi, la vecina donde vivíamos, nos vio y...

Esta vez fue el turno de ella de interrumpirlo.

—Un momento... ¿Por qué os ha visto allí? Por favor, dime que no has usado la casa como picadero.

Manu se maldijo en silencio por haber empezado a contar la historia mal.

—Creo que será mejor que comience por el principio. Veamos. —Iba a necesitar unos segundos para aclarar las ideas y saber por dónde comenzar—. Alfonso, ¿te acuerdas de él? —Al ver que ella asentía, le contó la historia de su amigo y todo lo que había pasado hasta ese momento. Al pararse y ver que no había respondido a la pregunta que le había hecho Patricia, carraspeó y asintió—. Llevé a Eric porque quise enseñarle la casa y, no sé muy bien cómo, acabé montando un jardín precioso solo para él, puse varios muebles por la casa y... di de alta a mi nombre la luz, el agua y todo lo demás.

Ella abrió los ojos como platos.

—Pero... ¡sin mi permiso!

Manu no le respondió en el acto porque en ese momento llegó la camarera con su pedido y guardó silencio hasta que la chica se fue.

—Iba a decírtelo, pero me dio miedo. Estaba flotando en mi propio mundo. Pensé que me explotaría esa burbujita de felicidad donde estaba metido y me estrellaría contra el suelo. Creo que no lo hice para ocultarlo, sino porque temía que me devolvieras a la realidad. Y no quería.

Patricia pinchó con su tenedor una patata frita y esperó a tragarla para responder.

—Es lo malo que tienes, Manu; que eres transparente y sé que no me estás mintiendo. Voy a dejarte pasar que hayas usado nuestra casa como picadero, pero como me sigas ocultando cosas...

—Hay más —la cortó antes de que ella siguiera la amenaza porque tenía más cosas que contarle—. Siguiendo por donde lo dejé, Toñi debió ver cómo nos besábamos en el jardín o en el patio, no lo sé, y un día vino a mí y me amenazó con el infierno y lo inmoral y no sé qué más. No le hice demasiado caso, pero justo después tuve la discusión con Daniela y ya me vine abajo; no aguantaba más en el trabajo y me fui a Valencia.

—Donde tu madre te remató, imagino, porque al volver me dijiste que habías regresado, pero nada más. Te dije que nos íbamos unos meses a Barcelona y el «ok» que me diste como respuesta aún me sigue molestando.

Manu tuvo el atino de ruborizarse.

—Lo siento. Fueron muchas cosas y estaba demasiado confundido. No sabía qué hacer. La última vez que hablé con Eric él... —Había cogido el tenedor, pero volvió a dejarlo en el plato. Las imágenes de ese día volvieron a su cabeza como una tromba de agua. Durante todos esos meses las había estado escondiendo en algún lugar recóndito de su cabeza, hasta que habían vuelto a él imparables—. Estaba irreconocible, hundido, quizás porque ya sabía lo que iba a pasar. No lo sé. Si te soy sincero, no le pregunté, y me gustaría tener esa última charla porque siento que se la debo.

—¿Y por qué no lo llamas?

—Porque sé que volveré a caer, sé que me aferraré a él de nuevo, y Eric no se merece a una persona como yo. Dejarlo marchar fue una de las cosas más difíciles que he hecho en la vida. —La miró con los ojos tristes—. Ya sabes lo mal que se me dan algunas cosas.

Ella se metió otra patata en la boca.

—Lo sé, y creo que eres muy duro contigo mismo. Sé que no quieres que nadie esté a disgusto, pero no puedes vivir tu vida agradándole a todo el mundo, Manuel.

Manu ignoró cómo lo había llamado y se llevó el tenedor a los labios.

—No quería que mi familia fuera la comidilla del barrio por mi culpa.

Ella suspiró.

—La gente siempre va a criticar, ¿sabes? Si hubiera sido una mujer en lugar de un hombre,

mucha gente te habría criticado igual. Es el deporte nacional, ¿recuerdas? Incluso tu hija te lo habría puesto difícil.

Manu se quedó pensativo mientras analizaba sus palabras.

—Bueno, has usado la casa un tiempo y no me lo has dicho. Sabes que no me gusta que me oculten las cosas, pero dadas las circunstancias, no te lo voy a tener en cuenta.

—Gracias. —Esbozó una sonrisa de agradecimiento—. Aunque lo cierto es que no he terminado.

Al oírlo, Patricia se quedó con el tenedor a medio camino.

—¿Qué?

—He montado un negocio en el sótano y voy a irme allí a vivir. Si todo me va bien, había pensado comprarte tu parte de la casa. Querías venderla de todas formas, ¿no?

Ella abrió los ojos como platos y de pronto comenzó a toser. Bebió con rapidez de su vaso y carraspeó para aclararse.

—¡Manu! ¡No puedes decirme las cosas así!

—Estabas en Barcelona y no quería molestarte. Además, tampoco quería decírtelo por teléfono. Por eso he quedado contigo en cuanto has regresado.

Ella asintió aún tosiendo.

—Está bien. Cuéntame entonces qué has emprendido.

—Me he pasado un mes haciendo un estudio de mercado, evaluando los riesgos en una inversión inicial ficticia y, tras aburrirme mucho, me decanté por montar un negocio de transporte internacional.

Patricia abrió los ojos como platos.

—¿En serio?

—Sí. Hemos comenzado hace poco y de momento solo hemos tenido un par de trabajos por la zona, porque tampoco puedo lanzarme de lleno a comerciar con China pues no tengo el dinero ni los medios para ello. Vamos poco a poco.

—¿Vamos?

—Alfonso se ha unido a esta locura. También se fue del trabajo. Antonio me ha dejado dinero y me ha ayudado con algunos préstamos. De momento no nos va mal. Tenía muchas ganas de contártelo y de decirte que me gustaría comprar tu parte de la casa si me va todo bien. Por supuesto, sin rebajas ni nada. Lo que me pidas, si es razonable, te lo daré. Sé que habíamos hablado en un principio, cuando nos separamos, de vender la casa y repartirnos el dinero, pero... es una casa tan bonita. Incluso sin muebles es maravillosa. Y hemos sido muy felices allí. Hemos visto crecer a nuestra hija y, bueno, no podía dejarla atrás. Siempre he querido montar un negocio en ese sótano y eso estoy intentando. —Respiró hondo para tomar aire porque había hablado del tirón sin proponérselo—. También me gustaría mudarme y vivir de nuevo allí. No lo he hecho todavía porque para eso necesito hablar primero contigo.

Ella se rio.

—Para llevarte a Eric no me pediste permiso y ahora sí me lo pides.

—No es lo mismo. Con Eric fui un par de veces. Quedarme a vivir implica dejar de recibir visitas para venderlo, y esa decisión sí la tengo que consultar contigo.

Patricia estiró el brazo sobre la mesa y le cogió la mano.

—Eres un buen hombre, Manu, que ha sabido resurgir de las cenizas y reinventarse a sí mismo. Te deseo toda la suerte del mundo con tu nuevo negocio y me parece bien que quieras comprarme mi parte cuando puedas, pero con una condición.

Manu la miró sin decir nada, a la espera de que ella le diera el golpe de gracia porque, tratándose de Patricia, podía esperarse cualquier cosa.

—¿Qué? —preguntó ansioso.

—Quiero invertir en tu negocio. No sé cómo se le llama a eso. Ser una socia capitalista, o inversora o lo que sea.

Él no pudo evitar la sorpresa y abrió la boca mientras la miraba.

—¿En serio?

—Sí. —Patricia apartó su mano y volvió a coger su tenedor para seguir con las patatas fritas—. ¿Tanto te sorprende?

—Sí porque... no sé. Siempre he querido montar un negocio, y tú siempre has sido muy reacia.

—Antes teníamos que pagar una casa y los estudios de tu hija. Ahora la situación es distinta y creo que es tu momento, Manu. —Estiró la mano y le acarició una mejilla—. Confío en ti.

Esa última frase lo emocionó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Ojalá él tuviera esa confianza en sí mismo. Lo cierto era que había montado todo eso porque, si se quedaba quieto, acabaría hundiéndose más, y no podía permitirlo. Ahora solo quedaba hablar con Antonio para decirle que se iba. Eso sí que no iba a ser tan sencillo.

Y no lo fue en realidad. Como ya sabía, Antonio estuvo a un paso de hacer un drama, pero se portó como el buen amigo que era y lo apoyó en su decisión, tanto que se ofreció a ayudarlo a recoger todas sus cosas. No iba a ser complicado porque, cuando se mudó allí hacía algo más de un año, lo había hecho casi con lo puesto y poca cosa más.

—No pongas esa cara. Podrás venir a casa siempre que quieras, y te guardaré croquetas cuando las haga.

Antonio, que estaba metiendo varias camisetas en una maleta, se detuvo y lo miró.

—Ahora que estoy serio, quiero ser sincero contigo y decirte que me da pena que te vayas; no solo porque tienes unas manos prodigiosas en la cocina, sino porque eres un gran compañero de piso y te voy a echar mucho de menos.

Manu dejó sobre la cama el jersey que estaba doblando y se acercó a él para abrazarlo.

—Gracias por haberme dado una casa cuando me quedé sin nada. Sabes que siempre serás bien recibido en la mía, ¿verdad?

Antonio le palmeó la espalda y se separó un poco para mirarlo a la cara.

—Lo sé, pero no será lo mismo.

Manu no iba a dejar que Antonio se sintiera triste esa tarde.

—Piensa en positivo; Fer va a recuperar su cuarto y tú volverás a dormir solo. Podrás traer a alguna mujer a pasar la noche.

Antonio resopló al oírlo.

—Eso sí que es ciencia ficción. Con la suerte que tengo con las mujeres, seguramente me fije en la prima de Cthulhu, que está esperando su momento para despertar del letargo, gobernar la tierra y destruirlo todo, y necesitará a un gilipollas como yo para hacer el ritual de iniciación.

Manu se rio.

—No tiene sentido que lo destruya todo si quiere gobernar, ¿no crees?

—Querrá hacerlo después de quedarse insatisfecha al ver los micropenes que tienen los hombres de la Tierra.

Manu no pudo evitar lanzar una risotada.

—Habla por ti.

Antonio se defendió.

—¡Hablo por todos! Hablamos de un bicho enorme con tentáculos. ¿Crees que nuestra cosita va a ser suficiente para ella?

Manu se llevó las manos a la cara.

—¿Por qué hemos terminado hablando de micropenes con lo bien que iba la tarde?

Antonio metió la última camiseta en la maleta y la cerró.

—Listo. Esta conversación me ha dado hambre. Invítame a cenar y te acerco a tu casa.

No pudo negarse a la petición y, tras terminar lo último que le quedaba, lo llevó al Talgo Bar. Hacía mucho tiempo que no iba y echaba de menos la comida y el ambiente del lugar.

Cuando entraron, Ana los saludó con efusividad y con esa enorme sonrisa que la caracterizaba. La mujer, ocupada como siempre, los guio hacia la única mesa que parecía quedar disponible en ese momento dentro del establecimiento. Al ver qué mesa era, Manu frenó en seco y se quedó mirando el lugar: justo donde había ido con Eric la primera vez, la que estaba pegada a la pared bajo la frase que decía «Elige tu destino».

—La noche está muy agradable. Vamos mejor afuera.

Antonio, que ya se había sentado donde había estado él muchos meses atrás, lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—No me gusta comer a pie de calle —le recordó—. ¿Qué te pasa? Siéntate ya y pidamos porque está lleno de gente y no quiero cenar a las tantas.

Manu no tuvo más remedio que obedecer y tomar asiento. Lo hizo con cuidado, como si al hacerlo invocara de algún modo la memoria de Eric. Desde entonces, estaba seguro de que se habrían sentado en ese mismo taburete cientos de personas, pero para él era como si no hubiera pasado el tiempo.

Sintió el corazón latirle fuerte en el pecho y, por un segundo, se transportó a ese momento, cuando tendría que haber frenado todo eso que había comenzado a sentir pero, en su lugar, se había dejado llevar.

Mientras esperaban a que les sirvieran la comida y Antonio le contaba una batallita del trabajo, su mente, traicionera como ella sola, se preguntó si, de poder volver atrás, lo haría todo exactamente igual, aunque supiera cómo iba a terminar. Responder que sí no le sorprendió. Podía parecer que estaba arrepentido de la relación que habían tenido, pero lo cierto era que no, porque conocer a Eric jamás sería un error.

Antonio lo acercó a su casa a última hora. Era bastante tarde y ya había caído la noche. Lo ayudó a meter las maletas dentro y hablaron un poco, no demasiado, porque al día siguiente los dos tenían que levantarse temprano.

Dejó varias bolsas en el salón y solo subió a su dormitorio las maletas que contenían la ropa que iba a usar en un futuro cercano. Ya ordenaría en otro momento la ropa de invierno. Aún quedaban muchos meses para volver a usarla.

Llegar hasta su cuarto le recordó a cuando tuvieron que subir la cama por el hueco de la escalera. Desde que había comenzado a trabajar en el sótano e iba allí a diario, había subido solo un par de veces porque no se quedaba nunca a dormir. Hasta esa noche. El cambio iba a ser grande porque, de nuevo, el recuerdo de Eric lo persiguió por toda la casa, a cada paso que daba.

Dispuesto a no pensar más, empezó a guardar en el armario lo que había traído consigo. Caminó hacia la hilera de puertas que había a los pies de la cama y, tras abrir la primera de la

esquina, descubrió que había ropa metida. Extrañado, dejó la suya en la balda inferior y fue a por la que había encontrado porque no recordaba haber dejado allí nada. Al retirar la primera prenda, una sudadera de color azul oscuro apareció ante sus ojos y, debajo, un vaquero celeste claro junto a una camiseta blanca.

Esa ropa no era suya. La agarró y se la acercó a la nariz, aunque no necesitaba hacerlo porque él ya sabía quién era el dueño de todo eso. De inmediato, el inconfundible olor de Eric, de su piel, de su gel, del *after shave* que solía usar lo impregnó todo. Cerró los ojos a la vez que aspiraba de nuevo. No debía hacerlo, pero contenerse no entraba dentro de sus planes.

No supo cuánto tiempo estuvo así, aferrado a esa camiseta, con la cara hundida en la prenda y todos esos recuerdos juntos empeñados en bailar a su alrededor.

Al abrir los ojos y tenerlos algo humedecidos, supo que no podía permitirse bajar más la guardia. Dejó la prenda de nuevo en su sitio junto a todo lo demás y cerró el armario. Al día siguiente tenía que solucionar lo de esa ropa, porque algo tenía claro; allí no podía quedarse.

Cuando sonó el despertador, Manu ya estaba despierto. Solo había dormido unos pocos minutos en toda la noche porque después de lo que había soñado, su mente no había querido tentar más a la suerte.

En su sueño, la sudadera y los pantalones de Eric estaban perfectamente colocados a su lado. Él, tumbado en el hueco vacío de la cama, miraba con atención cada una de ellas. De pronto, estas comenzaron a hincharse, como si cobraran vida, hasta que el cuerpo de Eric terminó de materializarse del todo. Cuando esto pasó, se abrazó a él y cerró los ojos. Al sentir los fuertes brazos del joven sobre su espalda, suspiró. Entonces se despertó de pronto, sobresaltado.

Se sentó en la cama y encendió la luz de la mesilla. Todo estaba en orden, ¿cómo iba a estar? Levantó la vista hacia el armario y se quedó mirándolo. La puerta seguía cerrada, pero, al otro lado, la ropa de Eric lo llamaba como si fuera un canto de sirena.

Se levantó, abrió una de las puertas, agarró las prendas y bajó las escaleras con ellas en la mano hasta que llegó a la cocina. Allí, sobre la mesa, había dejado una bolsa de papel parrón. La abrió y las metió dentro; la dejó sobre la mesa y volvió de nuevo a su dormitorio.

Aunque se lo propuso, no pudo pegar ojo. Por mucho que lo hubiera alejado de él, su cerebro parecía estar bajo los efectos de alguna droga, porque lo único que quería era bajar y oler la tela una y otra vez. Lo había echado tanto de menos...

Pero no podía permitirse volver atrás, volver a caer. Estaba más que claro que sacarlas del cuarto no había servido de gran cosa y, sospechaba que, aunque bajara al garaje y la enterrara bajo cien metros de cal y cemento, más tarde o más temprano excavaría para llegar hasta su premio, como si fuera algún tipo de perro que había olido algo demasiado apetitoso como para pasarlo por alto.

En cuanto se duchó y tomó un café rápido, agarró la bolsa y salió a hacer lo único que podía hacer, que no era tirarla a la basura, como había pensado hacer en algún momento de la noche, cansado de no poder dormir. No; tenía que devolverle eso a su dueño, pero verlo iba a ser demasiado arriesgado, así que pensó en la siguiente opción. Dejarla colgada en el pomo de la puerta de su casa no era algo válido. Lo único con un poquito de sentido común era dárselo a Carmen, la madre de Eric. Sabía que trabajaba en el supermercado de esa misma calle. Quizás no estaba en ese turno de mañana —mejor, porque así no tendría que enfrentarla—, pero podría darle la bolsa a alguno de sus compañeros de trabajo, que seguro se la entregarían sin problemas.

Al llegar a la puerta, respiró hondo y entró. Si se echaba atrás, siempre podría ser un cliente más y abortar misión, pero si había llegado hasta ahí, que fuera para algo.

Había dos cajas abiertas por donde pasaban varios clientes para pagar sus artículos. Ninguna de las dos mujeres era la madre de Eric. Quizás fuera a tener suerte. Se armó de valor y se acercó a la primera de ellas.

—Disculpe, ¿está Carmen?

La cajera, una chica jovencita que llevaba un chaleco sobre su ropa de trabajo donde ponía que estaba en prácticas, lo miró.

—Carmen Guerrero, ¿verdad?

—Sí. —Debía de ser ella, porque sabía que Eric también se apellidaba así.

—Está reponiendo en los pasillos del fondo. Si no la encuentra, puede que esté en el almacén. En ese caso venga y la llamaré por megafonía.

Ojalá eso no fuera necesario porque lo último que quería era anunciar su llegada. Tras agradecerle a la mujer la información que le había dado, caminó hacia donde le había dicho. Le latía el corazón con fuerza y, por un brevísimo segundo, estuvo tentado de darse la vuelta y marcharse de allí, pero tenía que ser fuerte. Iba a hacerlo.

Carmen estaba al fondo del pasillo. La vio en cuanto dobló la esquina. La mujer estaba medio oculta por una estantería y un cesto enorme metálico lleno de pañuelitos de papel y rollos de servilletas. Despacio, avanzó hasta que se puso a su lado. Ella estaba tan concentrada colocando la balda que no se percató de su presencia. Se posicionó a su lado y esperó.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarlo en...? —Carmen, que parecía haber empezado la frase por inercia, acostumbrada a que los clientes le preguntaran cosas, guardó silencio al verlo—. Manu.

Él sonrió y asintió. Era de agradecer que la expresión de la mujer estuviera teñida de calidez y no de ganas de partirle la crisma por haber hecho sufrir a su hijo.

—Perdone que la moleste, pero me he encontrado esto por casa y, bueno, no es mío. —Le tendió la bolsa y no dijo nada más, a la espera de que reaccionara. Cuando lo hizo, la miró mientras ella echaba un vistazo dentro de la bolsa—. No sabía que se había quedado dentro de un armario. Lo encontré ayer.

—Gracias. —Carmen cerró la bolsa de nuevo y la dejó a un lado—. Creo que Eric ni se ha dado cuenta de que le falta esa ropa porque no me ha dicho nada. Yo sí me preguntaba dónde habría ido a parar esa sudadera.

Manu esbozó una sonrisa porque no le sorprendía esa información.

—Es posible que piense que soy un cobarde porque se la podría haber dado a él, pero no he sido capaz. No puedo.

—¿Te apetece tomar un café? Iba a salir a desayunar. Hay una cafetería justo aquí al lado.

Manu no tenía pensado entretenerse tanto, pero asintió. Era lo mínimo que podía hacer. Vio cómo la mujer se quitaba el chaleco del supermercado, lo dejaba colgado en un lateral de la cesta junto con la bolsa que le había llevado, y fue tras ella.

La fachada del bar estaba a pocos metros, por lo que llegaron en un par de pasos. Antes de entrar al establecimiento, no pudo evitar mirar nervioso hacia distintas partes. Ese era el barrio de Eric; se sentía como si estuviera invadiendo su espacio y eso no lo hacía sentir bien porque no era su intención.

—¿Un café?

—Sí, por favor —respondió a la voz de ella, que se había adelantado al entrar.

Carmen asintió y pidió en la barra los dos cafés. El camarero se los preparó de inmediato y en apenas un par de minutos ya estaban listos. Manu insistió en pagar y cogió las bebidas a la espera de que ella lo guiara hacia la mesa que quisiera. Cuando lo hizo, le tendió su café y se sentó frente a la mujer. Antes de comenzar a hablar le dio un sorbo a la bebida porque iba a necesitarlo, aunque se achicharrase la garganta al hacerlo.

—No sé si Eric te ha contado lo que ha pasado.

Carmen, que estaba removiéndolo su café, dejó la cucharilla a un lado y se acomodó en su silla.

—Eric no es muy dado a contarme con detalles ciertas cosas, solo las que él quiere. Pero con esto insistí hasta que me lo explicó.

Manu no quería saber qué era lo que Eric le había contado a su madre porque, seguramente,

el joven tuviera su propia versión, que no tenía que ser ni más fiable ni menos que la suya — después de todo, cada persona vive las cosas de distinta manera—, pero sentía la necesidad de explicarse ante Carmen.

—Si alguien tiene la culpa en todo esto, sin duda alguna soy yo —comenzó—. Primero, porque no debí haber comenzado nada si no estaba completamente seguro, y segundo... —Tuvo que respirar hondo en medio de su discurso porque la voz había empezado a temblarle. Pensar en no haber conocido jamás a Eric era algo que no podía ni imaginar—. No creía que fuera justo para Eric meterlo en mi misma situación.

Carmen frunció el ceño.

—¿Qué situación?

—El estar en una relación de la que me avergonzaba.

—Pero... cuando viniste a cenar a casa, no parecías estar avergonzado. ¿O sí?

—No, pero nunca he estado del todo de acuerdo conmigo mismo. Me dejé llevar por lo que sentía por Eric y oculté esa vergüenza que sentía por ser el hombre mayor que tonteaba con chavales.

Ella encogió los ojos al escucharlo.

—Manu, ¿puedo preguntarte qué es lo que te ha pasado? Porque, según recuerdo de aquella charla que tuvimos, cuando os conocisteis, eras consciente de la diferencia de edad y eso te echó para atrás, pero lo que sentías por mi hijo fue mucho más fuerte y al final cediste. ¿Qué pasó entonces para volver al punto de partida?

Manu le dio un sorbo a su café y se quedó mirando ese líquido marrón sin querer apartar los ojos de ahí.

—Gente de mi entorno me abrió los ojos —simplificó—. Y mi hija. Eso fue lo que más me dolió. Pensé que ella sería alguien que me comprendería, pero no ha sido así, y no podía seguir con Eric sabiendo lo que piensa y siente mi hija al respecto.

Carmen hizo un gesto con los labios, levantó su taza de café y se bebió gran parte de su contenido. Al terminar, dejó la taza en su sitio y se limpió los labios con una servilleta de papel. Luego lo miró.

—Mi marido siempre me maltrató. Incluso antes de casarnos. Yo era muy joven y muy inexperta y pensaba que era normal que las cosas fueran así. Conforme fueron pasando los años y tuve a Eric, las cosas no mejoraron, sino todo lo contrario, pero yo estaba como en una especie de burbuja donde no veía la gravedad de los actos de mi marido.

»Sé que todo el mundo me criticaba por seguir con él, y llegué a un punto en el que el miedo me tenía totalmente bloqueada. Vivía como si fuera un zombi y no me paraba a pensar en lo que de verdad pasaba, hasta que ocurrió el accidente de Eric y su padre.

»Ahí fue cuando desperté de golpe; vi la realidad y me horroricé de todo lo que había consentido durante tantísimo tiempo. Pero no solo de eso, sino de en qué clase de vida había llegado a meter a mi hijo.

Al ver que Carmen contenía las lágrimas, Manu sacó del bolsillo trasero del pantalón un paquete de pañuelos de papel y se los tendió.

—Carmen, no tiene por qué contarme nada.

Ella siguió de igual manera.

—Mi hijo estuvo en boca de todo el mundo. Y yo también, pero eso no me preocupaba. Lo llamaban el «asesino», ¿sabes? Para esas mismas personas que antes estaban en contra de mi marido, ahora el malo era Eric por defenderse.

»Yo... pensé que me iba a volver loca, y sé que, si me hubiera dejado llevar por lo que decía la gente, me habrían quitado a mi hijo y se lo habrían llevado a un centro para menores. Pero, en lugar de seguir pensando en los demás, aparentando que todo estaba bien, me centré en mí y en Eric, y en lo que necesitábamos. Y eso he hecho hasta el día de hoy.

»Sé que mi historia no tiene nada que ver con la tuya, Manu, solo quiero que veas que siempre va a haber gente que te juzgue, pero no debes hacerles caso. Lo que debes hacer es seguir por el camino que creas mejor. Si tú consideras que dejar a Eric es lo correcto, entonces te apoyaré.

Manu cerró los ojos y respiró hondo.

—Nunca he querido a nadie como a Eric y es algo que cuesta creer porque he estado muchos años casado, y he sido muy feliz con mi exmujer. Pero en toda mi vida, jamás he sentido algo igual a lo que sentía al estar con él.

Carmen alargó el brazo por encima de la mesa y lo tomó de la mano. Fue en ese momento, al sentir su contacto, cuando él abrió los ojos.

—Será que llevo muchos años tratando con todo tipo de personas, pero cuando te vi, supe que no estabas ahí, en mi casa, pasando el rato. Que no habías venido por compromiso y, sobre todo, vi cómo mirabas a Eric.

Sabía que iba a arrepentirse de hacer la pregunta, pero no podía contenerse.

—¿Cómo lo miraba?

Ella sonrió, recordando aquel momento.

—Con devoción. Como si no existiera nadie más maravilloso en el mundo, solo él. —Manu no pudo responder. No podía hacerlo sin que sus sentimientos salieran a flote; esos que, en teoría, había logrado aniquilar y sepultar para siempre—. Manu, no te he traído aquí para hacerte sentir mal. Solo quería que vieras la situación desde todos los ángulos porque, muchas veces, desde dentro, no se aprecian bien las cosas. Es cierto que la opinión de un hijo pesa mucho, y comprendo que tomaras esa decisión en parte por ella, pero... los hijos vuelan. ¿Vas a dejar escapar a alguien que te hace feliz solo porque tu hija ha reaccionado mal?

—No quiero que mi hija piense que antepongo mi felicidad a la suya. Yo... no soy un niño y no tengo edad para equivocarme. Eric, sí.

Carmen alzó las cejas y lo miró, sin poder ocultar el asombro en la expresión de su cara.

—El problema de tener responsabilidades es que uno piensa que, con la edad y la experiencia, aprendemos a no equivocarnos, o a hacerlo con menos frecuencia, pero lo cierto es que hasta que nos morimos estamos aprendiendo y equivocándonos. Tengamos la edad que tengamos. El caso aquí es que tú has antepuesto el «qué dirán» a tu felicidad. Que es otra opción de vida, pero... ¿es eso lo que de verdad quieres?

Manu ya no sabía qué era lo que quería y lo que no. Miró el reloj en la pantalla del teléfono y se maldijo. Solo iba a tardar cinco minutos y ya llegaba tarde al banco, donde había pedido cita para que Antonio lo asesorara en varias cuestiones de la nueva empresa.

—Tengo que marcharme. De verdad. —Se incorporó y le tendió la mano a la mujer que se había levantado a la par que él.

—Yo también tengo que volver al trabajo, pero me gustaría que me acompañaras un momento al súper. Quiero enseñarte una cosa que tengo en el chaleco.

Él asintió porque no quería ser descortés, así que la siguió de vuelta al supermercado y fue tras ella por los pasillos hasta llegar donde la había encontrado. Carmen cogió la prenda y hurgó entre sus bolsillos. Cuando encontró lo que estaba buscando, se giró con una foto en la mano

para enseñársela.

—Este es Eric pocos días después de haber pasado lo de su padre. Llevaba días sin comer y sin dormir, sin saber qué iba a ser de él; la culpa que le carcomía por dentro, pero ¿a que tú no se lo notas? Yo tampoco. Le dije que quería tener un recuerdo de él porque no sabía qué iba a pasar y él puso la mejor de sus sonrisas para la foto. Con el tiempo la acabé imprimiendo y la llevo a todas partes porque me da fuerza y me ayuda a enfrentarme poniendo buena cara a cosas que de verdad detesto.

Manu miró la foto con detenimiento. Eric estaba muy jovencito en esa foto, apenas era un adolescente. Estaba de pie junto a Carmen y lucía la mejor de sus sonrisas. Cualquiera que hubiera visto la foto sin saber la verdad, habría pensado que Eric un joven alegre, sin problemas y con una vida de ensueño. Nadie habría adivinado que había rescatado una sonrisa que no sentía para dársela a su madre.

La foto lo emocionó más de lo que habría esperado. Así era Eric, desde siempre, y él lo había perdido. Se la devolvió y tragó para bajar ese nudo que se le había formado en medio del pecho.

—Tu hijo es una de las personas más increíbles que he conocido nunca. Y yo, con mi forma de pensar, no tengo derecho alguno de estar a su lado y empañarle la vida.

Carmen fue a responder, pero en ese momento escuchó a su compañera llamarla desde el fondo.

—¡Carmen! Tu hijo está aquí. Te lo mando.

Manu abrió los ojos como platos. Estaban al final de un pasillo que no parecía tener escapatoria y lo último que quería era que Eric lo viera allí con su madre y malinterpretara la situación. De pronto, sin saber muy bien cómo, se vio arrastrado por Carmen hacia detrás del enorme cesto metálico que aún estaba cargado de servilletas de papel.

—En silencio y sin moverte —le ordenó la mujer mientras lo arrinconaba contra la estantería del fondo.

Manu asintió, agachado tal y como lo había dejado. Escuchó las pisadas cada vez más cerca y la voz de la mujer al saludarlo.

—Cariño, ¿qué haces aquí tan temprano? ¿No ibas a dormir toda la mañana y trabajar por la tarde?

—Esa era mi intención —oyó decir a Eric y su corazón se saltó un latido al escuchar su voz por primera vez desde hacía tanto tiempo—, pero Serra me ha pedido ayuda y me va a pagar muy bien, así que he aceptado. Incluso me voy a tomar un par de semanas de vacaciones en Uber.

—Serra es Juan Ramón, ¿no?

—José Ramón —la corrigió él—. El que trabaja en Amazon y me pide que le haga turnos.

—El día que os pillen, verás.

—Está todo controlado. Te venía a avisar para que sepas que me voy y no vengo a comer. Es que te estoy llamando y no coges el teléfono.

—Perdona, no me he dado cuenta. Me pongo a reponer paquetes de garbanzos y se me va el santo al cielo.

Manu vio que la mano de Carmen se apoyaba en la esquina del carro y lo movía hacia la izquierda. Temiendo lo peor, cerró los ojos.

—No pasa nada —añadió Eric—. He quedado con Serra más tarde porque va a explicarme cómo va el asunto. El cambio que vamos a hacer es legal. Necesitan repartidores y voy a estar de alta y todo.

—Ah, mira. Eso ya me gusta más.

—Sí, pero antes voy a ir a casa de María José. Me ha mandado un mensaje en el que me dice que me invita a comer a su casa. Ha estado recogiendo la habitación de Moi y ha encontrado varias cosas que le gustaría darme. Creo que son algunas de las figuritas de coches antiguos que montamos hace ya unos años y que Moi siempre bromeó que me las dejaría en testamento, pero al final se olvidó y ahora nos tiene a todos dando vueltas. Sospecho que lo hizo a propósito para que nos acordáramos de él una vez muriera.

—Era de esperar en él.

—Bueno, me largo. Luego te cuento.

Manu no fue capaz de escuchar nada más porque acababa de comprender lo que Eric había contado y los ojos se le llenaron de lágrimas. Tuvo que morderse el labio inferior cuando su garganta amenazó con hacer un sonido. Cerró los ojos con fuerza y siguió escuchando mientras se llevaba las manos a la cara.

—Eric. Manu me ha traído esto para ti.

Al oír su nombre, intentó atender a pesar de las lágrimas que no paraban de resbalarle por las mejillas.

—¿Cómo estaba?

—Estaba, y creo que ya es mucho decir.

El silencio que se produjo entre madre e hijo hizo que dejara de respirar y que la opresión que sentía en el pecho se acuciara aún más.

—Tengo que irme —dijo finalmente Eric.

A Manu no le pasó por alto el cambio de su tono de voz. Escuchó el ruido de la bolsa al ser arrugada, posiblemente por la mano del joven, y las pisadas de él que se alejaban hasta desaparecer por el fondo del pasillo.

—Ya se ha ido. Puedes salir.

Manu escuchó a la mujer por encima de su cabeza. No recordaba en qué momento se había puesto de rodillas en el suelo, con las manos en la cara y el aliento entrecortado. No podía ser real lo que acababa de escuchar. No podía serlo.

—¿Manu? ¿Estás bien?

Cuando escuchó la voz de Carmen pegada a su oído, abrió los ojos y la miró. Le costó centrar las pupilas bajo la densidad de las lágrimas. Al ser consciente del ceño de la mujer y la cara de preocupación que tenía, se incorporó de inmediato y se quitó el resto de humedad que no había podido contener y que había terminado por deslizarse por sus mejillas.

—Eric —fue lo primero que susurró. Tenía la cabeza llena de imágenes, de recuerdos, de frases, de sensaciones, pero había una de ellas que le había dejado el cuerpo helado y un sudor frío en la espalda y fue la cara de Eric, su voz, su aspecto cuando terminaron. Ese día no parecía él. Ese día... —Buscó los ojos de Carmen porque necesitaba la verdad y sabía que ella jamás le mentiría tan abiertamente—. Cuando quedé con Eric... ¿Moi había muerto ese mismo día?

—Sí. ¿Eric no te dijo nada?

Manu se llevó las manos de nuevo a la cara. Todo había comenzado a darle vueltas. La imagen de Eric ese día, tan hundido, tan destrozado, le estaba ahogando el corazón y todo su ser. Él mismo le había preguntado si le pasaba algo, si estaba bien, pero ante la negativa del joven, no había insistido más.

¡¿Por qué diablos no lo había obligado a que le contara la verdad?!

—¿Qué clase de persona soy? —susurró.

Carmen lo agarró de las manos y lo obligó a que la mirara.

—Eric no te dijo nada. No puedes culparte por eso, Manu.

—Me di cuenta de que algo le pasaba, pero creí lo que me dijo. No debí haberlo hecho. Debí...

Carmen lo interrumpió a la par que le soltaba las manos.

—¿Lo habrías dejado luego, Manu? No lo habrías hecho y eso tampoco estaba bien. Las cosas suceden como tienen que suceder, todo tiene una explicación y un por qué, y ese día sucedieron las cosas así. Ya no se puede cambiar.

Manu volvió a limpiarse una lágrima que resbaló por una de sus mejillas.

—Tengo que marcharme. Tengo que...

No terminó la frase porque salió corriendo de allí. Si iba lo suficientemente rápido, ¿alcanzaría a Eric? ¿Y qué le diría? No lo sabía, no lo había pensado, pero tenía que ir tras él, tenía que decirle algo, lo que fuera, aunque solo fuera consolarlo. Pero no llegó a tiempo porque, justo en el momento en que salía a la calle, el coche de Eric desaparecía por la esquina.

¿Qué iba a hacer con ese dolor que sentía? No lograba ni imaginar la soledad y el desconsuelo que habría sentido ese día en el que, sin duda, llegó él para rematarlo. Tendría que haberle hecho caso a su instinto y haber insistido.

Hundido, regresó a casa. Estando allí recibió un mensaje de Antonio donde le preguntaba si iba a tardar en llegar.

—¡Joder, me he olvidado de Antonio!

Le respondió que no se encontraba bien y que ya se verían otro día. Cuando subió a su dormitorio, se tumbó en la cama y comenzó a llorar desconsoladamente, pero no por él, ni por la culpa que sentía en ese momento, si no por Eric, por lo desvalido que se habría sentido ese día. Jamás podría perdonarse no haber estado ahí para él en una situación tan delicada como esa. Aunque hubiera sido como amigo. Como fuera, pero no había sido así, y ahora jamás podría quitarse esa losa de encima que amenazaba con aplastarlo y que le imposibilitaba respirar sin sentirse culpable por ello.

Dani se miró en el espejo antes de salir. Se había recogido el pelo en una coleta alta y se había puesto una rebeca fina de punto. Esa mañana de mayo había amanecido demasiado soleada, ideal para empezar a coger algo de sol desde la terraza de su casa. Era lo que había pensado hacer ese sábado cuando se levantó. Su madre se había ido temprano a desayunar con unas amigas y ella no había planeado nada con Nerea porque ambas tenían que estudiar para los exámenes que se avecinaban.

El problema vino cuando, a pesar de tener todos sus apuntes delante, perfectamente ordenados, y un vaso enorme de té con mucho hielo, su cabeza no lograba concentrarse. Ya llevaba mucho rato dándole vueltas al tema de su padre. Jamás había estado tanto tiempo sin hablarse con él y, cada día que pasaba se sentía más y más culpable. Había empezado a entender su situación y sabía que la vida personal, y sexual, de su padre era cosa suya, por mucho que ella fuera su hija. Al comprenderlo fue consciente de que se había portado como una auténtica villana de cuento. No sabía cómo arreglarlo porque, si ella fuera su padre, no la querría ver en persona, y no se le ocurría otra manera de solucionarlo.

Podía preguntarle a su madre, pero la relación con ella también estaba algo deteriorada. Recordaba haberse quejado de su mala suerte con sus progenitores con su amiga Nerea, pero siendo sincera, ahora se daba cuenta que la culpa no estaba en ellos, sino en ella misma. La madeja se había hecho tan grande que no sabía encontrar el cabo para enrollarla y que todo volviera de nuevo a su sitio. Añoraba llevarse bien con su madre y la complicidad que siempre había tenido con su padre.

Ya no podía seguir así; dejó sus apuntes a un lado, se puso un pantalón vaquero algo más arreglado, unas zapatillas deportivas y salió a la calle. Su padre vivía en la calle de atrás, así que solo necesitó coger las llaves de casa y su teléfono, puesto que no iba a necesitar su tarjeta de transporte.

Llegó corriendo y, aprovechando que la puerta del portal estaba abierta, subió sin avisar. Hacía mucho tiempo que no iba, pero se acordaba de la planta en donde vivía. Su amigo Antonio podía tener un pase, pero su hijo, Fernando, era un horror con patas. Y fue precisamente él quién le abrió la puerta.

—Hola. ¿Está mi padre?

Fernando alzó una ceja al oírla.

—¿Tu padre?

Ella siempre había pensado que ese muchacho era un poco lento y que le preguntara por algo tan básico le reafirmó que debía tener algún retraso.

—Sí. Mi padre.

Fernando terminó de abrir la puerta en un gesto para que pasara y ella obedeció. Cuando llegó al salón, miró alrededor a la espera de ser atendida.

—Siéntate si quieres —dijo el joven—. ¿Quieres algo de beber?

Dani se sentó en el borde del cojín del sofá y lo miró.

—Agua. Gracias.

Al ver que el joven desaparecía tras su petición, miró a su alrededor al quedarse sola. No recordaba con exactitud cuándo había sido la última vez que había estado en esa casa, pero estaba segura de que hacía ya mucho tiempo.

—Aquí tienes.

Ella, que había estado distraída con sus pensamientos, agradeció el botellín frío que parecía haber estado en la nevera, lo abrió y le dio un sorbo generoso. La bebida le sentó genial después de la carrera que se había metido para llegar lo antes posible.

—Tu padre ya no vive aquí.

Al escuchar a Fernando, dejó de beber, cerró la botella y se puso de pie para mirarlo, puesto que él se había quedado de pie.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes de entrar? —Dani no pudo evitar el enfado que delataba su voz.

—Porque quería hablar contigo. ¿Te apetece volver a sentarte? Solo será un momento.

Ella obedeció, pero en cuanto pudiera iba a salir de allí volando. No porque desconfiara del chico —que no era el caso porque lo conocía y sabía que era un poco tonto pero legal—. El problema estaba en que no le gustaba que la engañaran.

—Tú dirás.

Él asintió. Se apoyó en el borde de la mesa del salón y cruzar una pierna sobre otra.

—Me gustaría preguntarte por qué te has comportado así con tu padre.

Dani no pudo evitar abrir los ojos como platos.

—Eso no es asunto tuyo, Fernando.

—Me temo que lo es porque Manu es amigo de mi padre y mío también y si alguien le hace daño, a mí también me lo hace.

Ella apretó los labios. No le había gustado nada que Fernando le dijera que había hecho daño a su padre por mucho que fuera eso lo que había pasado.

—Sigue sin ser de tu incumbencia —respondió.

Fernando resopló antes de responder.

—Típica respuesta de niñata.

Molesta por sus palabras, Dani se levantó y lo enfrentó.

—Tú me conoces de dos veces que me has visto, así que no tienes derecho a formarte una opinión tan errónea sobre mí.

Él no se achantó y la miró sin inmutarse.

—Tengo el mismo derecho que tú has tenido de portarte como una loca con tu padre. La bronca que has tenido con Manu no es porque haya hecho algo mal como progenitor, sino por tus prejuicios hacia su vida personal. Es algo muy distinto. Entonces, si te crees con el derecho de juzgarlo, yo puedo hacer lo mismo contigo, ¿no crees?

Ella apretó la mandíbula y se acercó mucho a él.

—¿Tú cómo reaccionarías si tu padre, de pronto, se volviera gay?

—Dani, la gente no se vuelve gay de pronto. Lo que pasa es que al final salen del armario donde han estado escondidos por culpa de esta sociedad de mierda que los obliga a estar ocultos, como si fueran monstruos, y están hasta la polla de fingir toda su puta vida.

Ella no fue capaz de responderle nada porque tenía razón. Indecisa, volvió hasta el sofá y se sentó.

—No estoy aquí para pelearme contigo, Fernando, ni con mi padre. Venía... —«Eso, ¿a qué he venido?»—. Quería pedirle perdón por haberme portado fatal con él.

Fernando se incorporó de la mesa y caminó hacia ella para sentarse a su lado en el sofá.

—Siento si he estado tan duro contigo, pero he visto que Manu no lo ha pasado bien en estos meses.

Ella se sintió terriblemente culpable, y con razón. Se apartó con rapidez una lágrima que había comenzado a caer por el lagrimal y lo miró.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

El primer impulso de Daniela tras saber que su padre se encontraba en su casa, donde siempre habían vivido, fue ir a buscarlo, pero no había cogido su cartera y no llevaba el bono transporte con ella. Caminar hasta allí estaba descartado.

Algo desinflada por los acontecimientos, regresó a casa y se tumbó en la cama. Tener tiempo para pensar la ayudaría a encontrar las palabras que quería decirle a su padre. Se sentía tan mal por cómo se había comportado con él que temía que, cuando lo tuviera delante, no le salieran las palabras y se pusiera a llorar como una tonta.

Esos meses habían sido una agonía, aunque tenía claro que la única responsable había sido ella, con su terquedad y su herido amor propio. Frustrada porque quería hablar con su padre lo antes posible, agarró el teléfono móvil y buscó la última conversación que había tenido con él. Fue en diciembre del año anterior.

Deslizó hacia atrás en el tiempo para ojear sus mensajes y ahí estaban, con iconos de corazones y besos por parte de ambos. ¡Qué estúpida había sido! Y lo peor de todo era que su padre no se merecía un trato así.

Se levantó de la cama para alcanzar un pañuelo de papel de uno de los cajones de su escritorio. Los ojos se le habían empañado y mucho se temía que iba a ponerse a llorar todo lo que no había llorado esos meses atrás. Y así habría sido de no ser por el sonido del timbre, que la interrumpió en ese momento. Preocupada de que fuera su madre, se secó los ojos con rapidez mientras avanzaba por el pasillo para ver por la mirilla. Tras reconocer a la persona que había al otro lado de la puerta, la abrió.

—Nerea. ¿Habíamos quedado?

Su amiga pasó como un rayo por su lado y fue directamente hacia su cuarto, donde se sentó en la silla giratoria que había delante del escritorio. Allí le enseñó, con los brazos extendidos, un paquete que traía en las manos.

—¿Eso qué es? —Si era sincera consigo misma, le daba igual lo que fuera. No había quedado con su amiga, no le apetecía ver a nadie, y su única preocupación en ese momento era localizar a su padre para poder hablar con él cuanto antes.

—Esto... Esto es una obra de arte. Es la mejor historia de todos los tiempos. —La chica abrió el envoltorio marrón de una conocida empresa de mensajería y le tendió una novela con la portada hacia arriba—. *Tú eres quien me ilumina*. ¿No es maravilloso el título?

Tenía que estar en otra dimensión, porque no entendía que estuviera tan desconectada de su amiga del alma. Sin duda, ese asunto con su padre la había afectado mucho más de la cuenta.

—Supongo que sí, pero no entiendo qué tiene esa novela que la hace tan especial.

—¡Que son ellos!

Dani parpadeó sin comprender.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—¿En serio? —Nerea parecía totalmente ofendida. Dejó el libro sobre el escritorio y señaló a lo largo de las paredes de la habitación donde todo estaba cubierto de posters y fotos, la mayoría de la banda de *Kpop*, BTS—. ¿Tienes más «ellos» en tu vida?

Dani no tardó en reaccionar, agarró el libro de su amiga y miró la portada violeta con esos farolillos que parecían volar hacia el cielo. En el más grande de ellos se podía apreciar la figura de un dragón coreano. Lo abrió y leyó algunas páginas al azar. Luego levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. La conexión entre ambas era tan fuerte que no necesitaban expresar con palabras lo que sentían porque con toda certeza, lo que una pensaba, la otra también lo hacía.

—Déjame.

—Cuando lo termine, querida. Porque... ¡Eh!

Dani había salido corriendo con la novela en la mano pasillo a través, consciente de que su amiga la seguía para recuperar lo que era suyo. Rodeó la mesa del salón y la esquivó por los pelos para salir de nuevo de regreso a su cuarto, donde Nerea al fin la empujó hacia la cama, y ambas cayeron espantadas muertas de risa.

Hacía mucho que no se sentía así de libre, así de feliz. Dejó que su amiga le contara lo que había leído hasta el momento y lo maravillada que estaba por haber encontrado una novela donde sus *idols* parecían ser los protagonistas. Miró al frente, al póster que tenía a los pies de la cama. Los rostros sonrientes de los siete integrantes de la banda parecían querer prometerle las llaves del Paraíso y, por la felicidad que acababa de descubrir y que tanto tiempo hacía que no sentía, supo que todas las promesas no dichas podían cumplirse si se lo proponía.

Dichosa, cerró los ojos y se dejó llevar por la risa de su amiga.

Patricia le había dicho al taxista que esperara en la entrada de su vado mientras se bajaba del coche y llamaba al telefonillo para que Manu le abriera. Llevaba, metidos en un sobre marrón, todos los papeles que había preparado. A ella le gustaban las cosas bien hechas, por eso había querido dejar por escrito los acuerdos a los que quería llegar con él, tanto de la venta de la casa como sobre lo de invertir en su nuevo negocio. Ahora solo faltaba que Manu los revisara y le diera el visto bueno.

Llamó una segunda vez al telefonillo, pero nadie respondió. Ansiosa, miró el reloj. Iba con el tiempo justo a una reunión a la que no podía llegar tarde. Podía entrar con su llave, pero de nada le servía porque quería entregarle los papeles en mano.

Le había parecido buena idea acercarse porque pensaba que Manu estaría trabajando en su nueva oficina, pero debía de haber salido, porque nadie respondió al timbre. Eso le pasaba por ir sin avisar, pero tampoco iba a ofuscarse, porque podía entregarlos en cualquier otro momento. Se dio la vuelta y caminó hacia el taxi, pero no llegó a agarrar la manilla de la puerta del coche cuando escuchó una voz tras ella.

—¿Patri?

Al oír su nombre, se volvió para ver que Toñi salía de su casa y se dirigía decidida hacia ella. Años atrás habían sido no solo vecinas, sino también buenas amigas. El sentimiento era ya muy distinto, sobre todo después de saber las palabras tan crueles que le había dirigido a Manu.

—Ah, Toñi. Hola —respondió sin mucho entusiasmo.

—¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo te va todo?

—Bien. —No podía haber sido más escueta ni queriendo. No le devolvió la pregunta a

propósito porque no le interesaba para nada su vida ni lo que tuviera que contarle.

—¿Vuelves a vivir aquí? Eso espero, porque vamos, tu marido... Bueno, tu exmarido. Ha estado haciendo cosas muy extrañas en esta casa, pero no, no voy a ser yo la que te lo cuente porque te vas a llevar las manos a la cabeza, aunque mereces saberlo, desde luego.

Patricia no podía perder más tiempo, pero, aunque hubiera tenido todo el día libre, no iba a desperdiciarlo con esa mujer y esa charla absurda que nunca llevaría a nada. Se lamió los labios y la miró seria, para que comprendiera a la primera lo que iba a decirle.

—Escucha, Toñi; mi exmarido es mi amigo —recalcó— y es bisexual. Y si tiene por pareja a un hombre, es cosa solo de él, ¿entendido? Y ni tú, ni yo, ni nadie tenemos derecho a meternos en su vida.

La cara de Toñi cambió de inmediato al comprender que ella estaba al día de los acontecimientos.

—Su comportamiento es una inmoralidad y no voy a consentir...

Patricia la cortó de inmediato.

—Espera. ¿Tú eres la que me vas a hablar de inmoralidad? Inmoral eres tú, que vas buscando meterte en la vida de los demás para ocultar la tuya. ¿Quieres que hablemos de cuando tuviste una aventura con tu profesor de idiomas, el que era bastante menor que tú? ¿Se lo llegaste a contar alguna vez a tu marido, Toñi?

—Baja la voz. —Había bajado el tono por completo para volverse más serio y grave.

Patricia alzó una ceja porque esa orden había sonado a amenaza, pero ella no se amedrentó y, en su lugar, sonrió encantada con la sensación de poder que tenía en ese momento. A Toñi había que pararle los pies y ella no iba a dudar en hacerlo.

—Me callo, pero te vas a callar tú también, pero no porque Manu esté haciendo algo inmoral, sino porque él vive su vida sin meterse en la de nadie. Así que, si no quieres tener problemas, métete en tus propios asuntos. ¿He sido clara?

Toñi asintió a la vez que daba un paso atrás.

—Tú antes no eras así.

Patricia se puso una mano en la cintura y la miró con la barbilla en alto.

—Es cierto; antes me dejaba manipular por ti y por tu forma de pensar. Desde que te perdí de vista me he dado cuenta de lo mala persona que eras y que sigues siendo. Pero eso se acabó, así que te lo voy a repetir por si se te olvida; mantente alejada de la vida de Manu o te las verás conmigo. Ya sabes que tengo demasiada información sobre ti que podría hundirte, pero no vamos a llegar hasta ese punto, ¿verdad? —Cambió el tono por uno más amistoso, aunque falso—. Con lo divertido que es llevarse bien.

Toñi asintió con torpeza y dio otro paso hacia atrás, visiblemente ansiosa por alcanzar la puerta de su casa.

—Ah —la llamó antes de que desapareciera—. Soy la nueva socia del negocio de mi exmarido y pienso venir mucho por aquí.

Y, tras guiñarle un ojo, se puso las gafas de sol, abrió la puerta del taxi y se metió dentro. No podía ocultar la satisfacción que sentía. Había lanzado la amenaza perfecta y Toñi lo había pillado al vuelo.

Con una sonrisa en los labios, se acomodó en el taxi, más que preparada para la reunión que la esperaba.

Manu había llegado a la oficina de su nuevo cliente. Estaba en un edificio remodelado del centro y tenía un despacho al fondo. Le recordaba al que había sido su lugar de trabajo por más de veinte años.

Había conocido a Julián Guerrero, dueño de una empresa de productos manchegos, varios años atrás, en una exposición donde lo había obligado a ir su jefe para captar nuevos clientes. Sabía que Julián exportaba sus productos y se había enterado de que buscaba una nueva empresa que se encargara de la logística y gestión de todo lo que enviaba a distintas partes del mundo.

—Así que llevas un nuevo negocio. Interesante. —Julián miraba la tarjeta de presentación de la empresa que Alfonso y él habían elaborado.

Asintió a las palabras del hombre. Se habían quedado sentados en una mesa de la oficina porque le estaban instalando el aire acondicionado en su despacho y la sala era un caos en ese momento.

Le había contado lo que le había pasado en esos últimos meses en su antigua empresa, sin entrar en detalles demasiado personales, y cómo había decidido montar su propio negocio. Siempre le había caído bien Julián, aunque cuando lo conoció pensó que era el típico niño mimado, heredero con veintinueve años del negocio familiar. Pero, en cuanto habló con él, supo que tenía las ideas muy claras y que no le iría mal llevando las riendas del negocio de su padre tras la jubilación de este.

—Sí —contestó él—. Llevaba rumiando la idea muchísimos años, hasta que al fin me he decidido.

—Me parece perfecto. Tienes muy buen ojo y confío en ti. Por cierto, eso significa que ahora será otra persona la que lleve las cuentas de mi negocio, ¿no?

—Sí. No sé quién será de la oficina o si habrán metido a alguien nuevo. Aún sigo en el grupo de mensajes que teníamos todos los que trabajábamos allí, pero no suele estar muy activo. Con el que tenía más trato era con mi compañero y amigo Alfonso, pero él es mi socio ahora en este nuevo emprendimiento.

—Joder. —Julian sonrió ante la noticia—. Y no llevaréis el papeleo vosotros también de eso, ¿no? Porque me gustaba cómo lo hacías y no tengo reparo en cambiar de empresa.

Manu no pudo evitar sonrojarse por el cumplido.

—De momento, no; pero, por ser tú, puedo asesorarte y echar un vistazo a tus cuentas.

—Perfecto. —Julián dio una palmada y se frotó las manos—. Ya te he hablado antes de mi negocio y ya te he dicho lo que quiero: llevar mis productos a Asia. Hace unos meses varias empresas españolas fuimos a Corea del Sur con distintos productos de nuestra tierra y quedaron encantados. No te puedes ni imaginar el buen recibimiento que tuvo el asadillo manchego. ¡Si lo llego a saber, me habría llevado cien tarros más!

Manu no pudo evitar sonreír al escucharlo. Julián era un hombre muy atractivo, de cabello moreno y ojos marrones muy expresivos.

—Entonces, quedamos en que, cuando puedas, me pasas toda la información de lo que quieres que llevemos y del resto me encargo yo.

Manu fue a levantarse, pero Julián lo detuvo.

—Tengo un borrador en mi mesa. Si no tienes prisa, te lo traigo y así lo vemos y me comentas.

—Me parece bien. —Y esperó paciente a que el hombre se perdiera tras la puerta del fondo. Cuando Julián regresó de su despacho, le puso delante un *dossier* y se volvió a sentar junto a él, no pudo evitar mirar alrededor al ver que seguían solos en la oficina—. ¿Tus empleados no

trabajan por la tarde?

—Sí, pero los del aire acondicionado hacen mucho ruido, así que les he dado la tarde libre. Por cierto, ¿te apetece algo para beber? Tengo refrescos y agua mineral.

—Un agua, gracias —respondió, complacido por lo que le había dicho. Él habría tomado la misma decisión porque mantener a los trabajadores en buenas condiciones era no solo algo positivo para ellos, sino para cualquier negocio.

Sin perder tiempo, comenzó a echar un vistazo al documento y a hacer cálculos mentales para empezar a tener unas cifras aproximadas. Julián se había vuelto a sentar a su lado, refresco en mano y con la mirada atenta a la pantalla del teléfono que tenía sobre la mesa.

Cuando llamaron a la puerta de la oficina, él ni siquiera se dio cuenta porque estaba ahí en medio de un importante cálculo comercial de muchos ceros y no quería equivocarse. Julián se levantó, y fue a abrir. Al ver al repartidor, sonrió complacido.

—Ah, menos mal. Pensaba que no iba a llegar a tiempo. Tengo que darte un portátil que me llegó la semana pasada y está defectuoso. Ayer me llegó un email de confirmación de que pasarían a recogerlo. ¿Lo haces tú o tengo que esperar a un mensajero?

—Lo hago yo. He recibido la orden esta mañana.

—Genial. Por favor, pasa y cierra. Voy a buscarlo. Dame unos minutos porque mi despacho es un caos ahora mismo.

Manu había levantado la cabeza de la hoja en la que llevaba enfrascado varios minutos haciendo cálculos y se quedó mirando la puerta, atento a la voz del mensajero que seguía en el rellano. Vio a Julián caminar hacia su despacho y cerrar tras él. Entonces giró la cabeza de nuevo hacia la entrada. Lo hizo como si el tiempo se hubiera ralentizado y todo se moviera a cámara lenta, como si su cerebro supiera algo de lo que él aún no se había dado cuenta.

Esa voz.

Sabía de quién era esa voz.

Cuando el mensajero entró en la oficina y le dio la espalda para cerrar, no pudo evitar mirarlo, con los ojos fijos en él y el corazón latiendo desbocado, a la espera de que se diera la vuelta para comprobar que sus oídos no lo habían engañado y no había sufrido una alucinación.

Era él; Eric estaba frente a él y ambos se miraron cara a cara.

Eric se quedó petrificado al verlo porque no esperaba ver a Manu ni ahí ni en ningún lado. Madrid era lo suficientemente grande como para que no se hubieran encontrado nunca. Hasta ese momento. Pero el destino parecía tener un extraño sentido del humor.

—Hola —murmuró con torpeza, y se maldijo por ser tan débil y no haber superado que ese hombre, meses atrás, le rompiera el alma en dos.

—Hola. —Manu también se veía incluso más turbado que él, o al menos eso quería pensar—. No sabía que estabas trabajando en Amazon ahora.

—Mi colega necesitaba ayuda y me han contratado este mes.

Manu asintió.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Eric lo miró, se giró con disimulo para ver si el cliente regresaba con lo que tuviera que llevarse. Al ver que nada ocurría, se maldijo porque no le iba a quedar más remedio que responder, aunque Manu se le adelantó.

—No tienes que responderme si no quieres.

Eric meditó si quizás fuera lo mejor salir y esperar en el descansillo de la escalera, pero ser maleducado no había ido nunca con él.

—Estoy bien —respondió algo seco—. Espero que tú también.

—Yo no lo estoy.

Tras las palabras de Manu no pudo evitar mirarlo porque había esperado que le respondiera que sí, que él también estaba bien. Una respuesta casi por compromiso, pero no; Manu estaba allí sentado tras esa mesa, con un botellín de agua en la mano y la cara seria. Quiso preguntarle si le pasaba algo, pero apretó los labios para contenerse. Él ya no formaba parte de su vida. Lo había echado, así lo había decidido y él lo había dejado marchar.

Cuando vio que se levantaba, miró desesperado hacia la puerta del despacho mientras rogaba a todos los dioses que conocía que ese hombre saliera lo antes posible, pero ese día la suerte no estaba de su parte porque Manu tuvo la oportunidad de ponerse frente a él.

Intentó ignorarlo, mirar hacia un lado y a otro, pero al final sucumbió a su propio deseo de volver a hundirse en esas pupilas que tanto había echado de menos. Quizás había llegado el momento de responder con la verdad porque ese «estoy bien», hacía agua por todas partes.

—Si te soy sincero, el cielo está gris desde que te has ido. Pero sobreviviré. Sobreviviremos —corrigió—. Hemos vivido antes de conocernos. Podemos volver a hacerlo.

Manu abrió la boca, aparentemente para decir algo, pero volvió a cerrarla. Parecía demasiado pensativo, cabizbajo, como si estuviera en otro lugar muy lejano y no en esa oficina vacía llena de ruidos y golpes. De pronto, levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Siempre que recuerdo nuestra historia, me viene a la cabeza la vida de Adriano y Antínoo.

Eric guardó silencio porque recordaba con claridad a quiénes estaba haciendo referencia. De hecho, fue la única vez que disfrutó presentando un trabajo en el instituto. Adriano había sido un emperador romano y Antínoo, su amante, mucho más joven que él, del que estaba profundamente enamorado; tanto que tras su muerte, ahogado en las aguas del Nilo, edificó una

ciudad que llevaba su nombre, erigió estatuas en su honor por todo el Mediterráneo, acuñó monedas con su efigie, construyó templos, instauró fiestas y juegos, y hasta le puso su nombre a una constelación para poder verlo en los cielos estrellados con tan solo alzar la vista. Sí, recordaba bien quiénes eran. Si eso no era amor, nada podía serlo. Entonces, las palabras de Manu desviaron su atención y lo miró fijamente.

—Sé que yo soy el único responsable de esto, y créeme que no hay ni un solo día en que no me acuerde de ti. Es entonces cuando creo que te he soñado, que todo lo que hemos vivido, lo que hemos sentido, no ha sido más que una ilusión. Fuera real o no, ahora solo me queda recordarte, enloquecer por esos momentos que, quizás, solo existieron en mi imaginación.

»No tengo escapatoria, no hay luz al final de mi túnel. Sé que no volveremos. No podemos. Y también sé que no volveré a ser feliz nunca más porque ¿cómo podría ser feliz alguien como yo?

Eric apretó los labios, consciente de que su cuerpo había comenzado a temblar. El uniforme, sudado del uso de todo el día, se volvió frío y áspero en su espalda, donde parecía que ese simple roce de la tela era como un latigazo que se le adhería a la piel hasta dejársela marcada. Cada molécula de su cuerpo dolía, y él no pudo más que apretar los párpados y aguantar para no caer de rodillas ante él.

—Pero saldremos de esta. Algún día, no muy lejano, nos daremos cuenta de que esto fue lo mejor para los dos.

Al abrir los ojos, se topó con las pupilas de Manu, que lo miraban empañadas. Apretó la mandíbula y asintió. Tuvo que tragar el nudo que se le había formado en la garganta para hacerlo bajar y poder articular palabra.

—En vez de curarte rápido, cúrate bien, tardes lo que tardes, porque de nada te va a servir arrastrar un dolor así toda la vida.

Manu asintió.

—Lo haré —susurró con la voz tomada y dio un paso atrás.

Lo vio retroceder. Manu se había acercado hasta él, le había abierto su corazón —aunque no tenía por qué— y él se había quedado impasible como si no le importara nada cuando no era así en absoluto.

—Me odio por echarle de menos —acabó soltando.

Eso era lo que sentía; no podía salir de ese pasado; no podía dejarlo atrás; no podía borrar esos sentimientos que amenazaban con devorarlo por dentro.

—Perdón por hacerte esperar. —Julián salió de su despacho y caminó hacia él—. Los técnicos del aire acondicionado me han movido la mesa junto a uno de los archivadores de metal y no me dejaban abrir el armario. Aquí tienes. ¿Hace falta algo más?

Eric reaccionó y se dio cuenta de que se había quedado solo en el centro de la oficina porque, en algún momento, Manu había vuelto a su asiento y él ni siquiera había logrado reponerse.

—No, no —respondió e intentó esbozar una sonrisa—. Tengo la etiqueta en el coche. El soporte técnico se pondrá en contacto con usted.

—Gracias. —Julián lo acompañó a la puerta y agarró el pomo para abrirla.

Durante un segundo, al salir, dudó si volverla cabeza para despedirse o no, así que optó por marcharse sin más. ¿Qué más se iban a decir? ¿Qué más podían hacer? Ambos habían dejado claro que no podían avanzar y Manu, además, había añadido que sabía que no podían volver a estar juntos. ¿Para qué convertir lo que quedaba entre ambos en una eterna despedida? Lo mejor era marcharse en silencio, sin decir adiós, para que nadie notara que ya no estaba y que, tras él, iba su corazón mortalmente herido.

Cuando llegó a la furgoneta, se agarró al volante con fuerza y lo apretó hasta que los puños y los dedos se le pusieron blancos por la presión.

«Me odio por echarte de menos».

Así era como se sentía. Porque no podía superarlo, ni pasar página. Y, desde luego, ver que no se encontraba mejor que él no lo ayudó en absoluto. Si al menos supiera que había seguido adelante, se alegraría por él porque significaba que uno de los dos lo había logrado. Entonces lo habría dejado seguir con su vida, lo habría felicitado y le habría deseado lo mejor. Pero no había sido así. Manu había antepuesto la felicidad de ambos por una norma no escrita en la sociedad y él no había hecho nada por evitarlo porque, aunque se lo hubiera propuesto, ¿habría conseguido algo? ¿Y si había estado todo este tiempo odiando a la persona equivocada?

Dejó de pensar y miró al frente. Debía seguir con su trabajo si no quería terminar muy tarde. Arrancó la furgoneta y se incorporó a la circulación. No podía permitirse ni una duda más sobre si habían tomado el camino correcto porque él ya había comenzado a desconfiar de sí mismo y de su capacidad para querer seguir adelante.

Manu se quedó en silencio, mirando esa hoja llena de números que tenía antes sus ojos y que ahora apenas lograba reconocer. Cuando había visto a Julián regresar a la oficina, había vuelto con rapidez a su asiento. El corazón le iba a mil y temía que fuera a darle un ataque en ese mismo momento.

—¿Manuel?

Al escuchar la voz de Julián, reaccionó y lo miró. El hombre ya había cerrado la puerta por donde Eric se acababa de marchar y había vuelto a sentarse a su lado.

—¿Estás bien? Te veo pálido.

Él intentó esbozar una sonrisa, pero mucho se temía que no iba a salirle. En lugar de eso comenzó a recoger los documentos que tenía delante.

—Estoy bien —mintió—. Pero me he acordado de que tengo una reunión y llego tarde. Me llevo los papeles y te voy diciendo.

—De acuerdo. —Julián se adelantó para dejarle paso y despedirlo en la entrada—. Si estás disponible, podemos quedar una noche de estas para hablar del tema mientras nos tomamos una copa. O lo que surja.

Manu lo miró con torpeza y no supo cómo responder a eso. Se despidió de él y bajó como un rayo las escaleras. Eran solo tres pisos, pero a él se le hicieron eternos. ¿Por qué corría? ¿Quería alcanzar a Eric antes de que se fuera? ¿Para qué? ¿Para volver a decirle que jamás podrían estar juntos?

Un segundo antes de llegar al portal, se echó a un lado y puso la espalda contra la pared, cerró los ojos y varias lágrimas se resbalaron por sus mejillas. Tan solo unos pisos más arriba se le acababa de abrir una posibilidad a un nuevo futuro. Al otro lado de la calle, a pocos metros de él, su pasado se hacía de nuevo presente, terco, negándose a marcharse.

Se limpió las lágrimas con furia y salió a la calle; no sabía con qué finalidad, pero ya lo averiguaría. Entonces vio la furgoneta de Amazon marcharse en ese momento. Sin hacer nada, se quedó parado en la acera, viendo cómo Eric volvía a desaparecer de su vida.

Para Eric, las calles parecían diferentes. Incluso tenía la sospecha de que habían cambiado de

color.

Aún seguía temblando después de ver a Manu, y eso que ya había pasado un buen rato y debería haberlo racionalizado, pero ¿cómo se superaba algo así? Lo encontró triste, sin una sonrisa en la expresión de su cara, apagado. Podía comprenderlo porque para él no era fácil tampoco. ¿Cómo se dejaba de amar de la noche a la mañana? ¿Sabía controlar a su propio corazón? Él había aceptado el destino que Manu había elegido para los dos, aunque no hubiera estado de acuerdo. Podría haber luchado, pero tenía la firme teoría de que, si tenía que forzar algo para que fuera para él, era una señal irrefutable de que se estaba equivocando. Además, cuando Manu decidió zanzar lo que tenían, no lo había pillado en un buen día.

Paró en una zona habilitada para la carga y descarga con agilidad cuando otra furgoneta abandonaba el lugar. Cogió la caja marrón del tamaño de su mano y miró la dirección mientras trasteaba en la terminal que llevaba consigo. Fue entonces cuando se dio cuenta delante de qué portal estaba.

No hacía demasiados meses atrás había parado el vehículo ahí mismo, y Manu y su hija se habían bajado del coche con la joven aún bastante impactada por el susto que habían tenido en el concierto al que había asistido.

Miró el portal y leyó el nombre. La hija de Manu se llamaba Daniela y el paquete iba dirigido a una tal Patricia Gutiérrez López. No eran la misma persona, menos mal. Aliviado, comenzó a subir las escaleras al ver que el portal estaba abierto.

Al llamar al timbre tuvo que esperar unos segundos mientras oía pasos al otro lado. Miró el reloj y pensó en los pocos pedidos que le quedaban. Con suerte, iba a llegar a una hora razonable a casa. Cuando la puerta se abrió y levantó la mirada, sus ojos no pudieron ocultar su sorpresa.

Dani se quedó mirando impactada porque, ni en un millón de años, hubiera imaginado encontrar a ese chico en la puerta de su casa.

—¿Patricia Gutiérrez López? —preguntó Eric, mientras miraba con desconfianza la puerta.

—Es mi madre.

Eric asintió y le tendió el paquete.

—Aquí tienes. —Se giró todo lo rápido que pudo para lanzarse escaleras abajo, pero la voz de ella lo detuvo.

—Eres Eric, ¿verdad? El chico que me rescató del concierto. —Eric se dio la vuelta, despacio, y acabó por asentir—. También eres el novio de mi padre.

—Era —la corrigió.

Dani frunció el ceño y mantuvo la puerta abierta.

—¿Puedes pasar un momento, por favor?

—Tengo que seguir trabajando.

—Solo serán unos minutos. Te lo prometo.

Eric asintió y caminó de vuelta hacia ella. Dani se echó a un lado para dejarlo pasar y cerró tras él.

—Vamos a mi cuarto —dijo, y comenzó a avanzar por el pasillo, hasta que se dio cuenta de que Eric no la seguía. Regresó sobre sus pasos y lo miró. Él se había quedado en el mismo sitio sin moverse—. Sé que no tienes razones para creerme, pero te prometo que puedes confiar en mí. Ven, por favor. Necesito decirte una cosa y quiero que sea en mi habitación.

Parecía que sus palabras habían surtido efecto, porque sintió las pisadas del joven tras ella. Estaba sola en casa, e iba a llevar a un hombre a su habitación, pero no tenía miedo, ni

desconfianza, porque sabía que ese chico jamás le haría nada malo.

Al llegar, le indicó que podía sentarse en la silla del ordenador que estaba libre, pero al ver que él negaba con la cabeza, ella comprendió que debía de ser rápida en decir lo que tenía en mente.

—Quiero pedirte perdón, Eric. Sé que he sido una estúpida durante todos estos meses y entenderé que no quieras perdonarme, pero necesito decírtelo porque sé que me he equivocado y ahora quiero enmendar mis errores. Si puedo, claro. —Soltó una sonrisa tímida y desvió la mirada hacia las paredes de su habitación, donde los siete pares de ojos de los integrantes de su grupo de *Kpop* favorito parecían infundirle fuerza.

Al ver que Eric seguía en silencio, siguió hablando, con la esperanza de que la comprendiera, aunque no se lo mereciera porque ella no lo había hecho con su padre.

—Mi padre y tú sois los únicos que habéis salido mal parados por mí... mala reacción para gestionar nuevas emociones, por decirlo de alguna manera —murmuró, avergonzada de sí misma—. Cuando os pillé juntos, besándoos, fue un *shock* para mí. Luego, cuando me confesó que era bisexual, yo... me sentí engañada, traicionada por mi propio padre porque jamás me había dicho nada. Me lo había ocultado y me lo tomé fatal, por eso lo obligué a elegir entre tú o yo.

Dani guardó silencio, a la espera de que Eric dijera alguna cosa, pero él seguía de pie en medio de la habitación, en silencio, con la mirada perdida sobre su escritorio.

—Sé que no tengo ningún derecho a pedirte perdón, ni a obligarte a que lo hagas, pero quiero que sepas que estoy muy arrepentida. Todos estos meses en los que llevo sin hablarme con mi padre han sido una tortura y ya... Ya no puedo más.

Eric desvió la mirada hacia ella y rompió su silencio.

—¿Nos quieres pedir perdón porque de verdad lo sientes o porque la culpa te pesa demasiado?

—¿No es lo mismo? Si me siento culpable, es porque lo siento y por eso quiero pedir perdón.

—Yo he tenido que pedirle perdón a mucha gente por remordimientos que no sentía.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Porque no tenía más remedio —respondió de inmediato.

—No es mi caso, Eric. De verdad. Yo... jamás te podré agradecer lo suficiente el que me salvaras aquel día del concierto, porque estaba tirada en el suelo, aterrada, y llegaste tú, arriesgando tu vida, para protegerme. —Irremediabilmente, una lágrima rodó por una de sus mejillas. La apartó con el dorso de la mano y siguió hablando, ahora mucho más emocionada—. Y sé que hacías muy feliz a mi padre y yo... Yo me he comportado fatal y ahora... —Sorbió por la nariz tras dar rienda suelta al millón de lágrimas que tenía acumuladas—. Joder, yo no soy así. No entiendo por qué estoy llorando.

Eric estiró el brazo hacia su escritorio, agarró un pañuelo de papel de la caja cuadrada con adornos florales que había en una esquina y se lo tendió.

—Por mi parte, no hay problema.

—Gracias, de verdad. —Volvió a apartarse las lágrimas de la cara, esa vez con el pañuelo de papel.

—¿Has hablado con tu padre?

—Aún no. Es algo que llevo mucho tiempo pensando, pero nada sale como lo planeo —se lamentó—. Pero me alegro de que hayas llamado a mi puerta.

Eric hizo una mueca con los labios. Giró la cabeza y se quedó mirando el portátil encendido que ella había dejado sobre el escritorio.

—Has escrito mal Jungkook. Te falta una O.

Daniela alzó las cejas y se acercó a él.

—¿Eres *Army*? —le preguntó haciendo referencia a cómo se llamaban las fans de su grupo surcoreano favorito.

—Ahora mismo no soy nada —respondió y volvió a mirarla—. Te he perdonado y confío en que hayas aprendido de tu error, pero no voy a negar en que, a mí, me has hundido la vida porque ver a tu padre decirme adiós fue... —Tosió para disimular que se le había quebrado la voz.

Con los ojos inundados de lágrimas, corrió hacia él para estrecharse contra su pecho y abrazarlo con fuerza. Cuando sintió sus manos sobre su espalda, rompió a llorar sin consuelo, y así estuvo un rato, hasta que se dio cuenta de que había mojado la camiseta de Eric, que debía seguir trabajando.

—¡Joder, lo siento! —Se separó de él como si se hubiera impulsado con un muelle—. Yo...

—No te preocupes —la interrumpió él—. Pero tengo que irme.

—Vuelve con mi padre. Por favor. —Lo había dicho sin pensar. Ella no era nadie para hacer esa petición, pero no conocía otra manera de que las cosas volvieran a ser como antes de que metiera la pata—. Sé que aún lo quieres. Y él a ti.

Eric apretó los dientes, marcando así la mandíbula.

—No es tan sencillo. Puede que él me quiera y yo a él, pero Manu tiene un problema con nuestra diferencia de edad, y eso es algo que, aunque queramos, no podemos cambiar. Ni siquiera yo. Si supiera cómo, lo habría arreglado el mismo día en que lo conocí.

»Para mí, su edad no significa nada, no es importante, es un número más. Pero no para él, y mientras piense de esa manera, jamás podremos estar juntos. Dani... que tú te entrometieras y te pelearas con tu padre solo aceleró algo que estaba destinado a suceder. En cierta manera te estoy agradecido porque, si hubiera pasado más tiempo, habría sido mucho más difícil para los dos.

Dani lo miró con pena.

—Eric... —farfulló—. Por favor. Vuestra historia no puede terminar así.

—Tengo que marcharme o me echarán la bronca. —Se giró y caminó hacia la entrada. Cuando agarró el pomo de la puerta, la miró y asintió justo antes de desaparecer tras ella.

Dani se quedó allí, sumida en un mar de lágrimas, sin comprender por qué la historia de su padre y de Eric tenía que terminar así. Caminó errante por su cuarto hasta que se dio cuenta de que no estaba todo dicho todavía. Iría en busca de su padre y hablaría con él, pero antes tenía que darse una ducha y suavizar esa cara hinchada que sin duda debía de tener después de haber llorado a mares sobre la camiseta de Eric.

Eric. Pensar en él le provocó una sonrisa. Lo imaginaba con su padre y no podía concebir nada más bonito y más puro. ¡Qué tonta había sido! Ojalá las cosas hubieran ocurrido de otra manera, pero lamentarse a esas alturas era para nada. Aún estaba a tiempo de hacer algo y no se iba a dar por vencida tan pronto.

Eric se quedó sentado en la furgoneta, esa vez, sin apretar las manos en el volante. Ya no le quedaban fuerzas, aunque sí muchas lágrimas por derramar. Debería de haberse dado cuenta de que haber visto a Manu era una señal de que la tarde no iría a mejor.

Admitirle a Daniela que entre su padre y él no podría haber nada fue una forma de comprobar que era imperioso que pasara página de una vez por todas. No podía seguir viviendo en el

pasado. Tenía que romper con todo lo que le relacionara con Manu.

Manu se apeó del taxi que lo había llevado hasta su casa. Cuando pagó al taxista y cerró la puerta del vehículo, vio que Alfonso estaba entrando y aceleró el paso para aprovechar que tenía la puerta abierta.

—Alfonso —lo llamó, y subió las escaleras del patio delantero para llegar hasta él—. ¿Has tenido mucho lío en el banco?

—No he podido hablar con el director porque estaba reunido, pero me ha atendido Antonio, tu amigo. Me ha dicho que no me preocupe, que la cláusula que viene en el contrato del préstamo la podemos quitar sin problema. Que él se encarga a lo largo del día y nos llama.

—Perfecto. —Manu entró tras él en la casa y juntos bajaron hasta el sótano para entrar en su oficina. Les había quedado muy parecida a la de sus sueños, aunque en ese momento no lo apreciara.

—¿Te ocurre algo? —Su amigo tomó asiento tras su mesa y lo miró al ver que se había quedado como congelado, en la puerta.

—No.

Alfonso no debió creerle porque le siguió preguntando.

—Pues parece que has visto a un zombi. Si la reunión con Julián ha ido mal, no pasa nada, ¿de acuerdo? Acabamos de empezar y ya tenemos varios clientes de los que ocuparnos. Es cierto que sería un pelotazo exportar mercancía a Asia y los beneficios serían brutales, pero si no es él, ya será otro. El caso es no agobiarnos ni quemarnos tan pronto.

Aunque parecía estar a miles de kilómetros de distancia, Manu había escuchado a su amigo, y eso lo hizo volver a su lado. Esbozó una sonrisa y caminó hacia su mesa, que quedaba frente a la de Alfonso, y se sentó.

—La reunión con Julián ha ido muy bien. Incluso me ha insinuado que volvamos a ser sus contables. Aquí tengo el listado de sus productos. Le he dicho que le echaríamos un vistazo y le haríamos un presupuesto.

—Genial. —Alfonso se frotó las manos, encantado con la noticia.

—También me ha echado la caña.

Alfonso levantó las cejas, sorprendido por esa información.

—Ah, ¿sí?

Manu asintió, aún sin creerlo.

—Sí, pero no le he respondido. He salido de allí corriendo.

—No te creía tan asustadizo, de esos que salen huyendo despavoridos por una insinuación.

Manu respiró hondo. Contarle lo que había sucedido en realidad era lo acertado. Durante esos últimos meses, Alfonso y él habían pasado muchas horas juntos, haciendo el proyecto de empresa e intentando cuadrar números. En esos ratos no solo habían hablado de trabajo, sino que se habían hecho más amigos de lo que ya eran. Fue entonces cuando decidió hablarle de Eric y de todo lo que había pasado.

—Me encontré con Eric.

Alfonso, que había empezado a poner en orden su mesa, paró en seco y lo miró.

—¿Trabaja ahora allí?

—No. —Con calma, procedió a contarle todo para ponerlo en situación, hasta que acabó

diciéndole que se había quedado ahí plantado en la calle viendo cómo desaparecía.

—Así que se odia por echarte de menos. Y tú te odias también por haber permitido empezar algo que sabías que no debías —suspiró—. Sois como «los amantes de Teruel: tonta ella y tonto él.».

—Desde luego, si alguien tiene la culpa en todo esto, soy yo.

Alfonso bufó al oírlo.

—Pero ¿por qué? ¿Porque la gente piense mal porque tu novio tiene diecinueve años menos que tú? Eso no es nada nuevo. ¿Cuántas parejas hay que se llevan una pila de años? Y no pasa nada.

—Ya, pero mi hija...

Su amigo volvió a interrumpirlo.

—Tu hija, perdona que te diga, es una adolescente hormonada, al igual que mis dos hijas mayores, que ahora todo es un drama para ellas. ¿Y sabes? Llegará un momento en que volarán del nido, como hará la tuya, y te dejará más viejo y solo. ¿Vas a esperar a que no se te levante para preguntarte por qué narices te dejaste llevar por los berrinches de una niña y perdiste así al amor de tu vida?

Manu escuchó a su amigo con atención. Recordaba que tardó en contarle la verdad sobre la edad de Eric porque pensó que no lo comprendería, pero Alfonso se había mostrado muy abierto y comprensivo desde el principio.

—Es curioso que, si lo pienso, todos mis amigos y familia se tomaron mi relación con Eric bastante bien a excepción de mi hija. Siempre pensé que sería al revés; que Dani, por ser joven, me entendería, y no ha sido así.

—No puedo hablar por todos los chavales del mundo, pero la inexperiencia juega en su contra. Seguro que, si tu hija supiera lo que cuesta encontrar a alguien pasados los cuarenta, ella habría sido la primera en alentarte a seguir con la relación. Bueno, en realidad, a partir de los cuarenta todo es una lucha constante.

Manu asintió a las palabras de su amigo. No podía quitarse de la cabeza la reacción de su hija. Llevaba meses sin hablar con ella y la echaba demasiado de menos. Podía haberse impuesto como padre y acabar con el berrinche, pero jamás la había obligado a hacer nada que no quisiera. Quería que ella sola llegara a una solución por sí misma, y si eso significaba sacrificar su relación con Eric... Porque tenía claro que no podría vivir sin ella. Lo peor del asunto era que los había perdido a ambos y ya no tenía forma de volver atrás para intentar hacer las cosas de otra manera. ¿Las habría hecho?

—A veces sueño que puedo retroceder en el tiempo. No sé, haber hablado con Dani sobre este tema, decirle que también me gustaban los hombres, presentarle antes a Eric, no sé... Cualquier cosa excepto como ocurrió todo.

—Manu, ¿volverías con Eric? —Alfonso no esperó respuesta y se respondió a sí mismo—. Deberías, porque no has dejado de quererlo ni un solo momento. Rompiste por la presión que se formó a tu alrededor, pero no porque dejaras de amarlo. Y por lo que creo, y viendo la respuesta que te ha lanzado hoy, él no te ha dejado atrás. Eso dice mucho.

—Sí. Que lo he jodido bien —respondió con pena; aunque podía sonar a broma, no lo era.

—Pero te lo ha dicho. Ahí está el dato.

Intrigado, Manu lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Que podía haberte contado mil cosas, aunque hubieran sido mentira; sin embargo, te ha

dicho que te echa de menos.

—Ha dicho que se odia por echarme de menos. Hay una sutil diferencia.

—Yo no lo veo así. ¿Por qué no lo llamas y habláis? Quizás él está esperando que vuelvas con él.

—Y... ¿si dice que no? Entendería que fuera así.

—Si fuera así, ya podrías pasar página. Tú y él, porque por lo que me has contado, los dos os habéis quedado en un limbo de sentimientos. Podríais haberlo dejado atrás porque ya hace muchos meses que os separasteis, sin embargo, aquí seguís, disimulando cuando os veis. Y tú, ignorando las proposiciones de tíos guapos con negocios importantes.

Manu sonrió por ese último comentario. Julián era un hombre muy atractivo, sí, pero no era Eric. Así de sencillo.

—No quiero traicionar a mi hija. Ni que piense que no la quiero.

—Tu hija estará bien. Tú no. ¿Vas a seguir viviendo lo que quiera tu hija?

No se atrevió a contestar porque sabía que su amigo tenía razón. Con una energía renovada que no sabía que tenía, asintió hacia él.

—¿Tú qué harías?

—Hablar con él. Lo llamaría, por ejemplo, para que viniera. Pero que fuera un factor sorpresa, para que no le dé tiempo de pensar nada.

—¿Eso de qué serviría? —Manu se había perdido.

—Pues que no le daría tiempo a reaccionar. No es lo mismo llamarlo y quedar un día y, mientras, tener tiempo de sobra para inventarse mil excusas, o ponerse una coraza para que no veas su verdadero estado. Si viene sin saber a lo que viene, las reacciones que tenga frente a ti serán las de verdad y no las que haya tenido tiempo de ensayar.

Manu estaba maravillado con la lógica de su amigo.

—¿Desde cuándo te has vuelto un experto en relaciones sentimentales?

Alfonso sonrió con encanto.

—Desde que mi mujer y mis hijas ponen dramas coreanos a todas horas. Soy cinturón marrón en vocabulario no verbal de pareja.

Manu no pudo evitar soltar una risotada. Alfonso era así, por eso era un lujo tenerlo como socio y como amigo.

—¿Cómo lo harías si fueras yo?

Alfonso parecía tener las ideas muy claras.

—Has dicho que está trabajando en Amazon, ¿no? Pues haría un pedido y que te lo trajera él. Lo pones a mi nombre para que no sepa que eres tú y una vez aquí lo pillas con la guardia baja.

—Hay mil repartidores de Amazon. Puede venir cualquiera.

Alfonso chasqueó la lengua.

—Uno de mis hermanos es encargado del almacén urbano de Amazon en Madrid. Lo puedo llamar y que le den el envío a él. Listos.

Todo sonaba muy sencillo, pero no podía hacerlo. Su hija era muy importante para él y jamás haría nada que la alejase más, aunque su relación con ella en esos momentos no fuera la mejor.

—¿Qué? ¿Te animas?

Manu había vuelto a su estado sombrío, de donde sabía que no saldría en la vida.

—No —respondió tajante—. No soy un tío valiente... Solo soy un tonto que quiere contentar a todo el mundo y que lo único que ha conseguido ha sido destrozar lo único que tenía sentido en su vida.

Alfonso vio cómo se levantaba y caminaba hacia la puerta.

—¿Así de mal estás?

Manu se detuvo antes de salir de la habitación y se giró para mirarlo.

—Peor, pero me acostumbraré. Es lo único que tengo.

Dani terminó de ducharse y corrió hacia su cuarto para vestirse y salir antes de que fuera demasiado tarde.

—Cariño, ya he llegado.

La voz de su madre llegó desde la otra punta de la casa, posiblemente, desde la cocina. Terminó de ponerse una camisa abierta sobre la de tirantes que llevaba debajo y salió del cuarto. Por el pasillo fue colocándose una zapatilla deportiva y, luego, la otra. Su madre la interceptó antes de llegar a la puerta de la entrada.

—¿Dónde vas? Te recuerdo que sigues castigada.

Dani puso los ojos en blanco y se dio la vuelta. No hacía falta que le recordara que no podía salir porque su madre no le había levantado el castigo desde que había tenido la bronca con su padre en diciembre. Podía responderle de una manera condescendiente, pero no quería cabrearla, mucho menos cuando esa tarde era tan importante para ella.

—Voy a ver a papá.

Patricia abrió la boca, pero no dijo nada, visiblemente asombrada por la información.

—Pero... ¿has hablado con él?

—No. Me acerqué a su casa esta mañana, pero no estaba, así que me volví. Supongo que ahora tendría que estar ya, ¿no? No quiero llamarlo para darle una sorpresa.

—¿Cómo vas a ir?

—En metro. Paso de caminar una hora de ida y otra de vuelta.

Patricia se puso en marcha tras las palabras de su hija y fue hacia el zapatero de la entrada, sacó los zapatos que acababa de quitarse y se los puso de nuevo.

—Pido un taxi y te llevo. Parece que va a llover.

Dani sonrió y asintió.

—Pero no te quedes, ¿vale? Bastante vergüenza me da ya pedirle perdón como para que tú también estés delante.

—Palabrita. —Alzó la mano para hacer la señal de los scouts—. Vamos, antes de que sea más tarde.

Sentadas en el taxi, Dani le contó a su madre sobre la visita de Eric y lo mucho que necesitaba pedirle perdón.

—Sé que me comporté mal con él, pero mi cabezonería me impedía admitirlo —se lamentó—. Pero ya no puedo esperar más. Lo echo mucho de menos. ¿Crees que me perdonará? —preguntó de verdad preocupada—. ¿Crees que llegaré a tiempo?

Su madre le palmeó una mano y asintió.

—Ya verás que sí y todo acaba solucionándose.

Dani recordó las palabras de Eric y su rostro se ensombreció porque, quizás, ya era demasiado tarde. Cuando el taxi paró frente a esa casa que conocían tan bien, donde habían vivido como familia durante tantos años, las dos se bajaron y se quedaron mirando la fachada. Había luz en la cocina, lo que indicaba que Manu tenía que estar dentro.

—Te espero en el bar de la esquina. —Patricia abrió el paraguas plegable que tenía dentro del bolso—. Venga. Entra. Vas a mojarte.

Dani asintió y esperó a que su madre le abriera la cancela de metal para pillar a su padre desprevenido. La despidió agitando la mano y cerró la puerta con cuidado para que no se escuchara desde la casa. Parada ahí en medio del patio delantero, alzó la vista y un millón de recuerdos vinieron a ella.

Había nacido y crecido allí. Su vida entera, hasta hacía un año, estaba ahí dentro. Cuando le dijeron que se iban a divorciar se lo tomó mal porque no fue una sorpresa para ella porque sus padres llevaban mucho tiempo sin hacer vida de pareja. Peor se tomó que le dijeran que iban a vender la casa. En los últimos años que vivieron ahí parecían más compañeros de piso que otra cosa. Eso sí, siempre tratándose con respeto y de manera amistosa. Eso le hizo recordar cuando vio a su padre con Eric. Ese beso... Ese beso y ese abrazo que Eric le estaba dando era una muestra del amor que se sentían y, con ese simple gesto, habían manifestado muchísimas cosas. Hasta que llegó ella con su mal genio y lo echó todo a perder.

Suspiró y terminó de subir los pocos escalones que llegaban hasta la puerta de la casa. Se dio valor y apretó el timbre un par de veces.

Manu estaba en la cocina cuando escuchó la puerta. Sus planes eran cenar algo rápido y acostarse temprano para ponerse a primera hora con el presupuesto de Julián. El timbre lo pilló por sorpresa porque no era el de la cancela de fuera. Se secó las manos con el paño de cocina y fue a abrir sin mirar por la mirilla. Tenía claro que sería Alfonso, que siempre se dejaba las llaves encima de la mesa y tenía que regresar a por ellas. Agarró el pomo y abrió.

—¿Otra vez te has dejado las...? —La pregunta murió entre sus labios cuando vio a su hija frente a él. Tras ella, una lluvia bastante intensa había comenzado a mojar el suelo del patio—. Dani...

La chica le sonrió y se mordió el labio inferior.

—Hola, papá. ¿Puedo entrar?

Manu reaccionó y de inmediato se echó a un lado para que su hija pasara. Luego cerró y se giró hacia ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Está todo bien? ¿Le ha pasado algo a tu madre?

Ella se apresuró a responder.

—No, tranquilo. Está todo bien. Solo quería hablar contigo. ¿Tienes un rato?

—Sí, claro. Pasa.

Dani caminó hacia el salón, pero no se detuvo ahí, sino que lo atravesó y caminó hacia el patio trasero. Las cristaleras estaban abiertas y se escuchaba la lluvia caer. Salió bajo el resguardo del porche y se sentó en la mesa que había ahí para contemplar las escaleras y el jardín.

—Esa mecedora tan grande del fondo es nueva, ¿no? Me gusta.

Manu, que iba tras ella, miró la tumbona que había comprado expresamente para Eric. Recordó aquella primera noche, lo ilusionado que había decorado el jardín con plantas, con luces pequeñas que rodeaban todo el perímetro, con esa mecedora grande y tan cómoda, testigo de lo mucho que se amaron.

Tosió para apartar esos recuerdos y se sentó junto a ella.

—Sí —fue lo único que respondió mientras tomaba asiento y se centró en otra cosa—. Recuerdo cuando eras pequeña y salías aquí con tus muñecos a jugar mientras llovía.

Ella miró el cielo gris que, poco a poco, iba apagándose.

—Lo recuerdo. Tú me solías acompañar y te quedabas en una tumbona leyendo.

—Es verdad —suspiró, nostálgico por tantos recuerdos bonitos en esa casa.

Entonces miró a su hija, que seguía sentada a su lado, aparentemente tranquila, viendo la lluvia caer mientras él se moría de ganas por saber qué la había llevado hasta allí. El hecho de que le hubiera vuelto a hablar era todo un milagro, pero no quiso preguntarle porque prefería disfrutar de ese momento que tanto había echado de menos.

—Quiero pedirte perdón, papá. —Dani había vuelto la cabeza hacia él para hablarle y mirarlo a los ojos—. Me he portado fatal contigo y durante todos estos meses no he hecho más que lamentarme por haber reaccionado como lo hice y por todas las malas palabras que te dije. Tendría que haberlo hecho mucho antes, pero... conforme iba dejando pasar más el tiempo, peor me sentía y más miedo tenía de que no me perdonaras nunca.

Manu sintió un escalofrío al escucharla y apretó los labios. Esa era su hija, la que le estaba pidiendo perdón y con los ojos llenos de lágrimas, al igual que él. Daniela, tan cabezota desde la cuna, con un carácter imposible pero con un buen corazón. Él mismo se había esmerado en educar a una persona tolerante y respetuosa, y ahí era donde, al fin, estaba viendo sus resultados.

—Dani... —susurró emocionado. No le dio tiempo de decir nada más cuando sintió que su hija se le echaba encima y lo abrazaba fuerte alrededor del cuello.

A su memoria llegaron todas esas veces en las que ella había corrido hacia él y se había enganchado sobre sus hombros para buscar consuelo y apoyo. La abrazó como siempre había hecho, y como siempre haría, y se quedó así mucho rato, no supo cuánto, hasta que notó que ella se soltaba y regresaba a su silla.

—¿Me perdonas? —Aunque ya no lo abrazaba, le había agarrado una mano que parecía no querer soltar nunca más.

—Claro, cariño. —Le pasó una mano por los cabellos y le apartó un mechón de la frente hasta depositarlo con cuidado tras la oreja—. Yo... siento no haber sido sincero contigo antes. Haber hablado contigo con calma y explicarte una parte de mí que no conocías.

—No, papá. Es tu vida privada y no tenías por qué contar nada si no querías.

Manu esbozó una sonrisa tímida.

—No es que lo ocultara, pero era una parte de mi vida que se había quedado atrás y que no sabía que volvería a revivir porque no tenía previsto enamorarme... —Calló por lo que implicaba lo que estaba diciendo.

Dani lo miró, atenta a él.

—Rompiste con Eric por mi culpa, ¿no? —Le zarandeó la mano—. ¿Estás loco?! ¿Tú lo has visto bien? ¿Cómo has dejado escapar a ese bombón?

Manu sonrió y se sonrojó a la vez.

—No me diste muchas opciones y tenía tanto miedo de perderte que...

Ella no lo dejó terminar.

—Vuelve con él, papá. Por favor. Hacéis una pareja maravillosa.

Él la miró, confundido.

—Solo nos viste un momento —le recordó—. ¿Cómo puedes saberlo?

Dani parecía tener clara su respuesta.

—Por la forma en que te abrazaba y tú te aferrabas a él. Quizás ese fue otro motivo para

enfadarme; el que hubieras encontrado otra persona a la que querer y te olvidaras de mí.

Manu puso una mano sobre la mejilla de Daniela y la acarició con cariño.

—Jamás dejaré de quererte, cariño. Nunca.

Una lágrima resbaló por la mejilla de su hija mientras se volvía a agarrar a él para estrecharlo en otro abrazo. La había echado tanto de menos que aún se preguntaba cómo había aguantado todo ese tiempo sin tener ningún contacto con ella.

—Papá.

Manu dejó que Dani regresara a su silla y la miró, a la espera de saber qué quería.

—Dime.

—Llama a Eric.

Manu apretó los labios y desvió la mirada hacia el jardín. La lluvia seguía cayendo sin intenciones de parar. Eso le recordó a ese negro día en El Retiro.

—No... No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué? ¿Tienes que volver con él! No importa nadie más, ni lo que piensen los demás, ni la diferencia de edad, papá. ¿Desde cuándo el amor se mide de esa manera?

Manu guardó silencio varios segundos antes de responder.

—Y tú, ¿desde cuándo te has vuelto tan sabia?

Ella le sonrió.

—Mi padre me enseñó que, cuando hay amor, ¿qué importa lo demás? Y, además... ¡Le gusta BTS! ¿Sabes lo complicado que es encontrar a un chico *Army*?

Manu esbozó una sonrisa al escucharla, pero volvió a perderse en la lluvia. Aunque acababa de hacer las paces con su hija, nada había cambiado entre él y Eric y nada cambiaría porque entre ellos siempre existiría una barrera infranqueable que no podía saltar. Miró a su hija, se levantó y le tendió la mano para que lo siguiera.

—Estoy muerto de hambre —cambió estratégicamente de tema—. ¿Te apetece que pidamos a ese coreano que tanto te gustaba? Podemos avisar a tu madre, por si está disponible.

—¡Mi madre! —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Ay, pobre! Me está esperando en el bar de la esquina. Tiene que ir ya por el quinto café y todas las uñas comidas.

Manu se rio.

—Llámalas y dile que venga mientras voy a buscar la carta que tienen para servir a domicilio. La semana pasada hice un pedido y hay cosas nuevas.

Fue hasta la cocina para buscar la publicidad que le habían dejado del pedido anterior y regresó con su hija.

Cuando iba atravesando el salón se paró en seco y miró a Daniela. La chica hablaba por teléfono con su madre, con una enorme sonrisa de oreja a oreja mientras paseaba bajo el porche de lado a lado. Entonces fue consciente de una cosa; jamás superaría a Eric. Tenía claro que no existía nadie como él y no era una afirmación hecha en un ataque de locura y nostalgia, no. De verdad que ese hombre era único y especial y él lo había apartado de su vida por ser algunos años más joven.

¿En serio iba a perder al amor de su vida por algo tan insignificante?

Agarró el teléfono que tenía en el bolsillo trasero y deslizó el dedo por la pantalla; luego se la acercó a la oreja y esperó obtener respuesta.

—¿Alfonso? ¿Es tarde para que hables con tu hermano, el que trabaja en Amazon?

Eric abrió la puerta de su casa y la cerró con el pie, porque no era capaz de levantar los brazos para nada más que no fuera agarrar la alcachofa de la ducha y tirarse en plancha luego sobre la cama. Conducir y cargar paquetes, algunos bastantes pesados, era una combinación peligrosa que ese día le había pasado factura y ya no podía más, en ningún sentido. Los encuentros con Manu y luego con su hija le habían dejado claro que no podía seguir así.

—Te he hecho la cena, cariño. La tienes en el horno.

Su madre le habló desde el salón, donde estaba tumbada en el sofá mientras veía algo en la televisión, pero en ese momento no tenía ganas de comer nada, así que caminó hacia el sofá y se tumbó a su lado. Necesitaba soltarlo lo antes posible porque ya no podía esperar más.

—Mamá, ¿puedo hablar contigo?

—Claro. —Se incorporó hasta quedar sentada mientras pausaba la imagen en el televisor. Cuando estuvo cómoda frente a él lo miró—. Tú dirás.

Eric decidió no perder el tiempo.

—Voy a ir a Irlanda a trabajar una temporada con Santi. He hablado con él esta tarde y me ha dicho que en su hotel están buscando gente. Incluso me ha mirado un vuelo. Sale mañana por la tarde.

—Pero... —La mujer apenas había podido reaccionar a todo lo que acababa de escuchar—. Eric. No puedes decidir así de buenas a primeras algo tan importante. ¿Y tu trabajo? Los dos que tienes. ¿Te vas a ir? ¿Y si luego no te contratan?

Eric no parecía para nada preocupado por eso.

—Siempre están buscando gente, tanto en Uber como en Amazon. Eso no es un problema. Yo... necesito marcharme una temporada.

Carmen estiró el brazo y agarró la mano de su hijo.

—¿Te vas por Manu?

—Sí. —Decidió contarle la verdad. Era su madre y tenía un poder especial para saber cuándo le mentía—. Aquí me falta el aire. De pronto siento que Madrid se me ha quedado pequeño y que no estoy avanzando, sino que doy vueltas en círculos una y otra vez, y ya no puedo más. Estoy cansado, mamá.

—Eric... —dijo mientras lo abrazaba y lo estrechaba entre sus brazos con fuerza. Luego volvió a sentarse a su lado y lo miró—. ¿Eres consciente de que el cambio que tú necesitas no está a tu alrededor, sino ahí? —Le señaló la cabeza—. Puedes dar la vuelta al mundo si quieres, pero, si no te lo propones, Manu seguirá ahí dentro.

Eric respiró con fuerza, cansado, y se quedó mirando la funda que su madre le había puesto meses atrás al sofá a la par que se perdía en sus recuerdos.

—Eric. —Ella esperó a tener su atención para seguir—. ¿Estás seguro de que quieres dejar a Manu atrás?

Apretó los labios y asintió. No iba a ponerse a llorar delante de su madre. No otra vez.

—No quiero, pero debo —respondió—. Porque me duele tanto que ya ni puedo respirar y no soy capaz seguir así.

Ella asintió.

—Si es lo que has decidido, te apoyo, pero quizás antes de marcharte debas hablar con él.

Eso no se lo esperaba, y miró a su madre con el ceño fruncido.

—¿Para qué? Si quiero olvidarlo, no tiene sentido que lo vea.

—Te vas porque no soportas estar sin él, pero ¿y si él ha cambiado y tú te marchas?

Eric comprendió lo que quería decir su madre y se levantó del sofá para mirarla desde arriba.

—No voy a darle un ultimátum para que vuelva conmigo o me voy. Él ya decidió, al igual que he hecho yo. No hay nada más que hablar.

Carmen también se levantó del sofá, sobre todo, al ver que Eric comenzaba a salir del salón. Lo adelantó en la puerta y se interpuso en su camino.

—Pero ¿y si ha cambiado?

Él negó de un lado a otro, con lentitud y miró a los ojos de su madre.

—Él no ha cambiado, mamá, y nunca lo hará. Manu es así. Nuestra diferencia de edad siempre ha sido una mantícora aferrada a nosotros y a nuestra relación, deseosa por separarnos y comernos vivos. Hasta que lo ha conseguido. —Al ver la cara de tristeza de su madre, la agarró por los hombros y la acarició—. Te traeré una figurita de un *leprechaun* cuando venga a visitarte.

La abrazó una vez más y caminó hacia el baño, deseoso al fin de poder ducharse. Ya le había dicho a su madre sus planes inmediatos. Ahora solo le quedaba meter un par de cosas en la maleta e investigar con cuánto tiempo de antelación tenía que estar en el aeropuerto al día siguiente.

¿Iba a ser capaz de hacerlo? Sí. Alejarse de Manu y de todo lo que le recordara a él. Su imagen estaba en todas partes, en cada rincón de esa maldita ciudad, y él ya no podía más.

Dejó que el agua de la ducha le cayera sobre la cara para que arrastrara de paso las lágrimas que habían comenzado a salir sin querer. Era lo mejor para todos.

Eric maldijo por lo bajo y se cambió el teléfono de oreja porque por esa ya llevaba un buen rato hablando y la tenía recalentada.

Se había levantado muy temprano para hacer la maleta y dejar recogido su cuarto hasta que regresara, y no sabía cuándo iba a ser.

Había hablado con el dueño de un garaje cercano a su casa para dejar guardado su coche durante el tiempo que iba a estar fuera. Tenía que pagarle por adelantado, pero eso no era problema en ese momento. Luego se encargó de mandar su dimisión. Primero, a Uber —aunque, como estaba de vacaciones, no podían tramitarlo y tendría que esperar cuando ya estuviera en Irlanda—. Todo parecía un poco lioso, aunque no lo era tanto y estaba seguro de que Santi lo ayudaría sin problemas.

Después llamó a Amazon para renunciar a su puesto de trabajo. Era un trabajo temporal, por lo que no debería de tener demasiadas complicaciones. O al menos eso pensó media hora atrás cuando empezó la conversación, pero por lo que se veía, dejar esa empresa era más complicado que salir de Ikea.

—A ver —lo intentó otra vez—. Entiendo que me estoy marchando sin avisar, pero tenéis trescientos repartidores ahora mismo. ¿Nadie puede llevar esos cinco pedidos que dicen que son urgentes?

Eric guardó silencio mientras escuchaba cómo el encargado le respondía bastante nervioso buscando una excusa tras otra. Le parecía muy rara su actitud porque siempre había sido un hombre muy agradable y comprensivo y no entendía que no hubiera nadie que pudiera hacerse cargo de lo que le habían mandado hacer a él a última hora. Al final, cabreado, acabó accediendo. Podía haberle colgado el teléfono y que lo buscaran luego, pero ese no era su estilo, así que cogió su chaqueta y puso rumbo al almacén para comenzar y terminar cuanto antes.

Pensó que esos cinco pedidos serían fáciles de repartir. Solía tener una media de veinte paquetes o más por hora, pero nadie le había dicho que cada uno de los pedidos llevaba un orden de entrega y una hora en concreto. Eso fue otro motivo más para seguir con el cabreo que no lo había abandonado en toda la mañana. Tenía pensado llegar a casa a la hora de comer, tomar algo rápido e ir al aeropuerto. Fátima le había dicho que lo podía acercar. Sospechaba que su amiga iba a calentarle el oído por haber tomado la decisión de marcharse a trabajar fuera de un día para otro y por habérselo dicho en el último segundo, pero ya todo le daba igual ese día.

Manu se había mordido tanto la uña del pulgar que ahora tenía un pinchazo constante que le recordaba que los nervios iban a acabar con él. Cuando Alfonso le había dicho que ya había hablado esa mañana con su hermano y le había contado que se habían torcido un poco las cosas, pero que al final Eric había accedido a entregar esos pedidos, no pudo volver a controlar que el corazón le latiera a un ritmo normal bajo su pecho.

Esos cuatro pedidos que habían añadido no eran más que un rastreo para ver por dónde iba

repartiendo Eric, para que no sospechara al llevar uno solo, y cuánto tiempo le quedaba para llegar hasta él. Ya no tenía que ser demasiado y eso le provocó algo de vértigo. No había ensayado lo que quería decirle porque, cada vez que lo pensaba, su mente se bloqueaba. Se veía frente a él, mirándolo callado como un tonto. Esperaba que, llegado el momento, su mente se activara y dijera algo con sentido, aunque no las tenía todas consigo.

—Manu. —La voz de Alfonso llegó desde el sótano hasta el rellano de la entrada, donde se encontraba desde hacía un buen rato—. Eric acaba de dejar el cuarto pedido. Si no hay mucho tráfico, en un cuarto de hora debería estar aquí.

Manu miró la puerta. Iban a ser los quince minutos más largos de toda su vida.

Eric dejó un paquete enorme en el penúltimo cliente y regresó corriendo a la furgoneta. Con suerte terminaría antes de comer y podría cumplir con el horario que había trazado en un inicio, pero no había contado con que la lluvia, que había comenzado la madrugada anterior, siguiera cayendo sobre la ciudad, lo que provocaba que, en algunas zonas, se hubiera producido una pequeña inundación. Eso lo había retrasado un poco, pero como se conocía tan bien Madrid, había logrado tomar algunos atajos que habían hecho que recuperara el tiempo perdido.

Sentado tras el volante, justo antes de encender el motor del coche, agarró la PDA y miró la siguiente dirección. Al hacerlo, se quedó parado sin poder apartar la mirada de la pantalla. Esa... esa dirección era la de Manu, aunque el envío no estaba puesto a su nombre.

¿Habría logrado vender la casa y ese era el nuevo dueño? ¿O sería su nueva pareja? Cualquiera de las dos opciones dolía. La primera porque dejar atrás los recuerdos que habían creado en esa casa le producía una tristeza inmensa. No habían sido demasiados porque no les había dado tiempo, pero los pocos que vivieron ahí habían significado mucho para él. Pero la segunda opción era peor, porque era como echar sal directamente en esa herida que, cabezota, se negaba a cerrarse y sanar. ¿Habría otro hombre ocupando su lugar?

Respiró hondo y miró al frente. La luna delantera de la furgoneta parecía una cascada y él sentía que se ahogaba con todos esos sentimientos que no hacían más que torturarlo sin descanso.

Arrancó el motor y puso rumbo a la calle Iquitos. No necesitaba buscarla porque recordaba a la perfección cómo llegar a ella. Alguna que otra vez se había visto atravesándola mientras trabajaba y su cabeza no había podido evitar girarse hacia esa casa que tanto había significado para él y a la que pensó que jamás volvería a acercarse.

Estacionó en el vado de la casa, con las luces intermitentes puestas mientras la lluvia caía a raudales sobre el techo de la furgoneta. Había apagado el motor, pero no había llegado a salir a la calle. En la radio sonaba una canción de Olivia Rodrigo, *Drivers license*. La había escuchado demasiadas veces mientras conducía frente a su casa y que tenía el poder de dejarlo temblando y sin poder hacer nada para solucionarlo.

Respiró hondo y se apeó de la furgoneta. Protegió el paquete de la lluvia con su cuerpo y corrió hacia la casa. La puerta metálica estaba abierta, así que entró y subió los escalones de dos en dos hasta pararse bajo el resguardo del porche. Resignado, apretó el botón del timbre. Cuando escuchó ruido al otro lado, contuvo la respiración mientras la puerta se abría. Entonces un hombre alto y bastante delgado apareció ante sus ojos.

—¿Sí?

Eric lo miró y tardó en reaccionar. ¿Era el nuevo dueño? ¿El novio de Manu? Un hombre con más edad que él, para que nadie pudiera señalarlos por la calle como tanto había temido que les pasara.

—Traigo un paquete para Alfonso Velasco.

—¡Ah, sí! Soy yo, pero llevo mucha prisa. Te lo firman dentro.

Eric no tuvo tiempo para reaccionar cuando vio que ese hombre salía al patio, abría un paraguas y desaparecía de su vista al cruzar la calle. No estaba entendiendo nada, pero no tenía tiempo para los comportamientos extraños de las personas. Ese no iba a ser el primer tío raro con el que se topaba al trabajar. Apartó la mirada de la calle y se dio la vuelta de nuevo hacia la puerta. Al hacerlo, la alta figura de Manu estaba allí, mirándolo, sin decir nada.

—Traigo un paquete para Alfonso Velasco —repitió.

—Sí, es mi compañero. Ha tenido que irse, pero lo puedo recoger yo.

Eric vio la mano extendida de Manu y se quedó mirándola. La palabra «compañero» seguía retumbando en sus oídos. A él jamás lo había llamado así, quizás porque nunca lo había tomado tan en serio. No lo quería admitir, pero esa simple palabra lo había herido más de lo que habría esperado.

Ya no importaba. En cuanto le diera el paquete, podría salir de corriendo de allí, de esa casa, de Madrid, de su vida, y comenzar otra nueva, lejos de él.

Alargó el brazo y depositó el paquete en la mano de Manu. Al hacerlo, rozó uno de sus dedos y un escalofrío le atravesó todo el cuerpo. Impactado por el calor que había comenzado a sentir, dio un paso atrás.

—No tiene que firmar nada. Gracias.

«Rápido, aún puedes marcharte sin que te diga nada. Aún puedes huir y esconderte».

—Eric, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Tengo prisa —respondió al llegar a los escalones del patio.

—No tardaré ni un minuto.

Al oírlo, se detuvo en seco en el escalón y se giró, entró de nuevo bajo el porche para resguardarse de la lluvia y lo miró, a la espera de saber qué era lo que tenía que decirle.

—Te quiero.

Eric pensó que estaba soñando y que, de pronto, su cabeza había comenzado a jugarle una mala pasada. Perdido, solo pudo mirarlo sin decir nada.

—Eric. —Lo escuchó sin poder interrumpirlo de ninguna manera—. Quiero que sepas que tú has sido mi recompensa en esta vida. No sé qué pude hacer bien en alguna otra reencarnación, pero, para mí, tú has sido lo mejor que me ha pasado nunca, aunque te cueste creerlo porque antepuse el resto del mundo antes que a ti.

»Ya te amaba incluso antes de conocerte. Sé que, antes de subirme a tu coche aquella tarde, nuestro destino estaba más que anudado y yo, durante este tiempo, me he empeñado en intentar deshacer esos nudos porque soy un cobarde que no merece ser amado por ti.

—Manu —susurró. Se sentía tan cansado, tan derrotado por no poder dejar todos esos sentimientos atrás—. Si pudieras verte, si pudieras apreciar lo que yo veo, lo que percibo cuando te tengo delante, creo que nuestra historia habría sido distinta, pero ya es tarde. Ya no podemos hacer nada por salvarla.

—¿Lo es? —Manu parecía nervioso, mortalmente serio, y con una mirada de tristeza que le estaba destrozando el corazón—. Creo que debería de haber empezado pidiéndote perdón por lo estúpido que he sido. Cuando —le tembló la voz— nos vimos en El Retiro, estaba tan cegado,

tan hundido que no me di cuenta de que tú estabas peor que yo. Si hubiera sabido que acababas de decirle adiós a tu mejor amigo, lo habría hecho todo de otra manera. ¿Podrás perdonarme alguna vez por eso? Por favor.

Al mirarlo frunció el ceño. ¿Cómo se había enterado de la muerte de Moi?

—No tienes la culpa de la muerte de mi amigo. Ya sabes que estaba muy enfermo. Era cuestión de tiempo.

—Lo recuerdo. Yo podría haber elegido otro día, pero no lo hice porque me refugié en mi dolor sin tener en cuenta el tuyo y no te puedes ni imaginar lo arrepentido que estoy. —Se apartó una lágrima de la mejilla y siguió hablando—. Me juré protegerte, no causarte dolor y cuidarte por encima de todo y, precisamente, todo eso que me prometí lo volví en tu contra.

—Manu...

—Sé que no merezco pedirte nada —lo interrumpió—, pero quiero volver a estar contigo porque me he dado cuenta de que no sé qué hacer con mi vida si tú no estás en ella.

—Manu, escúchame —se impuso. Tenía que interrumpirlo ya antes de que fuera demasiado tarde—. Nada ha cambiado. Esa diferencia que existe entre nosotros es demasiado grande para ti y jamás podrás ignorarla para que puedas ser feliz. ¿De verdad quieres que lo volvamos a intentar y hacernos daño otra vez?

—Precisamente eso es lo que estoy haciendo para solventar lo que nos ha separado antes: Nada. Antes pensaba que tenía que luchar contra la gente que opinaba de nosotros sin conocernos, de esa diferencia abismal de edad que nos ha separado porque siempre te dicen que, para encontrar soluciones, tienes que moverte. Pero en mi caso no es así, lo que tengo que hacer es no hacer nada y no darle una importancia que de verdad no tiene.

Eric quería creerle, lo quería de veras, pero no lo lograba. No podía volver a sufrir, no quería pasar por lo mismo porque sabía que no lograría ser tan fuerte como antes.

—Espero que lo logres, Manu. De todas formas, para mí ya es demasiado tarde. Ahora, cuando devuelva la furgoneta, voy a coger un vuelo a Irlanda.

—Te vas. —No fue una pregunta. No podía apartar la mirada de él, que lloraba en silencio con lágrimas que caían poco a poco y se perdían por debajo de su barbilla.

—Sí. Me voy a trabajar fuera. No sé el tiempo que voy a estar. Tampoco sé si volveré. De momento voy a marcharme y ya luego veré.

Manu pareció digerir las palabras y asintió.

—Si eso es lo que quieres y lo que necesitas para ser feliz, lo acepto. Sé que te irá bien. Eres un hombre fuerte y valiente.

A Eric no se le pasó por alto que lo había llamado «hombre», eso que tanto le había pedido que viera en él y que parecía que al fin lo había conseguido. Tarde, pero lo había logrado.

—No seré tan fuerte ni tan valiente cuando tengo que cambiar de país para alejarme de ti porque ni siquiera Madrid es lo suficientemente grande para poder borrar tu recuerdo.

—Yo... —Suspiró visiblemente cansado—. Respetaré cualquier decisión que tomes.

Eric asintió, agradecido que lo apoyara, y que no lo pusiera entre la espada y la pared para obligarlo a tomar una decisión. De hecho, se ponía en su lugar; haber dicho que lo amaba y aceptar que ese amor se alejaba debía de ser una de las cosas más duras que una persona podía hacer.

—Gracias.

Manu hizo una mueca con los labios.

—Yo solo quiero que seas feliz, y si tu felicidad está en Irlanda, te apoyaré. Cuando regreses,

si te apetece ir a tomar algo conmigo... La puerta de mi casa siempre estará abierta para ti.

Eric supo que, tras esas palabras, ya no tenía nada más que hacer allí. Retrocedió y se dio la vuelta para bajar los escalones y caminar por el patio hacia el exterior. Lo hizo despacio porque las emociones no le permitían ir más rápido. Cuando llegó a la furgoneta, la abrió y se sentó, pero no arrancó el motor. En su lugar se quedó mirando el volante como si no lo hubiera visto nunca.

Manu cerró los ojos cuando lo vio avanzar por el patio y salir luego a la calle hasta que se metió en la furgoneta.

—La puerta de mi casa siempre estará abierta para ti —repitió hundido—. Al igual que las de mi corazón.

Sabía que la posibilidad de que ese final existiera estaba ahí, y le acababa de dar de lleno en la cara. De todos los escenarios que se había imaginado en su cabeza, el de que Eric se marchara y se alejara de él eran algunos de ellos porque no todas las historias de amor terminaban bien, y la suya parecía ser así.

Agarró el pomo y echó la puerta hacia delante, sin preocuparse en realidad si esta llegaba a cerrarse o no. Se había quedado mirando el suelo mientras sentía cómo el corazón se le partía en mil pedazos al tener que decirle adiós al amor de su vida.

Eric miró el volante. Accionó el contacto y la misma canción de Olivia volvió a sonar. El *bluetooth* debía de haberse detenido al parar el coche y, al arrancar había vuelto a ponerse en marcha por donde lo había dejado.

Entonces, escuchó la letra. ¿De verdad quería vivir siempre de su recuerdo cuando podía tener la posibilidad de volver con él? ¿Tanto se odiaba y tan poco confiaba en Manu que no quería concederle el beneficio de la duda?

No. Confiaba en él. Creía en él. Quería estar con él porque lo amaba y lo necesitaba en su vida como nunca había necesitado nada.

Se bajó de la furgoneta y caminó hacia el patio justo en el momento en que la puerta de la casa había comenzado a cerrarse. Aceleró el paso hasta correr y llegó a tiempo para que su mano detuviera esa puerta y la empujara hasta abrirla. Al ver la cara desolada de Manu, lo miró a los ojos mientras negaba con la cabeza.

—¿Ibas a dejar que me fuera? ¿Incluso después de haberme dicho que me amabas? ¿Así, sin más?

—Yo solo quiero que seas feliz, Eric. Si yo no formo parte de esa felicidad, lo acepto, pero lo que de verdad quiero es que vuelvas a sonreír, que vuelvas a ser tú, que...

Manu no pudo terminar de hablar porque Eric se lanzó a sus brazos para estrecharlo contra su pecho y unir sus labios con los suyos. Lejos de adentrarse en la casa, lo arrastró con él hasta el medio del patio sin romper el beso. Ni siquiera los escalones fueron un impedimento para ellos. Sentía que el agua le caía en la cabeza mientras lo besaba y lo aprisionaba contra su pecho, aún con el temor metido en el cuerpo de que se marchaba.

Cuando dejaron de besarse, se quedó mirándolo, enamorado de ese increíble ser humano que tenía delante.

—¿Qué haces? Te vas a poner chorreando tú también. —Eric miró al cielo, que parecía no tener intención de parar—. Es un día de primavera demasiado gris y triste para que ocurran cosas bonitas.

—Te equivocas; esta lluvia se está llevando todas las cosas que hice mal. Lo necesitaba para dejar atrás a mi antiguo yo. —Lo miró a los ojos—. Con el nuevo prometo amarte infinitamente más que antes.

Eric le acarició una mejilla.

—El problema no ha sido tu amor, si no la crueldad con la que te has tratado a ti mismo, solo por pensar demasiado, sin darte cuenta de todo lo que vales y de que la edad es solo un número más.

Manu hundió la cara en el hueco de su cuello.

—Entonces, prometo amarte más y pensar menos.

Eric esbozó una sonrisa. El agua le caía en la cara, pero no le molestaba en absoluto. Abrazado a él, podía hacer frente a cualquier cosa que el destino decidiera ponerle delante.

FIN

EPÍLOGO

Eric paró el coche delante del portal de su casa. Estaba esperando a que su madre bajara para despedirse de ella.

Esa tarde era la fiesta de inauguración de la nueva empresa de Manu y lo iba a celebrar en su casa junto con todos sus familiares y amigos. Ya habían tenido una antes donde habían asistido mayoritariamente socios y nuevos clientes, pero la de ese día le interesaba más. Su madre también había sido invitada, el mismo Manu se encargó de ir a casa a convencerla cargado con su mejor sonrisa y con un *tupper* lleno de croquetas. Esa mujer tenía que ser de acero porque él no se habría resistido a ninguna de las dos cosas, pero ella sí; le había prometido a una compañera de trabajo un tiempo atrás que iba a hacerle su turno ese sábado y ya no podía echarse atrás.

Miró el reloj y se impacientó. Odiaba llegar tarde. Entonces la vio salir del portal, ya con el uniforme puesto y el bolso en la mano. Eso significaba que ya podía venir San Pedro con una trompeta y dejarlo sordo que la respuesta iba a seguir siendo la misma.

—Mamá —la llamó al bajar la ventanilla—. Pásate luego, aunque sea un ratito. Yo te recojo.

Carmen bajó la acera y se acercó a la ventanilla del conductor mientras negaba con la cabeza.

—Qué pesado eres. Ya veré, ¿de acuerdo? Hoy es sábado y ya sabes que el horario de verano es agotador.

Eric puso los ojos en blanco y asintió.

—Está bien. Entonces me voy ya.

—Espera un momento. —Carmen reaccionó al ver que iba a poner en marcha el coche—. Tengo que decirte una cosa.

Eric la miró con el ceño fruncido. Su madre era pésima ocultando las cosas.

—¿Qué? —preguntó desconfiado.

—A ver cómo te lo explico. —La mujer parecía dudar sin llegar a encontrar las palabras adecuadas—. Milagroso ha sufrido un accidente, pero no te preocupes, porque lo he llevado al veterinario y está bien. Se va a quedar ahí el fin de semana. Solo que me ha dicho la veterinaria que, quizás, le cambie un poco el color del pelo, pero que es normal a su edad y que...

—Mamá —la interrumpió.

—¿Qué?

Eric la miró. Había llegado el momento de que dejaran de mentirse los dos.

—Sé que el verdadero Milagroso murió hace mil años y que lo has ido reemplazando conforme morían una y otra vez para que yo no sufriera. Entiendo que lo hicieras cuando era un niño, pero, mamá; ya no me trago eso del cambio de color. Y además... ¿cómo va a vivir un hámster tantos años?

Carmen sonrió con algo de pena.

—Ya me olía que lo sabías, pero no he querido decir nada porque esto era lo único que me quedaba de mi pequeñín.

Él la miró con pena.

—Ya, como las mentiras que te inventabas para que siguiera creyendo en el ratoncito Pérez y

en los Reyes Magos, ¿no?

Ella asintió.

—Este mundo es demasiado cruel y tú ya habías pasado por tanto que quería que la poca infancia que tuviste durara un poco más.

Eric sacó medio cuerpo por la ventanilla y le dio un beso en la mejilla.

—Eres la mejor, mamá. Y, aunque ya no vayamos a vivir juntos, voy a ser siempre tu chiquitín —sonrió—. ¿Me seguirás lavando la ropa?

—¡Oh! ¡Serás...! —Carmen reaccionó y le dio una colleja que sonó más de lo que se esperaba, aunque sabía que no le había hecho daño—. Eso se lo dices a partir de ahora a Manu. Si sabe hacer croquetas mejor que yo, seguro que lava mejor que yo también.

—Venga, mamá, no te enfades. Manu no le echa tanto suavizante a la ropa como tú.

Carmen se rio y se echó hacia atrás para indicarle que se fuera ya.

—Vete ya, anda.

Eric asintió.

—Avísame si terminas pronto y vengo a recogerte.

Tras la afirmación de su madre, puso rumbo a la casa de Manu. Bueno, y a su casa también, porque tras haberse hecho mucho de rogar, al final accedió a mudarse con él. No era que no quisiera; era que su madre era muy especial para él y dejar de vivir junto a ella era algo que debía de sopesar poco a poco.

Encontró un hueco para aparcar justo enfrente de casa y decidió dejarlo ahí para no entretenerse en meter el coche en el garaje, porque la puerta tardaba demasiado en abrirse. Ya hablaría de eso con Manu en algún momento, porque estaba convencido de que, en algún momento de prisas, iba a terminar llevándose esa puerta por delante.

Al llegar a la casa, metió las llaves en la cerradura y abrió. Llevaba muy poco tiempo viviendo ahí y aún se le hacía raro todo eso. Desde la entrada divisó el salón, lleno de gente por todas partes. El ventanal que comunicaba con el patio estaba abierto y algunos de los asistentes habían salido para disfrutar de ese maravilloso día soleado. Eso y que Manu sabía cómo decorar exteriores porque todo el que se asomaba quedaba enamorado de las cálidas luces, las plantas que adornaban cada esquina y de la cama mecedora del fondo. Al mirarla, el recuerdo de todas las cosas que comenzaron ahí hicieron que se le tiñeran las mejillas de un rojo intenso.

—¡Al fin has llegado!

Eric giró la cabeza al oír una voz a su lado. Patricia había aparecido junto a él, con una copa en la mano, que dejó apoyada en el borde de la barandilla de madera.

—He estado convenciendo a mi madre para que viniera, pero tenía trabajo. Hola, Patricia.

—¿Qué tal, Eric?

No sabía muy bien por qué, pero hablar con la exmujer de Manu le provocaba cierta ansiedad y eso que ella siempre había sido muy educada las veces que se habían visto. Pensaba que tenía que ver con el hecho de que ella había estado casada antes con Manu y que esa casa donde ahora vivía él la había elegido ella muchos años atrás. Sin poder contenerse más, decidió abordar el tema.

—Patricia... ¿A ti te parece bien que yo viva en esta casa y que esté con Manu?

La mujer, visiblemente sorprendida, se giró hacia él y lo miró con las cejas alzadas.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

Eric se encogió de hombros. Ella era tan alta, tan atractiva y elegante y, por lo que veía, asquerosamente encantadora que no entendía que Manu la hubiera dejado marchar.

—No sé. Creo que eres muy buena persona. El que siempre hayas querido ayudar y apoyar a Manu para retomar su vida en lugar de complicársela dice mucho de ti.

—Entiendo —sonrió, divertida—. Habría sido mucho más fácil si yo hubiera sido la bruja mala del cuento a la que odiar, ¿verdad? Pero no, Manu ha decidido ser el protagonista y el antagonista de esta historia porque así es él; no puede ver a nadie sufrir, aunque para evitar eso tenga que ser él el villano de su propia vida.

Eric asintió recordando todos los quebraderos de cabeza que Manu había tenido consigo mismo.

—Así es —resumió, porque él no lo habría explicado mejor. Con timidez, decidió mirarla—. ¿De verdad te parece bien todo esto?

Patricia se lamió los labios sin abandonar la sonrisa.

—Que busques mi aprobación me asombra, Eric, porque cualquiera me habría evitado como a la peste.

Él se encogió de hombros.

—Soy diferente a todo el mundo.

—Haces bien. Y lo cierto es que, aunque parezca que necesitas mi aprobación para ser feliz, soy yo la que está encantada de que seas un chico maravilloso y no una mujer mucho más joven que yo.

Eric esbozó una sonrisa porque entendía lo que le estaba diciendo.

—Por cierto, si la bruja de al lado os empieza a molestar, avísame, que le tengo muchas ganas a esa arpía.

—Sí, claro —fue lo único que atinó a responder cuando vio que ella se despedía de él para alcanzar a la mujer de Alfonso para charlar con ella. En ese momento se dio cuenta de lo afortunado que era de tener a Patricia de su parte porque sospechaba que la mujer no era de las que se rinden con facilidad.

Estuvo unos minutos apoyado en la barandilla de madera, disfrutando del ambiente. Algunas personas que pasaban por su lado lo saludaban y él respondía con una sonrisa amistosa porque se sentía de un humor maravilloso.

Giró la cabeza para divisar el jardín y entonces lo vio; Manu estaba al fondo, cerca de la mecedora, sin quitarle los ojos de encima. Embrujado, se irguió de donde estaba apoyado y se dirigió a las escaleras para bajar y llegar hasta él.

—¡Eric!

Eric se vio sorprendido al escuchar su nombre y al verse rodeado en la escalera por Daniela y varias de sus amigas.

—¡Hey! —fue lo único que atinó a decir—. ¿Todo bien?

—Sí, sí. Oye, he escuchado que mi padre tiene un cliente que necesita que le lleve sus productos a Seúl. ¿Es cierto?

Eric alzó una ceja porque ya sabía por dónde iba la chica.

—Eso vas a tener que preguntárselo a él.

—Pero es que me va a decir que no. Y yo necesito ir a Corea. Eric, por favor, tú me entiendes bien. Necesito comprar una *Army Bomb* sin que me crujan con los gastos de envío. Mi padre me ha dicho que tú también le has pedido cosas.

En lugar de contestar a lo que la chica le decía, decidió mirar a lo lejos, donde Manu seguía con la mirada puesta en él y una sonrisa incluso más amplia que antes. Seguro que sabía lo que Dani le estaba pidiendo y estaba encantado de que su hija y sus amigas lo dejaran un rato

tranquilo.

—Chicas, nos vemos en otro momento, ¿de acuerdo? Voy a hablar con el responsable de todo esto.

Al marcharse sin esperar respuesta y dejarlas plantadas en medio de la escalera, no pudo evitar escuchar tras su espalda varios comentarios que hacían referencia a su maravilloso trasero. Con los colores subidos, llegó hasta Manu.

—Tu hija y sus amigas saben que soy gay y no bisexual como tú, ¿verdad?

Manu lo recibió con un beso en los labios y le puso entre las manos un vaso de refresco.

—Posiblemente —le dio un sorbo a su bebida—. También es posible que les importe un pimiento. ¿Por qué?

Eric aún sentía las mejillas coloradas por el comentario que había escuchado.

—Han... —Tosió para aclararse la garganta—. Comentado lo achuchable que es mi trasero. Aunque esa no ha sido la palabra exacta.

Manu se rio y lo abrazó. Al hacerlo, una mano quedó suspendida de manera superficial al final de su espalda de una manera muy sutil.

—Bueno, tienen razón.

Al sentir que Manu hundía la nariz en su cuello, el jardín se movió bajo sus pies. Él jamás había ocultado lo que era ni lo que sentía, pero Manu no lo había tenido tan fácil. El que ahora lo estuviera haciendo allí en medio de todos sus familiares y amigos era un motivo más que suficiente para llorar de alegría.

—Estás borracho —lo acusó.

Manu negó con la cabeza.

—Para nada. Aún no me he terminado ni la primera copa —respondió sin despegar la nariz de su clavícula—. Es que hueles demasiado bien.

Sus palabras lo hicieron reír.

—¿Se puede oler demasiado bien?

—Sí. Tú hueles así.

Eric sabía que estaba pisando terreno peligroso, pero le encantaba sentir esa sensación de que, en cualquier momento, Manu pudiera saltar sobre él para devorarlo vivo.

—Ah —jadeó bajito y se llevó la bebida aún intacta a los labios para apurar más de la mitad.

—En cuanto se marche todo el mundo, te lo demostraré.

Al escucharlo, Eric no despegó los labios del borde del vaso y terminó por beberse lo que quedaba de contenido. Iba a necesitar tomárselo con calma para aplacar la calentura que había comenzado a sentir en cierta zona de su anatomía. Ahora solo le quedaba esperar a que se fuera toda esa gente para dejarse atrapar porque, ciertamente, no iba a poner ninguna resistencia.

Manu despidió a Alfonso, que fue el último en abandonar la fiesta. El hombre había insistido en ayudarlo a recoger, pero él se negó en rotundo. Eso no era importante ahora y le daba igual que los vasos de plástico que los invitados habían ido dejando esparcidos por toda la casa esperaran para ser recogidos un día más. Cerró la puerta tras él y regresó con paso ágil al jardín, donde había dejado a Eric mirando algo en su teléfono.

Se detuvo un segundo en la escalera para observarlo. Las piernas largas de su chico, enfundadas en esos vaqueros de color claro, le provocaron una oleada de calor que le inundó todo el cuerpo. No veía la hora de estar enredado entre ellas. Terminó de bajar los escalones y

llegó hasta su lado, donde se agarró a su cintura y de nuevo, hundió la cabeza en el hueco de su hombro, pero esta vez no se quedó solo ahí; separó los labios y, con la punta de su lengua, dejó un reguero húmedo que fue desde la parte alta de su cuello hasta la clavícula.

—Qué ganas tenía de hacer esto —susurró.

—¿Solo esto? Te conformas con poco.

Manu le quitó con suavidad el teléfono de las manos al ver que tenía toda su atención y lo dejó a un lado de la mecedora.

—No te confundas —comenzó a caminar despacio, empujando a Eric hasta que las pantorrillas del joven chocaron con el borde de la mecedora. En ese corto trayecto había comenzado a desabrocharle los botones del pantalón y a tirar de su camiseta para deshacerse de ella—. No he hecho más que empezar contigo. ¿Qué quieres que te haga?

Eric esbozó una sonrisa resplandeciente y lo miró sin apenas contener la risa.

—Croquetas.

NOTA DE AUTORA

El libro del que hablan Nerea y Daniela *Tú eres quien me ilumina*, existe de verdad. Si os apetece enamoraros igual que ellas, no dudéis en haceros con una copia. Podéis encontrarlo en Amazon, tanto en papel como en ebook.

<https://amz.run/6Atj>



AGRADECIMIENTOS

Comencé a escribir este libro en marzo del 2021 ¡Y cuántas cosas han pasado en todo este tiempo! De estar completamente hundida, queriendo borrar esta novela y toda mi carrera, a terminar sintiéndome super orgullosa de mí misma, pero no me voy a conceder el mérito de haber salido de un pozo oscuro sin ayuda porque no ha sido así. Muchas veces, las manos que te levantan del suelo y que te dan alas, ni siquiera están cerca de ti. Incluso pueden no hablar tu mismo idioma pero, ¿desde cuándo es necesario todo eso para rescatar a alguien de su peor momento cuando solo basta una mirada?

Todos tenemos etapas donde no estamos bien con nosotros mismos. A veces con razón, a veces sin ella. Somos demasiado autoexigentes. Nuestro peor enemigo somos nosotros mismos, por eso no dudes en luchar contra ti: arriégate, equivócate, vuélvete a equivocar, avanza, retrocede, mira, aprende, agradece. Eres tú viviendo, así que jamás te avergüences de ello.

Una persona muy inteligente que conozco dijo una vez algo así: Cuando te equivoques, siempre puedes empezar de nuevo. Conserva la calma, toma la siguiente mejor opción, y sigue adelante. Y eso he hecho. Gracias, Min Yoon-gi. Te debo más de una.



Me gustaría agradecer este libro por orden de llegada a él:

A Ruth, por prestarme sus casas para esta novela y hacerme un hueco en ellas cada vez que voy a Madrid. ¡Te quiero!

A El Talgo Bar por ser escenario de esta novela. Sois únicos y os debo una visita.

A Mila, por leer, opinar, y aguantarme siempre en todo. ¡Milagroso Forever!

A Coral, por esta portada tan maravillosa y especial. ¡Tienes un gran futuro por delante!

A Euge, por hacerme un hueco en su apretada agenda y ser de nuevo mi primera correctora.

A mi familia de dos y cuatro patas, por darle calidez a mis días lluviosos.

A Javi, por su trabajo y profesionalidad.

A Marion S. Lee por ser increíble. Sin tu ayuda este libro no habría salido adelante. ¡Te mereces más de un prometido! Te quiero <3

Y a ti, lector y lectora, que has llegado hasta aquí. Gracias por leer esta novela. Espero volver a contar contigo en la próxima porque, sin ti, esto no tiene sentido.

BIOGRAFÍA



Apasionada por la lectura, Heather Lee Land lleva escribiendo relatos desde su juventud, compartiéndolos con sus amistades, en internet bajo el pseudónimo de Taolee, y recientemente publicando sus primeras novelas. Es una firme defensora de la diversidad, el colectivo LGTBI y de la eliminación de tabúes y prejuicios. Gran luchadora por los derechos de los animales que colabora activamente con asociaciones y protectoras para su protección y bienestar.

Con un amplio currículum a sus espaldas, a esta gaditana le apasiona hacer cursos y aprender cosas nuevas. Estudió turismo, hostelería y restauración. También posee el título de administración y gestión de empresas, pero su verdadera vocación siempre ha sido ser escritora. Participa de manera activa en varios fandoms, donde escribe de forma gratuita y bajo petición desde hace más de quince años. También lleva varias redes sociales donde cuenta su experiencia, no solo como escritora, sino como colaboradora de manera activa en el rescate de animales abandonados en la calle.

Pídeme más. Y ahora tú. En tu cama. Déjame ser tuyo y Un millón de razones son las cinco novelas que componen «Algo más que magia» (2018-2020). Todas las cosas que me gustan de ti (2021).